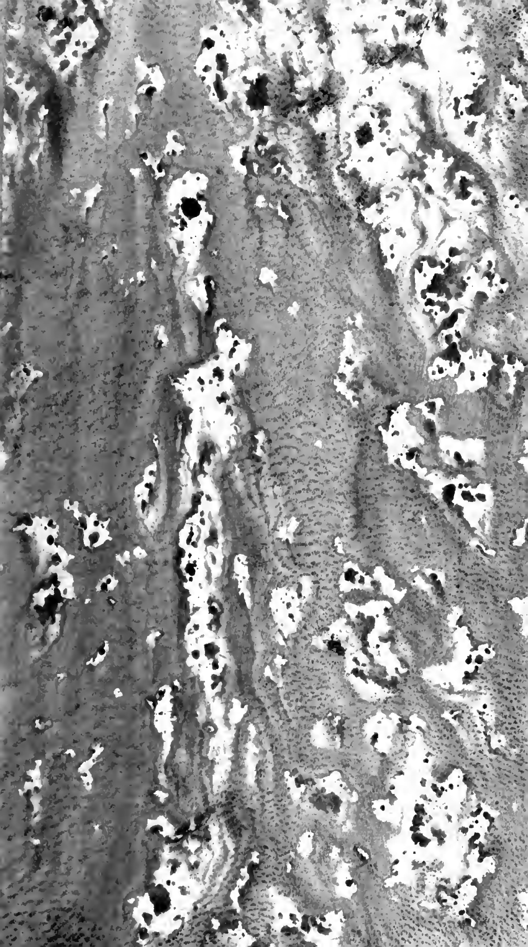


COLECCIÓN

DE

ESCRITORES CASTELLANOS

TOMOS PUBLICADOS

1.º—*Romancero espiritual* del Maestro Valdivielso, con retrato del autor grabado por Galbán, y un prólogo del Rdo. P. Mir, de la Real Academia Española. (Agotados los ejemplares de 4 pesetas, los hay de lujo de 6 en adelante.)

2.º—Obras de D. Adelardo López de Ayala: tomo I.—*Teatro:* tomo I, con retrato del autor grabado por Maura, y una advertencia de D. Manuel Tamayo y Baus.—Contiene: *Un hombre de Estado.—Los dos Guzmanes.—Guerra á muerte.*—5 pesetas.

3.º—Obras de Andrés Bello: tomo I.—*Poesías*, con retrato del autor grabado por Maura, y un estudio biográfico y crítico de D. Miguel Antonio Caro.—Contiene todos sus versos ya publicados, y algunos inéditos. (Agotada la edición de 4 pesetas, hay ejemplares de lujo de 6 en adelante.)

4.º—Obras de D. A. L. de Ayala: tomo II.—*Teatro:* tomo II.—Contiene: *El tejado de vidrio.—El Conde de Castralla.*—4 pesetas.

5.º—Obras de D. Marcelino Menéndez y Pelayo: tomo I.—*Odas, epístolas y tragedias*, con retrato del autor grabado por Maura, y un prólogo de D. Juan Valera.—4 pesetas.

6.º—Obras de D. Serafín Estébanez Calderón (*El Solitario*): tomo I.—*Escenas andaluzas.*—4 pesetas.

7.º—Obras de D. A. L. de Ayala: tomo III.—*Teatro:*

tomo III.—Contiene: *Consuelo.—Los Comuneros.*—4 pesetas.

8.°—OBRAS DE D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO: tomo I.—*El Solitario y su tiempo:* tomo I.—Biografía de D. Serafín Estébanez Calderón y crítica de sus obras, con retrato del mismo, grabado por Maura.—4 pesetas.

9.°—OBRAS DE D. A. CÁNOVAS DEL CASTILLO: tomo II.—*El Solitario y su tiempo:* tomo II y último.—4 pesetas.

10.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo II.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo I. Segunda edición.—5 pesetas.

10 bis.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo III.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo II. Segunda edición.—5 pesetas.

11.—OBRAS DE A. BELLO. tomo II.—*Principios de Derecho internacional*, con notas de D. Carlos Martínez Silva: tomo I.—Estado de paz.—4 pesetas.

12.—OBRAS DE A. BELLO: tomo III.—*Principios de Derecho internacional*, con notas de D. Carlos Martínez Silva: tomo II y último.—Estado de guerra.—4 pesetas.

13.—OBRAS DE D. A. L. DE AYALA: tomo IV.—*Teatro*, tomo IV.—Contiene: *Rioja.—La estrella de Madrid.—La mejor corona.*—4 pesetas.

14.—*Voces del alma:* poesías de D. José Velarde.—4 pesetas.

15.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo IV.—*Estudios de crítica literaria.*—Primera serie, 2.ª edición.—Contiene: La poesía mística.—La Historia como obra artística.—San Isidoro.—Rodrigo Caro.—Martínez de la Rosa.—Núñez de Arce.—4 pesetas.

16.—OBRAS DE D. MANUEL CAÑETE: tomo I, con retrato del autor grabado por Maura.—*Escritores españoles é hispano-americanos.* — Contiene: El Duque de Rivas.—D. José Joaquín de Olmedo.—4 pesetas.

17.—OBRAS DE D. A. CÁNOVAS DEL CASTILLO: tomo III.—*Problemas contemporáneos:* tomo I, con retrato del autor grabado por Maura.—Contiene: El Ateneo en sus relaciones con la cultura española: las transformaciones europeas en 1870: cuestión de Roma bajo su aspecto universal: la guerra franco-prusiana y la supremacía germánica: epílogo.—El pesimismo y el optimismo: concepto é importancia de la teodicea p[illegible]ilar: el Estado

en sí mismo y en sus relaciones con los derechos individuales y corporativos: las formas políticas en general.—El problema religioso y sus relaciones con el político: el problema religioso y la economía política: la economía política, el socialismo y el cristianismo: errores modernos sobre el concepto de Humanidad y de Estado: ineficacia de las soluciones para los problemas sociales: el cristianismo y el problema social: el naturalismo y el socialismo científico: la moral indiferente y la moral cristiana: el cristianismo como fundamento del orden social: lo sobrenatural y el ateísmo científico: importancia de los problemas contemporáneos.—La libertad y el progreso.—Los arbitristas.—Otro precursor de Malthus.—La Internacional.—5 pesetas.

18.—Obras de D. A. Cánovas del Castillo: tomo IV.—*Problemas contemporáneos:* tomo II.—Contiene: Estado actual de la investigación filosófica: diferencias entre la nacionalidad y la raza: el concepto de nación en la Historia: el concepto de nación sin distinguirlo del de patria.—Los maestros que más han enriquecido desde la cátedra del Ateneo la cultura española.—La sociología moderna.—Ateneístas ilustres· Moreno Nieto; Revilla.—Los oradores griegos y latinos.—Centenario de Sebastián del Cano.—Congreso geográfico de Madrid.—Ideas sobre el libre cambio.—5 pesetas.

19.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo V.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo III, segunda edición (siglos xvi y xvii).—5 pesetas.

20.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo VI.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo IV, segunda edición (siglos xvi y xvii).—5 pesetas.

21.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo VII.—*Calderón y su teatro.*—Contiene: Calderón y sus críticos El hombre, la época y el arte.—Autos sacramentales.—Dramas religiosos.—Dramas filosóficos.—Dramas trágicos.—Comedias de capa y espada y géneros inferiores. Resumen y síntesis.—4 pesetas.

22.—Obras de D. Vicente de la Fuente: tomo I.—*Estudios críticos sobre la Historia y el Derecho de Aragón:* primera serie, con retrato del autor grabado por Maura. Contiene: Sancho el Mayor.—El Ebro por frontera.—Matrimonio de Alfonso el Batallador.—Las Hervencias de

Avila.—Fuero de Molina de Aragón.—Aventuras de Zofadola. Panteones de los Reyes de Aragón.—4 pesetas.

23. — OBRAS DE D. A. L. DE AYALA: tomo V. — *Teatro*: tomo V.—Contiene: *El tanto por ciento.—El agente de matrimonios.*—4 pesetas.

24. —*Estudios gramaticales.* — Introducción á las obras filológicas de D. Andrés Bello, por D. Marco Fidel Suárez, con una advertencia y noticia bibliográfica por don Miguel Antonio Caro.—5 pesetas.

25—*Poesías de D. José Eusebio Caro*, precedidas de recuerdos necrológicos por D. Pedro Fernández de Madrid y D. José Joaquin Ortiz, con notas y apéndices, y retrato del autor grabado por Maura.—4 pesetas.

26.—OBRAS DE D. A. L. DE AYALA: tomo VI. — *Teatro*: tomo VI.—Contiene: *Castigo y perdón* (inédita).—*El nuevo D. Juan.*—4 pesetas.

27.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo VIII. — *Horacio en España.— Solaces bibliográficos*, segunda edicion refundida: tomo I. — Contiene: traductores de Horacio.—Comentadores.—5 pesetas.

28.—OBRAS DE D. M. CAÑETE: tomo II.—*Teatro español del siglo* XVI.—*Estudios histórico-literarios.*—Contiene: Lucas Fernández.—Micael de Carvajal.—Jaime Ferruz.—El Maestro Alonso de Torres.—Francisco de las Cuevas.—4 pesetas.

29.—OBRAS DE D. S. ESTÉBANEZ CALDERÓN (*El Solitario*): tomo II.—*De la conquista y pérdida de Portugal*: tomo I.—4 pesetas.

30.—*Las ruinas de Poblet*, por D. Víctor Balaguer, con un prólogo de D. Manuel Cañete.—4 pesetas.

31.—OBRAS DE D. S. ESTÉBANEZ CALDERÓN (*El Solitario*) tomo III.—*De la conquista y pérdida de Portugal*: tomo II y último.—4 pesetas.

32.—OBRAS DE D. A. L. DE AYALA: tomo VII y último.—*Poesías y proyectos de comedias.*—Contiene: Sonetos y poesias varias.—Amores y desventuras.—Proyectos de comedias.—El último deseo.—Yo.—El cautivo.—Teatro vivo.—Consuelo.—El teatro de Calderón.—4 pesetas.

33.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo IX.—*Horacio en España.—Solaces bibliográficos*, segunda edición refundida, tomo II y último.—Contiene: La poe-

sía horaciana en Castilla.—La poesía Horaciana en Portugal. - 5 pesetas.

34.—Obras de D. V. de la Fuente: tomo II.—*Estudios críticos sobre la Historia y el Derecho de Aragón:* segunda serie.—Contiene: Las primeras Cortes.—Los fueros primitivos.—Origen del Justicia Mayor.—Los señoríos en Aragón.—El régimen popular y el aristocrático. Preludios de la Unión.—La libertad de testar.—Epílogo de este periodo.—4 pesetas.

35.—*Leyendas moriscas*, sacadas de varios manuscritos por D. F. Guillén Robles: tomo I.—Contiene: Nacimiento de Jesús.—Jesús con la calavera.—Estoria de tiempo de Jesús.—Racontamiento de la doncella Carcayona.—Job.—Los santones.—Salomón.—Moisés.—4 pesetas.

36.—*Cancionero de Gómez Manrique*, publicado por primera vez, con introducción y notas, por D. Antonio Paz y Mélia, tomo I.—4 pesetas.

37.—*Historia de la Literatura y del arte dramático en España*, por A. F. Schack, traducido directamente del alemán por D. Euardo de Mier: tomo I, con retrato del autor grabado por Maura. — Contiene: Biografía del autor.—Origen del drama de la Europa moderna, y origen y vicisitudes del drama español hasta revestir sus caracteres y forma definitiva en tiempo de Lope de Vega.—5 pesetas.

38.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo X.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo V (siglo XVIII).—4 pesetas

39.—*Cancionero de Gómez Manrique*, publicado por primera vez, con introducción y notas por D. A. Paz y Melia: tomo II y último.—4 pesetas.

40.—Obras de D. Juan Valera: tomo I.—*Canciones, romances y poemas*, con prólogo de D. A. Alcalá Galiano, notas de D. M. Menéndez y Pelayo y retrato del autor grabado por Maura.—5 pesetas.

41.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo XI.—*Historia de las ideas estéticas en España*: tomo VI (siglo XVIII).—5 pesetas.

42.—*Leyendas moriscas*, sacadas de varios manuscritos por D. F. Guillén Robles: tomo II.—Contiene: Leyenda de Mahoma.—De Temim Addar.—Del Rey Tebin.—De una profetisa y un profeta.—Batalla del rey Almohalhal.

El alárabe y la doncella.—Batalla de Alexyab contra Mahoma.—El milagro de la Luna.—Ascensión de Mahoma.—Leyenda de Guara Alhochorati.—De Mahoma y Alharits.—Muerte de Mahoma.—4 pesetas.

43.—*Poesías de D. Antonio Ros de Olano*, con un prólogo de D. Pedro A. de Alarcón.—Contiene: Sonetos.—La pajarera.—Doloridas.—Por pelar la pava.—La gallomaquia.—Lenguaje de las estaciones.—Galatea.—4 pesetas.

44.—*Historia del nuevo reino de Granada* (cuarta parte de los *Varones ilustres de Indias*), por Juan de Castellanos, publicada por primera vez con un prólogo por D. A. Paz y Melia: tomo I.—5 pesetas.

45.—*Poemas dramáticos de Lord Byron*, traducidos en verso castellano por D. José Alcalá Galiano, con un prólogo de D. Marcelino Menéndez y Pelayo.—Contiene: Caín.—Sardanápalo.—Manfredo.—4 pesetas.

46.—*Historia de la Literatura y del arte dramático en España*, por A. F. Schack, traducida directamente del alemán por D. E. de Mier: tomo II.—Contiene: la continuación del tomo anterior hasta la edad de oro del teatro español.—5 pesetas.

47.—Obras de D. V. de la Fuente: tomo III.—*Estudios críticos sobre la Historia y Derecho de Aragón*: tercera y última serie.—Contiene: Formación de la liga aristocrática.—Vísperas sicilianas.—Revoluciones desastrosas.—Reaparición de la Unión.—Las libertades de Aragón en tiempo de D. Pedro IV.—Los reyes enfermizos. Influencia de los Cerdanes.—Compromiso de Caspe.—La dinastía castellana.—Falseamiento de la Historia y el Derecho de Aragón en el siglo xv.—D. Fernando el Católico.—Sepulcros reales.—Serie de los Justicias de Aragón.—Conclusión.—5 pesetas.

48.—*Leyendas moriscas*, sacadas de varios manuscritos por D. F. Guillén Robles: tomo III y último.—Contiene: La conversión de Omar.—La batalla de Yermuk.—El hijo de Omar y la judía.—El alcázar del oro.—Alí y las cuarenta doncellas.—Batallas de Alexyab y de Jozaima. Muerte de Belal.—Maravillas que Dios mostró á Abraham en el mar.—Los dos amigos devotos.—El Antecristo y el día del juicio.—4 pesetas.

49.—*Historia del nuevo reino de Granada* (cuarta parte de los *Varones ilustres de Indias*), por Juan de Caste-

llanos, publicada por primera vez con un prólogo por D. Antonio Paz y Melia: tomo II y último, que termina con un índice de los nombres de personas citadas en esta cuarta parte y en las tres primeras publicadas en la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra.—5 pesetas.

50.—OBRAS DE D. J. VALERA: tomo II. — *Cuentos, diálogos y fantasías.*—Contiene: El pájaro verde.—Parsondes.—El bermejino prehistórico.—Asclepigenia.—Gopa.—Un poco de crematística.—La cordobesa.—La primavera.—La venganza de Atahualpa.— Dafnis y Cloe.—5 pesetas.

51.—*Historia de la literatura y del arte dramático en España*, por A. F. Schack, traducida directamente del alemán por D. E. de Mier: tomo III.—Contiene: la continuación de la materia anterior.—5 pesetas.

52.—OBRAS de D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo XII. —*La ciencia española*, tercera edición refundida y aumentada: tomo I, con un prólogo de D. Gumersindo Laverde y Ruiz.—Contiene: Indicaciones sobre la actividad intelectual de España en los tres últimos siglos.—De re bibliographica.—Mr. Masson redivivo.—Monografías expositivo-críticas. — Mr. Masson redimuerto. — Apéndices.—4 pesetas.

53.—OBRAS DE D. A. CÁNOVAS DEL CASTILLO: tomo V.—*Poesías.*—Contiene: Amores. — Quejas y desengaños. — Rimas varias.—Cantos lúgubres.—4 pesetas.

54.—OBRAS DE D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH: tomo I.—*Poesías*, con la biografía del autor, juicio crítico de sus obras por D. Aureliano Fernández-Guerra y retrato grabado por Maura: primera edición completa de las obras poéticas.—5 pesetas.

55.—*Discursos y artículos literarios* de D. Alejandro Pidal y Mon.—Un tomo con retrato del autor grabado por Maura.—Contiene: La Metafísica contra el naturalismo.—Fr. Luis de Granada.—José Selgas.—Epopeyas portuguesas. — Glorias asturianas. — Coronación de León XIII. — El P. Zeferino.—Menéndez y Pelayo.—Campoamor.—Pérez Hernández.— Frassinelli.—Epístolas.—Una madre cristiana.—Una visión anticipada.—El campo en Asturias.—5 pesetas.

56.—OBRAS DE D. A. CÁNOVAS DEL CASTILLO: tomo VI.—*Artes y letras.*—Contiene: De los asuntos respectivos

de las artes.—Del origen y vicisitudes del genuino teatro español.—Apéndice.—La libertad en las artes.—Apéndice.—Un poeta desconocido y anónimo.—5 pesetas.

57.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo XIII.—*La ciencia española:* tercera edición corregida y aumentada: tomo II.—Contiene: Dos artículos de D. Alejandro Pidal sobre las cartas anteriores.—In dubiis libertas.—La ciencia española bajo la Inquisición.—Cartas.—La Antoniana Margarita.—La patria de Raimundo Sabunde.—Instaurare omnia in Christo.—Apéndice. 5 pesetas.

58.—*Historia de la Literatura y del arte dramático en España*, por A. F. Schack, traducida directamente del alemán por D. E. de Mier: tomo IV.—Contiene: Fin de la materia anterior.—Edad de oro del teatro español.—5 pesetas.

59.—*Historia de la Literatura y del arte dramático en España*, por A. F. Schack, traducida directamente del alemán por D. E. de Mier: tomo V y último.—Contiene: Fin de la materia anterior.—Decadencia del teatro español en el siglo XVIII.—Irrupción y predominio del gusto francés.—Ultimos esfuerzos.—Apéndices.—5 pesetas.

60.—OBRAS DE D. J. VALERA: tomo III.—*Nuevos estudios críticos.*—Contiene: Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas.—El *Fausto* de Gœthe.—Shakespeare.—Psicología del amor.—Las escritoras en España y elogio de Santa Teresa. —Poetas líricos españoles del siglo XVIII.—De lo castizo de nuestra cultura en el siglo XVIII y en el presente.—De la moral y de la ortodoxia en los versos.—5 pesetas.

61.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo XIV.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo VII (siglo XIX).—5 pesetas.

62.—OBRAS DE D. SEVERO CATALINA: tomo I.—*La Mujer,* con un prólogo de D. Ramón de Campoamor: octava edición.—4 pesetas.

63.—OBRAS DE D. J. E. HARTZENBUSCH: tomo II.—*Fábulas:* primera edición completa.—5 pesetas.

64.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo XV.—*La ciencia española:* tomo III y último.—Contiene: Réplica al Padre Fonseca.—Inventario de la ciencia española:

Sagrada Escritura: Teología: Mística; Filosofía: Ciencias morales y políticas: Jurisprudencia: Filología: Estética: Ciencias históricas: Matemáticas: Ciencias militares: Ciencias físicas: 5 pesetas.

65.—OBRAS DE D. J. VALERA: tomo IV.—*Novelas:* tomo I, con un prólogo de D. Antonio Cánovas del Castillo.—Contiene: *Pepita Jiménez.—El Comendador Mendoza.* 5 pesetas.

66.—OBRAS DE D. J. VALERA: tomo V.—*Novelas:* tomo II.—Contiene: *Doña Luz.—Pasarse de listo.*—5 pesetas.

67.—OBRAS DE D. A. CÁNOVAS DEL CASTILLO: tomo VII.—*Estudios del reinado de Felipe IV:* tomo I.—Contiene: Revolución de Portugal: Textos y reflexión.—Negociación y rompimiento con la República inglesa.—5 pesetas.

68.—OBRAS DE D. J. E. HARTZENBUSCH: tomo III.—*Teatro:* tomo I.—Contiene: *Los amantes de Teruel.—Doña Mencía.—La Redoma encantada.*—5 pesetas.

69. OBRAS SUELTAS DE LUPERCIO Y BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA, coleccionadas é ilustradas por el conde de la Viñaza: tomo I.—Contiene las de Lupercio: Prólogo.—Poesías líricas.—Epístolas y poesías varias.—Obras dramáticas.—Opúsculos y discursos literarios.—Cartas eruditas y familiares.—Apéndices.—5 pesetas.

70.—*Rebelión de Pizarro en el Perú y Vida de D. Pedro Gasca,* por Calvete de Estrella, y un prólogo de D. A. Paz y Melia: tomo I.—5 pesetas.

71.—OBRAS DE D. A. CÁNOVAS DEL CASTILLO: tomo VIII.—*Estudios del reinado de Felipe IV:* tomo II.—Contiene: Antecedentes y relación crítica de la batalla de Rocroy. Apéndice luminoso con 27 documentos de interés.—5 pesetas.

72.—OBRAS DE D. SERAFÍN ESTÉBANEZ CALDERÓN: (*El Solitario*): tomo IV.—*Poesías.*—4 pesetas.

73.—*Poesías* de D. Enrique R. Saavedra, Duque de Rivas, con un prólogo de D. Manuel Cañete y retrato del autor, grabado por Maura: tomo único.—Contiene: Impresiones y fantasías.—Recuerdos.—Hojas de álbum.—Romances.—La hija de Alimenón.—Juramentos de amor. 4 pesetas.

74.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo XVI.—*Historia de las ideas estéticas en España,* tomo VIII (siglo XIX).—4 pesetas.

75.—OBRAS SUELTAS DE LUPERCIO Y BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA, coleccionadas é ilustradas por el conde de la Viñaza: tomo II.—Contiene las de Bartolomé Leonardo: Poesías líricas.—Sátiras.—Poesías varias.—Diálogos satíricos.—Opúsculos varios.—Cartas eruditas.—y familiares.—Apéndices.—5 pesetas.

76.—*Rebelión de Pizarro en el Perú y vida de D. Pedro Gasca*, por Calvete de Estrella: tomo II.—5 pesetas.

77.—OBRAS DE J. E. HARTZENBUSCH: tomo IV.—*Teatro:* tomo II.—Contiene: *La visionaria.—Los polvos de la madre Celestina.—Alfonso el Casto.—Primero yo.*—5 ptas.

78.—OBRAS DE D. J. VALERA: tomo VI.—*Novelas:* tomo III. Contiene: *Las ilusiones del Doctor Faustino.*—5 pesetas.

79.—PIDAL (MARQUÉS DE).—*Estudios históricos y literarios:* tomo I.—Con retrato del autor, grabado por Maura.—Contiene: la lengua castellana en los códigos.—La poesía y la historia.—Poema, crónica y romancero del Cid.—Un poema inédito.—Vida del rey Apolonio y de Santa María Egipciaca.—La poesía castellana de los siglos XIV y XV.—4 pesetas.

80.—*Sales españolas ó Agudezas del ingenio nacional*, recogidas por D. A. Paz y Melia.—Primera serie.—Contiene: Libro de Cetrería y profecía de Evangelista.—Carta burlesca de Godoy.—Privilegio de D. Juan II en favor de un hidalgo.—Carta del bachiller de Arcadia al capitán Salazar, y respuesta de éste.—Sermón de Aljubarrota.—Carta de D. Diego Hurtado de Mendoza á Feliciano de Silva.—Proverbios de D. Apóstol de Castilla. Carta del Monstruo satírico.—Libro de chistes de Luis de Pinedo.—Memorial de un pleito.—Carta hallada en el correo sin saber quién la enviaba.—Carta de un portugués.—Carta burlesca de Fr. Guillén de Peraza.—Descendencia de los Modorros.—Carta de Diego de Amburcea á Esteban de Ibarra.—Carta del Conde de Lemos á Bartolomé L. de Argensola. — Carta de Ustarroz al maestro Gil González Dávila.—Epitafios y dichos portugueses.—Carta de un quidam al Castellano de Milán. Carta ridícula de Diego Monfor.—Mundi novi y diálogo.—Carta sobre el destierro del Duque de Escalona.—Cartas del Arcediano de Cuenca al cura de Pareja. Nota de las cosas particulares del anticuario D. Juan Flores.—5 pesetas.

81.—Obras de D. A. Cánovas del Castillo: tomo IX.—*Problemas contemporáneos*: tomo III.—Contiene: Ejercicio de la soberania en las democracias modernas.—Las revoluciones de la edad moderna.—Clasificación de los sistemas democráticos. — La democracia pura en Suiza.—La democracia del régimen mixto en los cantones suizos.—La soberanía ejercida en Suiza por la Confederación.—El régimen municipal.—La democracia de los Estados Unidos.—El conflicto de la soberania en los Estados Unidos y en Suiza.—Principios teóricos de la democracia francesa.—Conclusiones.—El juicio por jurados y el partido liberal conservador.—La economía política y la democracia economista en España. — La producción de cereales en España y los actuales derechos arancelarios.—Necesidad de proteger á la par que la de cereales, la producción española en general.—De cómo he venido yo á ser doctrinalmente proteccionista. La cuestión obrera y su nuevo carácter.—De los resultados de la conferencia de Berlín y del estado oficial de la cuestión obrera.—Ultimas consideraciones.—5 pesetas.

82.—Obras literarias de D. Manuel Silvela.—5 pesetas.

83.—Pidal (Marqués de).—*Estudios históricos y literarios:* tomo II.—Contiene: Vida del trovador Juan Rodríguez del Padrón.—D. Alonso de Cartagena.—El Centón epistolario.—Juan de Valdés y el *Diálogo de la lengua.* Fr. Pedro Malón de Chaide.—¿Tomé de Burguillos y Lope de Vega son una misma persona?—Observaciones sobre la poesia dramática.—Viajes por Galicia en 1836.—Recuerdos de un viaje á Toledo en 1842.—Descubrimientos en América.—Poesías.—4 pesetas.

84.—Obras de D. Juan Valera: tomo VII.—*Disertaciones y Juicios literarios.*—Contiene: Sobre el *Quijote.*—La libertad en el arte.—Sobre la ciencia del lenguaje.—Del influjo de la Inquisición en la decadencia de la literatura española. — La originalidad y el plagio. — Vida de Lord Byron.—De la perversión moral de la España de nuestros días.—De la filosofía española.—Poesía lírica.—Estudios sobre la Edad Media.—Obras de D. Antonio Aparici y Guijarro.—Sobre el Amadís de Gaula.—Las Cantigas del Rey Sabio.—5 pesetas.

85.—*Cancionero de la Rosa*, por D. Juan Pérez de Guzmán: tomo I.—Contiene: Manojo de la poesía castella-

na, formado con las mejores producciones líricas consagradas á la reina de las flores durante los siglos XVI, XVII, XVIII y XIX, por los poetas de los dos mundos.—Tomo I, 5 pesetas.

86.—Obras de Andrés Bello: tomo IV: *Opúsculos gramaticales:* tomo I.—Contiene: Ortología.—Arte métrica.—Apéndices.—4 pesetas.

87.—Duque de Berwick.—*Relación de la conquista de los reinos de Nápoles y Sicilia.* — *Viaje á Rusia:* Prólogo de D. A. Paz y Melia.—5 pesetas.

88.—Fernández-Duro (D. Cesáreo).—Estudios históricos.—*Derrota de los Gelves.*—*Antonio Pérez en Inglaterra y Francia:* un tomo.—5 pesetas.

89.—Obras de Andrés Bello: tomo V.—*Opúsculos gramaticales:* tomo II.—Contiene: Análisis ideológica.—Compendio de gramática castellana.— Opúsculos.—4 pesetas.

90.—*Rimas de D. Vicente W. Querol:* un tomo, 4 pesetas.

91.—*Cancionero de la Rosa,* por D. Juan Pérez de Guzmán: tomo II.—Contiene: *Manojo de la poesía castellana,* formado con las mejores producciones líricas consagradas á la reina de las flores durante el siglo XIX por los poetas de los dos mundos.—Tomo II, 5 pesetas.

92.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo XVII.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo IX (siglo XIX).—5 pesetas.

93.—Obras de D. J. E. Hartzenbusch: tomo V.—*Teatro.*—Tomo III. Contiene: *El Bachiller Mendarías.*—*Honoria.*—*Derechos póstumos.*—5 pesetas.

94.—*Relaciones de los sucesos de la Monarquía española desde 1654 á 1658,* por D. Jerónimo Barrionuevo de Peralta, con algunas de sus obras poéticas y dramáticas y la biografía del autor, por D. A. Paz y Melia: tomo I.—5 pesetas.

95.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo XVIII.—*Ensayo de crítica filosófica.* Contiene: De las vicisitudes de la Filosofía platónica en España.—De los orígenes del criticismo y del escepticismo, y especialmente de los precursores españoles de Kant.—Algunas consideraciones sobre Francisco de Vitoria y los orígenes del derecho de gentes: tomo, 4 pesetas.

96.—*Relaciones de los sucesos de la Monarquía española*

desde 1654 á 1658, por D. Jerónimo Barrionuevo de Peralta: tomo II.—5 pesetas.

97.—*Historia crítica de la poesía castellana en el siglo XVIII*, por el marqués de Valmar: tomo I. — 5 pesetas.

98.—Obras de Fernán Caballero: tomo I. Contiene: Fernán Caballero y la novela contemporánea.—*La familia de Alvareda.*—5 pesetas.

99.—*Relaciones de los sucesos de la Monarquía española desde 1654 á 1658*, por D. Jerónimo Barrionuevo de Peralta: tomo III.—5 pesetas.

100.—*Historia crítica de la poesía castellana en el siglo XVIII*, por el marqués de Valmar: tomo II.—5 ptas.

101.—Obras de D. Serafín Estébanez Calderón *(El Solitario)*: tomo V. — *Novelas, Cuentos y Artículos.*—4 pesetas.

102.—*Historia crítica de la poesía castellana en el siglo XVIII*, por el marqués de Valmar: tomo III y último.—5 pesetas.

103.—*Relaciones de los sucesos de la Monarquía española desde 1654 á 1658*, por D. Jerónimo Barrionuevo de Peralta: tomo IV y último.—5 pesetas.

104.—*Memorias de D. José García de León y Pizarro:* tomo I (de 1770 á 1814).—5 pesetas.

105.—Obras completas del Duque de Rivas: tomo I.—*poesías.*—5 pesetas.

106.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: *Estudios de crítica literaria.*—Segunda serie —4 pesetas.

107.—Obras de Fernán Caballero: tomo II.—*La Gaviota.* 5 pesetas.

108.—Obras completas del Duque de Rivas: tomo II.—*Poesías.*—5 pesetas.

109.—*Memorias de D. José García de León y Pizarro:* tomo II.—5 pesetas.

110.—*Ocios poéticos*, por D. Ignacio Montes de Oca: un tomo, 4 pesetas.

111.—Obras de Fernán Caballero: tomo III.—*Clemencia.* 5 pesetas.

112.—*Memorias de D. José García de León y Pizarro:* tomo III.—5 pesetas.

113.—Obras completas del Duque de Rivas: tomo III.—*El moro expósito.*—5 pesetas.

114.—Obras de Fernán Caballero: tomo IV.—*Lágrimas.* 5 pesetas.

115.—Obras completas del Duque de Rivas: tomo IV—*Romances históricos.*—5 pesetas.

116.—*Estudios de historia y de crítica literaria*, por el Marqués de Valmar.—4 pesetas.

117.—Obras Completas del Duque de Rivas: tomo V.—*Tragedias y Leyendas.*—5 pesetas.

118.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo. *Estudios de crítica literaria.*—Tercera serie.—4 pesetas.

119.—*Oraciones fúnebres* por D. Ignacio Montes de Oca; un tomo, 4 pesetas.

120.—Obras completas del Duque de Rivas: tomo VI.—*Dramas y Comedias.*—5 pesetas.

121.—*Sales españolas ó Agudezas del ingenio nacional*, recogidas por D. A. Paz y Mélia.—Segunda serie.—Contiene: Diálogo de Villalobos.—Cuentos de Garibay.—Carta de las setenta y dos necedades.—Cuentos recogidos por D. Juan de Arguijo.—Cartas inéditas de Eugenio de Salazar.—Carta del licenciado Claros de la Plaza, al maestro Lisarte de la Llana.—Máscara en el convento de Trinitarias de Madrid.—Memorial al Presidente de Castilla.—Descripción del Escorial.—Poesía macarrónica á Baldo.—Poema macarrónico de Merlín á la entrada del Almirante en Cádiz.—Pepinada: Poesía macarrónica de Sánchez Barbero.—5 pesetas.

122.—Obras de Fernán Caballero: tomo V.—Contiene: *Elia ó la España treinta años há.—Con mal ó con bien á los tuyos te ten.—El último consuelo.*—5 pesetas.

123.—Obras de Andrés Bello: tomo VI.—*Gramática de la lengua castellana:* tomo I.—5 pesetas.

124.—Obras completas del Duque de Rivas: tomo VII.—*Dramas y Comedias.*—5 pesetas.

125.—Obras de Fernán Caballero: tomo VI.—Contiene: *Una en otra.—Un verano en Bornos:—Lady Virginia.*—5 pesetas.

126.—Crónica de Enrique IV, escrita en latín por Alonso de Palencia: *(Décadas de sucesos de su tiempo).* Traducción castellana por D. A. Paz y Melia.—Tomo I.—5 pesetas.

127.—Crónica de Enrique IV, escrita en latín por A. de Palencia.—Tomo II.—5 pesetas.

128.—Obras de Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo: *Corrección de vicios y la sabia Flora Malsabidilla*, tomo I.—5 pesetas.

129.—Obras de Andrés Bello: tomo VII.—*Gramática de la lengua castellana*, tomo II.—5 pesetas.

130.—*Crónica de Enrique IV*, escrita en latín por A. de Palencia.—Tomo III.—5 pesetas.

131.—Obras de Fernán Caballero: tomo VII.—Contiene: *La Estrella de Vandalia.—¡Pobre Dolores!—Un Servilón y un Liberaliio, ó Tres almas de Dios.*—5 pesetas.

132.—Obras de Fernán Caballero: tomo VIII.—Contiene: *Simón Verde.—La Farisea.—Vulgaridad y nobleza.—Deudas pagadas.—La maldición paterna.—Leonor.—Los dos memoriales.*—5 pesetas.

133.—Obras de Fernán Caballero: tomo IX.—Contiene: *Estar de más.—Magdalena.—La Corruptora y la buena maestra.—Las dos Gracias ó la expiación.—Callar en vida y perdonar en muerte.—No transige la conciencia.*—5 pesetas.

134.—*Crónica de Enrique IV*, escrita en latín por A. de Palencia.—Tomo IV.—5 pesetas.

135.—Obras de Fernán Caballero: tomo X.—Contiene: *La Flor de las ruinas.—Los dos amigos.—La hija del Sol. Justa y Rufina.—Más largo es el tiempo que la fortuna. Cosa cumplida... sólo en la otra vida.*—5 pesetas.

136.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: *Estudios de crítica literaria.*—Cuarta serie.—5 pesetas.

Ejemplares de tiradas especiales de 6 á 250 pesetas.

EN PREPARACIÓN

Obras del Duque de Rivas, tomo VIII.
Corrección de vicios, tomo II.
Estudios de crítica literaria, Quinta serie
Crónica de Enrique IV, tomo V.

COLECCION

DE

ESCRITORES CASTELLANOS

NOVELISTAS


EX-LIBRIS.

OBRAS COMPLETAS

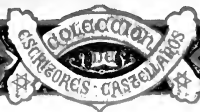
DE

FERNÁN CABALLERO

LA FLOR DE LAS RUINAS
LOS DOS AMIGOS.—LA HIJA DEL
SOL.—JUSTA Y RUFINA.—MAS LARGO
ES EL TIEMPO QUE LA FORTUNA.
COSA CUMPLIDA... SOLO
EN LA OTRA VIDA.

TIRADAS ESPECIALES

50 ejemplares en papel de hilo del............ 1 al 50
10 » en papel China del............. I al X



FERNAN CABALLERO

OBRAS COMPLETAS

NOVELAS

X

LA FLOR DE LAS RUINAS
LOS DOS AMIGOS.—LA HIJA DEL SOL
JUSTA Y RUFINA
MÁS LARGO ES EL TIEMPO QUE LA FORTUNA
COSA CUMPLIDA... SÓLO EN LA OTRA VIDA



MADRID
TIPOGRAFÍA DE LA «REVISTA DE ARCHIVOS»
Infantas, 42, bajo izquierda.
1908



LA FLOR DE LAS RUINAS



LA FLOR DE LAS RUINAS

CAPITULO PRIMERO


principios de este siglo, y antes de la invasión de los franceses en la península Ibérica, se había reunido una numerosa sociedad en una de las casas de campo que circundan á Lisboa como macetas de flores.

Entonces la política estaba circunscrita al Gobierno. ¡Ojalá sucediese hoy lo mismo! Así podríamos decirle con el descanso que exclamaba un marido al contemplar el panteón de su mujer:

Ci gît ma femme... ¡Ah! qu'elle est bien
Pour son repos, et pour le mien!

(Aquí yace mi mujer...
Ella descansa, y yo también.)

De esto resultaba que en las sociedades no disputaban, sino que se divertían los concurrentes. No tomaban los hombres para darse importancia y talante de hombres públicos

esos afectados aires de *madurez*, harto desmentidos en la vida privada, ni se anticipaba una agria y criticadora vejez. Por el contrario, se prolongaba, alguna vez con exceso, una alegre y móvil juventud; lo que, á lo menos, no hacía á los hombres antipáticos, hipócritas y arrogantes, ni peor al Gobierno.

Las mujeres, sin tener pretensiones algunas al espíritu de independencia que les quieren inocular las ideas avanzadas, no aspiraban á ser *libres;* pero eran de hecho SOBERANAS; lo que engendraba el buen gusto y finura de aquella sociedad. La influencia de la mujer es la más selecta cultura que recibe el hombre.

La señora de la casa en que se hallaba reunida la sociedad que hemos mencionado estaba sentada á la mesa, cubierta ésta de un opíparo refresco. A pesar de que había pasado su primera juventud, era aún muy bella; y aunque con su acostumbrado buen trato se ocupaba sin cesar de las personas que tenía á su lado, sus negros y hermosos ojos no se apartaban de un joven elegante y bien parecido que estaba sentado á los pies de la mesa. Uno de sus vecinos, que era íntimo amigo de la casa, lo notó y se sonrió. Entonces ella le dijo en queda y conmovida voz:

—¿No es cierto que es muy hermoso?

—Como que es su retrato de usted—contestó su amigo.

—No, no—repuso la señora;— yo soy pequeña, y él tiene la persona de su padre.

—Verdad es—contestó el vecino—que tiene la aventajada estatura de su padre; lo que no obsta á que tenga las perfectas facciones de su madre.

Este hijo acababa de llegar de Inglaterra, en donde su padre, que era cónsul extranjero, había dispuesto que se educase; y en regocijo de su regreso se daba la presente fiesta.

Habíase la concurrencia levantado de la mesa y formaba ahora diferentes grupos, unos cerca del piano, otros al lado de las mesas de juego y otros en el terrado ante la casa, para gozar del fresco y de la hermosa vista que desde allí se extendía en prolongada lontananza, más bella aún á la mágica luz de la luna que, reflejada en el mar, le daba un brillante horizonte de plata.

La dueña de la casa se sentó al lado de la abierta puerta del jardín, y á poco el recién llegado vino á sentarse á su lado.

—¡Qué hermoso es esto, madre mía!—exclamó con entusiasmo.

—Con que... ¿no has olvidado del todo á tu patria en los diez años que has estado ausente, hijo mío?

—¡Oh, no!—contestó el joven.— Pero las imágenes que conservaba mi memoria eran las que vi en mi niñez con mis ojos de niño, y que son, por consiguiente, completamente distintas de las que percibo ahora.

—¿Y cuáles te agradan más?

—Me sería difícil decirlo, señora. Lo que sí puedo asegurar á ustedes que lo que ahora veo tiene la ventaja de una sorpresa admirativa, sin haber perdido el indefinible encanto que el recuerdo le presta.. Así es que gozan á un tiempo mis ojos y mi corazón.

—¿Te parece, pues, bella, aun viniendo de Londres, nuestra Lisboa?—preguntó con patrio orgullo la hermosa portuguesa.

—Bellísima, madre. ¿Cómo no me lo había de parecer la hermosa ciudad, cuyos pies besan el Tajo con sus dulces labios y el océano con sus saladas olas, y que, retirándose de ambos, como altiva doncella, se refugia á las faldas de su madre, que la corona de mirtos, azahares y jazmines como á una ninfa?

—¿La amas, pues, más que á la soberbia Inglaterra?—preguntó con gozo su madre.

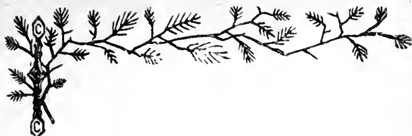
—Sí, por cierto. Inglaterra es grande y bella; pero lo es como una estatua de mármol. Tiene el porte digno y frío de una princesa, y no inspira amor y simpatía. Así es que todo inglés que puede hacerlo vive la

mitad de su vida ausente de su patria; y nosotros no nos hallamos sino en ella. Y es que ellos aman á su país por reflexión, y nosotros al nuestro por sentimiento. Que hayan los ingleses formado á su país ó que su país los forme á ellos, de ambas maneras preside á esta obra de cabeza la frialdad. Así es que en aquel país se piensa más, y en el nuestro se siente más; el inglés ADMIRA á su país, nosotros AMAMOS al nuestro.

—¡Muy cierto!—exclamó la madre.— Tu padre me llevó recién casada á Inglaterra. Todo lo hallé muy hermoso en aquel país de las perfecciones materiales; pero, hijo mío —añadió, poniendo su mano sobre su corazón,— este rinconcito que tenemos aquí no lo hay allí! (1)

---

(1) Bellísima y significativa expresión de una señora española á su regreso de Londres.



CAPITULO II

Tenía Pedro, que así se llamaba el recién llegado, una naturaleza esencial y profundamente poética. No porque tuviese una imaginación vasta y creadora, sino porque tenía un manantial perenne de poesía en su corazón. Por lo cual, si bien no expresaba un pensamiento bello engarzado en buenos versos, lo impregnaba todo de ese maná poético bajado del cielo sobre esta árida vida, sin que por eso prestase una disposición ó viso *romanesco* á las cosas, pues para él era lo poético lo sencillo y lo cuotidiano, pero no lo extravagante. Su ideal era restricto, y alumbraba con su divina luz interna cada objeto, aunque pequeño, siempre que fuese por naturaleza bueno, inocente y sincero. Apartábase instintivamente de los volcanes y sus ardientes lavas las pasiones; de los fuegos fatuos, de las falsas brillantes ideas, del ruido y de la pompa de la retumbante palabrería, teniendo, cual los Reyes de

Oriente, una estrella en el cielo, á la que con fe ciega seguía.

De este modo resultaba que era Pedro un joven modesto y reconcentrado, porque sólo en su madre hallaba aquella paridad de ideas y de sentimientos, que inspiran y engendran una entera confianza. Divorciado por inclinación y por deber de todos los vicios, no había intimado con los jóvenes de su edad, que los suelen ostentar, no sabemos si como prerrogativas, si como despreocupaciones, si como gracias, ó como trofeos de rebeldía.

Así sucedía que solía pasear solo, sin dejar por eso de gozar entre aquellos mirtos y laureles, que hacen del de Lisboa uno de los más bellos paseos de Europa.

Muchas veces había notado Pedro con extrañeza á una joven de condición humilde, pero de hermosura notable, que se sentaba solitaria en uno de los bancos del paseo, y que puesta la mano en la mejilla, no levantaba sus ojos del suelo sino para fijarlos en él. Había en aquellas miradas una mezcla de tristeza, de inocencia ó ignorancia de los usos establecidos, unida á un interés tan sentido, sin ser provocado por el que lo inspiraba, que no pudo menos de sorprenderle. Pero en el sentir delicado de Pedro, lo chocante de la provocación superó todo el atractivo que la hermosura y todo el interés que la tris-

teza debían naturalmente inspirarle. Cada tarde hallaba Pedro á la muchacha en el mismo sitio; cada tarde veía á algunos jóvenes calaveras, á quienes aquella linda aparición atraía, rudamente rechazados, y cada tarde era más marcado el dolor que se iba grabando profundamente en aquel rostro joven y hermoso.

Dice Kératry que Dios ha dado la compasión por abogada á la desgracia. Así sucedió que algunos días después, al llegar la entrada de la noche, y al notar que la muchacha se levantaba para retirarse, y que por despedida fijaba en él sus grandes ojos, de los que corrían abundantes lágrimas, Pedro, á pesar de la timidez de su carácter y de la rigidez de su conducta, fué arrastrado á seguirla, más por la compasión que las lágrimas inspiran, que no por la seducción que la belleza ejerce.

Después que en su seguimiento se hubo internado por algunas calles solitarias, Pedro se acercó á ella, y le preguntó con timidez si le aquejaba algún pesar, y si era de naturaleza que pudiese él remediarlo ó aliviarlo.

—¡Soy muy desgraciada!—contestó ella, prorrumpiendo en un amargo llanto.

—¿Cuál es su desgracia?

—No puedo decirla.

—Así no hallará consuelo. ¿Por qué viene usted todas las tardes al paseo?

—Antes venía porque me obligaban; ahora vengo por mi propia voluntad.

—¿Quién era, y cuál el motivo que la obligaba á usted, tan linda y tan niña, á venir sola á un paseo público?

— No puedo decirlo.

— ¿Y por qué viene usted ahora de *motu proprio*?

La muchacha calló. Pedro repitió su pregunta.

— ¿Qué le importa á usted? — respondió ella con una mezcla de despecho, de aflicción y de *brusquería*, que, aunque unidos, se hacían cada cual palpables en sus palabras duras, en su acento amargo y en sus dolorosas lágrimas.

— Me importa, puesto que lo pregunto, — dijo Pedro.

— ¿Y por qué le importa á usted?

— Porque me interesa usted.

— ¿De veras? — exclamó ella.

— Muy de veras, — respondió Pedro. — Dígame usted, pues, el motivo de su aflicción.

— ¡No puede ser! Si le intereso, demuéstremelo de otra suerte que no con preguntas.

Pedro sacó del bolsillo una moneda de oro, que presentó á su interlocutora.

— ¡Eso no! — exclamó ésta con vehemencia.—No me lo demuestre usted ni con pre-

guntas ni con monedas. Las unas demuestran curiosidad; las otras, caridad; pero ninguna demuestra...

Se detuvo y añadió con tristeza:

— ¡Interés!

— Deje usted que la acompañe á su casa, — dijo Pedro, cada vez más empeñado, y cada vez más interesado por aquella extraña mujer.

Esta no pudo disimular un estremecimiento, y exclamó:

— ¡No, no! ¡Ni pensarlo! ¡Eso no puede ser!

— ¿Es usted casada? — preguntó Pedro.

— Ni soy casada, ni me casaré nunca, ¡nunca!

— Entonces, ¿en qué puedo servirla? — tornó á preguntar Pedro, absorto de encontrar tantas anomalías, tan extrañas reticencias en aquella criatura singular.

— ¿Servirme? En nada puede usted servirme, — repuso ella.

— Pues ¿en qué puedo al menos complacerla y mostrarla mi interés?

— Con dejarme que le mire, que le hable y que le ame, sin rechazarme, como hasta aquí ha hecho usted.

El morigerado carácter de Pedro, la delicadeza de sus ideas y sentimientos en cuanto á la reserva y modestia de la mujer, tan ins-

tintivas en ella que no necesita la educación ingerírselas, llevaron un rudo choque al oir aquellas palabras.

Viendo que callaba, la joven volvió á prorrumpir en un amargo llanto, exclamando:

—¡Madre, madre! ¿Por qué me pariste? ¡Qué crueles son los hombres todos!

—Pero... ¿y si yo la amase á usted á mi vez, como de cierto sucedería?—preguntó Pedro.

—¿Y qué mal habría en eso?—repuso ella.

—Es—dijo Pedro—que yo no puedo ni debo amar sin saber á quién amo: á un ente misterioso que se oculta de mí; á una mujer que, cual una nube, aparece sin saber de dónde viene, y cual aquélla, puede desaparecer sin que se sepa dónde irá.

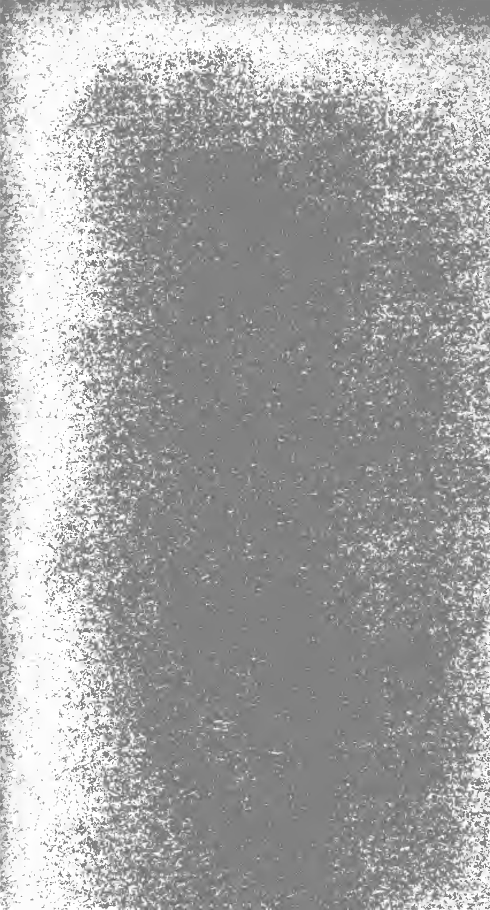
—Yo creía—repuso ella—que el amor no hacía más pregunta, ni necesitaba saber más, sino si era correspondido; pero ya veo que hasta para amarse se pide pasaporte. ¡Adiós! ¡Olvide usted á una infeliz, que creyó por un momento hallar un corazón que le diese sólo un poco de amor, en cambio de todo el suyo!

Diciendo esto, se alejó. Pedro corrió tras ella. Entonces la muchacha se paró, y le dijo, cruzando sus manos:

— ¡Por Dios! ¡por Dios! ¡No me siga usted! ¡Le juro que mañana me hallará en la alameda!

Y rápida como esas exhalaciones que se ven sin dar tiempo á fijarlas, desapareció cual ellas en la oscuridad.







CAPITULO III

Al día siguiente Pedro, sin premeditada intención, y aun sin notarlo, salió más temprano que otras tardes para ir á su acostumbrado paseo. Mas, á pesar de eso, cuando llegó, ya estaba aquella extraña muchacha en su misma actitud triste, en su acostumbrado asiento.

Al poco rato se levantó y salió del paseo. Pedro la siguió á distancia, hasta que, internados por calles solitarias, y debilitada la luz del día por la total ausencia del sol, pudo alcanzarla y dirigirle la palabra sin que fuese notado.

Cuanto por ambas partes se dijeron fué con poca variación lo que se habían dicho la tarde antes, acabando la entrevista, por parte de ella, con la vehemente y angustiosa prohibición de que la siguiese, y la promesa de volver á la tarde siguiente. Cada tarde volvía Pedro más empeñado, más interesado y más seducido por aquella hermosa joven, que era á un tiempo tan delicada y tan in-

culta, tan sentida y tan áspera, tan franca y tan misteriosa; llegando esta última peculiaridad al extremo de no poder averiguar Pedro lo más mínimo sobre su persona, su familia y su condición.

Por más que la reciente confianza que se establece entre dos personas que sienten ambas, como por mitad, un mismo sentimiento, autorizase á Pedro á ser exigente en sus preguntas, y obligase á ella á ser franca en sus respuestas, nada supo Pedro, porque la tierna y feliz joven que sonreía con dulzura, se tornaba al oir sus preguntas en taciturna y áspera; y si él persistía, ella le amenazaba con alejarse para siempre de su lado. Sobre lo que más insistía Pedro, que era en saber su domicilio, no pudo nunca arrancarle otra respuesta que la singular y afirmativa repetición de que vivía entre ruinas, sirviéndole esta declaración á un tiempo de respuesta á las indagaciones de su amante, y de pretexto para no introducirle en su casa. Así era que Pedro, á falta de otro nombre, le había puesto el de FLOR DE LAS RUINAS; pues mientras existan el amor y la poesía, siempre será la flor el emblema de una hermosa, ó de una querida joven.

El amor y la poética mente de Pedro unas veces le llevaban á pensar que fuese la que amaba alguna huérfana encerrada desde

niña en algún convento ó instituto de enseñanza, que hallaba medio de disfrazarse y escapar por algunas horas de su encierro; otras conjeturaba que podría ser un miembro de alguna familia arruinada, que vivía aislada y oscuramente en algún ángulo de su derruída casa solariega; otras, en fin, se estremecía con la idea de que pudiese ser alguna mal casada que huyese sigilosamente del techo conyugal. Sobre esto le tranquilizaba la seguridad que le había dado ella de que no era casada; pero al mismo tiempo le había dado otra, y era que no se casaría nunca. ¿Ligábala quizás algún voto? Si había vivido reclusa, ¿cómo era tan atrevida y tan llena de decisión? Si había vivido en el mundo, ¿cómo era tan completamente ignorante de sus usos, de sus miramientos, y casi de su lenguaje? Pedro se perdía en sus conjeturas, se desesperaba en medio del caos de confusiones en que vivía, gracias al capricho de una niña, que le dominaba y seducía, á pesar de su temprana razón y de la severa delicadeza de su sentir.

Pedro había exigido, para que sus relaciones no fuesen notadas, — cosa de que por una de sus muchas anomalías no parecía cuidarse su querida, — que ésta no volviese á la alameda, y que fuesen sus entrevistas en un lugar más apartado y solitario. Siempre

en estas citas ella se adelantaba á Pedro; y la señal para encontrarla era la que en el Mediodía prefiere el amor, porque es el idioma del corazón, esto es, el canto, en que á la vez expresa su pensamiento con la letra y su sentir con la armonía. Pedro apresuraba sus pasos cuando llegaba á sus oídos una voz clara y sonora que cantaba estas y otras parecidas estrofas:

He de amar; amar eu quero,
Pro mas que murmure a gente;
Q' esa gente que murmura,
Tal vez nao seja inocente.
Se o amar fora pecado,
Era eu gran pecador;
Mas o ceu facil perdoa
Culpa que nasce d' amor.
(He de amar; amar yo quiero,
Aunque murmure la gente;
Que esa gente que murmura,
Tal vez no sea inocente.
Si el amar fuese pecado,
Yo fuera gran pecador;
Mas perdona el cielo fácil
Culpa que nace de amor.)

Cuando ella le divisaba, salíale alegre y ligera al encuentro, se asía á su brazo como el pámpano á la rama del olmo, y paseaban en el crepúsculo abstraídos de todo, sin pensar en el AYER ni en el MAÑANA, que amargan el HOY con recuerdos, y con cuidados lo agitan; desapareciendo de un todo el sol sin que

lo notasen, y acudiendo en el cielo las estrellas sin que las percibiesen. Porque el sol y las estrellas de su existencia eran aquellos momentos en que reunidos paseaban, y en los que se embelesaban repitiendo las eternas variaciones de aquellas palabras TE AMO, que, según dice un autor, nunca envejecen.

De esta suerte pasó la primavera, la que con otras flores había visto brotar y amparado este amor al aire libre, entre el cielo y la tierra, en medio de las flores, como el amor de los pájaros, como el de las mariposas; cantando cual aquéllos, jugando cual éstas, sin pensar en el mañana cual unas y otros! Pero pasó la primavera y su hermano el verano, siguiendo el otoño, que acorta las tardes y enturbia su cielo, y las entrevistas de los amantes se hicieron más cortas y menos frecuentes. Entonces Pedro resolvió salir de la situación singular y subyugada en que se hallaba.

Tenía él una gran ventaja para poder imponer su voluntad, aun en el corto reinado de la mujer, esto es, en el tiempo que es amada, y era la que tiene aquel de los dos amantes que es querido con más pasión que la que él mismo siente. Así fué que, confiado en el ascendiente que ejercía sobre su querida, le intimó la terminante resolución que tenía de hacerla optar entre la alternativa de termi-

nar unas relaciones envueltas en un misterio que desunía sus almas, y que no podían satisfacer de esta suerte ni á su corazón ni á su razón, ó de introducirle con franqueza y lealtad en su domicilio y en su vida interior.

—¿Para qué quieres—le dijo ella, apurada y cariñosa — conocer LAS RUINAS? ¿No te basta LA FLOR?

—Bástame la flor, — respondió Pedro;— pero la quiero con raíces, la quiero sacar de sus ruinas, y traerla á un suelo que sea mío, y en que pueda cultivarla, sin temor de que me sea arrebatada.

— LA FLOR DE LAS RUINAS tiene espinas, y sabe guardarse, — repuso ella; —y no puede — añadió con tristeza — transportarse! Además... ¡las ruinas van á desprestigiar á la flor!

— Más la desprestigiará esta prolongada y singular ocultación, —dijo Pedro.

La pobre y apurada niña rehusó, suplicó, lloró; pero fué inútilmente. Pedro, exasperado por su obstinada negativa, insistió inflexiblemente en su determinación, y la pobre FLOR DE LAS RUINAS cedió al fin con violenta repugnancia y profundo dolor, fijando, para complacer á su amante un determinado día.



CAPITULO IV

Por aquel tiempo había en la parte alta de Lisboa un barrio que destruyó el terremoto de 1755, y que no había sido reedificado. Formaba anchas calles de ruinas sin belleza ni prestigio, decrépitas sin recuerdos, viejas sin nobleza, restos sin antecedentes y sin la solemne calma de la muerte, como los tienen las ruinas que hace el tiempo, teniendo aquéllas el repulsivo sello de la destrucción, como las que hace el hombre, ó produce un cataclismo.

Alzábanse aún trozos de paredes con los huecos que tuvieron; pero los unos, despojados de sus vidrieras y celosías, parecían ojos sin párpados, y los otros, privados de sus puertas, parecían entradas de cuevas. Los patios y las habitaciones, en alberca y rellenos de escombros, mostraban por sola gala alguna díscola ortiga ó algún silencioso lagarto, que vestía del color de las piedras para no ser apercibido. Un débil eco respondía

desde algún lóbrego pasadizo con exhausta é indistinta voz á las melancólicas reflexiones que infundían y hacían formular al que las pisaba aquella aglomeración de cosas finadas. ¡Nada quedaba de lo que les diera vida! Con sus moradores habían desaparecido las bellezas, los adornos y las comodidades con que aun la más modesta existencia suaviza su domicilio, como los pájaros sus nidos con plumas y musgo. Nada podía verse que fuese más antipático á la vista y al sentir que aquellas filas de aglomeradas y desnudas ruinas, que parecían la residencia del misterio absoluto, la mansión del crimen impune y el refugio de la desolación solitaria.

Verdad es que al pie de la altura en que se hallaban estaba el magnífico paseo, en el que, entre mirtos y laureles, paseaba la elegante muchedumbre. Verdad es que algo más lejos, y á orillas del Tajo, corrían presurosos por las soberbias plazas el comercio y la vida. ¡Pero estaban separados de los tristes vestigios de la gran catástrofe por lo que desune y aparta más que la distancia, que es el abandono; por lo que anonada y destruye más que la muerte, que es el olvido!

No obstante, ¿dónde habrá lugar en que no se encuentre la vida, cuando hasta en la caja en que se encierra un cadáver y es sepultado en las entrañas de la tierra renace?

Así era que, aun entre aquellos desamparados y lóbregos esqueletos de los que fueron edificios, se había instalado alguno que otro de esos parias voluntarios que viven aislados, porque ese aislamiento que se compadece, á ellos les simpatiza ó les conviene.

Una techumbre de aneas, un pedazo de estera colgado ante los huecos de las ventanas, algunas malas tablas unidas unas á otras por la parte alta, y por la parte baja por barrotes, y cerradas por el interior con una tranca formando puerta, eran los reparos hechos para hacer habitables parte de aquellas ruinas. En lo que habían sido habitaciones interiores y en los patios y corrales, se veían algunos cerdos arrellanarse como sibaritas sobre camas de inamovibles inmundicias, y algún gallo flaco subido en lo más elevado de los amontonados escombros, cacareando con la arrogancia que gastar pudiera aquel guerreador que hubiese tenido la infausta gloria de haberlas hecho.

¡Cuál no sería, pues, el espanto de Pedro, cuando, precedido de su guía, llegó á este lugar de desolación, que fué al que lo condujo, y cuando, empujando una de las descritas puertas, le introdujo en uno de aquellos antros lóbregos y miserables!

— ¿Adónde me conduces? — exclamó Pedro con horror, deteniéndose á la entrada.

—¿No te lo decía yo? —respondió ella con abatimiento.—¿No te lo decía? ¡Que las ruinas despojarían á la flor de su prestigio!

—Pero—exclamó Pedro—¿por qué no me has confiado la manera miserable en que vivías? ¿Por qué con inconcebible extrañamiento y orgullo has rehusado los socorros del hombre que te amaba?

—No podía admitirlos, en vista de que no puedo variar en un ápice mi existencia.

—¿Por qué?

—Porque soy esclava.

—¡Esclava! ¿De quién?

—De mis perversos hermanos. He intentado libertarme y huir de su cruel tiranía, ¡y siempre estos ensayos me han salido fallidos y me han costado caro! Mira esta cicatriz en mi cuello, este brazo aún sin movimiento por una dislocación que ha sufrido, y comprenderás, no sólo el yugo que sobre mí pesa, sino también el peligro en que estaría mi vida si me escapase de ellos, pues en todo lugar que me escondiese sabría encontrarme su puñal.

—¿Y á qué te obligan, infeliz?

—Me obligan á cuidar de su casa y á preparar sus alimentos. Me obligan ¡gran Dios! á traerles aquí á aquellos hombres ricos que, imprudentes, se obstinan en seguir mis pasos cuando me fuerzan á ir para ser vista á los sitios públicos.

—¿Qué dices?—exclamó Pedro aterrado.

—¡Sí, sí!—prosíguió ella con vehemencia desesperada. —¡Sí, sí! ¡Para eso aprovechan la hermosura que dicen que Dios me ha dado! Y una vez que han entrado entre estas ruinas que encubren y callan cual cómplices, los despojan; y para que este delito no se sepa ni se trasluzca...

La voz se anudó en la garganta de la que hablaba, que miró en torno suyo con pavor, como si temiese apercibir entre las grietas de las carcomidas y benditas paredes oídos que la escuchasen y ojos que la espiasen.

—Acaba,—dijo Pedro con ansiosa suspensión;—¿qué hacen?

La interpelada se acercó á su amante, y le dijo en queda y profunda voz:

—¡Los... asesinan!

—¡Qué espanto!—exclamó Pedro, desviándose de ella. —¡Y yo he amado á esta funesta mujer, á este reclamo del crimen, á esta sirena de cementerio!

—¡Por eso—prosiguió ella—nunca he querido traerte á mi casa! ¡Por eso me he resistido á ello con tanta obstinación! Y cuando, obligada por ti, te he complacido, aprovechando la ausencia de mis hermanos; cuando con obedecerte he querido probarte mi cariño, ¡infeliz de mí! ¡sólo he conseguido perder el tuyo!

El tedio, el horror y el asombro sellaban los labios de Pedro.

—Y no obstante,—prosiguió ella,—tú eres el solo hombre, el solo ser que he querido! ¡Por el amor que te tenía, que me hacía imposible traerles más víctimas, he recibido la herida cuya cicatriz conservo! ¿Y qué te ha pedido en cambio esta pobre *flor de las ruinas* sino lo que la más humilde pide al sol, florecer al calor y brillo de su luz? ¿Qué te espanta en la que poco ha amabas, que de ella apartas tu vista? ¡Oh! ¡Infelices mujeres! ¡Siempre empujadas al mal por los hombres, y nunca sostenidas por ellos cuando quieren hacer el bien! ¡Míseras desheredadas de perdón, del que son sus corazones inagotables fuentes! ¡Existencias de cristal, de las que con despotismo se apodera el hombre, y que empaña con su amor, quiebra con su crueldad, su abandono ó su desdén.

Cuanto esa mujer decía era tan cierto, aplicado á ella, que Pedro, compadecido, iba por fin á contestarle, cuando sonaron fuertes golpes dados en la puerta.



CAPITULO V

Cristo crucificado! ¡Ellos son! — exclamó la joven, aterrada al oir los golpes.

— ¿Quiénes?... — preguntó Pedro.

— ¡Mis hermanos, los asesinos sin piedad, los verdugos sin misericordia! — respondió ella, alzando las manos con espanto.

Los golpes redoblaron.

— ¿Qué hacer, Madre de piedad, qué hacer? — murmuró la infeliz, volviendo en torno suyo sus desentonados ojos como para buscar un medio de salvación, que era imposible.

La mal pergeñada puerta cedió en este instante á un vigoroso empuje, y tres foragidos entraron en aquella estancia, mal alumbrada por un candil colgado en una de las salientes asperidades del descarnado muro. Después de hacer á su hermana algunas cortas y brutales reconvenciones por su tardanza en abrirles, se dirigieron hacia Pedro,

sin demostrar extrañeza por hallarle allí. Mas su hermana, precipitándose á su encuentro, escudó á su amante con su cuerpo, exclamando con vehemencia:

— ¡No, no le mataréis sin atravesar antes mi pecho!

Por única respuesta, el mayor de los tres la cogió por un brazo y la tiró al suelo á distancia, apartándola así del lugar en que pasaba esta escena.

Pedro estaba desarmado; pero, aun en el caso de que hubiese tenido armas, toda resistencia contra tres foragidos era tan inútil como insensata, y sólo habría servido para precipitar la inevitable catástrofe; por lo cual los foragidos le despojaron de cuanto llevaba, sin que opusiese resistencia.

— ¡Por Dios, hermanos! — gimió su pobre hermana, que se había arrastrado sobre sus rodillas hasta sus pies. — ¡Os pido que no le matéis! ¡Es el solo hombre que he amado! ¡Con su vida me arrancáis la mía! ¡Tened piedad... una vez siquiera! ¡Tened piedad de él y de mí!

Los foragidos no hicieron caso alguno de estos angustiosos ruegos, y se apoderaron de Pedro.

— ¡No, no le mataréis! — exclamó su hermana, levantándose erguida. — Si no le soltáis por compasión, lo haréis por temor de mi

venganza. Y eso que vosotros no sabéis hasta dónde puede llevar la venganza una mujer, que si no tiene vuestra mala alma, tiene en sus venas la misma sangre que corre por las vuestras!

— ¡Atadla! — mandó el hermano mayor.

— ¡No, no! ¡Matadme de una vez, si no queréis que vengue la muerte de aquel á quien amo, y que vosotros, tigres sanguinarios, fieras malditas de Dios, queréis matar ante mis ojos! Pero yo lo impediré; que la desesperación da fuerza y valor; y si no lo logro, me vengaré,—¡tan cierto como hay en el cielo Dios que nos juzga, y sol que nos alumbra!—delatándoos á la justicia.

El hermano mayor dió un paso hacia ella; mas el menor le detuvo, diciéndole:

— No exasperarla más; está fuera de tino, y es capaz de todo.

— Pero no se puede dejar ir á este hombre — repuso el mayor.

— Saquémosle de aquí,—propuso el menor.

— ¡Cómo! ¡Si hace una luna que deslumbra!

— ¿Y quién pasa por este sitio á esta hora? Para más seguridad lo disfrazaremos, — repuso el menor, que en seguida sacó de un arca un hábito de fraile.

— Saca también la mordaza,—advirtió el que hasta entonces había callado, el que en seguida se puso con el mayor á atar de pies y manos á su infeliz hermana, que se repercutía con violencia y rechazaba con desesperados, pero inútiles esfuerzos, á sus hermanos, que la dejaron atada y presa de una espantosa convulsión, tendida en el suelo.

Habiéndole igualmente atado las manos á Pedro, puéstole la mordaza, revestido el hábito de fraile y caládole la capucha, salieron á la ancha calle que tenían que atravesar para internarse, como lo intentaban, en las ruinas del lado opuesto.

Estaba la calle tan bañada de la luz de la luna, que caía perpendicularmente sobre la tierra, que apenas hacían sombra los objetos. A cada lado de Pedro se colocó uno de los hermanos mayores, siguiéndole el tercero; y así se puso en marcha la fúnebre caravana en absoluto silencio, pues hasta sus pasos cautelosos pisaban mudos la tierra.

Apenas habían llegado á la mediación de la calle, cuando de repente oyeron una voz recia y de mando que les gritó:

— ¡Alto ahí!

Cual una centella reanimó y encendió esta voz las apagadas esperanzas de Pedro.

— ¡Es una ronda, y somos perdidos! ¡Huyamos! — dijo el menor de los hermanos,

— ¡Quietos! — mandó el mayor.

Y sacando un puñal, cuya hoja brilló á la luz de la luna como un relámpago, dijo á Pedro:

— ¡Si haces un solo movimiento, eres muerto!

El otro hermano le imitó, y Pedro se halló preso entre las afiladas puntas de dos puñales ocultos en las mantas de sus dueños.

En este momento llegaba la ronda.

— ¿Quién va? — preguntó el que hacía de cabeza.

— Un Padre que llevamos para auxiliar á nuestra madre moribunda, — respondió con serena voz el hermano mayor.

El jefe de la ronda se cercioró de que lo que decían era cierto viendo al callado religioso, y Pedro, sin poder exhalar el más leve sonido, ni hacer el más mínimo movimiento, oyó con desesperación alejarse á la ronda, y debilitarse gradualmente el mesurado compás de sus pisadas.

— Aligerar el paso, — dijo el mayor de los foragidos, volviéndose los tres á encaminar hacia las ruinas.

Mas, antes de llegar á ellas, volvió á oirse al jefe de la ronda, que gritó con voz enérgica:

— ¡Alto ahí!

Los ladrones se pararon, murmurando imprecaciones. La ronda se acercaba con pa-

sos apresurados, precedida por una mujer que, con el cabello suelto, el rostro desencajado y con las muñecas ensangrentadas, corría y gritaba con desgarrador acento:

—¡Salvadle! ¡salvadle!

Y precipitándose en el grupo de los detenidos, arrancó la capucha que cubría la cabeza y el rostro de Pedro, exclamando con delirio:

—¡Está salvo! ¡Bendita sea la Providencia y la justicia de Dios! ¡Líbrese la sangre inocente, aunque sea á costa de la culpable!

—¿Qué has hecho, infeliz? —exclamó Pedro.

—Lo que sólo me quedaba que hacer, —contestó ella: —procurar tu salvación y buscar mi muerte.

—¡Oh! ¡No morirás, que yo te salvaré! —exclamó Pedro.

—No de mi puñal, —dijo en voz ahogada por la ira el mayor de los foragidos, el cual, antes que nadie hubiese previsto ni podido impedir su acción, había cumplido su amenaza.

—¡Oh! ¡Qué frío es este acero! —dijo la herida, poniendo la mano sobre su traspasado pecho.—¡Adiós, Pedro!..—añadió, dirigiéndose á éste, que se había precipitado á ella y la sostenía en sus brazos.—Muero por haberte salvado; y así es mi muerte más feliz que lo ha sido mi vida!

— ¡No mueras, no! — exclamó desesperado Pedro. — Mi salvadora será mi compañera á la faz del cielo y del mundo.

— ¡No, no! — repuso en balbuciente voz la moribunda. — La flor de las ruinas debe morir entre ellas... ¡sola y abandonada como ha vivido! ¡Juez de los corazones, — añadió, alzando sus ya quebrantados ojos, — ten conmigo la compasión que los hombres no han tenido!

—

Algún tiempo después se ajusticiaba en Lisboa á tres bandidos, entre los cuales uno atraía con particularidad la atención de la muchedumbre por llevar la señal de Caín en la frente; mientras en una de las casas más ricas y conocidas se celebraba una junta de facultativos por hallarse en inminente peligro, de resultas de unas calenturas cerebrales, el hijo de los dueños.

FIN

LOS DOS AMIGOS

LOS DOS AMIGOS

Lanzaba el sol sus ardientes rayos sobre una llanura de Andalucía, árida y estéril. No corrían por ella ríos ni arroyos; secas yacían las flores y tiernas plantas de la primavera; sólo verdegueaban allí algunos espinos, lentiscos y áloes, cuya dureza resiste el rigor de las estaciones. Un furioso levante formaba nubes de polvo, ardiente como lava de volcán.—El cielo puro y el día claro parecían sonreirse al dar tormentos á la tierra.—Sólo los ganados del país, con su dura piel, y el animoso é impasible español, que desprecia todo padecimiento físico, podían tolerar aquella encendida atmósfera; ellos, durmiendo, y él, cantando!

Veíanse sobre esta llanura el 20 de Agosto de 1782 las muestras de un reciente combate; caballos muertos, armas rotas, plantas pisadas y teñidas de sangre.—A lo lejos desfilaba en buen orden un destacamento inglés.—A

otro lado, el comandante de un escuadrón español ocupábase en formar sus impacientes soldados y sus caballos fogosos, para perseguir á los ingleses, que, inferiores en número, se retiraban con la calma de vencedores.

En el que había sido campo de batalla, un joven, sentado en una piedra al pie de un acebuche, apoyaba en el tronco su pálido rostro; mientras que otro joven, en cuya fisonomía se manifestaba la más violenta desesperación, arrodillado á sus pies, procuraba detener con un pañuelo la sangre que le corría del pecho por una ancha herida.

—¡Ah, Félix, Félix!—exclamaba con la mayor angustia.—¡Vas á morir, y por mi causa! Has recibido en tu fiel pecho el golpe que me estaba destinado. ¿Por qué, generoso amigo, me libraste de una gloriosa muerte, para entregarme á una vida de desesperación y de dolor?

—No te desesperes, Ramiro,—le decía su amigo con apagada voz.—Estoy debilitado porque he perdido mucha sangre; pero mi herida no es mortal. Entretanto, Ramiro, ¿tú no reparas que tu mano, que supo vengarme, está herida también?

—¡Socorros,—decía Ramiro sin escucharle,—prontos socorros podrían sólo salvarte! Pero aislados, abandonados como es-

tamos, ¿cómo te los podré procurar? No me encuentro capaz de separarme de ti; pero, Félix, moriremos juntos!!!

En este momento oyeron el galope de un caballo. Ramiro, lleno de ansiedad, dirigió su vista al lado por donde el ruido se sentía, y descubrió á su fiel criado, que, habiéndolos perdido en el combate, los buscaba lleno de inquietud.

Félix del Arahal y Ramiro de Lérida pertenecían á dos familias, unidas mucho tiempo hacía por la amistad más sincera. Educados juntos, servían en un mismo regimiento, adonde muy jóvenes pasaron de capitanes, habiendo sido pajes del rey.

Félix, de alguna más edad que Ramiro, con un carácter más firme, con un temperamento más tranquilo y con razón más madura, tenía sobre su amigo un ascendiente que, en vez de disminuir la ternura de su amistad, añadía á este sentimiento, en el uno, la consideración y reconocimiento que inspira la protección que se recibe; en el otro, el interés y apego que engendra la protección que se concede. Después de tan evidente prueba de afecto como la que Félix acababa de dar á Ramiro exponiéndose á morir por salvar la vida de éste, arriesgada con imprudencia,

el vehemente cariño de Ramiro para con su amigo ya no tuvo límites. Le miraba como á su ángel tutelar; y extremoso como era, habría destruído sus fuerzas y su salud asistiendo á su amigo en la larga enfermedad ocasionada por su herida, si el mismo Félix no lo hubiese impedido, valiéndose de la autoridad que le prestaban su amistad y su estado doliente.

Por las calles de San Roque, donde estaba destacado para el sitio de Gibraltar, desfilaba el regimiento de la Princesa, precedido de su música militar, irreflexiva y animada como una bacante. Lindas mujeres se asomaban á los balcones para ver á los oficiales, que las saludaban con su música alegre y con sus miradas lisonjeras.

—Mira allí y veras ¡por vida mía! una hermosa mujer,—dijo Ramiro á Félix, que marchaba á su lado.

Alzó Félix la cabeza, pálida aún, y vió en el balcón de una de las mejores casas de la ciudad á una joven de maravillosa belleza, medio oculta detrás de las macetas de flores que cubrían su balcón, como una hora de felicidad precedida por las de la esperanza.

—Eres buen hurón para descubrir muchachas lindas,—respondió Félix sonriéndose.

Pasaron; pero Ramiro volvía de cuando en cuando la cabeza á ver de nuevo á aquella que había llamado tanto su atención, miéntras que ella seguía también con sus miradas á los dos oficiales: el uno, alto, palido, de porte interesante y noble; el otro, más pequeño, pero ágil, bien formado, arrogante y vivo.

—Harías muy bien en retirarte, Laura, —dijo el corregidor, tirando del brazo á su mujer y quitándola del balcón.—Esos pisaverdes te miran como si tuvieses una danza de monos en la cara.

———

—Al menos, si no muy brillante, podemos decir que estuvo bien alegre el baile de anoche,—decía Ramiro á un grupo de oficiales reunidos en la plaza de la ciudad.

—Debió parecerte así,—contestó un teniente de Cazadores, cazador tan infatigable en el baile como en el campo de batalla;—porque, á fe mía, que te divertiste en él muy bien. Yo me divertí observando al corregidor, que quería tragarte con los ojos.

—¿Tragarme? ¿Y por qué?—preguntó Ramiro.

—¡Me gusta la pregunta! ¿Quieres que un marido celoso vea con buenos ojos al que los pone en su mujer?

—Y más si el tal es buen mozo,—añadió un oficial de Granaderos, apartando de

su frente las mechas de pelo de oso de su gorra.

—Y elocuente como un San Agustín,—dijo otro oficial.

—Y emprendedor como Colón,—continuó otro.

—Y que sabe insinuarse como la serpiente de Eva,—dijo un tercero.

—Si así fuese,—contestó Ramiro con aire serio,—el corregidor se inquietaría por cosa muy corta, y debería gastar más flema.

—Eso estaría más de acuerdo con su gran barriga,—replicó el de Cazadores;—pero, amigo, es que él guarda un tesoro que no merece poseer. Lérida,—prosiguió el mismo,—más gloria y placer hay en esta conquista que en la de la plaza de Gibraltar.

—Basta ya de chanzas, señores,—repuso Ramiro.—Desgraciadamente, el sitio de la plaza, que marcha con tanta lentitud, nos tiene ociosos, y he aquí lo que ocasiona estas vaciedades y habladurías.

—Ya te veo en cuerpo y alma metido en una intriga,—dijo Félix á su amigo al separarse de los demás,—pues te has formalizado. No olvides, Ramiro, la copla:

Yendo y viniendo
Fuíme enamorando;
Empecé riendo,
¡Y acabé llorando!

—¡Reflexiones! ¡Raciocinios! —respondió Ramiro.—Mira, Félix, esas fortificaciones que nos vomitan muertes. ¡Sabe Dios cuántas horas viviremos! Además, pregunta á los viejos cuánto duraron sus veinticinco años. ¡Gocemos, Félix, gocemos de la vida!

Nada gozaba, no obstante, el pobre Ramiro, cuando, al abandonar su lecho sin haber conciliado el sueño, y apoyándose en la barandilla de su balcón, miraba y apenas veía el sol, que, elevándose sobre el horizonte, despertaba al universo como una campana de luz. Vehemente como era, su amor había llegado al último grado, por los insuperables obstáculos que se le oponían. En vano su ternura era correspondida con igual ardor: un marido celoso levantaba impenetrables barreras entre los dos amantes. Laura no salía de su casa desde que su marido había principiado á sospechar. Mudas y temerosas entrevistas en la iglesia; algunas palabras por la noche en la reja, cuando Ramiro podía pasar disfrazado; pobres billetes, que más que palabras contenían lágrimas, eran el único alimento de su exaltada pasión; pasión, en todo, joven; en todo lozana, y en todo andaluza; sedienta de lo futuro, y sin pasado

para vivir de recuerdos. Maldecía Ramiro tantos obstáculos, y se entregaba á una verdadera desesperación.

Estaba tan embebido en sus tristes pensamientos, que por dos veces fué necesario le advirtiera una disimulada tosecilla que la buena vieja María, nodriza y confidenta de Laura, pasaba por debajo de su ventana, para que él lo notase. Apresuróse Ramiro á bajar, y siguió á lo lejos á la buena mujer, no atreviéndose á mirar á nadie por miedo de ser visto.

Después de muchos rodeos, María llegó á una callejuela solitaria, pues de un lado se levantaban las altas y severas paredes de un convento, y del otro las del jardín del corregidor. Paróse entonces María, llegó Ramiro, y ella le entregó un billete, que él abrió precipitadamente, y que contenía estas pocas palabras: «Mi marido se va al campo. Estoy libre esta noche, y podré verte. Es la primera, y será la última!»

¡Quién podrá dar su justo valor al arrebatamiento de Ramiro, careciendo de su ardiente alma, y no estando apasionado como él!! Besó con el mayor ardor el billete, que por esta vez no estaba empapado en lágrimas, pero cuyas letras temblorosas y mal trazadas probaban la agitación con que se había escrito. Con el mismo enajenamiento

besaba las descarnadas manos de la anciana María. Sacó después una bolsa bien llena, y se la entregó, llamándola su genio tutelar, su madre y su amiga benéfica! Más la fisonomía de María cambió de repente de expresión, enderezó su encorvado cuerpo, sus apagados ojos se vivificaron, y miró á Ramiro de pies á cabeza con arrogancia é indignación.

—Señor: ¿quién ha creído usted que soy yo?—le dijo.—Lo que acabo de hacer por amor de mi niña puede ser una debilidad; pero si lo hiciese por interés, sería una infamia.

Y desapareció, entrándose por el postigo del jardín.

Félix, al entrar en el cuarto de su amigo para desayunarse, quedóse espantado al encontrarle entregado á la desesperación más violenta.

Arrancábase los cabellos de sus hermosos y negros rizos, tiraba con rabia cuanto encontraba á la mano... ¡rompía los muebles!

—¿Qué tienes, Ramiro?—le preguntó.

Pero él sólo repetía:

—¡Maldito sea el estado militar! ¡Maldita esta dorada esclavitud! ¡Maldito el coronel, tirano absoluto! ¡Maldita la hora en que con estas charreteras recibí una cadena que no me es posible romper!

—Pero, hijo mío,—le dijo Félix,—nada comprendo de tus arrebatos. ¿Has tenido algún disgusto con el coronel?

—¡Ah! —respondió Ramiro. —¡No se trata de disgustos, sino de la felicidad de mi vida! ¡Nada tengo oculto para ti! ¡Toma y lee!

Dióle el billete de Laura, y Félix, después que lo leyó.

—¿Y bien?—dijo.

—¡Y bien!—replicó Ramiro.—¿No soy yo el más desgraciado de los hombres?

—Estos renglones—contestó Félix—me hacían suponer lo contrario.

—¿No sabes, pues,—exclamó Ramiro,—que estoy nombrado de guardia para la avanzada?

Félix se hechó á reir.

—¿Y es esa la causa de tu desesperación? —le dijo. —Eso sí que es propiamente lo que se llama ahogarse en una gota de agua. Yo haré el servicio por ti; tú lo harás por mí cuando m toque.

Ramiro estrechó entre sus brazos á su amigo, diciéndole:

—Félix... Félix mío... naciste para mi felicidad; eres mi Providencia; un ser benéfico que siembra de flores mi vida. ¿Cómo podré yo jamás pagar tu ternura y tu amistad generosa?

—Pero ¿he hecho yo alguna cosa—contestaba Félix—que no hubieras tú hecho en mi lugar, mi querido Ramiro?

Este no dió otra respuesta que estrechar á su amigo contra su corazón, tan lleno de amor y de amistad como de esperanza y de gratitud.

Elevábase el sol sobre el horizonte con su majestuosa monotonía.

—Mucho te apresuras hoy, rubio mío,—decía Ramiro, echándole una colérica mirada y deslizándose por la puerta del jardín, que María cerró con prontitud luego que aquél salió.

¡Qué dichoso se encontraba Ramiro! Estaba lleno de orgullo, de reconocimiento y enternecido. Todo su ser parecía haberse triplicado. Saboreaba en el profundo santuario de su corazón cuantas emociones produce una verdadera pasión correspondida. Embriagado de felicidad, bendecía su suerte. En su éxtasis, no reparó en el teniente de Cazadores que salía á su encuentro. Al verle, quiso, haciendo el distraído, echar por otro lado. Mas el teniente se apresuró á unírsele, diciéndole:

—¡Cuánto me alegro de verte, Lérida! Te creía de servicio en la avanzada.

—Bien, ¿y qué?—contestó Ramiro.

—¡Es una frioleral—respondió el de Cazadores.—Los ingleses han hecho una salida, y el comandante del puesto ha sido muerto.

Ved la antigua Sevilla sentada sobre una llanura, como una viuda en su poltrona. Vedla envuelta en sus viejas murallas, como en un manto real desechado. Mirad al viejo Betis besando sus pies, con la respetuosa galantería española. Oid cuál le pregunta dónde están sus flotas que daban la vela, llevando á los Colones, los Corteses y Pizarros al descubrimiento y conquista de un nuevo mundo, y volvían cargadas de plata y oro.—¡Sevilla suspirando le enseña sus barcos de vapor! ¡Oh, progresos del tiempo!—Aproximaos.—Hablad con ella. Como vieja, le gusta hablar de las épocas de su juventud y grandeza.—Ella, pues, os llevará desde luego á su catedral. Os enseñará el cuerpo de San Fernando! Pero... arrodillaos... adorad... venerad con ella!.. Si no, estad seguros de que la vieja Sevilla no volverá á hablaros: no podríais comprenderla.

Después la seguiréis al Alcázar, palacio de reyes, viejo y romántico como ella. En los baños de las Reinas moras, de Doña María

de Padilla, es donde os contará en romances su historia, sus vicisitudes, sus triunfos, sus glorias y sus creencias; y los ecos del palacio, habitado sólo de recuerdos, repetirán sus palabras con sus aéreas bocas. En seguida os sentaréis con ella á la fresca sombra de floridos naranjos en las orillas del Betis, y os hablará de sus hijos queridos; os recitará con magia y encanto los versos tan bellos de Herrera, Rioja y Góngora; las hazañas de los Ponces de León y los Guzmanes, y os llevará de la mano á admirar las portentosas obras de su Murillo, su Velázquez y su Montañés. —La veréis joven, ardiente, poética, exaltada; mas luego, volviendo á su verdadero estado de mujer anciana, acabará por deciros suspirando: «¡Cómo han mudado los tiempos!»

Saliendo por la puerta llamada de Triana, seguiréis dos calles de árboles que conducen á los *Malecones*, que son unas gradas elevadas para precaver la ciudad de las inundaciones del río, cuando éste sale de madre. Pasados aquéllos, encontraréis una llanura llamada el Arenal, de donde sale el puente que conduce á Triana. Veréis en ésta una concurrencia elegante dirigiéndose hacia la izquierda, donde principian los hermosos paseos, que adornan á Sevilla cual una guirnalda de flores. La vecindad del río es quien

sostiene ese lujo de vegetación, esa multitud tan variada de flores que los embellecen; pues no pudiendo ya enriquecer á su amada con tesoros, la adorna con flores.

A la derecha de la puerta de Triana, veréis la *Plaza de Armas*, que hizo construir el general marqués de las Amarillas. Los pilares que sostienen sus cuatro puertas están adornados de un león de bronce destrozando un águila, y hacen alusión á los nombres que llevan aquéllas, que son Bailén, Vitoria, San Marcial y Albuera. ¡Honor al noble español, que eleva un monumento á la gloria de su patria!... que procura libertarla del injusto olvido donde la sepulta el culpable descuido nacional!... que conservó en su corazón, verdaderamente patriótico, el recuerdo de esta gloria potente, elevada, sublime, que existirá en los venideros siglos, cuando yazcan en el olvido las disensiones domésticas que la hacen descuidar hoy!

Un domingo del año 1833, muchas damas adornadas con mantillas blancas, flores y cintas; muchos elegantes jóvenes, á pie y á caballo, se apresuraban á llegar al paseo. Dirigíase la alegre multitud á la izquierda, en tanto que á la derecha se observaba un con-

traste notable. Un misionero capuchino, subido sobre el malecón, predicaba á un gran número de gente del pueblo, que en pie y con la cabeza descubierta, formaba en derredor suyo un círculo á manera de abanico. A cierta distancia, un inglés apoyado en un árbol dibujaba en su álbum el venerable rostro del capuchino. Un paisano, mirando el dibujo por encima del hombro del inglés, se sonrió y dijo con la franca cordialidad española, á quien basta una mirada para hacer conocimiento:

—¡Por vida mía, que se parece, como un ojo de la cara á su compañero! Usted es un gran pintor, señor; y si usted es inglés, como pienso, muy ajeno estará, al mirar á ese pacífico y santo varón, de que haya echado quizás debajo de tierra á algunos de los abuelos de usted.

El inglés miró al español con admiración, y éste le volvió á decir:

—Sí, señor. ¡Valiente espada era la suya el año 1782! En el sitio de Gibraltar se distinguió mucho, hasta que... Pero es historia larga.

Suplicóle el inglés se la contara, y el buen hombre, que no deseaba otra cosa, le hizo la relación que se ha leído.

—Viendo—añadió por último el español—con tanta claridad el dedo de Dios, que le

castigaba con tan espantosa catástrofe, fuera de sí de dolor por haber causado con su criminal pasión la muerte de su amigo, D. Ramiro de Lérida sólo vió dos alternativas: morir ó hacer penitencia. ¡Gracias á Dios, era cristiano, y tuvo valor suficiente para escoger la última!

El inglés miró ya con un nuevo interés al misionero. Tenía, por decirlo así, el microscopio que podía penetrar aquella cubierta humilde y silenciosa.

Mas en vano buscó en aquel semblante envejecidos surcos de lágrimas, un tinte de dolor ó una mirada que denotase un recuerdo. ¡Todo había desaparecido en aquella tranquila y venerable fisonomía! No era obra del tiempo esta total variación: una elevada virtud había desprendido de este mundo su corazón y conducídole á aquella altura, en que, según el elocuente poeta Lamartine,

¡Hasta el recuerdo huyó, sin dejar huella!

FIN

LA HIJA DEL SOL

LA HIJA DEL SOL

...Est-ce vrai?
Oui: mais qu' importe?
BALZAC.

TOCABAN á ánimas las campanas de la ciudad de Sevilla, y muchos corazones religiosos se alzaban al cielo en aquella hora dedicada por la Iglesia á recordar á los muertos. Todo yacía frío, silencioso y triste en la invadiente oscuridad de una noche de Diciembre; una espesa cortina de nubes cubría las estrellas, que son, según dice un poeta, los ojos con que mira el cielo á la tierra.

En la sala de una de las hermosas casas de Sevilla, que los extranjeros llaman palacios, frente á una chimenea en que ardía y daba luz como una antorcha la alegre leña del olivo, estaba sentada una señora, sumida en los pensamientos graves y tristes que infun-

dían la hora y lo lóbrego de la noche. No se oía sino el gemido del viento, que daba tormento á los naranjos del jardín y que, penetrando por el cañón de la chimenea, caía sobre la llama, á la cual abatía temblorosa, esparciendo ráfagas de vacilante luz por la estancia. Parecía que la soledad la abrumase, y cual si un genio benéfico se ocupase en prevenir sus deseos, abrióse la puerta, apareciendo en el umbral una persona cuya vista debió serle grata, puesto que al verla, hizo la señora un ademán y exclamación de alegría, y se levantó para ir á su encuentro.

La recién entrada era una señora de edad, bajita, trigueña, cuyos ademanes animados y cuyos ojos vivos y alegres denotaban que los años habían pasado por aquella naturaleza juvenil y activa sin doblegarla y sin que su dueña los notase.

—Vaya, marquesa,—dijo la recién llegada,—que para venir desde donde yo vivo hasta tu casa se necesitan *amor* y *coche*.

—Te ha bastado el amor. ¡Y cuánto te lo agradezco! Ahora conozco la verdad que encierra este refrán: «Amor con amor se paga», ¡Salir en una noche como ésta!

—Hija mía, no había otra,—repuso la amiga.—¿Sabes—añadió—que te he estado mirando por los cristales, y he visto que tienes un aire de languidez, según dicen los

poetas del día, que maldito si te sienta bien? Si te hubiese visto tu amigo el barón de Saint-Preux diría que, echada como estás en tu sillón ante la chimenea, parecías la estatua de la Lealtad llorando ante la hoguera de un trono.

—Por fortuna,—repuso riendo la marquesa,—el trono que arde aquí lo fué siempre de un jilguero.

—Si te viese Joaquín Becker (1) le servirías de modelo para algún cuadro de la Viuda de Padilla,—prosiguió la que había entrado.

—Desahoga ese buen humor que rebosa en ti como la alegría en los niños,—respondió con resignación la marquesa.

—Tu recomendado sir Robert Bruce diría al verte, que lo que verdaderamente progresa en el mundo es el *spleen*.

—Pero, amiga mía,—replicó la marquesa,—cuando se tienen penas...

—Si me hablas de penas, tomo el portante,—interrumpió la señora:—tengo una cáfila de ellas á tu disposición, que me dejo en casa cuando salgo. Vengo á que nos distraigamos un rato en sabrosa plática, como dicen los buenos hablistas, exóticos ya entre

(1) Ilustre pintor de Sevilla contemporáneo.—(N. del E.)

nosotros. Dejemos las lamentaciones para Semana Santa.

—De ningún modo me entretendrías mejor y más á mi gusto—repuso la marquesa—que contándome la historia de aquella hermosa dama que debió á su extraordinaria belleza el nombre por el que fué conocida.

—¿La hija del sol?.. Verdad es que prometí referírtela; y cierto es también que nadie te la podrá contar con mejores datos que yo, habiéndolos adquirido en la Isla de León, teatro del suceso, donde pasé mi primera juventud, siendo mi padre capitán general del Departamento.

Sentáronse ambas amigas frente á la chimenea, avivaron el fuego, y la marquesa se puso á escuchar con ansiosa curiosidad el siguiente relato:

—Quedó viuda la señora de*** con sólo una hija, de tan maravillosa belleza, que mereció el dictado de la hija del sol, por el cual era conocida. Crióla su madre lejos del mundo, en silencio y soledad, velando incesantemente sobre su tesoro, hasta ponerla en manos del hombre digno y honrado que, uniéndose á la hermosa joven, le dió su nombre y hacienda. Don A. F. era un hombre de mérito, y la hija del sol se unió á él, sin desear y sin oponérsele la boda: siguió en esta ocasión el dictamen de su madre, que

nunca había hallado oposición en la dócil niña.

Gozaban hacía algún tiempo los esposos una felicidad sin nubes, cuando un acaecimiento, inútil de referir, obligó á don A. F. á hacer un viaje á la Habana.—Entonces rogó á su suegra que se encargase de su hija, y la llevase fuera de Cádiz durante su ausencia. Hacíalo, porque en aquella época—por los años de 1764—era Cádiz rica y poderosa, y el oro arrastraba en pos de sí ese lujo, esos placeres, esas vanidades, esa embriaguez y esas pasiones que son su séquito ordinario. Para alejarse de este foco de seducciones y peligros, don A. F. les suplicó que se trasladasen á la Isla, ciudad de arsenales y de marina, vasta y solitaria, porque Cádiz lo absorbía todo en sus cercanías.

Mientras un barco salía lentamente de la bahía de Cádiz, entonces animada como una feria, una berlina con cuatro caballos, cuyos cascabeles sonaban alegremente, corría por el arrecife que conduce de Cádiz á la Isla, y que se alza entre dos mares, que se unen tanto en las altas mareas, que entonces, más que camino, parece el arrecife puente.

En la berlina se hallaban dos señoras: la una anciana, cuyo semblante expresaba cuidados y zozobras; la otra joven y hermosa, cuyo rostro estaba bañado de lágrimas.

Frente de ambas iba sentada una negra, aún joven, doncella y compañera desde su infancia de la que lloraba; la que, por sus visajes, gracias y niñerías, logró que á una legua de Cádiz las lágrimas de su ama llegaran á secarse, y que una sonrisa reemplazase los suspiros que antes salían de sus labios.

La Isla de León es una ciudad larga y angosta, que se levanta blanca y brillante entre los montones de sal, como un cisne rodeado de sus polluelos. Tres cosas descuellan en ella: las palmeras de su arenisco suelo, el Observatorio de su sabia marina y la cúpula de sus católicos templos. La Isla es triste como una bella mujer arrinconada por una feliz competidora; ó más bien, la Isla, con sus arsenales, sus diques, sus cordelerías, sus astilleros y machinas, parece la mujer del marino en su soledad, sentada en la playa y mirando al mar.

La berlina se paró delante de una hermosa casa que, como la mayor parte, era de piedra y estaba solada de mármol, y cuyas puertas eran de caoba. Frente de la puerta de la calle se abría la del jardín. Precedíale una galería que formaban columnas de mármol, entre las cuales habían confeccionado los jazmines, las madreselvas y los rosales guirnalderos columpios para mecer sus flores. Caminitos de ladrillos dividían el jardín

en cuatro partes. Las paredes desaparecían bajo un espeso velo de enredaderas. En el centro del jardín había un cenador ó merendero tan espesamente cubierto por rosales de Pasión, que en lo oscuro y fresco, más que cenador, parecía gruta. En medio, sobre un pedestal, se hallaba un amorcito de mármol, que con una mano escondía sus flechas, y con un dedo de la otra, que llevaba á sus labios, imponía silencio.

En este merendero era en el que pasaba LA HIJA DEL SOL largas y solitarias horas. Algunas veces le decía Francisca, su negra, después de prolongados ratos de silencio:

—Ese niño, mi señora, nos hace señas que callemos. Más valiera que nos mandase hablar, pues lo vamos á olvidar. Mi amo tiene en el barco la mar, los vientos y los peligros; pero acá nosotras no tenemos nada sino las flores.

»LA HIJA DEL SOL bostezaba y respondía:

— »Mi marido piensa

> que entre dos que bien se quieren,
> con uno que goce basta.

»¡Así pasaba su vida aquella mujer, que, por desgracia, no había sido enseñada á llenar su tiempo y ocupar su mente, y á la que pesaba la ociosidad como al desvelado las ti-

nieblas! Necesitaba la vida activa, para revolotear ligeramente y sin objeto, de flor en flor, como la mariposa.

»Un día estaba la hermosa solitaria sentada, abanicándose, en su ventana ó cierro de cristales. Francisca, echada en el suelo, se entretenía en teñir de azul con agua de añil el blanco perrito habanero de su señora.

—»¿Sabe usted, mi ama, —dijo de repente, —que ese oficial, ese brigadier de guardias marinas que nos sigue cuando vamos á misa, se ha mudado aquí enfrente?

»La hija del sol, al oir á su negra, volvió la cabeza por un irreflexivo é involuntario impulso, y vió en el balcón de la casa á que Paca aludía, á un joven, el cual, aprovechando el instante en que ella fijó su vista en él, la saludó con la finura y gracia que ha distinguido siempre á los oficiales de la Marina Real.

»La reconvención que iba á hacer la hija del sol á su negra, expiró en sus labios al ver al joven, en el que de sobra había reparado anteriormente. Así que Francisca prosiguió:

—»Se llama don Carlos de las Navas, tiene veinticuatro años, y es el mejor mozo de la brigada. Es tan bueno y tan llano que todo el mundo le quiere...

—»Parece que estás muy impuesta en todo lo que concierne á ese caballero, —dijo su

ama interrumpiendo á la negra. — Pero como todo eso ni me atañe ni me importa, guárdalo para ti y otros curiosos.

— »Aquí tiene mi ama á su perrito, más azul que una pervinca—dijo la humilde muchacha para distraer á su ama.

»Pero LA HIJA DEL SOL no pensaba ni en el perrito azul, ni en su doncella negra. Días había que un gallardo joven la seguía por todas partes: le veía en todas partes, en la calle, en la iglesia, en sus pensamientos, en sus sueños! Ahora se le encuentra alojado frente á su ventana; se le han nombrado; se halla casi en relaciones con él, por medio de un saludo que no ha podido excusar!

»Demás está que se añada que las Navas, que fué uno de los más cumplidos caballeros de su época, al ver á LA HIJA DEL SOL, había concebido por ella una de aquellas pasiones que en tiempos en que no absorbía la política completamente á los hombres, henchían y exaltaban sus almas á punto de intentar lo imposible, movidos por ellas.

»Mucho tiempo fueron inútiles todas sus gestiones, porque á LA HIJA DEL SOL habían sido infundidos principios religiosos, que si no siempre alcanzan, en vista de la fragilidad humana, á evitar una culpa, siempre llegan á enmendarla ó á corregirla. Las Navas estaba desesperado; LA HIJA DEL SOL, por su

parte, había trocado su anterior tranquilo fastidio por un constante dolor que la consumía. Francisca, la negra, llena de compasión por los sufrimientos de ambos, y cediendo á sus instintos de raza incivilizada, sin reflexionar en la culpable causa de estos voluntarios sufrimientos, ni en las trascendentales consecuencias de su necia complacencia, cedió á los ruegos de las Navas, y una noche en que estaba su ama tristemente sentada en el cenador del jardín, le abrió una puertecita que éste tenía, y que daba á la *Albina*, sitio solitario y pantanoso que se extiende entre la isla y el mar.

Es una verdad muy conocida la de que el primer paso es el que cuesta. La puerta que tan imprudentemente abrió la negra, lo fué ya cada noche. En aquella galería, poco ha tan sola y vacía; entre aquellas flores, poco ha tan desdeñadas; á la claridad de aquella luna, poco ha tan desatendida, pasaban los amantes noches de encanto, y cuya felicidad adormecía hasta la conciencia. De esta suerte pasó un año.

Entonces acaeció que el capitán general del Departamento, que había ido á Jerez, murió allí repentinamente: toda la brigada de guardias marinas tuvo que trasladarse á aquel pueblo para acompañar el entierro. Esta ausencia, por corta que fuese, causó un

vivo dolor en dos seres que hacía un año que no podían vivir sino en la misma atmósfera, y para los cuales era la ausencia un compuesto de dolor, de inquietud, de ansiedad, de temor y de celos.

En la noche del segundo día estaba sentada LA HIJA DEL SOL en la galería de su jardín: Francisca lo estaba á sus pies. La luna se levantaba pura y tranquila, como un corazón exento de pasiones y de inquietudes.

—Mi ama, — dijo Francisca, poniéndose de un salto en pie,—ahí está el señorito de las Navas. ¿No ha oído usted la señal?

—No es posible, Francisca,—respondió azorada y con el corazón palpitante LA HIJA DEL SOL.

—Escuche, mi ama, escuche — repuso la negra.

LA HIJA DEL SOL aplícó el oido, y oyó distintamente el silbido particular que usaba las Navas para darse á conocer.

Francisca corrió á buscar la llave del postigo, corrió hacia él, lo abrió, y las Navas, envuelto en su capa, entró con paso acelerado.

Pero Francisca no pudo volver á cerrar el postigo, porque le empujaron dos hombres que entraron y siguieron á las Navas.

Sobrecogida de un asombro que la paralizó, la negra no pudo ni moverse, ni gritar. Los que habían entrado, alcanzaron á las Navas, y antes que pudiese defenderse ni pa-

rar el golpe, le clavaron sus puñales en el pecho. Las Navas cayó sin dar un gemido; cuando le vieron tendido en el suelo, los asesinos huyeron.

Por algún tiempo el más profundo silencio siguió reinando en aquel lugar, mudo testigo de la catástrofe. Francisca permanecía paralizada bajo la doble impresión del espanto y del horror. La hija del sol yacía desmayada sobre las gradas de mármol de la galería; las Navas no daba señal de vida! La luna plateaba tranquilamente este cuadro, y las flores lo embalsamaban.

Al cabo de un rato, vuelta Francisca en sí por la activa angustia que sucedió á su pánico espanto, vuela hacia su ama, á quien ya mira deshonrada y perdida, la coge en sus brazos, la despierta, la anima.

—¡Ama mía! ¡ama mía! —exclama.— ¡Es usted perdida si aquí hallan ese cadáver! Ama mía: vuestra honra y vuestra suerte dependen de lo que podamos hacer en estos momentos; ¡y son contados! Es preciso sacar de aquí ese cadáver que la compromete á usted. ¡Valor, mi señora; valor! Si no lo hace usted por sí, hágalo por el amo! Saquemos de aquí ese cadáver para evitar el escándalo y la afrenta. Ayúdeme usted á arrastrarlo á la *Albina*, que yo no puedo hacerlo sola.

Y la valerosa negra arrastra á su infeliz ama, y la obliga á ayudarle á arrastrar el cadáver á la *Albina*.

—¡Basta! ¡Que no puedo más! —gemía su ama.

—¡Más todavía, mi señora! —replicaba con angustia la negra. —¿Quiere usted aparecer ante los tribunales?

Y las dos, dominando su dolor, su asombro y su flaqueza, volvían á coger el yerto cadáver para alejarlo más de allí.

Después, Francisca, sosteniendo á su señora, la arrastra á su cuarto, la acuesta, vuelve al jardín, echa agua sobre las manchas de sangre, y hace desaparecer todo rastro, todo vestigio de aquel lúgubre crimen, con esa energía, hija del cariño, que es la más perseverante. Regresa al lado de su señora, y al verla tendida, tan blanca y tan inmóvil como si fuese aquel lecho su féretro, cae de rodillas, y elevando hacia su señora sus temblorosas manos, prorrumpe en sollozos exclamando:

—¡Ama mía, yo la perdí á usted!

—No, Francisca; no, —murmuró su señora; —¡me has salvado!

Y echando uno de sus brazos de marfil al cuello de ébano de la esclava, la atrajo á sí prorrumpiendo en sollozos.

—Ya viene el alba, —dijo poco después Francisca, que fué á abrir las ventanas, co-

mo para poner cuanto antes fin á aquella espantosa noche.

Por más que digan los poetas, que por lo regular no conocen al alba sino de oídas, el alba es triste. Cuando el día cae, todo se prepara al reposo; al alba todo se prepara al trabajo y al sufrimiento! La luz del día alumbra á una ciudad muerta; tanto brillo en el cielo y tanto silencio en la tierra contrastan penosamente!

La hija del sol, bella y silenciosa, se parecía á esa madrugada sin vida.

Francisca la obligó á levantarse y á sentarse en su cierro de cristales, como tenía de costumbre, para evitar toda sospecha. Francisca entraba y salía en el gabinete.

— ¿Qué se dice? — le preguntaba su señora á media voz.

— Todavía nada, — respondía Francisca en el mismo tono.

— ¡Dios santo! ¡Ese cadáver abandonado! — gemía la infeliz.

Francisca cruzaba las manos y le hacía seña de que callase, señalándole á su madre, que rezaba tranquilamente sentada en el canapé.

De repente se oyeron los brillantes y animados sonidos de la música militar. Era la brigada de marina, que regresaba de Jerez.

Cada nota de la música, que tantas veces había oído, cuando precedía á la brigada, y á su cabeza venía el hombre á quien amaba, y que ahora yace muerto y abandonado cadáver en la *Albina*; cada una de estas notas es un puñal que se clava y destroza el corazón de la infeliz mujer, en la que hasta su dolor es un delito!

De repente, aquella mujer que gemía quédase muda, sus ojos se abren espantados y fijos, un temblor convulsivo se apodera de ella y sólo tiene acción para extender el brazo con un ademán lleno de espanto hacia la calle. Francisca se arrojó al cierro, y sigue con la vista la dirección que indican el brazo y las miradas de su ama, y ve... ve á las Navas á la cabeza de su brigada, que en aquel instante alza la cabeza, sonríe y saluda alegremente á su amada! Francisca da un grito y cae sin sentido: LA HIJA DEL SOL, fuera de sí, clama al cielo pidiendo misericordia. Refiere á voces lo acaecido aquella noche; la creen loca, y su madre manda llamar á un facultativo; pero Francisca, vuelta en sí, confirma la relación de su ama. Van á la *Albina*, pero allí no se halla cadáver alguno. Preguntan á las Navas; éste no ha faltado, no ha podido faltar de Jerez; lo que confirman unánimes sus compañeros.

La hija del sol, después de restablecida de una larga enfermedad, escribe á su marido, se confiesa culpable, le ruega que le perdone y le dé licencia para entrar en un convento á hacer penitencia. El marido le da esta licencia, la bula es otorgada y la hija del sol entró y profesó en las Descalzas de Cádiz, en el que, después de una vida ejemplar, murió como una santa. Francisca la siguió al convento.»

—¿Y cómo se explicó eso?—preguntó con profundo interés la marquesa á su amiga cuando esta hubo concluído.

—Esto no se explicó nunca para los incrédulos; pero sí muy luego á las almas creyentes,— respondió su amiga.

Nota. Esta relación es verídica. La hija del sol nació en 1742, y murió monja Descalza en Cádiz en 1801, á los cincuenta y ocho años de edad. El Sr. D. Francisco Micón, marqués del Mérito, compuso á la hija del sol, cuando profesó, el siguiente soneto, que, si bien no tiene mucho del título de su autor, puede servir de comprobante á lo referido:

A LA HIJA DEL SOL

SONETO

Ya en sacro velo esconde la hermosura;
En sayal tosco, garbo y gentileza
LA HIJA DEL SOL, á quien por su belleza
Así llamó del mundo la locura.
Entra humilde y contenta en la clausura;
Huye la mundanal falaz grandeza;
Triunfadora de sí, sube á la alteza
De la santa Sión, mansión segura.
Nada pueden con ella el triste encanto
Del siglo, la ilusión y la malicia;
Antes los mira con horror y espanto.
Recibe el parabién, feliz novicia,
Y recibe también el nombre santo
De HIJA amada del que es SOL DE JUSTICIA.

FIN

JUSTA Y RUFINA



DOS PALABRAS AL LECTOR

Las composiciones que los franceses y alemanes llaman *Nouvelles*, y que nosotros, por falta de otra voz más adecuada, llamamos Relaciones, difieren de las novelas de costumbres *(romans de mœurs*, que son esencialmente análisis del corazón y estudios psicológicos) en que se componen de hechos rápidamente ensartados en el hilo de una narración; esto es, en que son *aguadas* en lugar de miniaturas, como las antedichas.

Las Relaciones pueden, en favor de su tendencia á *causar efecto*, emanciparse con más desenfado que las novelas de costumbres de la estricta probabilidad, sin adulterar su esencia, ni faltar á su objeto.

No obstante, aun para la creación de las Relaciones nos confesamos tímidos, como tan instintiva é indesprendiblemente apegados á la *verdad*, de la que decía Diderot, si bien con un símil que no hubiéramos hecho nos-

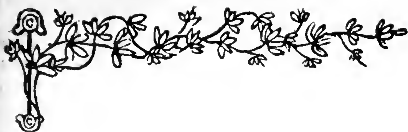
otros, «que es la trinidad en las artes, dimanando de ella el *bien*, que engendra lo *bello*, que es el espíritu santo». Cierto es que en lo *verdadero* cabe mucho; pues así como para las cosas espirituales nos muestra aquel sublime y resplandeciente campo que ha hecho Dios, el cielo y las cosas celestiales, muestra también inmensurables abismos de culpas y desastres, que han hecho los hombres. ¡Allí sol, luz, paz, pureza y bendiciones; aquí sangre, delitos, gemidos y blasfemias! Allí la misericordia y la compasión; aquí la crueldad, la soberbia, el odio y la venganza! Esta reflexión que hemos hecho nos recuerda que á algunos les parece que están las nuestras de más en lo que escribimos. Mas no por eso las dejaremos de hacer, puesto que entendemos que es la ética parte tan esencial en la novela, que si ésta le faltase, podría colocársela en la categoría de un culto, fino *Tutti li mundi*.

Hásenos echado en cara también el hablar de Dios con respeto y énfasis. A lo que sólo opondremos la sencilla reflexión que en parecidas circunstancias hizo un antiguo autor: «¡Como si no se pudiese decir de las buenas doctrinas, mejor que del dinero, que siempre vienen al caso!»

No podemos menos de citar aquí unas palabras del periódico *La Esperanza*, en su nú-

mero del 6 de Enero de 1855: «Más valor se necesita hoy—dice—para mostrar celo por el catolicismo, que para desdeñarlo y hostilizarlo, haciendo ostentación de indiferencia y de impiedad.»





JUSTA Y RUFINA

CAPITULO PRIMERO

Lo bello es lo que agrada a la virtud docta y culta.

De Maistre.

Ni los padres que forman á sus hijos según ellos mismos, ni los preceptores que pretenden desenvolver sólo las inclinaciones naturales, logran sus fines. De este conflicto eterno entre la naturaleza y la vida se puede inferir que hay una mano poderosa y oculta que educa tanto á las naciones como á los individuos.

Schlosser.

La vida presente no es sino una transición, una prueba, pero no un término.

Desnoiresterres.

La hermosa y distinguida Marquesa viuda de Villamencía, sentada en el cierre de cristales de su gabinete, fijaba su triste y lánguida mirada en su hija que, en medio de la habitación, estaba ju-

gando con otras criaturas de su edad. Esta niña, que tenía cinco años, era el tipo de una pequeña *wilis*, con su tersa y alba tez y sus rubios cabellos, que flotaban en gruesos rizos sobre sus espaldas desnudas; las miradas de sus ojos azules eran tan dulces, que se volvían tristes cuando se fijaban. No siempre es dulce la tristeza; pero la dulzura por lo regular es triste, puesto que siempre se siente oprimida por la fuerza, ó lastimada por la soberbia, ó herida por la dureza, ó acongojada por la lástima.

Frente á esta niña había otra como de siete años, cuyo tipo era vulgar. Su rostro era basto y moreno; sus ojos negros y grandes hubiesen sido bellos, si la mirada audaz, curiosa, sostenida y molesta que les era propia, y que con desenfado clavaba su dueña en cada persona y en cada objeto, no los hubiese hecho sobremanera desagradables y repulsivos.

Al lado de la Marquesa estaba sentada una de esas personas de que con tanta propiedad se ha dicho que quitan la soledad y no dan compañía; entes pesados, inoportunos, que abruman y fatigan como el calor, ¡y tan necios que no lo conocen! Era ésta una señora, viuda hacía muchos años de un administrador de loterías, el que, al casarse con ella, se había adjudicado á sí mismo el premio

grande. Dicha señora conocía á la marquesa desde joven, y la trataba, no sólo con la confianza que se tomaba en todas partes sin que se le diese, como una instintiva y genuina socialista, sino también con cierto aire é ínfulas preceptorales.

— ¡Válgame Dios, Marquesa! — le dijo.— ¡Siempre estás triste! Si es porque se murió tu marido, ¿eso ya qué remedio tiene? Si es porque tu hijo es un cena á oscuras, es hacia la cola y no quiere estudiar, consuélate con que no es el solo de su jaez. Si es porque te sientes enferma, tampoco es ese un motivo para estarlo, porque las gentes enclenques viven tanto ó más que las robustas.

¡Qué dón de decir cosas desagradables tienen algunas personas! ¿Dón dijimos? Pues dijimos mal. Debimos decir *falta:* falta de educación, falta de finura, falta de delicadeza, falta de benevolencia, y, sobre todo, falta de bondad! El primer *deber*—ya que *impulso* no sea — que tenemos en nuestras relaciones con el prójimo, es pensar bien de él; la primera regla de finura y de delicadeza en el trato social, es demostrárselo así. Los malévolos juicios y su grosera expresión, denominados hoy *mundo* y *franqueza*, conseguirán al fin el que sea nuestra sociedad mil veces peor y más díscola que la de los hotentotes. ¡Y se habla mucho, mucho, de cultura

y de civilización! Sí, ¡como el ciego de los colores!

La Marquesa, que era una mujer fina, se contentó con responder al impertinente apóstrofe de la administradora:

— Me duele la cabeza.

— ¡Ya! — repuso la visitadora.— No es extraño; con el ruido que están haciendo esas niñas...

— Pues si apenas hacen ninguno! — dijo la Marquesa. — Además, si lo hiciesen, no me molestaría: la presencia de mi hija es todo mi encanto, toda mi alegría, todo mi recreo.

— Anda con Dios — repuso la viuda — en lo que concierne á tu hija. Justita es una buena niña, dócil y bien mandada; pero lo mismo toleras á esa Rufina, que bien se la puede decir Rufiana, tan suelta de ademanes como de lengua, tan mal encarada como carilantera. No sé cómo la puedes sufrir á tu lado, ni tolerarla al de tu hija.

— La he criado á mis pechos, — respondió la Marquesa; — y quizás por eso le deba la vida, pues cuando nació muerto mi penúltimo hijo, la subida de la leche me puso á morir.

— ¡Por cierto que tuvieron buena ocurrencia entonces, de traer para que la criases una criatura del Hospicio, — dijo agriamente la áspera viuda.

— Yo así lo exigí por muchas razones, señora.

— ¿Y cuáles eran éstas? ¿Me lo querrás decir? Pues no acierto cuáles pueden ser.

— La primera, —contestó la Marquesa,— fué la seguridad de que no pudiesen arrebatarme más adelante la criatura que había alimentado á mis pechos. La segunda, fué hacer una obra de caridad, dando madre al pobre ser que no la tenía.

— Esos sentimientos — dijo la ex administradora — son muy bonitos impresos en novelas; pero en la práctica, lo que dices es cháchara, y no se puede uno en el mundo guiar por ellos, pues hacen cometer imprudencias que luego pesan.

—Pero, señora—dijo la Marquesa al fin, cansada del atrevimiento de una persona que tan agriamente compensaba los beneficios que de ella recibía, y con tanta inconveniencia le reprendía la caridad que con otro ejercitaba,—lo que está usted diciendo son vulgaridades sentenciosas, que son las más insoportables de todas; axiomas á lo Sancho Panza; fallos infalibles de escalera abajo. Si para hacer el bien tuviésemos una seguridad de que de ese bien nos resultaría provecho, ¿dónde estaría el mérito de hacerlo? Cada día vemos á los pobres sacar niños del Hos-

picio, apegarse á ellos, prohijarlos y amarlos como propios. ¡Triste es decirlo!—añadió la Marquesa suspirando;—pero el pueblo nos da continuamente ejemplos de caridad. Los ricos somos los que no conocemos la verdadera generosidad, puesto que ésta no consiste en dar una moneda, sino en hacer el bien sin cálculo. ¡Qué perfectamente ha dicho Balzac: que «la avaricia empieza donde acaba la pobreza!»

—¡Toma!—contestó la viuda.—Los pobres lo hacen, porque cuando son mayores los niños les ayudan con su trabajo.

—¡Señora: por Dios! Cuando esos niños son mayores, ó salen soldados ó se casan; bien lo sabe usted.

En seguida se dibujó en el rostro de la Marquesa una amarga sonrisa, y añadió á media voz como hablándose á sí misma:

—¡No hay flor en la naturaleza material que no marchite el solano; ni hecho noble y generoso en la naturaleza moral que no aje la malevolencia!

—Mucho habría que decir sobre esto—repuso acerbamente su interlocutora;—lo que únicamente te diré es que has de sentir y llorar lo que has hecho.

—Podrá ser—dijo la Marquesa:—un autor francés ha dicho que el diablo se venga siempre de una buena acción.

—Esa muchacha—prosiguió la hostil y cansada viuda—es mala *de nativitate*. Nadie la puede ver; y acabará por echar á perder á tu hija.

—El cuidado de que esto no suceda será mío—dijo la Marquesa con frialdad.—Señora: si le parece á usted, hablemos de otra cosa.

Ambas señoras, poco satisfechas la una de la otra, habían callado, pues la una sentía su malevolencia derrotada, y la otra su delicadeza ofendida.

Las niñas en este momento jugaban, puestas en círculo, á un juego de prendas. Rufina, que tenía dón de mando, había puesto el juego, diciendo:

—Ahí está señá Mariquita Gil.

A lo que, según la regla del juego, contestó su vecina:

—¿Quién es señá Mariquita Gil?

Respondió en seguida Rufina señalando á la viuda:

—La que tiene la boca así, el ojo así.

Y puso torcida la boca y el dedo en la mejilla, tirando su párpado hacia abajo, con lo cual quedó hecha una visión, y algo parecida á la viuda, que tenía efectivamente, según la voz vulgar, un ojo remellado.

—¿Y no sabes tú, desvergonzada—dijo encolerizada la remellada señora, que notó el insolente ademán de Rufina,—no sabes tú la

máxima que á este juego se adapta y añade? Pues óyela:

Tuerce la boca hasta el mal
Quien del prójimo murmura;
Es lince para mis faltas,
Y topo para las suyas (1).

Cada niña debía hacer y decir otro tanto, so pena de pagar prenda, y era llegado el turno á Justa; pero la niña se negó á poner la boca así y el ojo así. Rufina insistió en que hiciese lo que habían hecho las demás, amenazándola, si no lo hacía, con que no jugaría más con ellas; y la niña, afligida por la amenaza, se vino á refugiar en su madre, en cuya falda se echó, diciendo con el modo gracioso de pronunciar de los niños:

—¡Yo no quiero *poneme* tan fea!

—Que concluya este juego—dijo severamente y con marcada intención la Marquesa á Rufina.—Niñas mías—añadió dirigiéndose á las otras:—decid relaciones, que es más bonito, y os ejercitan en la pronunciación.

Presentóse primero Rufina, erguida y haciendo quiebros, diciendo la siguiente relación, que concluyó con una profunda y grotesca cortesía:

---

(1) Juegos de Nochebuena, moralizados por Alonso de Ledesma. Madrid, año 1611.

Yo soy Doña Ana de Chaves,
La de los ojos hundidos,
Casada con tres maridos;
Todos fueron capitanes:
Murieron en las milicias
Donde murieron mis padres,
Dejándome por herencia
Manos blancas y ojos negros.
Beso á usted las suyas, señor caballero.

Siguió á Rufina en la palestra una morenita gordilla y colorada que apenas sabía hablar; pero que, no obstante, recitó, haciendo de apuntador al principio una hermanita suya algo mayor:

Aquí vengo no sé á qué
Con mi barba de conejo:
¡¡Ay!! ¡Quién se comiera un viejo
Que fuera de mazapán!
¡Ehé, ahá!
Como soy tan chiquitita, ya no sé más.

Ahora era llegado el turno á Justa de decir su relación; pero como era tímida, volvióse á negar, alzando su angustiada carita, que se había puesto encarnada como una rosa, y sus ojitos arrasados de lágrimas, á su madre, como para implorar su auxilio.

—¿Por qué no quieres hacer como las demás, hija mía?—le preguntó su madre.

—Porque no *sabo*, no *sabo*—respondió la niña con la respiración agitada.

— Sí sabe, — sostuvo Rufina.

— ¿Y por qué se ha de forzar á la niña á hacer lo que no quiere? —dijo la viuda, más bien por contrariar á Rufina que no por favorecer á Justa.

—Para que sea dócil y no se particularice nunca, y menos por incomplacencia,—contestó la Marquesa. — Vamos, hija mía, di una relación.

— ¡Si no *sabo* relación! — repitió la niña, haciendo uno de esos graciosos visajes, á los que se ha dado la denominación infantil de *pucheros*.

—Pues di una oración,—dijo su madre;— así probarás tu buena voluntad en obedecer.

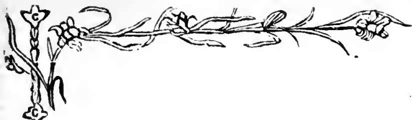
—¿La que digo cuando estoy en la cama?... —preguntó la dócil niña.

—Bueno; que sea ésa, — repuso su madre.

Entonces dijo la niña, pronunciando graciosamente á medias palabras:

A acostarme voy
Sola sin compaña;
La Virgen María
Está junto á mi cama (1);
Me dice de quedo:
—Mi niña, reposa,
Y no tengas miedo
De ninguna cosa.

(1) Probablemente debería leerse para conservar el verso: «Junto está á mi cama». Pero como está la canta el pueblo, y así la ha conservado el autor.



CAPITULO II

Doce años después de la conversación referida, habíanse cumplido parte de los pronósticos de la maliciosa viuda, y muchas lágrimas costaba ya Rufina á la Marquesa de Villamencía.

¡Cuánto se envanece el mundo de sus victorias en sus contiendas con la buena fe y la bondad! Más le valiera llorar sus tristes triunfos, acordándose que ha dicho un pensador moralista francés: «No hallo vergüenza en ser engañado por alguno; pero la tendría de desconfiar de todos.»

Desde que los malos instintos de Rufina se habían desarrollado en escala mayor, y de manera que nada bastó para contenerlos, había cuidado la tierna madre de Justa de poner gran distancia entre ambas jóvenes; puesto que la Marquesa procuraba principalmente conservar pura el alma de su hija, no sólo de toda mancha, sino de todo lo que pudiese ajar la blanca túnica de su inocencia.

Creía que no era tal ó cuál de los siete vicios capitales el que debía quedar de toda mente pura en lontananza, y como un monstruo medio fantástico, sino todos, pues todos, vistos de cerca, rebajan el alma de su altura; todos ajan la delicadeza del sentir; todos empañan la clara transparencia de la inocencia; todos profanan los floridos espacios de la imaginación, y todos van desprestigiando la vida real, como las negras y pesadas nubes que van empañando el éter y apagando las estrellas. Así es que vemos con dolor á tantos que son jóvenes, bellos, y ¡Dios mío, hasta poetas!, echar con alma vulgar, vieja y materialista, su triste y escéptico fallo sobre lo *imposible* de una vida pura, abstinente, desprendida, humilde, benévola, activa para el bien y sufrida para el mal, y hacerse con los siete vicios contrarios una corona de hediondas y envenenadas flores, con que se coronan y sientan al banquete de la vida!—Pero, por suerte, existe hoy una inmensa reacción. En los hombres, y sobre todo entre los jóvenes, hay infinitos que van formando una aristocracia de virtud y religión, y es de esperar que no esté lejos el día en que el cinismo del vicio caiga en la abyección y en el ridículo en que ha caído ya el viejo cinismo antirreligioso, ese cinismo que nada define mejor que una palabra andaluza que no está

en el Diccionario, pero de la que por expresiva y adaptable no podemos menos de valernos en esta ocasión; esa palabra es *cursi*.

No podemos definir á Justa mejor sino diciendo que en ella nada sorprendía; pero que todo atraía, admiraba é inspiraba simpatía. La innata bondad y elevación de su alma la habían llevado á extrañarse de su mala compañera de infancia, sobre todo desde que vió que su madre lo deseaba. Porque Justa tenía la primera virtud religiosa en relación con lo humano; tenía el primer y más puro amor de un hermoso corazón; poseía el principal distintivo de una perfecta educación, no á la francesa ni á la inglesa, sino de toda educación, sólida y cristiana, esto es: era *buena hija*. Para Justa no había nada en el mundo que contrabalancease el amor santo á la madre que le dió el ser y la crió á sus pechos; ningún respeto en lo humano que sobrepujase al que le inspiraba aquella madre, dechado de virtudes. Esta veneración, este entrañable amor, esta sumisión sin límites que tenía y en todas ocasiones demostraba Justa á su madre hacían de ella la joven más simpática, más querida y más admirada de la ciudad. Y cuando estos sentimientos se demostraban en los mil elogios que siempre acompañaban el nombre de

Justa, decían las madres á sus hijas: «No promete el Señor á los que aman y honran á sus padres solamente la eterna vida, sino que les bendice en ésta, y á su bendición añade la de los hombres. Debe, pues, ser la primera virtud y la más aceptable á Dios, pues es la más premiada.»

¡Oh! ¡Cuán cierto es esto! Pero, por el contrario, cuando en las familias engendran la soberbia y otros vicios el monstruo *emancipación*, y cuando éste se planta como contrario ante la autoridad paterna ó materna, repeliendo con el pie el respeto, la sumisión, la obediencia y todas las virtudes filiales, ¡ay de aquella mansión! De ella huyen al punto el aprecio, la consideración y el elogio de los hombres, ese tributo que forma la *buena fama*, ese galardón que no dan al rico ni su dinero ni sus aduladores; huye la felicidad, huyen los penates, que ven marchitas sus coronas, y huyen del hogar doméstico los ángeles de la paz, cuya presencia tan dulce lo hacía! Y sólo quedan allí, en lugar de estas felicidades ausentes, la severa reprobación de Dios, que podrá perdonar al arrepentido, y la de los hombres, que no perdonan nunca!

Definir los malos instintos de Rufina sería prolijo. Más corto es decir que los tenía todos, sobresaliendo entre ellos la soberbia, la en-

vidia y la crueldad. Era, según la expresión de un autor francés, «una mata de espino»: no se rozaba nadie con ella sin herirse las manos ó desgarrarse el vestido. Cuando niña, el placer que hallaba en atormentar á los animales, indicaba claramente esta última perversidad, y fué lo primero que desunió á estas niñas tan diferentes. La Marquesa fomentaba la bien entendida y exquisita sensibilidad de su hija; y cuando sus amigos la reconvenían por esto, y hallaban más acertado comprimirla, advirtiendo que de esta suerte sería más feliz, porque el que con todos llora se queda sin ojos, la Marquesa daba á estos vulgares y triviales axiomas esta magnífica respuesta: «PREFIERO QUE MI HIJA SEA BUENA A QUE SEA FELIZ» (1).

Más tarde, el afán de Rufina por componerse y ser vista indicó su vanidad y descaro; y hostil su competencia con la suave y bondadosa Justa, denotó su orgullo y envidia. El primer ensayo en su vida de liviandad fué el seducir y atraer al joven Marqués, que era tímido y corto de luces, é indisponerle con su madre, la que sólo pudo

(1) Sentimos no atrevernos á decir, por temor de ofenderla, el nombre de la santa, ilustrada y excelente madre á quien con admiración oímos esta respuesta.

evitar un escándalo valiéndose de un hermano suyo que vivía en Madrid, el que, mediante á ocupar un alto puesto, y por ser aún el Marqués de menor edad, pudo arrancarle á la fuerza de su casa y traerle á su lado. Este y otros disgustos empeoraron la salud de la Marquesa, quien, al reanudar nuestra relación, estaba cerca de sucumbir al horrible padecer de una úlcera interior que la consumía y hacía necesaria una asistencia continua, á la que Justa consagraba su vida y su corazón.

Este día hallamos á la Marquesa blanca cual el alabastro (como pone á sus pobres víctimas el mal que la devoraba), acostada en un sofá y mirando con plácida y satisfecha sonrisa á su hija, que de rodillas besaba las albas manos de su madre.

—Vete á acostar, hija de mi corazón—le decía,—que apenas has descansado en la pasada noche.

—No podría dormir, madre mía—contestó Justa, tan quedo, cual si lo que dijese fuera un secreto y hubiese habido otras personas además de ellas en la habitación.

—¿Te acuerdas, Justa mía, cuando eras chica, y que acostadita en tu cama no querías dormirte sino cuando yo te decía: «Me complaces en dormir?» Cerrabas entonces tus ojitos, y un minuto después sonreías en

sueños al ángel de la obediencia, que venía á cubrirte con sus alas.

—Sí que recuerdo, madre mía, y la oración que me enseñó usted para quitarme el miedo.

—Verdad es que eras medrosilla, y me decías cuando la noche estaba oscura: «Madre, cierre usted la ventana, que *entra miedo.*»

—Pues aún me quedan ráfagas de ese miedo instintivo de los niños. Temo alguna vez con angustia; y si lo que temo no tiene nomcre, y no es ni el *cancon* ni el *coco*, es lo que me amedrenta objeto tan indefinido y tan temeroso como aquéllos.

—Pues si no precisas la causa de tu temor, ¿qué te amedrenta, sensitiva mía?

—Temo *al mal*, de cualquier forma que se pueda presentar, madre. Temo que llegue á mis oídos un gemido, á mi vista un horror, pues ambas cosas abundan tanto en el mundo! Así es que siempre sigo rezando aquella oración que paraba los latidos de mi corazón, cerraba suavemente mis ojos y traía entonces, como ahora, á mis labios la sonrisa que usted recuerda; y digo con tanto fervor y confianza:

A acostarme voy
Sola sin compaña:
La Virgen María
Está junto á mi cama;

Me dice de quedo:
—Mi niña, reposa;
Y no tengas miedo
De ninguna cosa.

—Entonces, como ahora, eras obediente —dijo la Marquesa;—y ahora, más que entonces, me complaces en descansar y dormir.

—Madre, entonces nada ahuyentaba mi sueño; pero ahora está usted mala...

—Me encuentro hoy mejor.

—Entonces, madre mía--dijo aún más de quedo Justa acercándose al oído de su madre,—no tenía en qué pensar.

—Ya entiendo, ya entiendo—le interrumpió su madre sonriéndose.—Pero ya que tú no eres presumida, quiero en esta ocasión serlo por ti, y procurar que cuando él venga esta noche, no te halle marchita como una flor de estío, sino fresca como lo que eres, una rosa de Abril.

— No me quiere por mi buen parecer, madre mía.

— Lo sé. ¡Líbrete Dios de inspirar un amor sólo debido al buen parecer! Amor superficial y frívolo, amor de ojos y no de corazón, que podría desvanecerse si desmejoraban tu hermosura una enfermedad, un percance ó el tiempo. Pero, hija mía, el buen parecer es, si no un mérito, una ventaja, es un dón de la naturaleza, del que no se debe

ni presumir ni abusar; pero tampoco se le debe menospreciar destruyéndolo, como hace un niño deshojando una rosa.

En este momento se abrió una puerta, y apareció la administradora entre aquellas dos hermosas, simpáticas y suaves criaturas, como aparece una avispa entre una rosa blanca y su rosado capullo.

— Ya ves que quedo acompañada—dijo la Marquesa á su hija—. Vete, pues, á acostar, hija del alma, perenne ángel de mi custodia.

Justa abrazó á su madre repetidas veces, cubriéndola de besos, saludó á la recién llegada, puso todas las cosas con primor en su debido puesto, y se retiró.

—¡Válgame Dios, mujer!—dijo la administradora, sentándose cómodamente en un sillón.— ¡Fuerte cosa es que sepan los amigos por fuera las novedades de tu casa, y que no los encuentres acreedores á participarles lo que todo el mundo sabe! Con que... ¿se casa Justa?

—Verdad es; pero aún no he dado parte á nadie,— respondió la Marquesa.

— Acabo de saberlo en casa de Vélez —prosiguió la viuda. — «¡Buena boda hace!, dijo el marido. Es Pepe Arce hijo único de un padre millonario. ¡Qué suerte han tenido esos Arces, y dónde han llegado, con sólo

saber sumar, y sobre todo multiplicar! Es, á no dudarlo, el más rico capitalista de la ciudad. — Y como nada les queda que desear, añadió la mujer, sino sangre azul, por eso casan al hijo con la hija de la Marquesa.— Tanto más, dijo la suegra, que si muere el primogénito, será Justa la heredera del título y del caudal.»

—¡Válgame Dios — exclamó la Marquesa, herida, tanto por la hostilidad del juicio como por la indelicadeza en repetírselo.— ¡Válgame Dios! ¡Cuántos y qué lejanos cálculos atribuyen y ven los extraños en un casamiento, sólo y exclusivamente debido á la mutua inclinación de los jóvenes, que en nada han pensado sino en amarse y ser felices, cuando este amor fué sancionado por sus padres!

—¡Qué amores, ni qué amores! ¿Por ventura estamos en tiempos de oscurantismo? Hija, hoy día tenemos muchas luces, y á su resplandor se calcula que es un contento. No hay más que cálculo, nada más.

—Repito, señora—repuso la Marquesa,— que ninguno hay en esto. Sabe usted que don Bruno Arce es, hace muchos años, amigo de la casa, y que me visita todas las noches. Cuando volvió su hijo de sus viajes, le trajo á verme, como era regular. Pepe siguió viniendo, porque le atraía Justa; la amó; ella

le correspondió cuando se lo permití; lo que hice gustosa, en vista de las excelentes prendas de Pepe; y este espontáneo é inocente amor es la sencilla causa de su unión. ¡Y el mundo le halla, en lugar de esto, cálculo, diplomacia y miras ulteriores!!! Señora, quien no tiene sino un rasero para medir las cosas no debe juzgar sino de aquellas que son á la medida del rasero.

—No digo que aquí no haya malas lenguas —dijo la viuda.— ¡Jesús si las hay! En un instante dejan á San Juan sin manto, á San Sebastián sin camisa y á San Bartolomé sin pellejo. Yo no hago sino repetir lo que oigo. Es regular — añadió la entrometida viuda— que venga tu hijo á la boda de su hermana.

A la Marquesa la mortificó esta pregunta, que con ese fin se había hecho, y contestó con frialdad:

—No vendrá, puesto que en consideración al estado de mi salud, esta boda se va á hacer pronto y sin ninguna clase de aparato. Aunque mi pobre hija lo ignora, yo sé que me restan pocos días de vida, y deseo, al morir, dejar casada á la hija de mi alma.

—¡Ya, ya! Si no viene el marquesito—insistió la áspera viuda—, yo bien sé el por qué. Pero todo el que no sepa la verdadera causa lo extrañará. ¡Bien te lo predije! Ahora quiero prevenirte cosas que suceden, y que

tú, enferma y encerrada como estás, ni puedes saber, ni puedes evitar. La linda alhaja de Rufina, después de haber tendido cuantos lazos ha podido á Pepe Arce, le ha dado citas en nombre de tu hija, en las cuales, en lugar de Justa, se halló con ella. Rechazada por Pepe del terreno amoroso, se lanzó al sentimental, asegurándole que era la criatura más desgraciada bajo el despotismo de tu hija y el tuyo. Hallando sus quejas incredulidad, así como sus provocaciones habían hallado desvío, humillado su amor propio, exaltada su envidia, pateando de soberbia al reconocer la impotencia en que estaba de satisfacer sus perversos anhelos, ha escrito un anónimo á Pepe Arce, en el que, con inconcebible audacia, le dice que no es él el primer amor de tu hija. Todo esto lo sé por el ama de llaves de la casa de Arce, que sabe cuanto pasa entre el padre y el hijo, merced á que es curiosa y escucha detrás de las puertas. Y aunque tanto don Bruno como Pepe se han reído de esto, yo te lo participo para que sepas de todo lo que es capaz esa serpiente que has criado en tu seno.

La Marquesa se había puesto, si es posible, aún más pálida de lo que lo estaba habitualmente.

—No, no, no puedo creerlo, — dijo con desfallecida voz.— Señora, siempre aborre-

ció usted á esa muchacha, y repite calumnias de tal magnitud, que sólo la malevolencia puede darles crédito.

— Pues aún hay más — prosiguió la noticiera, sin cuidarse del efecto que estaban produciendo sus crueles revelaciones en la pobre enferma;— aún más. Exasperada Rufina al ver que Justa, teniendo dos años menos, se casa antes que ella, se ha puesto su señoría en relaciones, y se va á casar con un paseante en corte, tahur, truhán, sin oficio ni beneficio (pero con muchas trampas), bien vestido (gracias á éstas), al cual ha hecho creer que es hija de tu marido, y que, por lo tanto, tu familia nunca puede desampararla.

Al oir esta última revelación, la Marquesa cerró los ojos y dejó caer su cabeza sobre los cojines del sofá.

La viuda dió voces.

—¡Por Dios! ¡por Dios!—murmuró la enferma.— ¡Que nada sepa mi hija, esa inocente!

Lanzó un débil gemido, y perdió el sentido.

Al oir las voces de la viuda, Justa se había echado un peinador blanco, y con su magnífica cabellera suelta había acudido desolada y temblorosa, y se había arrodillado junto á su madre. Rufina, compuesta y ataviada, había venido también, así como algu-

nas criadas, y ambas jóvenes prodigaban sus cuidados á la exánime Marquesa: la primera, bañada en lágrimas, como el amor que sufre; la segunda, impasible, como la impermeable indiferencia.

— Cuídala, cuídala — dijo á esta última la implacable viuda; — pero híncate, como Justa, sin temor de ajar tus faralaes, á ver si te deja algo en su testamento.

—Lo hará sin eso, pésele á quien le pesare,— respondió Rufina con descoco.

—Lo que te dejará, y debe dejarte, es su bendición por lo que la mereces— repuso su antagonista.

Ocho días después de la escena referida, por expresa voluntad de la Marquesa, se unían, sin ruido ni boato, Justa y Pepe Arce.

Aquel mismo día, y como para acibarar la última satisfacción que en este mundo había de disfrutar la buena madre, desaparecía Rufina de la casa para unirse á su digno pretendiente.

Al mes yacía la Marquesa en su féretro, blanca y fría, como la nieve que va á absorber la tierra.

Al lado del féretro mezclaba Rufina su mentido é hipócrita dolor con las bellas y sinceras lágrimas de Justa, y obtenía, á favor de su falso desconsuelo, que Justa le perdo-

nase su loca conducta y disparatado casamiento.

Tres meses después, el marido de Rufina, harto de ella, desengañado de la falsedad de sus asertos, perseguido por deudas y otras fechorías, después de disipar la manda que dejó la Marquesa á su mujer, había desaparecido.





CAPITULO III

Su disparatado casamiento, y las desgracias que de él dimanaron; su loca y desordenada vida, y el incesante hervidero de sus malas pasiones, habían en poco tiempo marchitado el rostro y disecado las formas juveniles de Rufina, y acabado de agriar su carácter. Otra cosa contribuía poderosamente á esto, y eran los remordimientos, que son en el corazón lo que las canas en la cabeza: á pesar de que las tiña el arte del sofisma, el tiempo, que es la verdad, vuelve á tornarlas mustias y descoloridas, y el tinte á nadie engaña. Si las arranca la presunción y el despecho, vuelven á nacer. Así los remordimientos, ese íntimo convencimiento de que hemos obrado mal, no se pueden sofocar, por más que se aparenté. El incontestable derecho que tiene cada cual de motejarnos, sin que se lo pueda impedir nuestro orgullo, nuestra posición, ni nuestro di-

nero, es un torcedor, un buitre, que, como el de Prometeo, nos roe sin cesar ni descanso. De ahí nacen la hostilidad y la misantropía, esos descontentos con los demás y con nosotros mismos. Sólo las personas que á nadie han hecho mal, y que si lo han recibido lo han perdonado como perfectos cristianos, ó despreciado como nobles y superiores, tienen el privilegio de no agriarse y de conservar en lás situaciones más desgraciadas y vejatorias, como el cielo por cima de las nubes, su hermosa serenidad.

Así era que, cuando Rufina consideraba la suerte feliz y brillante de Justa, el amor de su marido, y el respeto universal, que á porfía cubrían de rosas é incensaban su senda, todas las furias de la envidia y del despecho se desataban en su seno. Nunca recordaba, al pensar en la familia á quien tanto debía y tan mal pago había dado, el bien que le había hecho, sino el que pudo hacerle y no le hizo.—La Marquesa, pensaba, no debería nunca haberse opuesto á que su hijo se casase con ella; ni éste debería haber cedido á la voluntad de su madre, á los consejos de su tío, ni á las advertencias de sus amigos. Este mismo, en las actuales circunstancias, disipado por el marido, que la había abandonado, el legado que le dejó la Marquesa, no debería contentarse con pasarle una mezquina

pensión, como lo hacía, sino tenerla en el pie en que había estado siempre; y otras locas exigencias. Porque así discurre la ingratitud; así, cegando á la justicia, falsea la razón!

Ni los desengaños, ni las desgracias, ni la experiencia eran capaces de domeñar las violentas pasiones de aquella mujer, que, después de maldecir lo pasado, había de lanzarse al porvenir con redoblados bríos y con nuevo furor.

El despecho, la ambición, la envidia y la venganza unidos, debían engendrar un monstruo en aquella cabeza, fecunda en planes satánicos. Y así sucedió.

Rufina, en vista del proyecto que formó, menudeó sus visitas en casa de Justa, aparentando cariño hacia ella, gratitud y amor por su difunta madre, y fingiendo haberse llamado adentro y llevar una vida modesta, ordenada y hasta religiosa. Justa, que era buena, y además débil, recibió cordialmente en su casa y en su intimidad á aquella mujer, á quien una señora como ella no debería nunca haber recibido. Cuando su marido le hacía prudentes reflexiones sobre la inconveniencia de este trato, respondía Justa que no era generoso cerrar las puertas á la desgracia, ni el corazón á los recuerdos, y perdonar sólo de boca. Que también la bondad tiene sus sofismas cuando no quiere la miope-

por lazarillo á la sana razón, sino campar por su respeto.

¡Cuánto se ha hablado sobre indulgencia y tolerancia en los tiempos modernos, y cuánto se ha querido culpar á la religión católica por carecer de ella! Por combatir á la intolerancia, se ha querido hacer, mediante la tolerancia, un completo tratado de paz con lo condenado por malo, y con la indulgencia un elixir de vida que lleve á mirar la muerte, esto es, la culpa, como una cosa natural y sin consecuencia, merced al dicho elixir.

Hay dos clases de indulgencia: la una es divina y religiosa; la otra es humana y filosófica.

Esta última aminora, disculpa, prohija y casi anonada la culpa *antes* de cometida; y ésta induce al mal.

La divina ó religiosa clama contra la culpa, la vitupera, la condena, la anatematiza *antes* de cometerla; y ésta aparta del mal.

Así aparece claro que, hasta ahora, está la tolerancia de parte de la humana y filosófica. Pero prosigamos, que el ANTES suele llevar al DESPUES.

Después de cometida la culpa, el mundo humano y filosófico moteja, escarnece y desprecia al culpable; no perdona su falta ni la olvida; su juicio condenatorio es sin apela-

ción. De manera que su indulgencia se dirige ó ejerce en la culpa, y no en el que la comete.

La indulgencia de la religión divina, si el culpable, postrado y bañado de lágrimas de contrición, la implora, le levanta, le abre sus brazos, le absuelve y le torna puro é inocente, merced á un segundo bautismo con el agua de sus lágrimas. Todo lo perdona y lo olvida, y sienta al hijo pródigo á la cabecera del banquete; con lo cual demuestra su rigor, no con quien comete la culpa, sino con la culpa misma.

¿Cuál es, pues, más indulgente, el mundo filosófico, que antes de cometer la culpa *pregona* la indulgencia, ó la religión divina, que después de cometida la *ejerce* con el que se aparta de ella? ¡A cuántos no ha desesperanzado el mundo filosófico y tolerante, hasta arrastrarlos al suicidio! ¡Y á cuántos no ha consolado esta religión, que, severa, amonesta hasta hacerlos felices!

Pero aún hay otra tercera clase de indulgencia, que ni es la mundana, pues no disculpa lo malo, ni es la religiosa, pues no hace preciso el arrepentimiento para espontanearse. Y es ésta la de la bondad débil, sin el celo religioso y sin la dignidad de la virtud, aunque ambas cosas posea, religión y virtud. No es, por lo tanto, una virtud esa dulzura

fuerte, á cuya cabeza pesa la corona de oro de la dignidad, de cuyas flacas manos se escapa la pesa de la santa justicia, y cuyo blando corazón oprime la coraza del decoro que debe serle inherente; no es, no, una virtud. Es, á lo sumo, una bella flor sin fruto, nacida espontáneamente en un hermoso corazón. Y repetimos que no es virtud, porque suele ser muy perjudicial en las personas que tienen inferiores, puesto que aparta como innecesario al arrepentimiento, y hace del perdón cosa de tan poco valor que lo da de balde, con lo cual falsea el orden moral de las cosas, y, por último, autoriza la impunidad, rinde homenaje al orgullo, y obstruye la fuente de que podría haber brotado el arrepentimiento sincero, explícito y confeso. Esta tercera indulgencia, si no induce al mal, como la del mundo, tampoco aparta de él, como la religiosa. La inocencia y la falta de conocimiento de las cosas y de los hombres suelen engendrarla también; y así había sucedido respecto á Justa, porque era un ángel, pero un ángel niño, como los que para pintarlos vió Murillo á los pies de la Virgen pura; ángel que de su lugar había caído á la tierra.

Ambas recién casadas estaban en cinta, y aguardaban su alumbramiento para la misma época.

—Ansío por salir cuanto antes de mi ocasión,—solía decir Rufina á Justa,—por hallarme en estado de poder asistirte cuando llegue la tuya; porque no quiero que otra que yo lo haga; pues ¿quién lo ha de hacer con tanta eficacia y cariño? Es claro que nadie.

Los deseos de Rufina se cumplieron, porque á los pocos días de parir ella una niña, asistía á Justa, que, con igual felicidad, dió á luz otra niña. Al día siguiente, cuando volvieron el padre, los padrinos y los convidados del bautismo, y que poco después se entregaron todos alegres y satisfechos al reposo, inclusa la feliz madre, Rufina, que la velaba, y que tenía en la pieza inmediata á su niña, desnudó ágilmente á ambas recién nacidas criaturas, cambió sus ropas, y acostó á su hija en la magnífica cuna que Justa preparara á la suya, diciéndole:

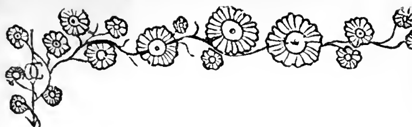
—¡Serás rica, gran señora y feliz, contra la voluntad de los que mal quieren á tu madre!

Y poniendo en su cuna de pino á la hija de Justa, añadió:

—Tú, sí, tú, hija de orgullosos, ricos y vanos encumbrados, serás pobre y despreciada; tú, sí, tú sufrirás lo que he sufrido yo, y algo más! ¡Tú cobrarás la deuda de agravios y desprecios que debo á tu egoísta y engreída familia!

Apenas consumó aquella mujer su atentado, cuando con leve pretexto, ó sin él, se despojó de su hipocresía como de un ya inútil disfraz, suspendió la intimidad que había tenido con Justa, y más desenfrenada que antes, se entregó á la vida airada.





CAPÍTULO IV

La marcha de los acontecimientos sigue su curso, sin cuidarse de la senda que le trazan los cálculos de los hombres, siendo por lo regular ilógica aquélla á los ojos de éstos, porque así lo ha dispuesto todo Aquel que ha restringido sobre ellos el poder de los hombres, á los que no ha dado más luz, en cuanto á lo que á Él pertenece, que la fe, más guía que sus preceptos, ni más punto de apoyo para no extraviarse que la sumisión, cuna de las inteligencias inocentes, lecho de descanso de las trabajadas. El bueno padece; el malo prospera: no hay que extrañarlo. Dios no hizo las felicidades terrestres exclusivamente ni para los buenos ni para los malos; pero sí sus preceptos para cada situación, sus advertencias para las prósperas, y sus consuelos para las adversas. En aquéllas se muestra más severo maestro y señor, en éstas más dulce guía y consolador: Padre siempre, siempre Juez.

Así, nada de extraño tiene que veamos al cabo de algunos años un cambio inesperado é inmerecido en el bienestar temporal de la buena y de la mala mujer que actúan en los sucesos que vamos refiriendo.

Pepe Arce, á causa del enlace fatal de los negocios mercantiles, vió su casa millonaria arruinada, y murió de resultas de la pasión de ánimo que esta inmerecida é imprevista desgracia le produjo; Justa, fácilmente resignada á la pérdida de sus riquezas, estuvo inconsolable por la de su marido; pues éste había tenido el mérito poco común de apreciar en cuanto valía á su incomparable mujer, la que conservaba una inocencia de corazón, que en su día había de llevar al cielo, pura como la gota de rocío que absorbe el sol, sin salir del cáliz de la rosa en que la depositó la aurora.

Desde su doble desgracia vivía Justa retirada y humildemente, no queriendo admitir de su hermano sino lo estricto y necesario para conservar la decencia en la pobreza. Su distracción y su consuelo eran educar á su hija Bruna; lo que hacía con el esmero, cariño y santos ejemplos con que había sido educada ella por su madre.

La educación puede combatir y domar una mala naturaleza; transformarla de mala en buena sólo lo puede la gracia. La educación

puede, á no dudarlo, aun sin valerse de más móvil que la vergüenza, esa hoja de higuera—¡lo sólo que trajo del Paraíso el que le perdió!—hacer desaparecer los vicios groseros y humillantes; pero no hará nunca espontáneas las virtudes, que á duras penas aclimata. El herrero puede amoldar el hierro; ¡tornarlo en oro, nunca! Por lo cual no vemos esas completas y radicales transformaciones de malo á bueno sino en la vida de los santos. Así era que Bruna, que aun teniendo rectitud, buen sentido y cierta nobleza de alma, tenía también, y en alto grado, el carácter fuerte, orgulloso, egoísta y áspero de su madre, había amoldado á duras penas estos vicios bajo la excelente dirección de Justa. A falta de dulzura, tenía una calma y dignidad que no era fácil perturbar; no era benévola, pero sí sostenidamente servicial cuando se la ocupaba. Siempre sobre sí, ni tenía ni inspiraba confianza. Su buen sentido cultivado la impelía á amar la virtud sobre todo; pero su orgullo la llevaba á apreciar en ésta más su corona de oro que su perfume de violeta. Así era que sentía más orgullo que dicha en tener por madre á Justa, alrededor de la cual brillaba una aureola de respeto, de simpatías y de admiración. La fama de que gozaba su madre era una herencia de que ya disfrutaba

en vida, y quería traspasar ilesa á sus hijos.

Con este bien guiado orgullo, y con su fuerte temple de alma, la pérdida del caudal de sus padres la dejó impasible; y halló una secreta satisfacción de orgullo en trabajar ocultamente por estipendio, para procurar á su madre algunas de aquellas superfluidades de lujo, de las que por virtud y modestia se privaba. Como sucede con un tesoro adquirido á costa de sacrificios, tenía Bruna su virtud en mucho, y le había labrado con la austeridad un atrincherado tabernáculo. De esto se deduce que no debe el mundo condenar ligeramente á las personas secamente austeras, oponiendo contra ellas el que la perfecta santidad no lo es. La mayor parte de las personas á quienes se cree sectarios de la rigidez son naturalezas domadas, que tienen en mucho el freno á que deben su virtud. ¡Dichosas aquellas naturalezas selectas que no necesitan de ninguno! Pero son pocas; y esto lo prueba la creación de la palabra *desenfreno*, que, como baldón, se aplica á las personas ó á sus acciones desordenadas.

De cuando en cuando tenía Rufina el atrevimiento de ir á casa de Justa, porque en aquel corazón, en que palpitaba hiel en lugar de sangre, existía el único amor ó instinto que cabe en el del tigre: el apego á su primo-

genitura. Justa no tenía el suficiente carácter para prohibir á aquella mujer la entrada en su casa, pues no podía dejar de mirar en ella á la compañera de su infancia, á la niña que crió y tanto quiso su madre.

En estas visitas, la suave Justa veía con extrañeza el fugitivo, pero vehemente cariño, que la fría y áspera Rufina demostraba á Bruna; la que rechazaba este cariño sin rebozo, tanto por causa de su carácter austero y poco expansivo, como por las noticias poco favorables que de Rufina tenía.

—No puedo sufrir á esa mujer,—solía decir á su madre.

—No digas eso, hija mía, — contestaba Justa;—no se deben abrigar nunca, y en tu edad menos, sentimientos de odio ni hostiles contra nadie. La hostilidad es una mala semilla, que echa profundas raíces y ahoga en su germen los buenos y benévolos sentimientos en el corazón, destruye las buenas relaciones de sociedad, y aun con público escándalo, suele acabar con las de familia. Acuérdate de que dice Chateaubriand, en el tomo de sus obras que acabamos de leer, que «la odiosidad que abrigamos contra nuestros adversarios, es más perjudicial á nuestra propia felicidad que á la de ellos». Y, sobre todo, hija mía, convéncete de que la benevolència

es la mayor prueba de superioridad, tanto de espíritu como de corazón.

Pero ¿qué pluma podrá pintar los sufrimientos que desde que nació estaban reservados á Piedad, la preciosa, la dulce, la aristocrática y delicada hija de Justa, infeliz víctima de los inicuos sentimientos de Rufina, aquella mujer nacida del vicio y de la maldad, que como una lepra los trajo consigo al interior de la noble casa en que fué recogida y amparada? El angelito, desde pequeña, siempre encerrada y sola en la habitación, en que poco paraba su dueña, nada había aprendido, nada había visto, nada comprendía, y caminaba, como otro Gaspar Hauser, hacia el idiotismo. Una timidez angustiosa, una inerte hipocondría, un mustio decaimiento, reemplazaban en la pobre criatura á aquella expansión, aquella alegría, aquella locuacidad y continua movilidad, que tan naturales son y simpáticas hacen á la infancia.

A los trece años, una grave enfermedad que tuvo atrajo á su cabecera á una compasiva vecina, una buena anciana que ofreció á su supuesta madre asistirla; á lo que ésta no se pudo negar, so pena de promover un escándalo.

Entonces esta buena cristiana, mientras que, cual Marta, asistía á los males, como Magdalena, levantó aquel espíritu inerte, y le

enseñó á creer, á amar y á esperar. Como la religión es amada de todos los que la conocen,—pero con mucha preferencia de los desgraciados, porque es el universal é infalible consuelo de todo infortunio,—aquel angel doliente de alma y cuerpo recibió con lágrimas de amor, gratitud y entusiasmo aquella religión que le decía: «¡Los que lloran serán consolados!»

Piedad se apegó, como es de suponer, con ternura á la buena anciana, á quien la religión que le enseñaba había atraído al lecho del dolor, del que huía la impía fiera que se había hecho cargo de ella. Así sucedía que cuando llegaba la noche y la buena anciana se retiraba, aquel dulce corazón de la niña, que con tanta ternura y expansión se había abierto al amor, sentía profundamente esta separación. Además, la pobre niña temía. ¡Temía á su madre, temía á la noche, temía á la soledad, á la oscuridad! Entonces la buena anciana la animaba, la sosegaba, y acababa de consolarla enseñándola esta oración:

A acostarme voy
Sola sin compaña;
La Virgen María
Está junto á mi cama;
Me dice de quedo:
—Mi niña, reposa,
Y no tengas miedo
De ninguna cosa.

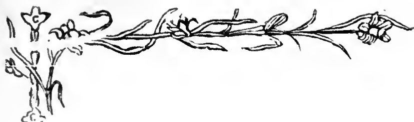
Piedad convaleció, y se levantó de su lecho regenerada de alma y de cuerpo. Los cuidados de su entendida enfermera, y el buen alimentó que le suministraba, de lo cual nunca se había ocupado su verdugo, desenvolvieron su atrasada naturaleza. Había crecido. Su semblante, fino y blanco cual una azucena, estaba como vivificado por una nueva savia de vida. Su razón despejada llegó á comprender cuánto sufría; pero sufrió ya con resignación y con esperanza, porque sabía que sufrir por Dios era complacerle y obligarle. Sus ojos, antes inertes, estúpidos y fijos en el suelo, animados ahora con una nueva luz del entendimiento y del corazón, se levantaban hacia el cielo, puro y celeste cual ellos. Alzaba confiada su cabeza, que ya no abrumaba su corona de espinas; sus blancas y delicadas manos se cruzaban con fervorosa devoción sobre su pecho. ¡Oh! Si entonces hubiese podido verla Justa, habría exclamado, estrechándola sobre su corazón de madre: «¡Esta es mi hija!»

Mas entre ellas estaba una infame mujer para separarlas, como el negro y duro hierro que se introduce entre el nácar y la perla.

Por entonces fué cuando la quiebra y la muerte de Pepe Arce vinieron á exasperar aún más el atrabiliario carácter de la fiera que la infeliz Piedad creía ser su madre. La

brillante suerte que había querido proporcionar á su hija se había desvanecido; el amparo que, andando el tiempo, había contado hallar para sí propia, iniciando á su hija en el secreto de su existencia, había fallado. Por manera que de su malvada combinación sólo le quedaba el placer de la venganza, que en su inocente víctima ampliamente ejercía.





CAPITULO V

De esta suerte pasó algún tiempo. Bruna se había casado con un primo de Justa, Oficial que, después de buenos servicios, se vió en la necesidad de abandonar la carrera por causas políticas, y había regresado á aquel pueblo, que era el de su nacimiento, para cuidar y labrar algunas fincas rurales que había heredado de su madre. Era un hombre digno, altivo y poco afecto á transigir en materias de alta esfera, el cual, hallando en Bruna cualidades análogas, y su mismo gusto por la vida retirada y grave, indiferente, como caballero de los antiguos españoles, á su falta de bienes de fortuna, la había elegido por compañera.

Un día un alguacil del Ayuntamiento entró en casa de Rufina, á la que entregó una carta gruesa de letra extranjera, con sello consular, exigiendo dicho alguacil una gratificación por los muchos pasos que le había costado dar con la persona á quien venía dirigida la carta.

Rufina la abrió sorprendida. Era fechada en California, y en ella se le comunicaba que un español que había muerto allí trágicamente había declarado á última hora llamarse ****, ser casado y tener una hija en aquel pueblo; y que á esta hija pertenecía, por tanto, de derecho, el dinero que á la sazón poseía como banquero de un garito; dinero que pasaba de cien mil duros, que quedaban depositados en el Consulado.

Difícil sería expresar lo que sintió aquella mujer al leer la referida carta. ¡Su hija, la hija de sus entrañas, debía heredar aquel caudal; y esa hija se hallaba en una posición tan modesta que rayaba en pobreza! ¡Y la odiada hija de la odiada Justa vendría, por razón aparentemente natural, á disfrutarlo! ¡Antes mil veces hubiese preferido anonadar tal herencia ocultando el aviso recibido! Pero ¿cómo renunciar á ella debiendo la misma Rufina disfrutarla en parte?

Por algunos días anduvo Rufina como loca y sin sentido, no sabiendo qué resolución tomar. ¡Bruna, su hija, pobre, y la aborrecida hija de Justa, rica! Esta idea la desatentaba.

Mil planes rodaron en su cabeza, que rechazó por imposibles. Al fin se decidió.

Aunque desde que estaba casada su hija había ido á verla varias veces, no había conseguido ser admitida en aquella casa severa

y decorosa. Rufina, aunque fué ahora de nuevo rechazada, no desistió de ver á su hija, mediante á que tenía aquella fuerza de voluntad que no es la perseverante hija de la paciencia, sino la terca hija de la obstinación. Cual pudiera haberlo hecho un salteador, se introdujo, pues, un día en casa de Bruna, siguiendo los pasos de un menestral que á la sazón trabajaba allí.

El alejamiento que inspiraba Rufina, esto es, la mujer zafia y de malas costumbres, á Bruna, la mujer morigerada, grave y escrupulosa, no era suavizado en ésta, como sucedía en Justa, por la dulzura de carácter y por los recuerdos de la infancia. Así sucedía que no lo disimulaba.

Hay personas tan delicadas, que, como á los perfumes, las desvía un soplo; y otras que lo son tan poco, que, como á los toros, sólo las para la firme y punzante garrocha. A las segundas pertenecía Rufina. Así fué que, sin desconcertarse ni turbarse por la mirada sorprendida y rechazadora que al presentarse clavó en ella Bruna, exclamó, abalanzándose á su cuello:

—¡Hija de mi alma!

—Señora: absténgase usted de esas familiaridades que me repugnan y reprueba mi marido, — dijo apartándose ofendida Bruna.

—No lo hará así tu marido—repuso Rufina — cuando sepa que eres mi hija, y que ha muerto tu padre dejándote cien mil duros.

— Señora — repuso con enojo Bruna: — hágame usted el favor de no gastar groseras chanzas á que no doy pie, y que me ofenden.

—No son chanzas,—dijo con exaltación Rufina,—no, no! Escucha, y te convencerás.

En seguida hizo una extensa relación á su hija de cuanto desde su nacimiento había ocurrido.

Bruna la escuchaba absorta y tan asombrada de cuanto oía, que ni aun intentó cortar aquella cínica confesión de un inaudito crimen.

—¿Qué dices, qué dices, pues?—así terminó Rufina, viendo que Bruna permanecía callada.—¿Qué dices de un amor de madre, que por hacer á su hija señora y feliz, renuncia á ella y pone en su lugar á un ser extraño y odioso? ¿Rechazarás aún á esta madre, que ahora se aviene á publicar la sustitución que hizo, por tal de que goces tú de la herencia que es tuya?

Bruna permanecía callada.

—¿Qué dices, hija de mis entrañas?—tornó á preguntar radiante de gozosa animación Rufina.

—Me preguntaba—respondió al fin Bruna—cuál sería el diabólico móvil que lleva á usted á plantear este nuevo enredo.

—¿Enredo?—exclamó Rufina.—Tú verás si lo es cuando te pruebe la certeza de cuanto afirmo.

—Afortunadamente, aunque pudiesen ser ciertos tan horrendos dislates, —dijo Bruna,—no podríais probarlos.

—¿Afortunadamente dices? Pues ¿y los cien mil duros?—repuso Rufina, presentando la carta del Cónsul de California.

—Tiene más valor á mis ojos—respondió Bruna, separando de sí la carta sin mirarla—la aureola de virtud de mi madre y la pureza de su noble sangre, que todos los millones que han acuñado los hombres.

—No pensará con ese ridículo quijotismo tu marido,—dijo Rufina con el dolor de un tigre herido.

—Mi marido.—repuso Bruna,—mi marido es un hombre noble y digno, que pretendió á la pobre hija de la virtuosa señora doña Justa Villamencía, y hubiese despreciado á la millonaria hija de Rufina, la perversa hospiciana.

—¡Mira que soy tu madre!—rugió sofocada Rufina.

—Mi madre es—repuso con calor Bruna—aquella que á sus pechos me alimentó, que

en dulce regazo me crió, y con su enseñanza y santos ejemplos ha hecho de mí una mujer virtuosa; á ésta todo se lo debo. Si dable, si posible fuese que debiera mi existencia al loco y desautorizado enlace de quienes sin desearlo me la hubiesen dado, á padres que me abandonaron, nada les debería, y con nada les pagaría.

—Pero el padre que te ganó y te dejó su caudal, — exclamó Rufina, — ¿no es acaso acreedor, hija desnaturalizada é ingrata, á que se lo agradezcas?

—Ese dinero no se ganó por su dueño para la hija que tenía, y de la que nunca se acordó. Si lo dejó, fué porque no pudo llevárselo.

—¡Mira que pierdes tu caudal, insensata! —dijo con voz sofocada por la ira Rufina.

—Gozará de él, como es debido, vuestra infeliz hija, envidiándoselo yo tan poco como le envidio su nacimiento.

—¡Mira, mira que eres pobre!

—Señora,—contestó con íntima satisfacción Bruna,—¡soy rica, soy poderosa!

—Mira que el Marqués se va á casar; tendrá hijos, y si su mujer es avara y díscola, podrá influir con él, que es un mandria, para que suprima la mesada á su hermana, en vista de tener una hija casada; y entonces tendrás que mantener á Justa, esa pobre de sopa.

—El día que mi madre honre mi casa entrando en ella y mirándola como suya, contestó Bruna,—será el día que complete sus mercedes y corone sus beneficios.

—¡Y á mí, á mí que te he parido me rechazas! ¡Ingrata!—exclamó Rufina, tan herida como humillada.

—A usted—respondió con un gesto de tedio Bruna,—sin merecer el epíteto de ingrata que gratuitamente me da, puesto que es usted una impostora, la desdeño con todo mi corazón, la rechazo con toda mi voluntad y con toda la autorización de mi marido.

Rufina torció los ojos, estiró los brazos, quebró el cuerpo, dió un rugido, y cayó en una convulsión al suelo.

Bruna llamó á los criados, y les dijo con serenidad:

—Asistid á la señora: que vayan por un coche para conducirla á su casa. Por mi tío el señor Marqués que le pasa una pensión, podréis averiguar su domicilio.

Y se salió del cuarto.

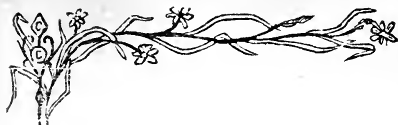
Cuando Rufina volvió en sí de su accidente, se halló en su casa sola; mas al volver la cabeza, vió á Piedad, que tenía un vaso de agua en sus manos, las que temblaban tanto, que por ambos lados alternativamente se derramaba sobre el plato su contenido.

—¡Vete!—le gritó.

La pobre niña se apresuró á obedecer.

—¡Ella!..—murmuró Rufina.—¡Esa hija desnaturalizada no quiere la herencia de su padre porque no era marqués ni yo soy condesa! Pues á fe mía que esta necia y apocada hija de Justa no la disfrutará tampoco. ¡Yo, yo la disfrutaré! Contra siete virtudes hay siete vicios. Todavía estoy yo aquí para impedir que esta herencia pase á una advenediza. ¡Ah, desnaturalizada! Sé pobre; yo seré rica. Pues si tú me desconoces, yo hago más: reniego de ti! Y si llegara el caso de verte morir de hambre, no te tiraré, no, ni un hueso de mi mesa!





CAPITULO VI

ALGÚN tiempo después, la infeliz Piedad se sintió indispuesta con violentos dolores de estómago. Se quejó á su buena vecina y maestra, sin que lo supiese su madre; ella le suministró alguna bebida calmante, y su incomodidad se aplacó, pero no quedó buena. A los pocos días el mal se reprodujo. La buena anciana, alarmada, habló sobre ello á Rufina. Esta se incomodó, le dijo que con sus mimos metía en aprensión á su hija, y le prohibió pisar su habitación.

Entre tanto, los ataques se repetían, y la pobre niña, sufriendo horrorosamente, iba de mal en peor. Cuando salía su madre, que la dejaba encerrada, la buena anciana hablaba con la pobre enferma al través de la cerradura de la puerta, y se enteraba de los progresos de la enfermedad.

—¡Pobre víctima!—decía después á las demás vecinas.—Está mortal. ¡Y se morirá sin auxilio divino y humano! ¡Esto es una iniquidad nunca vista! ¡Esa mujer sin entrañas

no es madre, ni puede serlo! Esto no se debía permitir.

—¿Y quién se mete con esa mujer, que es una fiera?—decía la una.

—Como usted quiere tanto á Piedad,—decía otra,—puede que se alarme usted sin motivo. ¡Pues qué! ¿Está su madre sorda y ciega? Pero usted, tía María, siempre está sintiendo lo de todos, y le ha de suceder lo que al cura de Trebujena, que se murió de sentir penas ajenas.

—¿Cómo te hallas, hija mía?—preguntó pocos días después la buena anciana á la enferma.

Y la voz respondió más tenue y más lastimera que nunca:

—Mal, tía María; los dolores me despedazan las entrañas: me abraso, y cuanto tomo, arrojo.

—¿Y qué tomas, hija de mi alma?

—Agua.

—¿Y nada más?

—No tengo otra cosa.

—¡Qué inhumanidad! ¡Qué herejía! Hija, ¡quién pudiera entrar á asistirte!

—¡Ay, sí! ¡ay, sí! ¡Y un Padre! Porque creo que me voy á morir. Tía María, ¿me perdonará Dios si muero sin confesión?

—Sí, hija de mi vida, sí. Tú no has pecado; pero aunque lo hubieses hecho, basta,

cuando no se puede tener un ministro de Dios á su lado, con arrepentirse de corazón, ofrecer al Señor sus sufrimientos, é implorar su misericordia, para que nuestro Padre nos perdone y acoja. Pero, hija, tú no estás en ese caso.

—Sí, tía María, sí; y no siento más sino el no volver á ver á usted. Nadie sino usted me ha querido; nadie sino usted me ha enseñado que hay un Dios en el cielo, que es nuestro Criador y Padre, que promete el cielo á los que aman. Y así me ha quitado usted el horror á la muerte, y llenado mi alma de consuelos. ¡Pero yo no quisiera morir tan sola! ¡Quisiera en mis dolores y agonías los consuelos de la religión santa y dulce!

—Díselo á tu madre, alma mía!

—Se lo he dicho, y no quiere.

—¡Pobre, pobrecita mía! ¡Qué vida has tenido y tienes! Pero recuerda, inocente mía, que la santa rosa ama á las espinas entre las cuales se cría.

La buena anciana se fué desconsolada y estremecida. Aquella noche no pudo dormir; y si no su persona, veló su corazón á la cabecera de la enferma. Le había prometido orar á Dios, para que en caso que falleciese, fuera con todos los consuelos y socorros espirituales; y así lo cumplió, pasando su desvelada noche en oración.

El alba luchaba en el horizonte con oscuros nubarrones, secuaces de la noche, pareciendo éstos negros etíopes que se esforzaban por arrancar á una pura vestal sus velos de blanca gasa. Si bien el gallo había lanzado ya su animada diana á sus compañeras, aún no había descendido del campanario la santa llamada de la iglesia á sus feligreses. Pero abríanse ya las puertas del santo templo; en él entró una joven pálida y macilenta envuelta en un gran pañolón. La iglesia estaba aún solitaria y obscura; las lámparas de plata, continuas centinelas del tabernáculo, hacían brillar con su luz en la negra oscuridad la plata que cubría el altar del Sagrario, y las ráfagas que alguna vez despedían de sí las santas luces como un suspiro, parecían animar los rostros de los ángeles postrados en adoración ante el SANTO DE LOS SANTOS! La débil y plácida luz del día, que empezaba á asomarse por las altas claraboyas al pie de la iglesia, las hacía aparecer en la austera sombra del templo como alegres ojos de niños que se abriesen sonriendo al mirar á su padre.

Dios habla poderosamente al corazón y á la inteligencia del hombre en el silencio de su templo, con aquellas palabras que, sin pasar por el oído suenan en el corazón. Dios es universal, eterno y sin medida. Para El

no hay cosa grande ni cosa pequeña; no hay pasado ni porvenir, ese compás del tiempo; no hay para él secreto, olvido ni incertidumbre, esas impotencias del hombre! Es Maestro y es Padre; y si como Maestro nos envía los infortunios, que son lecciones, como Padre une el consuelo á la enseñanza, poniendo en cada infortunio el germen de una virtud, la ocasión de un merecimiento.

La joven que con paso vacilante había entrado en la iglesia, la atravesó con el cuerpo doblado y exhalando ahogados y lastimeros quejidos, y vino á postrarse en el Sagrario. Pero era aún tan temprano, que allí se halló sola; y poco después, no pudiendo sostenerse de rodillas, dió un débil gemido y cayó al suelo.

En aquel instante entraba en aquel lugar una señora. Era ésta Justa, que había pasado una noche agitada, y que, cual la nave que desde el mar inquieto busca un refugio en el puerto, buscaba uno para su alma en la iglesia. Las personas creyentes que han padecido, conocen todas este puerto de refugio.

La señora se acercó á la caída joven, al lado de la cual se arrodilló, y cuando vió aquel rostro tan hermoso y juvenil, descompuesto por la más violenta expresión de sufrimiento, le preguntó asustada y llena de compasión:

—¿Qué tienes, hija?

—Creo que voy á morir,—contestó la joven.

—Pues ¿cómo es que estás aquí y no en tu lecho?

—No quería morir sola y sin los socorros de la religión.

—¿Y no te los han proporcionado en tu casa?

La moribunda meneó la cabeza.

—¿Tienes madre?

La joven hizo una señal afirmativa.

—¿Dónde está?

—En casa.

—Y ¿qué hacía?

—Estaba durmiendo,—contestó la pobre niña.

—¡Esa no es tu madre!—exclamó Justa con vehemencia. — ¡Pobrecita! ¿Qué edad tienes?

—Diez y ocho años,—contestó la interrogada.

—¿Y de qué mueres?

—No sé. ¡Ah! ¡Agua, agua, por Dios! ¡Agua!—añadió, torciéndose y agitándose todos sus miembros por el dolor.

La señora hizo seña á un monaguillo, que se apresuró á traer de la sacristía una vasija con agua. La infeliz paciente bebió con ansia sostenida por Justa, que la había incor-

porado y apoyado su cabeza sobre su pecho, y por un momento sus tormentos le dieron treguas.

—Quiero confesar,—dijo con débil voz.

—Aún no ha venido el cura,—repuso con angustia la señora, que veía ya dibujarse la herradura de la muerte en aquel rostro tan bello y padecido.—Vé á avisarle,—prosiguió, dirigiéndose al monaguillo.

Y luego añadió alarmada, dirigiéndose á la moribunda:

—¿Acaso pesa algo grave sobre tu conciencia, pobre hija mía?

—¡Ah, no! Sólo una cosa.

—¿Y qué es?

—¡Que no amo á mi madre!

—¿Se lo has demostrado?

—No.

—¿No la amas, acaso, porque ames contra su agrado á otra persona que no deberías amar?

—¡Oh, no! No amo más que á Dios, á la buena tía María que me le hizo conocer, y á usted, señora, que me ha compadecido y asistido; á usted, que es tan hermosa y tan buena; ¡á usted la amo!

La moribunda llevó á sus labios la blanca mano de Justa, que besó.

—Pues entonces,—dijo ésta abrazando con lágrimas de compasión y de ternura á

aquella dulce y doliente criatura—te digo, para tranquilizar tu espíritu, que si murieses, tu alma inocente, que ansía por su Dios, le hallará propicio, pues es Padre de todos; pero lo es con especialidad de los desamparados. Para estar pura y dispuesta á aparecer en su presencia bastan tus buenas disposiciones, y esta agua bendita, por la cual se te perdonarán tus pecados veniales.

La señora persignó á la moribunda con sus dedos aún húmedos del agua bendita.

Entonces la moribunda levantó sus grandes y puros ojos al altar, y una expresión de éxtasis se esparció como un rayo de sol en su rostro, que le volvió sublime, como el de una de las Vírgenes Mártires, joyas del cristianismo, al que tuvieron la gloria de ayudar á cimentar.

—¡Señora:—dijo con apagada voz,—Dios la premie la caridad que conmigo ha ejercido usted! Yo tenía miedo, ¡ah! ¡mucho miedo!.. ¡Ya no le tengo! Aunque sé que en breve... me acostarán... en un hoyo oscuro y frío... que se irán... y allí me dejarán sola, sola!.. Pero usted me recordará la oración que me enseñó mi buena maestra para no tener miedo, y la que ahora brota de mi corazón á mis labios:

A acostarme voy,
Sola sin compaña;

La Virgen María
Está junto á mi cama:
Me dice de quedo...

La infeliz no pudo seguir, y Justa, que recordó con viva emoción esta misma ingenua y santa oración infantil que le enseñara su madre, la concluyó, añadiendo:

—Mi niña, reposa,
Y no tengas miedo
De ninguna cosa.

—¿Es usted mi madre la Virgen?—dijo la pobre niña, cuyos sentidos turbaba ya la muerte, fijando en Justa sus ya quebrados ojos.

—No; no lo soy, hija mía. Pero puede que la Señora me haya enviado para auxiliarte.

—Sí, sí; lo es usted,—murmuró la agonizante.—¡Madre... Madre mía!.. ¡conducid mi alma á vuestro Hijo, pues... en El creo!.. á El amo!.. en El espero!..

—Que te ha de perdonar y salvar, amén, —oró Justa al recibir sobre su seno el último suspiro de la infeliz niña.

En este instante entraron precipitadamente el cura, el sacristán y otras personas, que se apresuraron á llevarse el cadáver á la sacristía.

Justa quedó postrada ante el altar; las lágrimas la ahogaban, y un temblor vehemente agitaba sus miembros; sus manos,

que alzaba al altar, se cruzaban convulsas. ¡El profundo dolor que causa la lástima, que no halla más refugio que en Dios, la hacía elevarse con exaltación hacia Aquel que todo lo recompensa; hacia Aquel que, siendo todo amor, es el sublime imán del corazón amante!

Mas su delicada organización moral y física no pudo resistir la impresión que la desgarradora escena, en la que su valor de católica le dió fuerzas para actuar tan caritativa y valerosamente, había producido en ella; se sintió indispuesta y se levantó para volverse á su casa.

Cuando salió de la iglesia, ya el sol campaba en el cielo, radiante, despejado como el rey de la alegría. Pero el alma de Justa estaba *triste hasta morir!* La imagen de aquella suave y hermosa niña, que en su agonía había visto presa de las más crueles torturas corporales, mientras su alma era la mansión de los más puros y dulces sentimientos, la conmovía en opuestos sentidos del modo más violento. Habíase apoderado de su alma una de aquellas profundas y lúgubres tristezas que tan estrecha, tan negra, tan rodeada de horrores hacen al alma su cárcel; una de esas angustias tétricas y agitadas que hacen que el corazón, cual un pájaro azorado en su jaula, se agite en el pecho, ansioso por

tomar su vuelo en el espacio. ¿Sería que sentía el corazón lo que al alcance del conocimiento no estaba? ¿Hacíale presentir, sin definirlo, que en sus brazos acababa de morir su hija?

Aquella tarde salía un entierro, solo y pobre, de casa de Rufina; el cadáver no llevaba caja propia, é iba en caja común. Las vecinas que lo miraban salir, murmuraban sordamente, como las olas cuando con serena atmósfera hay mar de fondo:

—¡Qué entierro! ¡Esto es una iniquidad! —dijo una de ellas dirigiéndose á la tía María, que lloraba sin consuelo.—¡Ni siquiera lleva palma!

—Vosotras no las veis,—contestó la anciana.—Pero lleva esa bendita dos: una de pureza, que le ha puesto la Virgen á un lado; y otra de martirio, que le ha puesto Nuestro Señor Jesucristo al otro.

—Pero ¿por qué no lleva caja blanca y celeste?—preguntó otra.

—Porque con ese cadáver de virgen se entierra un negro atentado!—contestó la anciana.

—¿Qué quiere usted decir con eso, tía María?

—Nada, nada,—contestó ésta;—lo que os encargo es que cuando acabéis el rosario, no olvidéis nunca el Padre nuestro POR EL

ALMA SOLA! pues aunque nada tendrá que expiar esa inocente, á Dios agradan las oraciones, sobre todo si se hacen por sus hijos predilectos los desamparados.





EPÍLOGO

Si encontráis en la ciudad de Z... á una señora de semblante hermoso y apacible, de talante grave y modesto, de maneras afables y dignas, que viste con humilde pulcritud, encaminándose hacia la iglesia en que está el Jubileo, á quien todos los que pasan dejan con respeto la acera, descubriéndose con reverencia sus cabezas, á quien los ancianos sonríen y los pobres bendicen, esa es la empobrecida DOÑA JUSTA VILLAMENCÍA.

Si una tarde de toros veis pasar por el paseo con dirección á la plaza una carretela descubierta, en la que se arrellana un mal cantante italiano, con un cigarro en la boca, y á su lado veis una mujer ahuecada con faralaes y miriñaques, cuya pálida, descarnada y adusta cara aparece entre una aureola de moños, flores y blondas; si veis que al pasar cerca de ellos vuelven los caballeros con disgusto la cara, que los jóvenes casquivanos

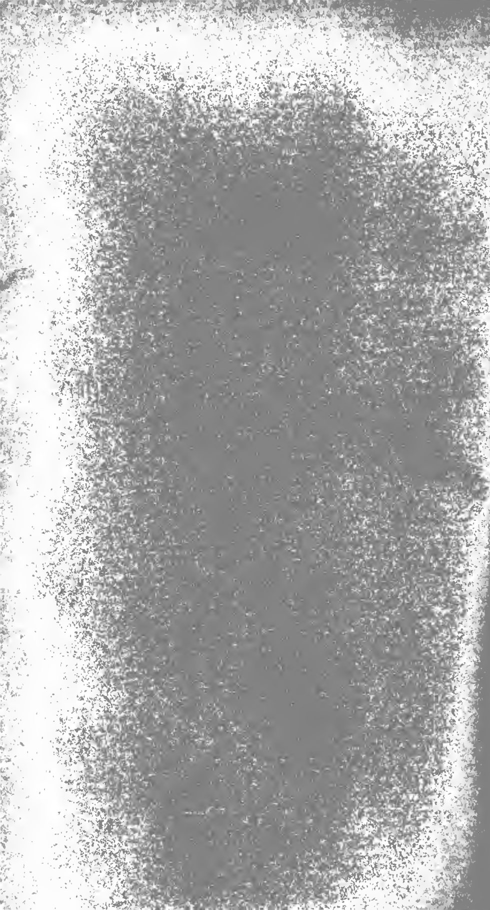
se ríen y que las gentes del pueblo los escarnecen con ese desprecio triturador del fallo popular, tan infalible cuando es espontáneo, esa es la enriquecida Rufina.

. . . .

Algunos años después, disipado su caudal, destruída su salud, robada y abandonada por sus despreciables amantes, moría Rufina en un hospital, conmoviendo y compadeciendo á las santas Hermanas de la Caridad por el modo aterrador con que en su frenesí y en su agonía repetía: «¡Piedad! ¡Piedad!»

FIN

MÁS LARGO ES EL TIEMPO QUE LA FORTUNA





MAS LARGO ES EL TIEMPO QUE LA FORTUNA

Preséntase el tiempo al hombre de tres maneras: llega lentamente el futuro, pasa rápidamente el presente, y párase inmóvil el pasado.

No hay ruego ni ansia que hagan acelerar su marcha al primero; no hay instancia ni fuerza que detengan al segundo; no hay arrepentimiento ni hechizo que muevan al tercero.

¿Quieres concluir felizmente el viaje de la vida? Toma por consejero al futuro, no escojas por amigo al presente, ni te hagas enemigo al pasado.

(Sentencia de Confucio, traducida libremente de una versión alemana.)

El ladrón que no se deja coger pasa por hombre honrado.
(Refrán turco.)



A dos leguas de la orilla del mar, sobre la plataforma de una colina, se asienta Jerez, rico, robusto y predilecto hijo de Baco y de Ceres. Rodéanle como un soberbio cinturón sus famosas viñas, cuidadas como princesas, y sus campos de trigo, cuyas cañas inclinan sus doradas cabezas.

Extiende sus inmensos Propios por las comarcas cercanas, que murmuran de esta invasión del coloso rural y pierde la cuenta de sus montes, como un potentado (1).

Jerez, noble como el que más, lleva al frente el precioso y bien conservado castillo moruno, perteneciente á la ilustre familia de los Villavicencios, que ha sido testigo de tantas hazañas; conserva anales que forman páginas de oro en la historia de España; ostenta suntuosos templos, obras magnas de la fe, obras maestras del arte, y ve con dolor á su lado desmoronarse su magnífica Cartuja, admiración de cuantos la vieron viva, dolor y escándalo de cuantos la ven cadáver!

Aunque con razón se dice que algunas provincias de España están despobladas, como la Mancha y Castilla, las cuales por desgracia atraviesa la carretera, que es la gran arteria de la Península, no se puede decir lo mismo de esta parte de Andalucía, puesto que desde lo alto de algunas de las miras que adornan los hermosos caseríos de la mayor parte de las viñas, se ven en el radio que alcanza la vista quince pueblos, de los que la mayor parte son considerables. Son éstos

---

(1) Tiene Jerez *sesenta y dos leguas y media* cuadradas de término, y sus montes llegan hasta la Serranía de Ronda.—(N. del E.)

Jerez, Algar, Arcos, Medina, Chiclana, la isla de León, Cádiz, Puerto Real, Puerto de Santa María, Rota, Chipiona, Sanlúcar, Trebujena, Lebrija y las Cabezas (1).

Las gentes de Jerez—y no decimos los jerezanos, porque la mayor parte de los cuantiosos caudales formados en este pueblo, ya á la sombra de las hojas de sus parras ó de sus mieses, ya por el comercio, no son jerezanos — las gentes de Jerez no son amigas de gastar, ni se dejan embullar por su rumbosa

---

(1) Escrito esto, ha venido á nuestras manos un número de *El Guadalete*, diario que se publica en Jerez, en el que hemos hallado con sumo placer en una composición ligera, pero escrita por pluma maestra, y por persona que se conoce que es competente en la materia, los siguientes trozos que extractamos á continuación, porque estos apuntes completan harto mejor nuestra reseña de este pueblo ilustre de lo que nuestra débil pluma pudiera hacerlo. Aunque imitada, no podemos menos de celebrar la costumbre de poner estos datos históricos y descriptivos locales intercalados en las obras de imaginación, pues le añaden un mérito real, unen lo útil á lo agradable, instruyen y divierten á un tiempo, nos dan detalles interesantes de nuestro país y de su historia, y, si puede decirse, ilustran la amena literatura.

Dice hablando de Jerez:

«Si abrimos la historia, le vemos luchar de los primeros contra el poder morisco. Nombres ilustres salieron de aquella lucha, que llevaron luego su gloria á los muros de Antequera, Sevilla y Granada. Al

y alegre vecina Cádiz. Así es que aquella ciudad, que debería ser un modelo de elegancia, de trato lucido y de modo de vivir espléndido, no goza de estas ventajas. Fuera de las inmensas bodegas, verdaderos palacios de las feísimas botas de vino; fuera de algunas hermosas casas, labradas por lo regular con más suntuosidad que gusto; fuera de su gran plaza de toros, no han contribuído su creciente prosperidad y su riqueza á embellecerlo. Sus alrededores, que debían ser alamedas y jardi-

---

abrigo de sus murallas se reunieron más de una vez las antiguas Cortes de Castilla, y desde el *Martirologio* hasta la moderna *Guía de forasteros*, no hay un catálogo de hombres ilustres donde á cada paso no se encuentre el nombre de algún hijo de esta ciudad. Desde San Eustaquio y Esteban, jerezanos, hasta el Arzobispo Palma; desde Garci-Gómez Carrillo hasta D. Tomás de Morla y D. Rafael de Aristegui, actual conde de Mirasol; desde el marino Estopiñan hasta el valiente Giraldino; desde el presidente de Castilla, Mirabal, hasta el fiscal del Consejo, Fernández de Gatica; lo mismo en las armas que en las letras, Jerez ha producido siempre hombres que le han ilustrado y ennoblecido.»

En otro lugar añade el autor, hablando de este pueblo:

«Acaso ninguno entre los de su clase cuenta tantos y tan buenos establecimientos de Instrucción pública. Cuatro escuelas gratuitas, una de ellas de párvulos, modelo entre las de su clase; un colegio, un Instituto y multitud de establecimientos privados, para la educación de las clases acomodadas.»

nes, son los de un villorrio. Carece de un lucido paseo, de un buen teatro, de Bolsa y de otras cosas anejas á la acumulación de gentes, de caudales y de los adelantos de la cultura.

No obstante, dos cosas hay en las que los habitantes de Jerez, indígenas y forasteros, se unen y demuestran un gran desprendimiento, y es en cosas de culto divino y de caridad cristiana. En cuanto hemos visto, no hemos conocido pueblo que bajo estos conceptos merezca más sincera admiración y más justos elogios. Cuando se tiene noticia de las muchas caridades públicas y privadas que se hacen, de las limosnas repartidas en los entierros de los ricos, de las ofrendas llevadas á los templos; cuando se ve aquel magnífico hospital, aquellos hospicios que brillan como plata; cuando se entra en aquellas iglesias, que deslumbran como oro y pedrerías, se siente un entusiasta placer, y se pregunta uno: «Pues ¿acaso no vale más esto que todos los decantados embellecimientos materiales de que tanto se envanece el siglo?»

Cuando los jerezanos labraron su plaza de toros, los del Puerto lo llevaron muy á mal, porque esto perjudicaba á sus nombradas corridas, tan afamadas en Andalucía. Y como en cuanto á burlones y ligeros de sangre, llevan entre todos los andaluces los de Cádiz, la

Isla y Puerto de Santa María la palma y la gala, es fácil concebir á qué punto fueron por entonces víctimas los graves jerezanos que se emancipaban de las burlonas saetas de los porteños. De ellas se podría formar un volumen. Los jerezanos, por toda respuesta, hermoseaban cada vez más su plaza. Ultimamente, y por remate, la pintaron con los colores más provocativos, pusieron cristales en algunos palcos, y hasta remates dorados; y echando una mirada de desprecio á la plaza del Puerto, entonces modestamente vestida de blanca cal, como la Norma, les gritaron, subidos sobre sus botas: «*Sépase quién es Calleja.*» Los *coquineros* (1), que son, como otros muchos, muy elegantes, muy ataviados, pero que no tienen un real en la faltriquera, esto es, ni Propios, ni más baldíos que la mar, quedaron confundidos de tanta grandeza y de tanto lujo, y aseguraron que los jerezanos, para cuando llegase el invierno, iban á mandar hacer una funda de hule para su *repulia plaza* (2).

(1) *Coquineros* se llama á los naturales del Puerto de Santa María, por la abundancia que allí hay de un marisco de la familia de las almejas, que llaman *coquinas*.—(N. del E.)

(2) Estos embellecimientos se hicieron cuando visitaron á Jerez SS. AA. RR. LOS SEÑORES DUQUES DE MONTPENSIER.

Entre Jerez y la sierra de Algar se extiende una dehesa solitaria. Veíase en ella, hace años, al lado de una vereda, un sombrajo, á cuyo amparo se había establecido un hombre que sobre una mesa despachaba alguna bebida. Andando el tiempo, había labrado cuatro paredes y cubiértolas con enea; había compartido su interior en dos mitades, destinada una á cocina y despacho, y la otra á dormitorio, y se había llevado allí á su mujer y dos hijos. Detrás de la casa había levantado un vallado que formaba un corral cuadrado, en que de noche recogía unas cabras que de día llevaba á pastar á la sierra su hijo menor, y había hincado una estaca de olivo al frente de su casa, con el fin de que pudiesen atarse en ella las caballerías de los escasos transeuntes de aquella vereda. La estaca se había coronado, á la primavera siguiente, de una verde guirnalda, y pasando años, cuidada por su dueño, se había hecho un olivo frondoso, que proporcionaba al ventero una bonita cosecha de aceitunas, que aliñaba, y eran, con el queso de sus cabras, los ramos de más despacho de su establecimiento. Muchos caballeros de Jerez que solían ir á cazar, descansaban en la ventilla del tío Basilio, haciendo un consumo cuyo valor pagaban quintuplicado.

Cuando empieza nuestra relación, la mu-

jer del ventero había muerto, y su hijo mayor, de quien se habia hecho cargo su padrino y tío, que era un religioso de Santo Domingo, había estudiado con gran provecho la carrera eclesiástica, y pasado como capellán de un regimiento á Lima. Así era que el tío Basilio vivía solo y aislado, sin más compañía que la que le proporcionaba de noche su hijo menor, ente estúpido y de pocas palabras, que desde la muerte de su madre se había acabado de entumecer; porque, así como las naturalezas físicas endebles necesitan nutrirse por más tiempo de los pechos de sus madres, las naturalezas morales endebles necesitan por más tiempo nutrirse de los cuidados y enseñanzas de estos sus terrestres ángeles custodios.

La humanidad tiene dos ideales: la Virgen y la Madre; así es que Dios las unió para formar el adorable Ser por medio del cual se identificó con ella.

Era una hermosa mañana del mes de Diciembre. Estaban sentados ante la puerta del ventucho, sobre un banco de tosca mampostería, el tío Basilio, que era ya un viejo débil y encogido, y su compadre el tío Bernardo, que era un anciano aún verde, robusto, ágil y jovial. Al frente, y á alguna distancia, estaba recostado sobre unas matas de palmito un muchacho de mediana estatura, de talle del-

gado, que vestía el traje de cazador, que consiste en unos sajones de *raja* (1), polainas y un capotillo que se pone por la cabeza como alforjas, de los que por la parte inferior tienen faltriqueras, en que se guardan el pan y la caza menuda. Su cara pálida, aunque de buenas facciones, y como dice la expresión vulgar, *pintadita*, tenía algo de duro, y su mirada, poco franca, si bien denotaba agudeza, no tenía nada de la jovialidad tan propia de la juventud. A su lado estaba su escopeta y un reclamo *(una perdiz)* en su puntiaguda jaula, cubierta con bayeta verde. El silencio era profundo, y sólo interrumpido por el sonoro soplo de un viento largo, que no pudiendo hacer murmurar las recias é impasibles plantas del monte bajo de la dehesa, se arrullaba á sí mismo en suave cantilena. Sólo las gallinas, que tranquilas y satisfechas vagaban alrededor del ventucho, sentían su poder en sus airosas colas, que se doblaban, y solían arrastrar, haciendo dar traspiés á sus dueñas. El gallo de cuando en cuando alzaba su coronada cabeza, é irguiéndose hacia atrás, lanzaba al aire su canto, como para atraer á su amo parroquianos. El gato, primer inventor de *lo confortable*, ha-

---

(1) *Raja*, paño muy ordinario que usa en Andalucía la gente del campo.

bía sabiamente escogido para acurrucarse un ángulo de la casa bañado del sol y al abrigo del viento, y en su duermevela gatuno echaba por entre sus guiñados párpados disimuladas miradas á unos gorriones que, como los pobres de la mesa del rico, venían á buscar las migajas de la mesa de las gallinas. El sol derramaba alegría, y el silencio, paz en el alma; el magnífico cielo parecía elevarla, y toda la naturaleza infundía tal bienestar, que el sentimiento íntimo cantaba en el corazón: «¡Dios mío! ¡Qué buena es la vida cuando á Ti se somete como á su principio y como á su fin!»

—Vaya, compadre, — decía su compañero al ventero, — no se queje usted, que parece usted pobre de sopa. Siempre está usted con *turbieses* (1). Míreme usted á mí, á pesar de mis cuitas. Cuando me voy á acostar, me quito el sombrero, lo pongo á un lado, y digo: «Aquí están las trampas.» Me quito la chaqueta, la pongo al otro lado, y digo: «Aquí están las penas.» Me *presino*, y duermo como un patriarca; pues sin trampas y sin penas, ¿quién no duerme bien? Y usted, al que no le falta sino sarna que rascar, está siempre atollancado. ¡Por *vía* de Barrabás!

(1) *Turbieses*, como si dijera turbieces ó turbideces *(de turbio)*, tristezas.

—¡Y qué quiere usted! ¡Si este dolor de la pierna lo he estrenado hoy, y esto echa el ribete á la empanada! Casa vieja todo es goteras. ¡Y si no fuera más que eso!

—¿Pues qué más le aqueja, compadre?

—¡Pues no es nada lo del ojo, y le llevaba en la mano! ¿Acaso no sabe usted que hay quinta, que han requerido á los mozos, y que mi José mete la mano en el cántaro?

—¡Cómo ha de ser! ¡Ese hueso le tenemos que roer! No bien rompió mi Juan la casaca (1), cuando salió soldado mi Manuel; y tuve paciencia. Déjelo usted ir, compadre: así se espabilará, que metido como lo tiene usted con las cabras, está el muchacho *endehesado*. Yo fuí soldado, y digo á usted que no me pesa, pues me hice un hombre en forma. Verdad es que fuí asistente, y tuve un amo que no sé lo que era más, si valiente ó si bueno. Le quería... que ni que hubiese sido mi hermano menor. ¡Mil vidas hubiese dado por él! Y no es un decir. Pues ¿ve usted esta cicatriz en la frente? con ésta me señaló un francés en la batalla de Medellín, por ponerme por delante de mi teniente, á quien iba á matar. El matado fué él. Pero me dejó este rasguño por memoria. Su hijo de usted necesita espabilarse, compadre, que está *cua-*

(1) Cumplir el servicio.

jado, y no sirve para maldita de Dios la cosa.

—Señor, es un infeliz. No tiene las luces de su hermano el mayor, pero tiene sangre de horchata, compadre. Tiene el sentir mejor que el *pronunciado*.

—¡Ya! Entonces es como los borricos, que todo se les queda por dentro. Pues si no le quiere usted dejar ir, póngale un sustituto.

—¿Y de dónde saco yo esos caudales, cristiano?

—¿De dónde los saca usted? De donde los tenga metidos, compadre. Pues usted sus cuartos ha de tener, que bien le rinden sus cabras, y el despachillo bien le da. Mas que lo niegue usted, que es más estéril que un arenal, y no *gasta* más que pachorra y no *da* más que los buenos días. Así es que cuando uno se acerca por acá, sucede como en el rancho de los Malpartidas: sale el perro diciendo: *¡jambre! ¡jambre!*; sigue el gallo cantando: *siempre la hay aquí*, y maúlla el gato: *moriré estenuado*, miau, miau.

—Usted tiene siempre sobra de chacota y falta de razones. No se trata de bromas, compadre, sino de veras. ¿Qué hago, María Santísima, qué hago?

—Respirar por no ahogarse.

—¡Sólo me voy á quedar como un pitaco!

—Y hará usted malamente, compadre; traspase usted su venta, y véngase al pueblo.

—No puede ser eso, compadre. Aquí he vivido, estoy hecho, y no me hallo en otra parte alguna; aquí me he de estar hasta que deje ésta por la otra.

El joven, que hasta entonces había estado escuchando la conversación de los dos compadres, se levantó despacio, desperezándose y diciendo ¡upa!

—Hijo — le dijo el tío Bernardo, el compadre del ventero,

El que al sentarse dice ¡ay!
Y al levantarse dice ¡upa!..
No es ese el yerno
Que mi madre busca.

—Es que ya he andado dos leguas — contestó el muchacho.

—¡Valiente puñado son tres moscas!—repuso el tío Bernardo. — Pero vamos á ver: ¿quién te manda andarlas? ¿No es tu oficio rapar barbas? ¿A qué te metes á tirador? ¿Por qué te metes á aprender *laitines*? ¡Por *vía* de Barrabás! Para echarla de usía; porque tú eres de los que no se hallan bien donde Dios los ha puesto. Y esos, hijo mío, no suelen andar en el mundo por la vereda derecha.

—Tío Bernardo—dijo el muchacho, echando al viejo una mirada rencorosa: — tiene

usted la lengua muy larga y muy afilada. Pero ¡anda con Dios! que le custodian sus canas. Diciendo esto, se alejó.

—¡Anda, anda, Juan Luis Navajas —le gritó el tío Bernardo, — que el mucho humo te ahoga! Y no me la vengas echando de pechisacado ni con amenazas, que á mí no me amedrentas tú, ni veinte monos como tú. Canas tengo; pero no me valen ellas para el que, como tú, no tiene ni fe ni ley. Lo que me vale es saber tú de atrás que á mí no me tienes que gallorear.

A pesar de que la serenidad de la atmósfera hizo que el que había sido nombrado Juan Luis Navajas no perdiese una palabra del áspero trepe que le dirigió el anciano, siguió su camino silbando y sin volver la cara atrás.

—¡Caramba, compadre, y qué *rescuadra* le ha echado usted al barberillo! ¡No parece sino que se la tenía usted guardada!—dijo el ventero.

—Y *asina* es, compadre,—repuso el tío Bernardo;—porque ha de saber usted que mayor pícaro que ese no pisa las calles de Jerez. No todos le conocen como yo; pero yo le tengo calado como melón de plaza, y él lo sabe, desde cierto lance.

—¿Y á qué se mete usted con este hampón mal encarado? Mire usted que le puede salir

caro; y ande usted con el ojo sobre el hombro. Por mí, cuando pasa de largo, le doy las gracias.

—Compadre: yo no le temo. Verdad es que me tiene ganas. Pero su pellejo guarda el mío.

El lance á que aludía el honrado anciano, y que nunca salió de sus labios, fué que una noche había acertado á pasar por un sitio retirado en que se hallaba Juan Luis escondido y en acecho de una venganza. El tío Bernardo, que vió relumbrar en su mano una abierta navaja, le dió con su chibata un vigoroso golpe en el brazo, que le hizo soltar el arma homicida. El buen anciano la recogió, á pesar de haber querido impedírselo el barberillo.

—Oye, Juan Luis,—le dijo,—no quiero perderte: si me lo quieres agradecer, sé hombre de bien.

Desde entonces, lo que debió ser agradecimiento, se había tornado en el aprendiz de barbero en un profundo odio.

Si las malas y soberbias naturalezas se rebelan contra toda superioridad, hácenlo con redoblado tedio y encono contra la de la virtud, por ser la más incontestable.

Juan Luis se internó en la sierra, en donde á poco se encontró con José Camas y sus cabras. Fuese á él, como tenía de costumbre,

para pedirle leche, y mientras José, que se entretenía mucho en su soledad con las cosas que solía contarle Juan Luis en pago de la leche, se apresuraba á ordeñar una de sus cabras, le dijo éste:

—¿Con que entras en suerte, José?

El más vivo terror se pintó en la cara del pobre idiota, que le respondió casi llorando:

—¡Mira tú, mi padre que no me quiere libertar! ¿De qué le servirán á su mercé sus dineros?

—¡Pues qué! ¿Tiene dinero tu padre?—preguntó Juan Luis.

—¡Vaya! Más de cien onzas, ó una multitud asina; todo lo que gana lo hace oro. Y cuando murió el padre de mi madre tomó su mercé su parte de casa en duros de oro.

—Pero ¿dónde lo tiene guardado?—tornó á preguntar el cazador.

—Mi padre está en que yo no lo sé, porque me cree muy *cuaco*,—respondió José echándose á reir;—pero lo sé; y muy bien que lo sé! Una noche, y cuando todo estaba solo, hizo su mercé un hoyo en la pared contra el suelo, debajo de la cabecera de su cama; allí lo metió y cubrió el agujero con un ladrillo y mezcla, y luego todo lo encaló: así sólo un zahorí da con el escondite. Pero ya que no me quiere libertar, voy á tocar de

suela; y zapatos han de romper antes que den conmigo.

—No hagas tal, José—le dijo su interlocutor.—¿Dónde irás de prófugo que no den contigo los demás mozos? En cogiéndote, te meten en gayola, y en seguida te cargan con el fusil. Mira, yo también entro en suerte; y si salgo soldado, iré con los otros: lo demás no es sino tirar coces contra el aguijón. Más adelante, y cuando se presente ocasión oportuna, desertaremos con más seguridad.

La cara del cabrero se iluminó al saber que Juan Luis iba á correr la misma suerte que él.

—¿Y me llevarás contigo si huyes?—le preguntó.

—Sí,—respondió el aprendiz de barbero,—siempre que me prometas callar como un poste. ¿Lo harás?

—¡Por el alma de mi madre!—contestó el cabrero.

Algún tiempo después de las escenas referidas, había tenido lugar la quinta; y tanto al barbero como al hijo del ventero les había tocado la suerte de soldados, y habían sido conducidos á Sevilla. Como es de suponer, José cayó completamente en la dependencia de Juan Luis, que hizo de él una especie de asistente. Después de algunos meses de servicio en el regimiento, el barbero se

propuso llevar á cabo el bien combinado plan de deserción que había urdido, y que sólo el día antes comunicó á su compañero.

Huyeron, pues, siguiendo la dirección del camino real hacia Jerez, internándose, antes de llegar á este pueblo, por la sierra de Algar. Al sol puesto estaban extenuados, y Juan Luis envió á su seide José á unos pastores que éste conocía, para pedirles pan; lo que hizo ciegamente. En seguida le dijo que cuando anocheciera y hubiese seguridad de que nadie transitase por la vereda, debería ir en casa de su padre, y haciéndole presente su situación, exigirle algún socorro para llegar á Gibraltar, en donde no les faltaría trabajo y seguridad. Pero cuando se acercó la hora, fué de parecer que valía más que fuese él mismo de parte suya, por tal de evitarle el primer ímpetu de cólera de su padre, á quien él se suponía capaz de convencer de la obligación y necesidad en que estaba de socorrer á su hijo. Cuando la noche hubo cerrado, emprendió Juan Luis su marcha; pero volviéndose atrás, pidió á José su navaja, por si le acometía el perro bravo de su padre, y asimismo un pañuelo para atárselo á la cabeza: ambas cosas le fueron al punto entregadas por José.

Al cabo de una hora, volvió Juan Luis. Si el pobre cabrero no hubiese sido simple,

habría notado alteración en la voz de Juan Luis cuando éste le aseguró que había hallado á su padre inflexible; que sólo había podido arrancarle su traje de pastor; que se le traía para que se le pusiese y se internase en la sierra, pues eran perseguidos; que por más seguridad, era necesario separarse; y que él se iba hacia Portugal, donde esperaba quedar oculto.

Abría el día tras de los montes de Ronda, sonrosado, fresco y perfumado, como se abre una rosa. La naturaleza cantaba por las gargantas de sus pájaros; el ganado mujía; las yeguas venidas para la trilla unían el sonido metálico de sus cencerros á las demás armonías campestres, y el labrador se persignaba antes de emprender el afanoso trabajo de la siega, que, no obstante, ama instintivamente, pues es la recolección del gran dón de Dios: ¡el trigo, el trigo, que tanto venera el pobre, pues es el santo alimento que Dios le enseñó á pedirle!

Caminaba el tío Bernardo como siempre, con firme paso y ligero corazón, hacia el monte de que era guarda; acercábase á la venta de su compadre, y, al llegar, extrañó ver la puerta abierta.

—¡Vaya—pensó—, que ha madrugado el compadre! Me alegro. Por lo visto, no le aqueja hoy achaque.

Asomóse á la primera pieza, pero á nadie vió.

—¡Compadre!—gritó en recia voz.

Y nadie contestó. Sólo el perro del ventero aulló lúgubremente.

El tío Bernardo pertenecía á una clase de hombres comunes en España que tienen una impasibilidad completa, que ni altera el temor ni perturba la sensibilidad, que reciben las impresiones claras y definidas por la razón y no por confusa aglomeración de sensaciones, las que anticipan los hechos y los abultan. Y, no obstante, la soledad, el aire de abandono, el hosco silencio, sólo interrumpido por el lúgubre aullido del perro, que parecía helar aquella casa, le impusieron. Paróse un momento, y volviendo la vista en torno suyo:

—¡Jesús María!—exclamó con hondo acento, al ver caída en el suelo una ensangrentada navaja.

Arrojóse hacia la alcoba, empujó con violencia la puerta, y apenas la hubo abierto dió un paso atrás. Deshecha la cama, su mal colchón, tirado en el suelo, cubría un bulto, pero no tanto que no asomase una mano lívida, la que yacía en una laguna de sangre: á su lado estaba sentado el perro, que volvió á aullar con más desconsuelo al ver entrar al amigo de su amo. Las tablas y los bancos de

la cama habían sido desviados con violencia de su sitio, y en el suelo se veía una palanqueta, con la que se había abierto un hoyo en la pared, cerca del suelo; allí, un hueco oscuro y vacío, y cerca, algunos escombros con manchas de sangre. Todo esto lo vió y observó el tío Bernardo de una sola mirada.

—¡Robado!—murmuró.—¡Su oro le perdió!

Acercándose en seguida al colchón, lo levantó por una punta. El infeliz ventero yacía boca arriba: en la lucha que debió preceder á su muerte, su camisa se había desgarrado, y así dejaba descubierta una enorme herida que atravesaba su vientre. Agotada la sangre que por ella se había vertido, veíanse los bordes de la herida, gruesos y blancos, desviarse uno de otro, como para dejar entrever las destrozadas entrañas de la víctima; la que, con los ojos de par en par y desatentados, y la boca abierta, como lanzando el último grito para pedir socorro, yacía, ofreciendo el más espantoso cuadro que puedan formar la muerte violenta y el crimen misterioso.

—¡Muerto!—murmuró el tío Bernardo.—¡Dios le haya perdonado!—añadió, dejando caer el colchón sobre el horroroso espectáculo, que horas después había de hacer desmayarse á un joven escribiente que acompañó al juez al lugar de la catástrofe.

El tío Bernardo salió; ató una cuerda al perro, que se llevó consigo; atrancó la puerta de la casa lo mejor que pudo, y se volvió á Jerez á dar parte á la justicia.

Del sumario y declaración de testigos resultó averiguarse:

Que el ventero debía tener una buena cantidad de dinero; lo que era confirmado por los altercados que tuvieron el padre y su hijo José sobre ponerle sustituto; afirmando el muchacho á cuantos hablaba, que á su padre le sobraba dinero para libertarlo, y negándolo el primero:

Que el escondite donde guardaba ese dinero era evidentemente el hueco vacío, abierto aquella noche en la pared, y que nadie podía tener noticias de este lugar secreto sino su hijo:

Que la navaja teñida en sangre hallada en la pieza inmediata, con la que indefectiblemente se cometería el asesinato, pertenecía á José, como lo afirmaba el armero que se la vendió en días de marchar:

Que, según una requisitoria enviada de Sevilla, había desertado José de su regimiento la víspera de la infausta noche en que se cometió el crimen:

Que la tarde antes, al ponerse el sol, había vagado el desertor por las cercanías, según deponían unos pastores, á los que había

pedido pan y agua por no haber probado bocado en todo el día:

Que buscando la partida al delincuente, habían hallado entre unas matas un pañuelo ensangrentado, que, presentado á una mujer que lavaba la ropa al padre y al hijo, había reconocido como perteneciente á José:

Que, fuera del dinero, lo único que había faltado de casa del ventero había sido la zamarra y calzones de piel de cabra que como pastor gastaba José, y algunas otras prendas de vestir del mismo.

Por consiguiente, alcanzó el Juzgado la convicción de que era José el parricida, y el pueblo alzó su poderoso anatema contra el desnaturalizado hijo, y levantó con horror su dedo, señalando aquella solitaria venta, antro del más espantoso atentado, la que fué abandonada, después de clavar en la puerta una cruz negra, y quedó silenciosa y vacía como un horroroso cadalso después de haber servido. El techo se hundió, el olivo se secó y el vallado se desmoronó, cual si el terrible simoum hubiese pasado sobre ellos!

En noches tempestuosas, cuando el viento que gime busca por simpatía los lugares que asombran, entrábase á aullar en la vacía estancia, y algún portazo que daba con violencia hacía estremecerse al guarda ó al pastor que vagaban en aquellas cercanías.

Mas el reo no pudo nunca ser habido.

Algún tiempo después de la perpetración del crimen cometido en la solitaria venta, llegaba á un cortijo situado en la vertiente de levante de la sierra de Ronda, no lejos de Coín, un hombre vestido de cabrero, enfermo y extenuado. Compadecidos los trabajadores y el aperador, le auxiliaron en lo que pudieron, y preguntándole quién era y cómo se hallaba en aquel estado, les respondió que era su oficio cabrero; que habiendo salido soldado, había desertado porque no se hallaba sino en los montes y al aire libre. Casualmente necesitaba el dueño del cortijo de un cabrero; y así, en cuanto restablecido estuvo, pusieron á su cuidado una piara de cabras, con las que se internó en los montes, en donde siguió oculto y desconocido, vegetando tranquilamente con los alcornoques, robles y acebuches, sus compañeros.

Por este mismo tiempo salia de Gibraltar un barco con destino á Lima. Veíase pasear sobre cubierta un joven con elegante vestido de viaje, con un casaquín de mahón, pantalón igual, y un sombrero de ancha ala, rodeado con primor de una cinta negra, cuyos cabos pendían por la espalda. Este joven, de aire petulante é insolente, era llamado don Víctor Guerra, y, según se susurraba, aunque no se sabía por él, iba á Lima á recoger

la herencia de un pariente; por lo cual, los demás pasajeros le acataban, incluso el capitán, bien ajenos de que aquel que por la insolencia con que se daba tono sentaban cortésmente á la cabecera de la mesa, era un aprendiz de barbero, un desertor, un ladrón y un infame asesino! Porque este pasajero arrogante era Luis, el asesino del infeliz ventero, que, provisto de documentos falsos, fabricados por un judío en Gibraltar, y bien equipado á favor de las robadas onzas, iba á América á probar fortuna, siguiendo las inspiraciones de su desmedida ambición y de su colosal orgullo.

Cuando llegó á Lima, intentó varios medios de prosperar; pero en ninguno medró, faltándole conocimientos y perseverancia; sólo en el juego tuvo suerte, como suele acontecer á los pícaros. No obstante, esto no bastaba para llenar sus altas miras, ni para sostener el boato en que vivía; sus recursos disminuían, el porvenir no le brindaba esperanzas. Así es que se decidió, con la audacia que le era natural, por la carrera de las armas; porque siendo valiente, y estando estimulado por su ansia de figurar y de ocupar un puesto lucido en la sociedad, sentía que no habría en su azarosa carrera empresa ardua que no estuviese pronto á acometer, ni hipocresía que no fuese capaz de sostener sin

marrar ni deslizarse, para llegar á sus fines. Ardía entonces en Lima la guerra, á que puso término la batalla de Ayacucho.

Ayacucho, que en lengua india significa *el campo de los muertos*, fué el lugar en que en tiempo de Carlos III levantó el indio Tupac-Amaro el estandarte de la rebelión contra la Metrópoli, el cual fué sometido por la lealtad y esfuerzo del general don José Lavalle, primer CONDE DE PREMIO REAL; y en ese mismo Ayacucho, *campo de los muertos*, fué donde en el año de 1824 murió, desgraciada é inopinadamente, la dominación española en aquella parte de América.

Presentóse el falso don Víctor con su habitual osadía al General, que se apresuró á admitir entre sus filas al gallardo joven; el que, á poco tiempo, de cadete pasó á alférez, distinguiéndose en todas ocasiones por su bizarría, su actividad é inteligencia. Había sabido insinuarse con todos los oficiales que alternaban amigablemente con él, y sobre todo hacerse buen lugar con el coronel de su regimiento, hombre de mucho mérito y distinción, que había casado en Lima con una mujer rica, y tenía una hermosa familia compuesta de una niña y dos niños. Eran éstos instruídos por el capellán del regimiento, que gozaba de la confianza y amistad del coronel, porque á las virtudes del

sacerdote y al carácter más suave y apacible, unía las más excelentes cualidades del hombre y un saber poco común.

Hacía algún tiempo que don Gaspar Camas, á quien todos llamaban el Padre capellán, había caído en un profundo abatimiento, cuya causa se supo; pero sobre la cual todos callaban, como si por instintiva benevolencia esperasen que el silencio trajese en pos de sí el olvido.

Una tras otra, y con corto intervalo, había recibido el capellán las infaustas nuevas de la deserción del servicio del Rey de un hermano suyo, la del asesinato de su padre y la de la muerte del Rector de Santo Domingo, su tío y padrino, que le había educado, y al que todo lo debía. Profundamente afectado por tamañas desgracias, el padre capellán había querido volverse á Europa y retirarse á la soledad; pero los ruegos del coronel y de su mujer, y el entrañable cariño que tenía á los niños, le detuvieron.

Búrlase á veces la suerte de la justicia con descaro, y la justicia se da por vencida, porque su REINO NO ES DE ESTE MUNDO. Así se verificó en la relación que vamos á hacer. No era sólo el valor el que proporcionaba á don Víctor Guerra cada día nuevos lauros, puesto que en el regimiento había otros muchos tan valientes como él, sino era también

la fortuna, que no dejaba de brindarle las ocasiones de distinguirse, que negaba á otros. Ella era la que ponía su dinero al naipe que había de ganar; ella la que desviaba los tiros del enemigo del pecho de su protegido; ella la que le inspiraba y sostenía; ella la que le empujaba con su gran ariete, la audacia; en fin: era la locomotora, que impulsaba su rápida carrera.

No es una verdad nueva—pocas lo son—que el éxito es el que da valer á las personas y mérito á las empresas. ¡Cuántos han pasado por menguados sin serlo! ¡Cuántos por entendidos sin tener nada de ello, porque á la Fortuna le plugo burlarse de la Justicia, según llevamos observado!!! ¡Y qué bien dijo un Perogrullo cualquiera, cuando deseó á su deudo fortuna y no saber! En la opinión de los hombres influye el éxito tan poderosamente, que el que logra, es encomiado, admirado y celebrado necia y estúpidamente; así como el que no logra, es puesto á un lado y despreciado, mientras se ríe la Fortuna de este ridículo género humano, y llora la Justicia su impotencia sobre la necia muchedumbre.

Varios años pasaron en los que el fingido don Víctor, de cadete, llegó á comandante. El nuevo comandante deslumbraba con su lujo, su aplomo y su envalentonamiento.

¿Parecíale al asesino que el aprecio ajeno echaba indulto sobre su impune crimen? ¿Hacíase ilusión de que la nueva posición que se había labrado cubría con su esplendor el negro y ensangrentado hoyo en que robó su fortuna? ¿Creía acaso que con haber mudado de nombre se había regenerado como el fénix, y que con el nombre del que le cometió era extinguido su delito? ¿Tenía conciencia? ¿Tenía remordimientos? ¿Tenía siquiera el temor indefinido de que el ocultísimo delito se descubriese? — No podríamos decirlo, porque éstos son arcanos de la maldad que sólo ella comprende.

Pero lo que sí creemos es que hay hombres tales, que en ellos duerme tranquila la conciencia cuando no la estimula y despierta el temor. Cuando éste falta — por la seguridad de la ocultación de la realidad en cuanto á la vindicta humana, y por falta de temor, nacida de la ausencia de la fe y religión, en cuanto á la justicia divina, — la conciencia decae, se duerme, se aletarga. Pero momentos hay en los que Dios, por su divina misericordia, la sacude, la despierta, la vigoriza. ¡Uno de estos momentos es el de... la muerte! Y este momento parecía haber llegado para don Víctor Guerra, cuando, recogido en unas angarillas en el campo de batalla de los llanos de Junín, era traído á su alojamiento

con el pecho atravesado por una bala enemiga.

Después de la primera cura, el cirujano mandó que se avisase con prisa al capellán, para que viniese á prestar los socorros espirituales al moribundo.

No tardó aquél en presentarse, y los amigos y demás oficiales pasaron á la pieza inmediata, dejando solos al sacerdote y al moribundo.

Media hora después salió el capellán. Su rostro estaba espantosamente demudado, su palidez era lívida, y sus esfuerzos no bastaban á comprimir un temblor, que hacía entrechocarse sus dientes con el cristal del vaso de agua que se apresuraron á ofrecerle.

—No es nada, no es nada: un vahído,—respondía el Padre á las preguntas que le hacían.—Ese cuarto tiene un ambiente sofocante, y antes de venir me sentía indispuesto. No es nada, señores; esto pasará al aire libre. Acudid al enfermo, que me parece siente alivio.

Efectivamente: hallaron al herido sumido en un sueño benéfico.

¿Qué había puesto á este sacerdote, tan naturalmente sereno, en tal estado? El lector, que conoce los antecedentes del moribundo, podrá inferirlo. ¡Acababa de absolver en nombre de Dios, cuyo ministerio ejercía, al arrepentido asesino de su padre!

El padre capellán había salido, y se había dirigido con pasos trémulos á la iglesia; allí había caído postrado, en cuya postura permaneció horas. Y cuando salió del templo, veíase como siempre su frente serena, sus ojos tranquilos y su boca benévola.

Habían vencido, en aquella entrevista con Dios, el santo deber á los efervescentes sentimientos humanos; el ministerio á la personalidad; el sacerdote al hombre! La calma había vuelto á su ánimo; mas el físico se resintió. Al entrar en su casa fué acometido de unas calenturas cerebrales, que le quitaron todo conocimiento: su esfuerzo heroico le había rendido.

Créese teorías morales, abstracciones místicas, exageraciones religiosas, la repetida doctrina de que las desgracias y males terrenos suelen ser favores de Dios; verdad que vemos confirmada todos los días, pero que, á pesar de eso, es relegada por los pensadores filósofos entre las consejas de los *estúpidos* tiempos pasados.

La desgracia que había puesto á don Víctor Guerra á los bordes del sepulcro había sido el golpe con que Dios había despertado aquella entumecida conciencia. Si hubiese muerto empapada su alma en lágrimas de contrición, después de purificada por la expiación, se hubiese salvado. Si aun quedando en vida, otras

desgracias le hubiesen sobrevenido, acaso habría perseverado en la buena senda de la penitencia. ¡Pero no fué así! Apenas convalecía, cuando un coro de alabanzas por su nueva hazaña vino á lisonjear su orgullo, y esperanzas de adelanto volvieron á soplar sobre su insaciable ambición. Los tres galones de Coronel brillaron en su porvenir como un punto luminoso y culminante. Mareado y deslumbrado, no pensó más que en las glorias de la tierra. ¡La conciencia, los remordimientos, los santos propósitos, se desvanecieron; los ángeles buenos se velaron la faz y huyeron de su cabecera!

Algún tiempo después, su coronel, que ya entonces era general, volvía á España con toda su familia, y persuadía á don Víctor Guerra, ya á la sazón coronel, que le acompañase. Este, que veía cumplidos sus más ardientes deseos, concibió el propósito de alcanzar el apogeo de su suerte consiguiendo unirse á la hija del general, que á una gran belleza y á una excelente educación, unía las no menos codiciadas ventajas de ser de nobilísima estirpe por su padre, y heredera de una gran fortuna por su madre.

Hundía la mente del ambicioso lo pasado en la profunda sima de lo borrado é inaveriguable con reflexiones tranquilizadoras que de continuo se hacía. Desde su salida de Es-

paña, se decía para sí, habían pasado diez años: era imposible que nadie reconociese en el brillante coronel don Víctor Guerra á Juan Luis, llamado por mal nombre *Navajas*, aprendiz de barbero de un barrio de la ciudad de Jerez. En cuanto á la muerte de un ente pobre, insignificante y aislado, como el ventero, era un hecho del que después de tantos años nadie haría memoria.

El general quiso igualmente llevarse consigo al capellán, que sólo permanecía en América á instancias suyas; pero sabiendo éste que les acompañaba el coronel, buscó un pretexto plausible para eludirlo y separarse por algún tiempo de sus amigos.

Los viajeros llegaron felizmente á Burdeos, destino del barco á cuyo bordo iban. De allí pasaron á Marsella, y de este punto á Málaga, que era la patria del general.

Sólo después de haber llegado á esta ciudad se determinó el falso don Víctor á pedir al general la mano de su hija, de quien había sabido hacerse amar, y á la que se hacía ilusión de adorar.

Nunca había amado aquel hombre sin corazón, y cuya vida agitada é inquieta, toda dedicada á dos fines, que eran conquistar un futuro tan incierto y eventual, y cubrir un pasado tan tremendo y amenazador, no le había dejado notar que en la tierra germinan

perfumadas flores y en el corazón dulces afectos. Pero ahora se persuadía de que amaba con furor; y no se mentía del todo á sí mismo. Hay personas, así en el sexo femenino, como en el masculino, que aman en los objetos de su cariño, no su individualidad, sino la posición, lustre y ventajas que el ser amados de ellas les proporcionan; que equivocan, por tanto, la pasión de la vanidad con la del amor. Sobre este asunto sabemos otro drama, que puede que refiramos otro día (1).

La proposición de Guerra no agradó al general, á pesar de la predilección con que le miraba; porque era evidente que podía aspirar su hija á un enlace más brillante. Pero las lágrimas de ésta y la intercesión de su madre, que la patrocinaba, acabaron por triunfar de su oposición.

El coronel tocaba, pues, á la cima de su ventura: se acercaba el momento en que nada le quedaría que pedir á la fortuna, que le daba aún más de lo que se había atrevido á pedirle. Pero acaecía que mientras más brillante se le hacía lo presente, más espantoso yacía á lo lejos lo pasado; puesto que, mientras más se desviaba éste, y mientras más glorioso aparecía el primero, más ho-

(1) Alude á la relación que lleva por título La Farisea.

rroroso se hacía el segundo; y por lo tanto, más espantosa la posible reunión y choque de ambos. Apartaba los ojos de este inmóvil pasado; ¡pero no por eso se desvanecía! Muchas noches se dormía sonriendo á sus glorias, á sus amores, á sus esperanzas, y solíale despertar una horrorosa pesadilla. Ya oía una voz que le llamaba por su nombre y por su odioso apodo; ya veía á José Camas aparecer como testigo acusador de la muerte de su padre; ya al ventero, de rodillas, pedirle la vida; ya maldecirle en las ansias de la muerte! Pero con los rayos del sol se desvanecían estas negras y lúgubres visiones, y volvía la confianza á su ánimo. Con el uniforme tornábase el altivo y osado don Víctor Guerra; y al lado de su prometida, se decía: «Seguro estoy á la sombra de rama de tan buen árbol.»

El general marchó con su familia á Madrid, en donde estaba establecido su hermano mayor. El coronel, que estaba en Málaga de reemplazo, tuvo que permanecer allí, por haber sido nombrado por la autoridad militar para presidir un Consejo de Guerra, que debía juzgar á un desertor con circunstancias agravantes, cuyo regimiento había pasado á Cuba, y que había sido hallado después de muchos años de estar prófugo.

Habíase reunido el Consejo en el día señalado. Seis capitanes, formando un medio círculo, oían religiosamente la acusación que, con datos recogidos en el teatro del crimen, leía el fiscal. Era ésta la de José Camas, cabrero de oficio, desertor y parricida. Del todo entregados á la alta misión que les era confiada, los capitanes no notaron la lívida palidez que, como una mortaja, se extendió sobre el rostro del Presidente al oir la acusación y el nombre del reo, ni le vieron inmóvil retener con esfuerzo de atleta las oscilaciones de su oprimido pecho.

La lectura seguía, y las pruebas eran tremendas é irrecusables.

Entonces, un pensamiento de aquellos que envía el infierno desde su más profundo seno á los hombres que ya tiene conquistados, se presentó fatídico y claro, como el relámpago que de su centro lanza una negra nube, al Presidente. Y fué éste: «¡La muerte de este idiota es la lápida que para siempre sepulta mi secreto!»

Un momento después añadió mentalmente la vulgar máxima expresada por algún La Rochefoucauld popular: «Dijo mi vecino: Si uno ha de morir, que se muera mi padre, que es más viejo que yo.»

La acusación terminaba pidiendo la pena de muerte. La defensa fué endeble, pues no

hallaba bases en qué fundarse, ni apoyo en el reo, que nada decía para disculparse y no hacía más que llorar negando su crimen.

El infeliz fué introducido y sentado en el banquillo.

El coronel volvió su desatentada vista hacia otro lado.

—Pueden ustedes interrogar al reo,—dijo el Presidente con voz firme, aunque ronca y sorda.

Los tres capitanes más jóvenes miraron con profunda compasión á aquel infeliz, envuelto en sus pieles de cabra, indefenso, estúpido, abatido y lloroso como un niño.

—¿No dice usted que en la noche en que se cometió el crimen no estaba solo?—preguntó el primero.

—Sí, señor.

—¿Pues con quién estaba usted?

Al Presidente le acometió en este instante un violento golpe de tos.

—No lo puedo decir,—contestó el encausado.

—¿Y por qué?

—Porque así lo prometí,—repuso llorando el infeliz preso.

—¿Y qué hizo usted con el dinero robado? —preguntó otro de los vocales.

—¡Señor: si yo no he robado dinero ninguno!

—Sistema completo de negación,—dijo otro.—¡Qué hipócritas los hay entre estos rústicos del campo!

—¿Reconoce usted esta navaja?—preguntó otro, descubriendo la que se hallaba sobre la mesa.

—¡Yo no!—respondió el reo, que después de diez años no recordaba su navaja.

—Basta, señores,—dijo el Presidente, que al ver la navaja se había puesto de pie con desaliento.—Que se lleven al reo.

—¡Señores: por amor de María Santísima, miren ustedes que soy inocente!—exclamó el preso cruzando sus manos.—¡Tengan compasión de mí, por la sangre de Nuestro Salvador!

—¡Que se lo lleven!—gritó el Presidente.

—¡Señores: soy inocente, soy inocente!—gemía el infeliz entre sollozos, mientras se lo llevaban.

—Yo así lo creo,—murmuró compadecido el más joven de los vocales.

—¿Y en qué funda usted esa creencia?—preguntó con vibrante voz el Presidente.

—En que al ver á ese hombre he sentido llenarse mis ojos de lágrimas,—contestó el capitán.

—¡Prueba contundente! — dijo irónicamente otro de los capitanes.—¿Asiste usted por primera vez á un Consejo de Guerra?

—No, señor,—contestó el joven con viveza:—he asistido á otro, en el que con horror y repugnancia condené al reo, porque sobre mi conciencia me obligaba por juramento el Código á hacerlo. Pero esta vez, y en atención á este mismo juramento, le absuelvo.

—Es usted dueño de hacerlo,—dijo el Presidente;—pero usted no ignora que debe dar su voto por escrito y á su turno.

—Es el mío el primero,—repuso el joven, acercándose al pliego y escribiendo su voto por la vida.

Los demás escribieron sucesivamente los suyos, y cuando llegó el pliego á manos del Presidente estaban los votos empatados.

La juventud, cuya hermosa prerrogativa es la generosidad, había votado por la vida; los otros tres vocales, por la muerte. ¡El voto del Presidente iba á decidir! (1). Este no vaciló, y tomando la pluma, escribió:

«Visto lo que arroja de sí la causa de José Camas, es mi voto sea condenado á la pena de ser pasado por las armas, con arreglo á Ordenanza y Reales órdenes aclaratorias del

---

(1) Este voto del Presidente vale por uno si es de muerte, y por dos si es de vida. ¡Qué hermosa aparece la justicia cuando inclina su balanza á la clemencia!

17 de Febrero de 1778 y 6 de Marzo de 1815.» Y firmó: *Víctor Guerra.*

Al día siguiente salía en posta el coronel para Madrid; al otro, era fusilado el infeliz José Camas. ¡Pobre justicia humana! ¡Qué infalible te crees en tu arsenal de leyes y de códigos! ¡Y qué! ¿No basta una sola sentencia condenatoria infligida á un inocente, para hacer que se suprima ese terrible derecho de condenar á muerte, que á tan atroz, aunque involuntario, atentado puede dar pábulo?

Poco tiempo después de los sucesos referidos, se hallaba el padre capellán de regreso en Europa, encerrado en su habitación de Jerez, entregado al más profundo dolor. En sus manos tenía un papel público, en el que con fecha de Málaga se daba cuenta de la ejecución de un parricida.

«Este infeliz,—decía el papel,—llamado José Camas, convicto por irrecusables pruebas, nunca confesó su crimen. Fuese natural ó fingida estupidez, no pudo ó no quiso alegar ningún descargo, ni aun disculpa alguna que atenuase su horroroso atentado. Murió humilde y abatido, sin dejar hasta el último instante de protestar de su inocencia.»

A esto seguía la lista del Presidente y Vocales que habían compuesto el Consejo de Guerra...

—¡El! ¡él!—murmuraba con asombro don Gaspar.—¡El, condenar al infeliz, cuya inocencia le constaba! ¡Pobre hermano, más cruelmente asesinado que su padre! ¡Pobre ser, que se ha entregado indefenso á la fiera que le ha despedazado!

El capellán había dejado caer la cabeza entre las manos, y de cuando en cuando un sollozo hondo y seco desahogaba la opresión de su pecho. Dieron unos golpes á la puerta de su cuarto.

—No puedo ver á nadie,—dijo con alterada voz el padre capellán;—estoy indispuesto.

—Abra usted, señor don Gaspar, que soy yo, Bernardo, y me precisa hablarle,—dijo una voz desde fuera.

El padre capellán, que conoció la voz del anciano amigo de su padre, serenó en cuanto pudo su semblante, y abrió.

—Tío Bernardo:—le dijo,—sabe usted la nueva desgracia con que Dios me aflige, y que no estoy capaz de ver á nadie.

—Todo lo sé—contestó el anciano;—y más de lo que cree su mercé. Y así vengo á decirle que su hermano era inocente.

—Harto sé—repuso el capellán—que aquel infeliz era incapaz de cometer un crimen. Pero tales han sido las apariencias, tal su inercia en defenderse, que la verdad no ha podido hacerse luz.

—Su hora le llegará, don Gaspar,—repuso el veterano.

—¡Y será tarde—gimió el capellán, dejándose caer en un sillón.

—Esta será la pena que amargue lo que me queda de vida, señor—dijo el tío Bernardo, por cuyas atezadas mejillas se resbalaron las dos primeras lágrimas que había vertido aquel hombre, cuya entereza rayaba en estoicismo.—¡Pero este José no parece sino que era el primer interesado en que se cumpliera su desgraciado sino! Le había encargado que lo primero que hiciese si llegaban á prenderle, fuera avisarme, y es lo primero que no hizo! Dios le crió corto de luces, y con su aislada vida se acabó de entumecer.

—¡Pues qué! ¿Le vió usted después de haber desertado?—preguntó el padre capellán con ansia.

—Sí, señor—contestó el tío Bernardo.—Pero, escúcheme usted, que todo se lo voy á referir. Desde que cundió la voz de que José era el matador dije yo que no lo era; y me las mantuve hasta con el juez, que me mandó llamar. No tenía más razón que alegar sino que conocía á aquel infeliz, que no era capaz de matar ni una mosca, y que esta convicción era más fuerte que cuantas pruebas me pusieran delante. Mis sospechas tenía yo de

quién fuese el reo, porque también le conocía de atrás; pero no podía aventurarme á nombrarle sin una prueba que á ello me autorizase.

—Pero, ¿á quién sospecha usted de ese atentado?—preguntó el capellán, clavando los ojos en su interlocutor.

—A un alma de Caín que usted no conoce, padre. Esa es harina de otro costal, y saldrá á amasarse á su vez: todo se andará, si la soga no se quiebra! Había yo recogido, cuando la desgracia, el perro de mi compadre, que era valiente y fiel, como de buena casta. Un día que pasaba por la abandonada venta, el animal se paró en la puerta y se puso á aullar lastimosamente. Por más que le llamaba, no quería seguirme, ni desviarse de la puerta. «Preciso será—dije para mí—abrirle, para que se desengañe de que su amo no está allí.» Abríle la puerta, que por aquel entonces aún estaba en su lugar, y el animal entró presuroso. Anduvo las estancias como buscando, parándose de cuando en cuando para alzar la cabeza y dar aullidos, hasta que llegando á un rincón, en el que solía dormir sobre un montón de paja, sacó de entre ésta un jirón de tela, que se puso á despedazar con rabia. Me tiré á él y le quité aquel jirón, que, al examinarlo, hallé ser la tira de un pantalón, que desde luego discurrí

habría arrancado aquel valiente animal al asesino al verle acometer á su amo. Conocíase que el perro había saltado á la cintura del dueño de aquel pantalón, porque desde allí estaba arrancado el pedazo, el que, tirado con violencia, se había rajado hasta abajo; en un lado había una pequeña faltriquera, y en esa faltriquera una carta.

—¡Una carta!—exclamó agitado el capellán.

—Sí, señor, una carta: aunque era de amores y nada aclaraba, tenía el sobre, y esto bastaba; que una chispa enciende una llama grande.

—¡Tío Bernardo!—exclamó el capellán, levantándose y cruzando sus manos sobre su cabeza.—¡Tenía usted en las manos su salvación, y ha dejado morir á un inocente!

—Aguarde su mercé, señor, que no he acabado—repuso el tío Bernardo con calor;—oiga hasta el fin, y juzgue después. Al pronto—continuó el anciano—no supe qué hacerme. José andaba prófugo por desertor y no había podido ser hallado, y otro tanto sucedía al reo. Pensé que si ese malvado llegaba á saber que era acusado, sería capaz de matar á José para que nunca pudiese atestiguar contra él. Así, discurrí que era más precavido guardar esta prueba de su culpa hasta que fuese preso y, de esta suerte, impo-

sibilitado de cometer una nueva maldad. Tenía encargado á un escribano, prometiéndole un buen estipendio, que me avisase cuando viese en los papeles la prisión del uno ó del otro, á pesar de que siempre estuve en el entender de que aquí serían traídos para seguirles la causa. Mas ambos parecían haber caído en un pozo, porque pasaron los años sin que nada se supiese de ninguno de los dos. Andando el tiempo, lleváronme unas diligencias, de que fuí encargado, á Ronda, y desde allí tuve que andar algunos pueblos. Un día que me había internado en el monte tras una liebre, me hallé con un cabrero, en el que, con sorpresa, reconocí á José.

— ¡ Muchacho! — le grité. — ¿ Tú por aquí?

—Sí, señor, tío Bernardo—me contestó sin alterarse.—Pero no se lo diga usted á nadie, no sea que me quieran volver á llevar al regimiento á ponerme casaca y corbatín.

—¿Y te desertaste solo? —le pregunté.

—No, señor, con otro; pero no puedo decir quién es, porque así me lo pidió, y se lo prometí por el alma de mi madre.

—Bien está, no te lo pregunto,—le repuse;—pero di, hombre, ¿qué hicieron ustedes al desertar?

—Nos vinimos á la sierra de Algar,—contestó: — al anochecer, mi compañero me

mandó pedirle pan á unos pastores que yo conocía, porque estábamos desfallecidos.

—Ya,—dije,—ya estoy. ¿Y qué hicieron ustedes después?

—Aguardamos la noche,—me contestó José;—y entonces fué mi compañero á ver á mi padre, por si nos quería socorrer.

—¿Y por qué no fuiste tú?—le pregunté.

—Porque mi compañero dijo que mi padre se pondría fuera de tino si me veía desertado.

—¿Y no te pidió nada tu compañero?

—¿Qué me había de pedir? Pero... sí! Recuerdo que me pidió mi navaja y un pañuelo, que no me devolvió ni yo le pedí, porque cuando vino estaba desatentado, habiendo visto á uno de la partida que nos venía persiguiendo. Me trajo el pobrecillo—¡Dios se lo pague!—mi ropa de pastor, que le pidió á mi padre, diciéndome que me la pusiera y me metiese por los breñales de la sierra, que él iba á tirar hacia la raya de Portugal. Y aquí estoy.

—¿Y no te dió parte de lo que le dió tu padre?—le pregunté.

—¡Qué había de dar mi padre! ¡Dar! ¡Ya iba! Nada le dió; eso bien se lo previne yo antes que fuese á pedírselo.

—Es que tu padre no tendría dinero, hombre,—le dije.

—Sí, señor. ¡Vaya si tenía! Y más de cien onzas de oro también! Que yo las *cuqué* (las atisbé).

—¿Y le dijiste esto á tu compañero?

—Sí, señor; pero á la par le dije que antes se le arrancaba á mi padre el corazón que sus onzas; y así sucedió.

—Oye, José: ¿y no te dijo tu compañero que tu padre había muerto?

—¡María Santísima, señor! ¡Pues qué! ¿Se ha muerto su mercé?

Mis temores tenía yo de que aquel condenado hubiese podido pervertir á José, porque al fin dice el refrán que la sangre se hereda y el vicio se pega; pero hizo el cuitado esta pregunta con tanta sorpresa y dolor, que si aún me hubiese quedado duda sobre su inocencia, se hubiese desvanecido.

—Sí, hombre,—le dije;—murió!

Entonces José se puso á llorar á sollozos; le consolé cuanto pude, y acabé por decirle que vería de lograr su indulto. Pero que si entretanto era reconocido y preso, le encargaba que lo primero que hiciese fuera darme aviso; lo que me prometió, después de lo cual nos despedimos. Apenas había andado unos pasos, cuando me volvió á llamar.

—Tío Bernardo,—me dijo:—en la pared de la cabecera de la cama de mi padre, pegado al suelo, hay un hoyo en donde tenía

mi padre emparedadas sus onzas; sáquelas usted y mándele decir misas al pobrecito de mi alma.

—Bien está—contesté compadecido de ver cuán ajeno estaba el cuitado de la espantosa realidad y del tremendo cargo que, gracias á las astucias endemoniadas del otro, sobre él pesaba.

Su padre de usted fué el muerto,—prosiguió el tío Bernardo, presentando á D. Gaspar la tira del pantalón que contenía la carta;—aquí tiene la condenación de su verdugo!

El padre capellán alargó bruscamente la mano para asir lo que le presentaba su interlocutor; pero la retiró con un movimiento de horror.

—Envuélvala usted de nuevo en los papeles en que la guardaba,—le dijo.

Y mientras el tío Bernardo cumplía con despacio el encargo, el padre capellán se paseaba en un violento estado de agitación por la estancia.

—Ya está,—dijo al fin el anciano, alargando un bien envuelto bulto al capellán.

Mas éste, parándose ante su interlocutor, pálido y alterado el semblante, pero con una mirada resignada, le dijo:

—Los muertos sólo necesitan sufragios. Guarde usted su prueba condenatoria: yo la rehuso.

—Señor:—exclamó el anciano,—¿no desea usted que se castigue á un criminal?

—¡No, porque... esto nada remedia!

—¿Y le parece á usted poco que se sepa la verdad? ¿No quiere usted reivindicar la memoria de su hermano?

—¿Para qué?—repuso con abatimiento el capellán.

—Para borrar la ignominia que deshonra su familia, que, aunque pobre, tiene patente de honrada.

—Mi familia se extingue en mí.

—¿Y usted quiere cargar con el sambenito, señor?

—Yo, tío Bernardo, no permanezco aquí donde me conocen. Pienso agregarme á las misiones de China, de las que pocos vuelven.

—¿Y la justicia? ¿Y la vindicta pública, señor?

—Sus ministros tiene, tío Branardo.

—¡Pues qué! ¿Perdonaría usted..?

—Haré lo que pueda para lograrlo. Y lo primero será no tratar de perseguir al reo.

—Señor,—dijo con una mezcla de respeto y de impaciencia el tío Bernardo,—eso es ser santo.

—No: es simplemente levantar la mano en las cosas de la justicia mundana, en las que no quiero intervenir. Y no crea usted que

sea preciso ser santo para esto: la sola sabiduría humana lo enseña; pues un poeta indio ha dicho: «La virtud perdona al malvado, como el sándalo perfuma el hacha que le hiere.»

—El padre de su mercé decía que José tenía la sangre de horchata, y quiéreme parecer que ésta es la de toda la familia, padre capellán. Si yo supiera dónde había de dar con el reo, había de llevar su merecido. Y más le digo á su mercé, y es: que creería cumplir con mi deber de hombre honrado arrancando la máscara á un bribón.

—Cada cual tiene ó entiende los suyos á su manera, tío Bernardo, — contestó el capellán.—Pero difícil será que dé usted con él; que desparecido hace diez años, estará expatriado ó muerto. Ruegue más bien por su alma si es muerto, ó por su conversión si es vivo.

—Señor: dice el refrán que «á carrera larga nadie escapa». Y ahora que no puede dañar, no he de parar hasta que dé con él; que «con viento se limpia el trigo, y los malos con castigo».

—Si con buscarle y acusarle cumple usted con su deber de hombre honrado, al perdonarle cumple con una virtud de cristiano, tío Bernardo.

—¡Por vida de sanes!—exclamó el ancia-

no.—Eso es perdonar sin tino, señor; y maldades hay que no lo merecen.

—No hay culpa exceptuada en el gran precepto del perdón, tío Bernardo.

—Pues, señor, — repuso el veterano con energía,—yo no estoy, como su mercé, con un pie en el cielo; y le aseguro que si doy con ese bribonazo, por la leche que mamé que ha de pagar sus delitos. ¿Y cree usted, padre, que me condenaré por eso?

—No digo eso, amigo Bernardo, no digo eso: he expresado mi sentir sin acriminar el ajeno. Pero, ¿á qué discurrir sobre este asunto, cuando es casi una imposibilidad que halle usted al que cree reo?

—¿No hallé á José?—repuso con viveza el anciano.

—Fué una gran casualidad, tío Bernardo.

—Es que hay casualidades que parecen Providencias, señor don Gaspar.

—Considere usted que diez años cubren con un espeso velo lo pasado.

—Señor: dice el refrán que MÁS LARGO ES EL TIEMPO QUE LA FORTUNA. Se hallará. Y ya que usted no quiere hacerlo, yo le buscaré; y si le hallo... ¡de Dios le venga el remedio! Por lo pronto, voy á llevar mi deposición al juez,—dijo el anciano, alejándose precipitadamente.

Una mañana estaban reunidos el general

y su hermano mayor en el despacho del primero, que habitaba una hermosa casa en una de las calles principales de Madrid. El general parecía abogar con calor por alguna cosa que su hermano reprobaba, y ambos interesados altercaban en su contienda.

—En ninguna época, como en la nuestra, —decía su hermano al general,—se han visto hombres colocarse en primer término, y figurar, ya por su riqueza, ya por su rango, ya por su preponderancia política, ya por sus excentricidades, sin que se haya averiguado ni el rincón oscuro de donde salieron, ni las circunstancias que les sirvieron de escalones para subir. Mancomunado el misterio en que se envuelven estos improvisados personajes con el *qué se me da á mí* de una sociedad que vive al día, sin cuidarse más que de lo presente, lo pasado queda sin huellas, como el rastro de un barco entre las olas del mar. Se ha filtrado tanto esta tendencia, se ha generalizado á tal punto este divorcio con el pasado, este desdén por la cuna, este olvido indiferente hacia aquellos á quienes debemos la existencia, nuestra crianza y nuestro nombre, que es poco frecuente oir á los hijos en general, y á los encumbrados en particular, recordar á sus padres con aquel cariño, aquel respeto, aquella veneración que les es debida sólo por serlo.

—Hermano,—contestó el futuro suegro del coronel,—es tendencia general de los ancianos la de enaltecer el tiempo pasado deprimiendo el presente. No quiero seguirte en este monotono carril.

—Cierto es que así sucede á ancianos y no ancianos cuandose trata de las malas tendencias que dominan. Y cada era tiene las suyas propias, porque la humanidad, así como las naturalezas, son y serán imperfectas, por más que los filósofos regeneradores y los modernos Hipócrates se afanen en querer lo contrario. Si curan una enfermedad moral ó física, aparecerá otra nueva; y siempre morirán igual número de vivientes con otras enfermedades, y aparecerán malas tendencias con otros giros. ¡Esto ha sido, es y será siempre!

—¿Y todo esto,—repuso el general,—para venir á caer en que desapruebas el casamiento de mi hija con el coronel Guerra?

—Es muy cierto, hermano.

—¿Y sin más razón—prosiguió el general—que la de no conocer á su padre, á su abuelo y á su tatarabuelo?

—En parte sí, puesto que han de ser los de sus hijos, que serán mis sobrinos y herederos.

—Son unos ricos hacendados de Zahara, y su apellido es ilustre.

—No hay apellido ilustre sin filiación. Me he informado por conducto fidedigno, y he

averiguado que, si bien existen individuos de ese nombre allí, son pobres jornaleros, que han tenido un hijo que en 18... fué embarcado como soldado para América, y que están en la persuasión de que su hijo ha perecido, pues nunca más han vuelto á saber de él... El coronel dice que sus padres han muerto. Ahora bien: ¿qué te parece de renegar así de sus padres porque son pobres?

—Sería horrible, si fuese cierto.

—¿Y qué te parece, hermano, el decirse hijo de ricos propietarios, siéndolo de pobres jornaleros?

—Sería ridículo, si fuese exacto.

—¿Me darás, pues, la razón si desapruebo este enlace con un hombre que une al feo borrón de descastado, tan miserable vanidad?

—Hermano, no creo en tus noticias: esos Guerras serán otros; es un apellido muy general. Mas, dado caso que fuesen ciertas, ¿son estas debilidades humanas suficientes para contrapesar las muchas otras ventajas que hacen del coronel Guerra una boda conveniente, si no lucida? Su carrera es brillante, su mérito incontestable.

—Bien está, bien está; eso es en cuanto á su vida militar. Pero... ¿y en la privada?

—No hay uno de sus compañeros que no haga de él en este punto elogios. Además es rico.

— ¡Sí — dijo con amarga sonrisa el anciano;—fortuna hecha al juego!

— Eso es pecado venial en América, hermano—repuso riéndose el general, penosamente afectado y no pudiendo dejar de defender á su presunto yerno.

— ¡No digo! — exclamó con amargura el anciano. — ¡Lo pasado es el surco en el mar! ¿Qué extraño es, pues, que se pierda la vergüenza, si hoy día, aun personas tan virtuosas y llenas de pundonor como tú, se constituyen en quitamanchas de las más feas?

— Pero, hermano — dijo con triste inquietud el general,—mi hija le quiere.

— Tu hija es una excelente y dócil niña, que no se habría dejado llevar de su cariño si te hubieras opuesto á él.

En este momento entró radiante el coronel, el que halló, como de costumbre, frío y seco al hermano del general. Este, en cambio, se esforzó en indemnizar á su futuro yerno de tan visible desvío, prodigándole muestras de afecto y de cordialidad.

No había pasado un cuarto de hora, cuando dieron unos golpes á la puerta del despacho.

— ¡Adelante!—gritó el General.

Abrióse la puerta, y apareció en el quicio un anciano aseadamente vestido con el traje de campesino andaluz.

—¡Bernardo! ¡Por fin viniste! —gritó el general apenas le vió, arrojándose hacia el recién entrado y echándole los brazos al cuello.

Cogiéndole en seguida de la manc, lo arrastró tras de sí al interior del despacho, y presentándosele á su hermano y al coronel.

—Aquí tenéis —dijo— á Bernardo, mi fiel y valiente salvador, al que debo la vida. Mirad, mirad —añadió, desviando las canas de la sien del que llamaba su salvador, —mirad esta cicatriz que estampó el sable del enemigo; aquí está imborrable la prueba de su lealtad, como lo está su recuerdo en mi corazón. Pero ¿cómo te va, amigo? Ya veo que los años han pasado sobre ti como sobre un robusto roble, sin haber hecho más que platear tu cabello y curtir tu enérgico semblante.

—Señor —contestó el anciano: —de salud no me va malamente, y de ánimo lo mesmo; pues aunque mis tramojos paso, no me amilano; que pesadumbres no pagan trampas. ¡Su mercé usía sí que está arrogante! ¡Ya! ¡Como que tiene diez años menos que yo! Ya sé que su excelencia se ha casado, y tiene hijos como pimpollos. ¡Sea para bien!

—Ya los verás, Bernardo, ya los verás. ¿Y los tuyos? ¿Y tu mujer?

—Señor: mi mujer está tan encogida y

arrugada, que parece una castaña pilonga. Los hijos, uno sirve al Rey; los demás están casados, y con un celemín de hijos.

— Bernardo: tú no te separarás ya más de mí.

— Señor: ¿y cómo dejo á la mujer?

— Te la traes.

— ¡Qué, señor! ¡Más fácil es traerse á la Cartuja! Allí está endiosada entre los hijos y los nietos, y con más raíces que una cepa.

— Pues bien: voy á fincar, y no te faltará buena colocación: tus trampas cuéntalas desde ahora entre los muertos. Aquí tienes — añadió el general, señalando al caballero anciano — á mi hermano, de quien tanto te hablaba; y aquí — prosiguió, señalando al coronel — al que va á ser mi yerno.

Al ver al antiguo asistente, don Víctor Guerra había mudado de color, y hasta hecho un movimiento para tomar su sombrero y alejarse. Pero reflexionando con su acostumbrada presencia de ánimo que el encuentro con aquel hombre no era fortuito, y que debería repetirse diariamente en lo sucesivo, sostenido por su siempre triunfante audacia, y por la confianza de que no era posible que fuese reconocido, había vuelto á sentarse, al parecer tranquilo, y leía un periódico. Al oirse presentar por el general á su antiguo asistente, levantó con arrogancia la cabeza,

que inclinó ligeramente para saludar al recién venido.

Pero apenas éste se hubo fijado, cuando se pintó en su abierto semblante el más profundo asombro, y no pudo desviar la vista de aquel rostro pálido y altanero.

Entretanto, el general se había levantado y tocado la campanilla.

—Llévate—le dijo al criado que entró—á este huésped que me ha llegado: que se le sirva de almorzar y se le atienda como á persona de mi propia familia. Anda á descansar, Bernardo—añadió,—que en seguida quiero presentarte á mi mujer é hijos, que ansían por conocerte.

Y empujando por el hombro al anciano, que continuaba absorto, le hizo seguir al criado.

—¿Cómo se llama ese coronel?—preguntó al criado el tío Bernardo.

—Don Víctor Guerra. ¿Le conoce usted?

—Juraría que sí,—contestó el huésped;—pero por entonces no era coronel, ni se llamaba don Víctor Guerra. Mas como de esto hace ya mucho tiempo, antes de afirmarlo quiero cerciorarme de si es el mismo.

El tío Bernardo no había podido pasar un bocado. A poco se había levantado, y con pretexto de ir á buscar sus alforjas al mesón, había salido; pero no había pasado del portal, en el que, parado y con una mirada ar-

diente y ansiosa, aguardaba, al parecer, algo que conmovía todo su ser. No podía aún dar crédito á sus sentidos al reconocer en el coronel al asesino del ventero, é iba á valerse de una treta para cerciorarse de la verdad.

Al cabo de media hora se oyeron pasos en la escalera; el anciano levantó su ansiosa vista, y vió bajar con toda su arrogancia al que esperaba. Retiróse á alguna distancia, ocultándose en la sombra.

Apenas traspasaba el coronel el último escalón, cuando oyó una voz que decía:

—¡Juan Luis!

El coronel volvió instantáneamente la cabeza.

—¡No has olvidado tu nombre!—exclamó el tío Bernardo poniéndose frente al coronel.—¡Juan Luis *Navajas*, ladrón, asesino! Lo que sí pareces olvidar en tus postizas grandezas es que «la verdad adelgaza, pero no quiebra».

El coronel, como herido de un rayo al oir formular aquella tremenda acusación, había tenido que apoyarse en la pared para no desplomarse. Mas reponiéndose instantáneamente como el que habiendo caído en lo profundo del mar hace un esfuerzo desesperado para volver á la superficie, se recobró y dijo con una vehemencia que en-

vano trataba de disimular bajo la capa de un frío desdén:

—¿Se le ha ido á usted el juicio? ¿Deberé compadecer su locura, ó castigar su osadía?

—¡Osadía!—repuso el anciano, cuya voz temblaba de indignación.—¿Quién habla de osadía? ¡Vil, infame! ¡Tú, que sobre hurto y sangre has labrado tu fortuna! Has creído poder, como la serpiente, soltar tu piel y seguir arrastrándote impune con otra, olvidando en tu loco delirio que de San Juan á San Juan no le queda Dios á nadie á deber nada!

—¡Viejo estúpido ó insensato, refrénese usted,—exclamó con ira el coronel,—y no abuse de la prudencia que observo, en consideración al general! Pero cállese usted; y no me fuerce, ó á cortar con mi espada su viperina lengua, ó á que le acuse á la justicia como descarado calumniador.

—¡A la justicia, sí! ¡A esa mostraré yo las pruebas de lo que afirmo!

El coronel soltó una seca y acerba carcajada.

—Juan Luis, Juan Luis, — dijo el anciano,—por su mal le nacieron alas á la hormiga! Subiste sirviéndote de hincapié un robo y una muerte; hiciste más: urdiste con tal maldad tu trama, que en ella hiciste pe-

recer á un inocente, creyendo que, pagando él por ti, estabas salvo.

El coronel echó mano á la espada.

—¡Quieto! — dijo el anciano. — Que una muerte más no te salva. Porque las pruebas de tu delito no mueren conmigo, que en manos de la justicia las dejé y te está siguiendo la pista. Largo tiempo has triunfado, has lucido, has gozado!..

—La gloria y el dinero son para quien los gana, y ganados los tengo, rústico deslenguado, — dijo el coronel con altanería.

—Sí, sí; te sopló la suerte, como una desatinada que es. Pero ya todo se te acabó y pagarás el capital y los réditos. Porque sábete, Juan Luis, que MÁS LARGO ES EL TIEMPO QUE LA FORTUNA!

—Considere que yo le acusaré á usted de calumniador infame; á no ser que generosamente le perdone, si se retracta de lo dicho y promete callar esas visiones de su trastornado cerebro—dijo el coronel, que nunca perdía la cabeza.—En ese caso prometo á usted, en consideración al general, ser su ferviente protector. Soy rico, generoso, y el que salvó la vida á mi suegro puede estar seguro de mi gratitud. Desde ahora puede usted contar con cuarenta mil reales como principio de mayores beneficios.

—¡Anda, anda, mal nacido!, que aunque me ves vestido de lana no soy oveja,—respondió el veterano.—El que, como tú, tiene echada el alma atrás, no es extraño que trate de sobornar á un hombre de bien. Pero yo no vendo mi honra, que vale más que todas tus mal ganadas grandezas. ¡Pues qué! ¿Te había yo de dejar casar con la hija del general? ¿Había de dejar infamada la memoria del infeliz José? ¿Habías tú de seguir, impune, disfrutando el beneficio de tus iniquidades? ¡No, en mis días!

—Pues callará usted para siempre, ya que perderme intenta—exclamó con honda voz, en una explosión de ira, el coronel.—Pruebas de su calumnia ni las tiene usted ni puede tenerlas; pero basta ella para manchar mi inmaculado honor.

Diciendo esto, se había arrojado fuera de sí con una pistola en la mano hacia el anciano. Pero en este momento se oyeron pasos en la escalera, y huyó precipitadamente.

Cuando llegó á su casa había logrado serenar la tempestad de su alma.

—¡Serenidad!—se dijo.—¡Sangre fría, que es la que salva! ¿De qué pruebas puede hablar ese mi eterno perseguidor? No existen. Negaré. ¿Quién no creerá al coronel Guerra cuando desmienta á un viejo estúpido? ¡En mal hora se ha hallado en mi camino! El ge-

neral le aprecia y tiene fe en él; pero... ¡valor! Juguemos el todo por el todo. Mi buena estrella no me abandonará: en ella confío.

El coronel se fué á comer á una fonda, fortificando su impasibilidad con el bullicio, atolondrándose con conversaciones animadas, que empezaba y cortaba con un desasosiego que procuraba hacer aparecer como aturdimiento.

A la oración volvió á su casa, en la que halló una carta. Sorprendióle, porque de nadie podía esperar comunicación alguna. Abrióla presuroso: era un anónimo y sólo contenía estas tres palabras latinas, de una concisa y conocida advertencia: FUGE, LATE, TACE!

Aunque la letra era fingida, el coronel creyó reconocer la del general: quedó inmóvil, fijando la vista en la abierta carta, que permanecía en su trémula mano.

—¡Lo sabe!—murmuró.—¡El mal viejo se lo ha dicho! Pero no le habría dado tan entero crédito un hombre de tanta cautela como el general, si no le hubiese comunicado esas pruebas de que me habló... Pero... ¿cuáles pueden ser?.. No existen... ¡Miente el villano!.. Y, no obstante, hay ciertamente... hay ciertamente un genio, enemigo del reposo del hombre, que suele alguna vez, cual los vampiros, desenterrar cadáveres yertos y ol-

vidados del centro de la tierra. *Fuge, late, tace!* ¡Huye, ocúltate, calla! ¿Y con qué fin me traza esa línea de conducta el general? ¡Está claro! Quiere evitar un escándalo que avergüence al regimiento de que fué jefe, que abochorne á la mujer que decía amarme y humille al que se decía mi amigo! ¡Compañerismo, amor, amistad!... ¡Palabras huecas y sin raíces, que no resisten á un impulso de orgullo!

Así raciocinaba aquel hombre. ¡Y no es él solo! ¡Cuántos culpan, como él, á la sociedad y á los afectos, por no culparse á sí propios! ¿Cuál será la verdad de que no se abuse? ¿Cuál la sentencia que no se aplique mal?

Juan Luis veía—con tanta más rabia y asombro cuanto que no lo aguardaba — desmoronarse el edificio de su insolente prosperidad, labrada por el engaño y la hipocresía; veíalo caer, levantado como estaba sobre una sepultura y una mentira, al empuje de un cadáver que se alzaba, y de la verdad que hacía luz, á pesar de sus criminales esfuerzos por aniquilarlos!

Aún reflexionó algunos instantes aquel criminal, hecho tan insolente por su fortuna: se vistió en seguida de paisano, se ciñó al cuerpo un cinto de onzas, y salió.

A los dos días se embarcaba en San Sebastián para Inglaterra.

No se engañó en sus cálculos. La carta era del general. Este, cuyo carácter era más delicado que enérgico, instruído de todo por su antiguo asistente, avergonzado como coronel del regimiento en que había servido aquel infame, horrorizado y humillado como padre del que había admitido por yerno, quiso á toda costa evitar el público escándalo de la aprehensión y condenación del criminal.

Cuando el tío Bernardo supo la fuga del reo, se arrepintió amargamente de haberle puesto sobre aviso, aunque le había sido necesario acabar de convencerse de la identidad de su persona.

—Se ha escapado ese perverso Juan Luis *Navajas*,—dijo.—Pero... ¿adónde irá que á los ojos de Dios se esconda? Y Dios consiente; pero no para siempre. Su hora ha de llegar; que quien mal anda, mal acaba.

El tío Bernardo hablaba proféticamente; porque á poco se pudo leer en un periódico de los Estados Unidos la relación del siguiente suceso:

«Las casas de juego siguen siendo cuevas de crímenes. En la pasada noche ha tenido lugar en*** Street el más horroroso suceso. No ha mucho que llegó aquí un español que se apellidaba don Claudio Jaén. Su carácter altanero, su humor irascible y su aire pro-

vocativo le habían hecho odioso en los alojamientos en que había vivido. Pasaba sus noches en las casas de juego, en las que ganaba con tan loca fortuna, que se susurraba entre los demás jugadores que no jugaba limpio.

»Entre éstos, el más encarnizado contra él era un limeño de poco buenos antecedentes, que aseguraba además haber conocido al referido sujeto en Lima, en donde llevaba el nombre de don Víctor Guerra. Supo todo esto al entrar anoche en la casa de juego el llamado don Claudio Jaén, y se puso en un estado de furia difícil de describir. Al ver entrar poco después al limeño, se arrojó sobre él con furia, clavándole un puñal en el pecho; mas no pudo llegar á su antagonista tan pronto que no hubiese éste sacado una pistola, que descargó á quema-ropa sobre su agresor, exclamando:

—»Señores: ya ven ustedes que castigo á un asesino.

»La muerte de don Claudio Jaén fué instantánea; el limeño vivió algunas horas, y esta tarde ha dejado de existir.»

También pudo verse algún tiempo después en los periódicos españoles una carta de un misionero, en que daba cuenta del martirio sufrido por otro, llamado el padre Gaspar Camas. Ambas cosas supo el tío Bernardo por el general.

—Vaya,—dijo,—cada cual ha muerto como ha vivido: el uno, como un santo mártir; el otro, como un ladrón y asesino. ¡Dios premie al uno, y perdone al otro!

—Vaya, Bernardo, esa es una buena palabra, que me alegro verte aplicar á ese hombre, que tanto has odiado y tanto has perseguido,—le dijo el general.

—¡El campo-santo es un sagrado, señor! ¡Delante de una sepultura no debe el cristiano tener más que oraciones!—repuso el tío Bernardo.

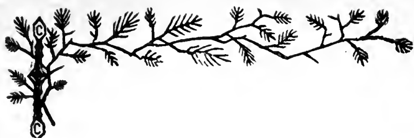
FIN

COSA CUMPLIDA...

SOLO EN LA OTRA VIDA

DIÁLOGOS

ENTRE LA JUVENTUD Y LA EDAD MADURA



INTRODUCCION A LOS DIALOGOS

Queréis saber lo que son, en sentir de su autor Fernán Caballero, los Diálogos entre la juventud y la edad madura? Pues oidlo de su boca:

«Recuerdos de un villorrio, de un sochantre de lugar, de un interior pacífico, de niños y de flores, en fin, de nimiedades.»

¿Deseáis conocer los gustos del escritor y la disposición de su alma al escribir estas páginas?

«Me gustan los árboles como á los pájaros, las flores como á las abejas, las parras como á las abispas y las paredes viejas como á las salamanquesas.»

. . . .

—«¡Chitón, conde, chitón! No quiero que mis flores den ocasión á la sátira ni mis buenas gallinas pábulo á la crítica.

—»Pero — repone su interlocutor — ¿en dónde no hallará usted amigos, marquesa?

—»Allí donde no sientan todos como usted y no me miren con sus parciales ojos.»

¡Quién dijera que tan pronto iban á demostrar los sucesos la exactitud de este presentimiento!

Pero he aquí anunciado en pocas palabras al lector lo que también en breves razones deseamos decirle.

No es un secreto para el público lo que acerca de Fernán Caballero siente y piensa el que escribe estas líneas, que mirará siempre como uno de sus mejores timbres haber logrado la confianza del insigne novelista para cuidar de la presente edición. Por lo mismo, y satisfechos con haber consignado en ella nuestro nombre entre tantos ilustres literatos que se han apresurado á tributarle homenaje, nos habíamos propuesto dejar libre el paso para que otros pudiesen formar parte de tan brillante acompañamiento.

Pero, puesto que con ocasión de esta obra se ha hecho de nuestro autor querido la única crítica con visos de formal que hasta ahora se le haya fulminado, y que por su naturaleza ha debido amargarle mucho, permítasenos romper aquel propósito, y ya que no defendamos á quien no ha menester defensa, por lo menos, á la modestia del propio juicio, y á la severidad con que, por mirar aquélla á una luz que tenemos por equivo-

cada, la juzgó el crítico, opongamos nosotros algunas razones, para que el público, á quien compete, pueda fallar en esta contienda.

De inmoral acusó el crítico esta obra. ¡Inmorales los escritos de FERNÁN... á quien tanto deben la religión y la familia y la sociedad! Aquel nombre y esta tan terrible acusación, según la frase vulgar recientemente usada, *braman de verse juntos*.

Á la acerbidad de este fallo sólo ha contestado nuestro autor, en su humildad, apelando al juicio de la Iglesia.

No le importaba que la ley no se lo exigiera: destinados estos escritos á vivir en la familiaridad del hogar doméstico, cuyo reflejo son, cuyo modelo deben ser, no hubiera estado tranquilo hasta que decidiesen los guardadores de la sana doctrina si, contra toda su intención, se había deslizado de su pluma alguna máxima, algunas palabras que la contrariasen. A continuación de estas líneas podrán ver nuestros lectores el dictamen del censor y el fallo de la autoridad eclesiástica. Esto importaba al crédito de FERNÁN; pero importa más al de sus ideas y sentimientos, que para él y para sus amigos valen aún más que su espléndida aureola literaria.

Acallado, pues, victoriosamente sobre este punto un sobresalto que sólo pudo asaltar al

escritor, pero que de seguro no trascendió á ninguno de sus lectores, á nosotros, más que combatir directamente el juicio que le motivó, lo que nos incumbe es explicarle; y esto bastará para que por sí solo caiga y se desvanezca, acaso hasta en la propia conciencia del que lo dedujera.

Lejos de nosotros sospechar en lo más mínimo de la rectitud de sus intenciones ni de la sinceridad de su convicción. Ya lo hemos indicado antes de ahora. Concediendo los talentos del crítico, dada la parte que es natural y disculpable á los pocos años que contaba á la sazón, lo que principalmente creemos que le indujo á error fué la equivocada luz á que miraba estos cuadros.

Mas ¿cómo no echó de ver el censor que toda la síntesis del pensamiento del escritor se encierra admirablemente en estas palabras:

Cosa cumplida...
sólo en la otra vida?

¡Es verdad! Esta,—que no es novela;—esta conferencia, estos Diálogos, que creemos sin modelo, ó diferentes y superiores á todo modelo, puesto que en ellos, no sólo hablan y juzgan los interlocutores, sino que á su vista vive la vida y obra la Providencia; este sencillo interior, estas nimiedades que el autor decía, tienen, aun sin pretenderlo

él, más altos alcances, y son, no diremos un tratado moral, son la vida práctica, iluminada y consolada por la luz del Evangelio, y dan lugar á más meditaciones que muchos libros ascéticos, ya sobre los hechos de la vida, ya sobre muchas de las verdades y de las virtudes católicas. Esta es la luz á que ha escrito el autor; he aquí con la que debe ser juzgada su obra. Y cierto, bien puede arrostrar el examen. A vista de los dolores que calma, de las lágrimas que consuela, bien podrán repetírsele aquellas divinas palabras: «Mujer: ¿adónde están los que te acusaban?»

Al que desee alguna comprobación de lo que decimos, nos bastará con remitirle á examinar la manera con que Fernán comprende y habla de la muerte, y con que explica la resignación, virtud esencialmente cristiana que no conoció el mundo antiguo, y que no acertaría nunca á imaginar ni á comprender por sí sola la filosofía. He aquí sus palabras:

—«¡La muerte!.. Siempre he preferido mirar ese trance, no como el justo fin de la vida, sino como el glorioso principio de la eternidad; así como prefiero pensar en la clemencia de nuestro Juez, á pensar en su justicia; esperar, á desconfiar; amar, á temblar; agradecer, á temer. Pero la generala es

tan virtuosa, que sobrellevó este golpe terrible con mucha fuerza y vigor.

—»Diga usted RESIGNACIÓN, Marquesa. La virtud, que es un combate contra nuestras malas propensiones y nuestras debilidades, cuando está aislada, es presuntuosa, no cuenta sino con sus propias fuerzas, y tiene por auxiliares al orgullo y la vanagloria, que dan el *valor*. La virtud cristiana desconfía de sí y acude á la gracia, y son sus auxiliares la sumisión y la oración, que dan la RESIGNACIÓN.

—»¡Bien definido, Conde! RESIGNARSE es dulcificar el dolor, respetándolo como compañero; *llevarlo con valor* es combatir al dolor y vencerlo como á enemigo.»

Aprendan los que adolecen del espíritu y los que quieren llegar á la fe de las verdades católicas sólo por la demostración, que LA FE ESTÁ EN LA VOLUNTAD Y NO EN EL ENTENDIMIENTO.

«¿Qué son—dice—vuestras estériles demostraciones, vuestros sistemas sin base, que se agitan en un círculo vicioso, *oscuro y seco*, en comparación de aquella plácida luz, de aquel manantial de aguas puras y cristalinas que brotan en el alma sencilla que aprende á vivir y morir en el Catecismo?»

. . . .

«No hay edades, — prosigue en la misma

página,—entre los buenos católicos, para los sentimientos religiosos: tenemos unos y otros firmeza de viejos para la fe, ardor de jóvenes para la caridad, y todos una misma esperanza.»

¿Queréis ver cómo habla del arrepentimiento, cómo pesa á la vez los quilates del dolor, y analiza los secretos de su acción sobre la organización del hombre, sobre la de la mujer, comparados ambos con el único verdadero y supremo Consolador?

«Sólo Dios,—dice,—sólo Dios perdona y olvida.

. . . .

»El arrenpentimiento no quita, al contrario, aguza el remordimiento y le hace principio y parte de la expiación; y manchas hay que, cual las del hierro, gastan la trama, que muere con ellas.»

Ya antes había dicho Mad. de Staël: «Las lágrimas pueden borrar el crimen, pero nunca la vergüenza!» Y sin negar la belleza ni la profundidad de esta sentencia de la gran escritora, séanos lícito pretender que la que citamos como gemela suya, esfuerza notablemente en sentido religioso la verdad y la esfera de aquel sentimiento, sin el cual no es posible la regeneración del hombre, y que á poder penetrar en el abismo, tornara en ángeles á los demonios.

Pero hablábamos del dolor. He aquí cómo le analiza FERNÁN:

«¡Qué quiere usted, marquesa! En todas cosas se apoya la mujer en el hombre, menos en el dolor, que entonces se apoya en Dios. El hombre en todas cosas se apoya en sí mismo, menos en el dolor, en que se apoya en la mujer; porque consolar es uno de sus más bellos dones, de sus más dulces prerrogativas. ¡Pobre del que en sus aflicciones no tiene una madre, una mujer, una hermana, una hija ó una amiga!»

Ni son menos bellos, aunque á otro orden menos elevado pertenecen, los estudios psicológicos que hace sobre otros sentimientos meramente morales ó sociales, por decirlo así; pero que siempre parten ó irradian del gran principio de la verdad religiosa, que es la única base sólida de su razonamiento.

Véase, si no, cómo juzga sobre su propio tribunal á la *opinión*, «esa indolente sultana que, no atreviéndose á separar el trigo de la cizaña, viene á dar en el *indiferentismo*, que es—afirma nuestro moralista—*la parálisis de la virtud*».

. . . .

«¿Quién—dice—es el necio que sostiene que todos los días pensará lo mismo, ni el hombre autómata que se jacta de sentir siempre de un mismo modo?»

«Dejad,—continúa, hablando de las lágrimas,—dejad brotar esas fuentes del corazón, que prueban al correr que no está seco ni exhausto; dejad, por Dios, que se humedezcan los ojos, si no se han de asemejar á los de cristal de las figuras de cera.»

Y en otro lugar:

—«¿Quién puede saber, señora, el secreto que cada corazón lleva consigo á la tierra?

—»¿Qué secreto amargo puede llevar consigo el que muere en el seno de la religión, en los brazos de los suyos, bendecido y bendiciendo, sonriendo á la vida, que fué bella, y á la muerte, que lo es tambien porque lo fué la vida?»

Salpicada está toda de estas máximas, cuya sabiduría viene del cielo. Sirvan de ejemplo las siguientes:

«Donde hay virtudes, hay buena conciencia; donde hay buena conciencia, hay contento; así como donde hay sol, hay flores; donde hay flores, hay fragancia.»

Y en otro lugar:

«Dios no hubiera criado al sol si no quisiera al hombre alegre.»

«Acuda á estas bellísimas páginas el que quiera comprender la extrema dulzura de un ¡Dios te lo pague!»

Nótese cuán nuevas y profundas son las consideraciones que le inspiran la locura

con *sus jirones de ideas;* los niños precoces, *caricaturas en lo moral y en lo físico;* sus máximas sobre la educación y la enseñanza, en que sabe y se le alcanza tanto más y mejor que á muchos zurcidores de libros de texto ó hilvanadores de planes de estudios; sus observaciones y consejos sobre la atención y cortesía que deben mediar entre todas las relaciones sociales. Frecuente ha sido encarecer la obediencia y el respeto del inferior al superior; acaso nunca la urbanidad y deferencia que á aquél debe el último; que quien lleva la ventaja en cuanto á lo elevado de la posición no ha de perderla en cortesanía. Esto, si bien es verdad que no es invención de FERNÁN, tan perdido anda por el mundo... que lo parece. No es dable concluir este punto sin citar unas palabras que debieran grabarse con el punzón de oro con que el Angel traspasó el corazón de Santa Teresa. La Santa escritora, que hablando del Diablo exclamaba: «¡Desgraciada criatura que no sabe amar!», no las rechazaría si se le atribuyesen:

—«Recordad un refrán turco, que dice que el que llora con todos, acaba por quedarse sin ojos.

—»Bien decís que es turco el refrán. ¡Qué magnífica y bendita ceguera la que fuese debida á la caridad!»

Si le buscáis en el terreno literario, podremos remitirnos á lo que piensa y siente de la poesía; á su análisis de lo clásico y lo romántico; á su exacta y profunda distinción entre lo romántico y lo *romancesco*, y entre esto y lo verdaderamente poético.

¡Oh! ¡Cuán bellas y epigramáticas suelen ser las frases con que sazona estos juicios! Algunas de ellas por ventura quedarán como proverbios, mientras vivan la literatura y el habla castellana. Sirvan de ejemplo, entre otras que citar pudiéramos: «Alonso, porque sabía la *a*, la echó de disputador.—¡Tenéis el corazón en carne viva!» (para significar que una persona es sensible á todos los infortunios ajenos), y esta otra, que no recusarán, de seguro, muchos de entre los poetas: «Cuando la poesía se mezcla en la vida real, es una mala ama de llaves.»

Arrastrados por la importancia de estos análisis, no hemos fijado la vista en las *descripciones*, en las cuales, si siempre se ostenta con mano maestra, á veces como que se sobrepuja y excede. Permítasenos citar la que hace de la belleza del campo, la del temporal en Cádiz, la del pueblo de Sampayo, la del buen don Gil, el sochantre querido, y las de los juegos y los cuentos de las niñas y la muerte de la sobrinita.

Todas ellas y otras muchas quisiéramos

citar; pero no podemos, no debemos. Quede al escritor su gloria de contarlas como y donde quisiere; quédele el placer de iniciar á sus lectores en las maravillas de su talento, tan puro, tan rico, tan flexible, tan vario!

He aquí, sin embargo, cómo se despide, con tan piadosa ternura como picante desenfado del protagonista, á quien pintó *con amore,* inmortalizándole sin quererlo.

«¡Oh, mi buen, mi excelente don Gil!... ¡Tú, que tanto ruido y papel hiciste en la iglesia y tan poco en el mundo!... ¡Tú, que amaste y ejercitaste el canto y el latín sin comprenderlos, pliego blanco de papel en que estampó la fe sus adoraciones, para ponerlas en manos del Señor, no me olvides allá arriba, donde estás con otros muchos POBRES DE ESPÍRITU Y RICOS DE CORAZÓN, y ruega por la que supo apreciar la suave almendra bajo su tosca corteza!»

Ya apuntamos antes cuál es nuestro juicio acerca de la forma de estos escritos. Mas hay en ellos un carácter particular, acerca del cual no podemos menos de llamar la atención de nuestros lectores, y muy señaladamente la de los que leen para aprender á escribir.

Ante todo, es notable en FERNÁN su *estilo* propio; de una verdad, de un colorido tal, que no puede confundirse con otro. Hemos

oído á algún Aristarco censurar en aquél tal ó cual expresión, tal cual frase menos castiza; mas no sabemos de ninguno tan injusto ni descontentadizo que en aquella otra dote, que es la principal en el escritor,—como que es la que constituye su individualidad,—no le conceda la palma entre los primeros.

Mas no se crea que el pintor de los Cuadros de costumbres, de las Relaciones y de los Diálogos, no tiene en su paleta colores para copiar otra cosa que la ruda, franca y enérgica fisonomía del pueblo. Un crítico eminente, un escritor en quien compiten el corazón y la cabeza, el señor D. Antonio de Aparisi y Guijarro, nuestro amigo querido, en el bellísimo prólogo que ha dedicado á la preciosa novela titulada Un servilón y un liberalito, ha tenido antes que nadie la gloria de consignar esta observación: «En el lenguaje de la culta sociedad—dice hablando de Fernán—no le conozco rival ni entre los mejores.»

No es escasa, á la verdad, la alabanza, por venir de quien viene, y por ser tan merecida. Repasen su memoria cuantos profesan la literatura ó á ella tienen particular afición, y sin limitarse precisamente á la Novela, en que tenemos tan poco, observen nuestro teatro, en que somos más ricos. Y ciertamente, desde Iriarte, que en el *Señorito mal criado*

nos dejó una muestra de que poseía este secreto, no hallará muchos escritores á quienes sea familiar. De seguro no lo encontrará en Moratín, á quien en otras tantas cualidades del estilo nadie recusará como maestro. Es más: sabemos de escritores que por su cuna y por su educación corresponden á lo más puro y elevado de aquella clase, y cuya conversación es por demás culta, amenísima y elegante, y, sin embargo, pintan mejor las animadas escenas de una venta ó de un campamento, que el tono grave y acompasado de los salones. Y á la verdad no es extraño. La *buena sociedad*, ó es una, ó cuando menos, se parece mucho en todas partes: como que la cultura consiste en destruir lo *anguloso*, es decir, en quitar muchas de esas singularidades que constituyen los tipos especiales. Y conservar éstos sin perder aquel tono es raro privilegio, que requiere, no sólo un estudio profundo y gran sagacidad para la observación, sino, además, una flexibilidad suma, para la cual acaso habría de ser necesario que se combinasen un gran talento de hombre, un corazón de mujer y la exquisita sensibilidad de la dama, á quien la observancia de las costumbres del pueblo y la práctica de la vida aristocrática fuesen en parte ingénitas, en parte heredadas ó familiares desde la cuna.

No aspiramos á que en ello se nos crea sobre nuestra palabra. La prueba está en muchos, si no en todos los personajes de Fernán, entre los cuales, sin embargo, citaremos á los Duques de Almansa, á Ismena, al general Conde de Alcira, á la Marquesa de Valdejara, á su hijo, tipo de caballeros... á tantos otros... y entre ellos á Clemencia, al Abad, á Pablo, á Sir George Percy, y De Brian, y sobre todo—pues de éstos tratamos—á la Marquesa de Alora y al Conde de Viana, que son los interlocutores de estos Diálogos.

Ellos discuten siempre, y disputan como de propósito; que es decir que tienen más ocasiones de mostrar su carácter, por lo mismo que esas discusiones pasan á solas, en la intimidad de una amistad antigua é indulgente; y sin embargo, cada cual, mostrándose tal como es, no choca ni ofende, ni al lector ni á su antagonista; al contrario: éste ama y respeta la razón que se le opone y los labios que se la dicen, y el lector estuviera á veces indeciso sobre á quién dar sus simpatías, si no fuese porque la Marquesa, en su corazón y en su inteligencia y en la tesis que defiende, es, como si dijéramos, la personificación del escritor. Al que de esto dudare, le remitiremos á los Diálogos, á los trozos que hemos citado, á la *campanilla azul* que ha-

bía de imponer silencio, y á la de *oro* que había de excitar á la Marquesa á continuar en su elocuente improvisación; á aquella deliciosa república en que ella había de ser la presidenta, y legisladores y ministros las flores y los niños, abundando por supuesto las fuentes y las confiterías.

Permítasenos citar también, como ejemplo, la contienda entre ambos, con ocasión de la felicidad en que la Marquesa supone que rebosa la familia de la generala Peláez. ¡Con qué viveza y naturalidad es conducido el diálogo, que ha de terminar por conceder el atacado la confianza de un terrible secreto de familia, confianza que, si se provocó sin pensarlo, no se arranca, y antes se rehusa delicadamente!

Dice la Marquesa:

—«¡Ay de mí! ¡Imprudente! Perdone usted, amigo; nada quiero saber. Doblemos la hoja; oculte usted mi tierno interés con el secreto en el silencio; el respeto á la desgracia es el más sagrado, después del respeto á Dios.

—»No, Marquesa; es usted de la familia; y es usted más: es usted una amiga verdadera, y los amigos son la familia del corazón. Sabrá usted la desgracia que, cual un cáncer, ha destruído la felicidad de mis hermanos.

. . . .

—»Conde: déjeme usted ignorar una desgracia, si no puedo remediarla.

—»¿Me niega usted su interés?

—»Hable usted, Conde... ¡y así le sea un bálsamo!»

He aquí, por conclusión de esta materia, en uno de los trozos más bellos que acaso se hayan escrito, llevado hasta el límite de donde no debe pasar esta contienda, modelo de exquisita cultura y cortesanía. No nos atrevemos á privar ni de una letra de ella á nuestros lectores. Parécenos que, después de leída, no tendremos incrédulos de lo que antes afirmábamos, y podremos añadir en las sienes de Fernán, al título de Pintor del pueblo, el de Poeta de los salones. Mas si todavía tropezásemos con algún rebelde, nos contentaríamos con decirle con Góngora y Fernán:

«Triste del que á una roca pide orejas.»

Pero oigamos, que habla nuestro autor:

—«Tiene usted—dijo el Conde sonriendo—por corazón una rosa sin espinas.

—»Y usted quiere ajarla.

—»¡Oh! No. Quisiera regarla con las aguas de la fuente de Juvencia. Pero cuénteme usted lo que me ha anunciado.

—»Tacha el mundo—principió la Mar-

quesa—de *extremos* á las angustias y los dolores del amor de madre.

—»Y lleva razón—opinó el Conde—. Todo lo que es apasionado en el hombre, aunque sea el santo amor de madre, necesita freno. María, al pie de la Cruz, ni se arrancaba el cabello, ni se despedazaba el pecho. Señora, señora, todos los días rezamos ¡Hágase tu voluntad! ¿Es sincero este acatamiento, si en seguida nos revelamos violentamente contra esa misma voluntad? Esos dolores descompuestos no son cristianos, señora.

—»Por descabellado que sea ese amor, es bello y simpático, Conde.

—»Ese dolor denominado *extremos* es insensato como es un suicidio, amiga mía; y esas madres energúmenas de amor merecerían que se les muriesen sus hijos, para enseñarles así lo que es un dolor real.

—»Conde... ¿ha olvidado usted que tuvo madre?

—»¡No lo permita Dios! Venero la tierra porque ella la pisó; la respeto, porque en ella yace su cuerpo, y ansío por el cielo, porque en él me aguarda su alma! Pero eso no quita...

—»Que lo que en ella le admiró á usted, le encantó y llenó de gratitud, en otras lo quiera motejar. ¡Amor no dice basta, Conde!

—»Marquesa: esa bella expresión es sólo aplicable al amor divino.

—»Siempre me contradice usted, Conde... ¡Si viera usted cuánto lo siento!

—»No lo sienta usted, amiga; una pausada nube que mitiga algo los brillantes rayos del sol, y refresca algo la tierra con una templada lluvia, hace provecho.

—»¿Y por qué se hace usted una nube en mi cielo?

—»Para que su demasiada pureza y brillo no le hagan creer á usted imposibles las borrascas y las tempestades. Mas... prosiga usted; no le volveré á interrumpir.»

Ni nosotros tampoco lo haremos más, interponiéndonos entre el autor y sus lectores, temiendo siempre decir poco, y acaso apareciendo sobrados.

Por lo mismo, no diremos sino de paso á nuestras lectoras (con *ellos* nada queremos ya) cuál es la única cosa que FERNÁN encuentra CUMPLIDA en esta vida; y es: TODO NOBLE AMOR EN EL CORAZÓN DE LA MUJER.

Hemos hecho hablar á FERNÁN, y es lo único en que fundamos la esperanza de haber acertado á defenderle. Pero necesitamos despedirnos de él, y para ello, en justa correspondencia, no seremos nosotros solos, serán nuestros lectores, será España toda, será el mundo católico los que lo harán, tomándole sus propias palabras.

Helas aquí:

«Prosiga usted, Marquesa. ¿A qué evocar la imagen de la crítica como un fantasma, ante el cual se repliegue la expansión de vuestros gratos recuerdos, y se hiele su pintura en vuestros labios? Estoy seguro de que no hay un poeta á quien estas cosas, si bien no le entusiasmen como á usted, al menos no le hagan gracia. Prosiga usted esa pintura en sus menores detalles, hasta venir á las circunstancias que han motivado esa segunda carta, que espero ha de ser tan noble como la primera.»

Y esta segunda carta, que es de la viuda del buen don Gil, y contiene, en realidad, su testamento, concluye así:

«Dile á la señora que ya no cantaré el *Miserere* en la tierra; pero que, mediante la misericordia infinita y los méritos de nuestro REDENTOR, cantaré allá arriba el *Gloria.*» Y al verme llorar, añadió: «Francisca: no llores; las lágrimas siempre me han hecho contradicción. No se deben llorar más que las culpas... Consuélate, y acuérdate de que COSA CUMPLIDA... ¡SÓLO EN LA OTRA VIDA!» Señora: me lo he tenido por dicho: no lloro... y aguardo.»

Y yo también aguardo, señora. Que sé que son igualmente cumplidas estas verdades; añadiendo á ellas, que es por demás dichoso

quien, como FERNÁN CABALLERO, al ganar lo que el mundo llama *Gloria*, escribe tan valeJeras páginas en el LIBRO DE LA VIDA.

Madrid, 28 de Noviembre de 1857.

FERMÍN DE LA PUENTE Y APEZECHEA.





COSA CUMPLIDA... SOLO EN LA OTRA VIDA

DIÁLOGO PRIMERO

EL ALBAÑIL

La vie est un mistère triste
Dont la Foi seule a trouvé le secret.

EL ABATE GERBERT.

Fortuné temps de l'innocence.
Hélas! des passions devançant le réveil
A l'aurore de l'existence,
N'es-tu parmi nous qu'un sommeil?

D'ARLINCOURT.



Sí, señor; sí, señor; la vida es bella, el mundo hermoso, á pesar de todos los Jeremías pasados, presentes y futuros—decía la joven, linda y alegre marquesa de Alora á su anciano amigo el conde de Viana;—está llena de encantos, como el cielo de estrellas; llena de goces, como la mar de perlas. Pero éstas es preciso buscarlas; aquéllas es preciso alzar la vista, y con ella el

corazón, hacia aquel alto y puro espacio en que giran, para encontrarlas. Si usted vegeta tétrico en una oscura cueva, ¿cómo hallará usted perlas, ni verá estrellas?

—Canta usted como un ruiseñor — dijo el Conde con una sonrisa triste é incrédula.

—Hablo como una agradecida hija de Dios —repuso la Marquesa. — ¡Un hombre como usted, misántropo! ¡Quite usted allá! Eso es un palpable contrasentido, es una anomalía, como dice usted que lo es en el Gobierno condenar las malas doctrinas y dejar que cundan por medio de la prensa, lavándose las manos como Pilato.

— ¿Dónde están, linda visionaria — respondió el Conde, — esos encantos, esos placeres sublunares? ¿Serán el efímero amor, la desleal y deslavada amistad? ¿Será acaso el oro, que no sabe satisfacer; los honores, que no honran? ¿Será el mundo, ese horrible caos? ¿Será la soledad, ese árido desierto? ¿Nos los proporcionarán por ventura el corazón, que es nuestro verdugo; los sentidos, que son nuestros enemigos; ó el alma, que, como todo desterrado, no sabe sino suspirar? El mundo es, amiga mía, un árido y triste destierro.

— ¡Pobre mundo! — exclamó la Marquesa. — ¡Y cómo te tratan! Véngate; seca tus fuentes de fresca y líquida plata; quita sus

colores y perfume á tus flores; haz esqueletos de tus frondosos árboles; agosta tus campos, y no le nutras al hombre ingrato sus mieses y su vid; seca los cauces de tus ríos, y haz de ellos profundas y ásperas cicatrices sobre el seco y decrépito cadáver de la tierra; quita del alcance del hombre el oro, la plata y ricas pedrerías que encierra tu seno; vomita tus iras por las abiertas bocas de tus volcanes; esparce tu amarga ira con las poderosas olas de tus mares, hasta cubrir la frente de tus gigantes de tierra, los montes, y allí, donde el hombre ingrato haya labrado su albergue, sacúdele ligeramente, para que caigan sus más robustas obras como castillos de naipes.

—¡Qué anatema, amiga mía!

—El que merece la ingratitud, ese monstruo sin corazón.

—Como es usted joven, gira cual las primeras horas del día, esas horas frescas y puras que se llaman la aurora, en un cielo rosado. Pero raciocinemos; á mi edad...

—El corazón es siempre joven—interrumpió con viveza la Marquesa,—y la ancianidad puede, como dice usted de la juventud, girar también en un rosado cielo, llamado ocaso, como las últimas horas del día.

—Pero enuméreme usted esos placeres, esos encantos que ve usted—repuso el Con-

de—con la doble vista de que debe estar dotada. ¿Es el cólera? ¿Es la guerra civil? ¿Son los escritos de Proudhon? ¿Es el espíritu de rebelión inherente á la incredulidad, que mina al mundo con un horroroso cáncer? ¿Es su hija, la inmoralidad, que vive y reina? ¿Es ese escepticismo frío y vulgar, con el que triunfó la materia personificada en Lutero, y el mal espíritu personificado en Voltaire? ¿Son las lágrimas de la Fe y de la Caridad, que sólo la Esperanza enjuga?

—¡Dios mío! Está usted triste y desconsolador como nuestro sublime Marqués de Valdegamas, á quien cupo la gloria de ser uno de aquellos hombres que en todos tiempos escogió Dios para ser intérpretes de sus luces. Aún falta la sonrisa á sus labios; pero la hallará usted cuando el bien que haya hecho le pruebe que si cunde el mal, también cunde el bien sobre la tierra de Dios: esa será su recompensa. Pero yo quiero atraer á usted á más alegre convicción, y no lo haré teórica, sino prácticamente; no con razones que todas se pueden refutar, sino con pruebas, pues nada hay más poderoso y concluyente que un hecho.

—Goce usted de sus ilusiones, como la primavera de sus flores, Marquesa.

—En todas estaciones hay flores; si en alguna faltan, no es culpa de la naturaleza,

sino del hombre, que las deja secar sin cultivarlas. Apostemos á que le hago á usted testigo de una felicidad completa y estable.

—¡Completa! ¡Estable! ¡Qué dorado sueño!

—Apostemos, apostemos—insistió con alegre vehemencia la Marquesa.

—La felicidad—prosiguió el Conde,—esto es, la que brinda el mundo, es poco estable, como la calma del mar; corta y pasajera, como el canto del ruiseñor; incompleta é imperfecta, como lo es el hombre en quien dos poderes luchan; y no puede ser otra cosa, desde que el hombre, por su culpa, entró en el mundo desterrado del Paraíso. El no ser así sería un contrasentido. Usted misma, querida amiga, ¿no es acaso una prueba de esta verdad? La suerte la ha colmado de todos sus dones; la fortuna, de todos sus favores; la vida, de todas sus sonrisas, y, á pesar de esto, su felicidad no es cumplida, pues la faltan las magníficas prerrogativas, los dulces goces de la maternidad.

Una ligera nube pasó sobre los benévolos y brillantes ojos de la Marquesa.

—Esto será en tal caso—dijo sonriendo,—no una desgracia, sino una felicidad de menos; y el carecer de una, no me hará olvidar las muchas de que disfruto. Además, para ganar cumplidamente mi apuesta, no pienso

mostrarle una perfecta ventura en la clase alta de la sociedad, en la que es mucho menos frecuente que en la clase humilde, por más que declamen y giman lo contrario los socialistas. En nuestra perfumada y pestilente esfera no se ensanchan las ideas, no se exaltan los sentimientos, no se multiplican las sensaciones sino á expensas de la felicidad pasiva, negativa si usted quiere, pero dulce, alegre, tranquila y suave, que es y debe ser el patrimonio de seres caídos, condenados á una vida mortal y de trabajo, como piensa usted muy bien. Pero esta felicidad existe; y la dan las virtudes, que del Paraíso vinieron y con ellas trajeron su ambiente. Por consiguiente, donde hay virtudes, hay buena conciencia; donde hay buena conciencia, hay contento; así como donde hay sol, hay flores; donde hay flores, hay fragancia. Mañana le aguardo á usted á las doce en punto, y le llevaré á casa de mi lavandera y antigua doncella de mi madre: ¡allí triunfaré! Allí verá usted la verdadera y cumplida felicidad en su sencillez y pureza, sin traspasar sus límites, como el manso río; allí me pagará usted, dulce sobre dulce, media arroba, que ahora mismo voy á mandar hacer para repartirlos entre sus hermosos chiquillos.

Al día siguiente el Conde acudió puntual á la hora de la cita, y ya encontró á la Mar-

quesa cubierta la cabeza con la mantilla, y lista para partir.

Muchas vueltas y revueltas tuvieron que dar por las calles de Sevilla, en que aún triunfa la caprichosa construcción de los moros, de la simetría europea, hasta llegar al apartado y solitario barrio de San Román. La Marquesa entró en una de aquellas humildes casas, cuyas puertas están abiertas de par en par.

La dueña de la casa hizo una exclamación de sorpresa al verla.

—¡Chist!..—dijo la Marquesa, poniendo su blanco dedo sobre sus rosados labios.—Vengo á sorprender á María. Como sé que su corral y el de la casa vuestra no los separan sino unos romeros, he venido aquí para entrar en casa de María sin que me sienta.

Esto diciendo, atravesaba la Marquesa el patio, seguida y bendecida por la dueña.

La casa de María formaba un ángulo entrante, en el que había un gran jazmín que se había criado *ad libitum*, echando á manos llenas sus perfumadas flores á la derecha y á la izquierda con imparcialidad; columpiábanse multitud de pajaritos en sus flexibles ramas; cubríanlo sus flores, que están tan pálidas porque son débiles, y porque, siendo tan corta su vida, no tienen tiempo para aprender á sonrojarse.

En la verde cueva que formaba el jazmín morisco se escondió la Marquesa con su anciano amigo, poniéndose ambos á mirar, sin ser vistos, lo que en casa de María se ofrecía á su observación.

Una mujer robusta, en quien rebosaba la vida como en otoño la corriente en los ríos, estaba sentada en una silla muy baja, delante de la puerta de su sala, á la *estufa andaluza*, esto es, al sol. A sus pies, sobre una zalea, se veía sentado en paños menores el niño que estaba criando; tenía éste entre sus manitas una enorme naranja, que se le escapaba, cayendo sobre la zalea; afanábase en extremo para volverla á asir, y cuando lo había logrado, se le volvía á separar. Reíase entonces alegremente y miraba á su madre, nuevo Sísifo, que reía y gozaba en su incesante tarea.

—Ven acá, Aniquilla,—dijo la mencionada mujer á una niña de cuatro años;—es mediodía; ya vendrá tu padre. Ven acá á que te coja esas greñas y te lave esa cara, esa rosa de Abril, que la tienes más sucia que un estercolero.

Mientras su madre la tenía sujeta de los cabellos, y le hacía una castaña del tamaño de las que se comen, la enseñaba á rezar; santa práctica que acostumbra á los labios de los pequeñuelos á recitar oraciones que

aún no comprende el entendimiento; de suerte que cuando éste despierta, los labios se han anticipado, y le enseñan lo que ya saben por la santa enseñanza de su madre.

—Padre nuestro, que estás en los cielos, —decía la buena mujer.

La niña repetía esto, añadiendo por apéndice:

—¡*Ay*, *mae;* que me tira usted del pelo!

La madre proseguía sin hacer caso:

—Santificado sea el tu nombre...

—Tu nombre,—repetía la niña.—¡*Mae, mae;* que me arranca usted las narices!

Y cuando concluyó el último amén, la niña, lavada y peinada y ostentando su diminuta castaña, dió un salto con poca gracia y mucha alegría.

—¡*Mae*, *mae!*—gritó un niño de seis años que venía de la escuela, precipitándose en el corral.—¡Ya sé la *a*, la *a*, la *a!*

—Sea enhorabuena, Alonsillo,—dijo su madre.—Poco es; pero sabes más que yo, que sé cómo suena, pero no cómo parece.

Oyóse entonces la alegre voz de una niña de ocho años que volvía de la *amiga*, y que venía cantando con la tonadita monotona con la que en las amigas cantan la doctrina:

Cuando salgo de la amiga
Me dan ganas de beber

En el jarrito de oro
En que bebió San José.
Me fuí por un caminito
Y me encontré á JESUCRISTO,
JESUCRISTO, que es mi padre,
Y la VIRGEN, que es mi madre,
Los ángeles mis hermanos,
Me cogieron por la mano;
Me llevaron á Belén
Sin tropezar ni caer.
En Belén hay una fuente
Que corre tan trasparente
De noche como de día!
A rezar el Ave María.

—*¡Mae, mae!*—gritó al entrar.—Mire usted la camisita que he hecho; tiene el dobladillo *calao.*

—Eso me place, hija; eso me place; la agujita ensartada hace á la niña ajuiciada.

La recién llegada cogió al niño de pecho en sus brazos, llevándolo, aunque tan pequeña, con mucha maestría y desembarazo, como si Dios hubiera hecho infusa en el sexo femenino la ciencia de manejar á las criaturas tiernas y desvalidas que al venir al mundo sólo saben llorar.

—Niño—dijo:—¿dónde está Dios?

El niño levantó el dedito. Alonso, que aquel día estaba un poco pedante porque sabía la *a,* se echo á reir.

—¿De qué te ríes, zopenco?— preguntó su hermana.

—Porque *ice* Pacorro que está Dios en el *tejao*.

—¡Qué á la cola eres, Alonsillo! Dice que está en el cielo. Pero más que dijese que está en el *tejao*, razón llevaría, pues está en todas partes.

—¡Que no es!—dijo Alonso, que, porque sabía la *a*, la echó de disputador.

—Judío, que dices una herejía. ¿Dónde es donde no está Dios, chiquillo?

—En el río, porque no es pescado—respondió dogmáticamente Alonso.

Y volviendo con majestad la espalda á su hermana, se dirigió á su madre y le dijo:

—*Mae*, hay feria.

—Me alegro—respondió su madre.

—*Mae*, yo quisiera una *trompeta*.

—Quiérela mucho, hijo.

—*Mae*, cuesta dos cuartos; démelos usted.

—¿Dos cuartos? ¡En eso estaba yo pensando!

—¡Ande usted, *mae!*

—Anda á freir monas.

—¡Ande usted, *mae!*

—Déjame en paz, pollo pión.

—¡Ande usted, *mae!*

Y el chiquillo se puso á seguir á su madre

como su sombra, repitiendo sin cesar su monotona plegaria.

—Toma, toma, chicharra—dijo al fin la buena mujer, dándole un moneda de dos cuartos,—que por no oirte se pueden dar.

—¡Si son *dos* cuartos, *mae*, *dos* cuartos, dos!

—Bien, ¿y no te los he dado, mostrenco?

—No me ha dado usted más que uno.

—Te he dado *dos*, chiquillo.

—Uno, uno—repitió el niño pateando.

—Muchacho—exclamó impaciente su madre—te di una mota; una mota son *dos* cuartos.

—¿Dos?—repuso el niño, dando vueltas á la moneda y batallando su convicción entre la evidencia, pues sólo veía una moneda, y la fe que tenía en las palabras de su madre.—¿Dos son? Vaya, pues estarán pegados.

—Chacho, cuéntame un cuento—dijo con los sonidos más dulces y suplicatorios de su voz Aniquilla á su hermano Alonso.

Este, á quien la posesión de sus *dos cuartos pegados* había puesto de buen temple, se sentó en el suelo con las piernas cruzadas como un sultán, y apretando fuertemente en su puño cerrado sus dos cuartos para que no se despegasen, empezó en estos términos su cuento:

—Había vez y vez un pajarito, que se fué á

un sastre y le mandó que le hiciese un vestidito de lana. El sastre le tomó medida, y le dijo que á los tres días lo tendría acabado. Fué en seguida á un sombrerero y le mandó hacer un sombrerito, y sucedió lo mismo que con el sastre; y, por último, fué á un zapatero, y el zapatero le tomó la medida, y le dijo, como los otros, que volviese por ellos al tercer día. Cuando llegó el plazo señalado se fué al sastre, que tenía el vestidito de lana acabado, y le dijo:—«Póngamelo usted sobre el piquito y le pagaré.» Así lo hizo el sastre; pero en lugar de pagarle, el picarillo se echó á volar, y lo propio sucedió con el sombrerero y con el zapatero. Vistióse el pajarito con su ropa nueva, y se fué al jardín del rey, se posó sobre un árbol que había delante del balcón del comedor, y se puso á cantar mientras el rey comía·

Más bonito estoy yo con mi vestido de lana,
Que no el rey con su manto de grana.
Más bonito estoy yo con mi vestido de lana,
Que no el rey con su manto de grana.

Y tanto cantó y recantó lo mismo, que su real majestad se enfadó, y mandó que le cogiesen y se le trajesen frito. Así le sucedió. Después de desplumado y frito se quedó tan chico, que el rey se lo tragó enterito. Cuando se vió el pajarito en el *estógamo* del rey,

que parecía una cueva más oscura que media noche, empezó sin parar á dar sendos picotazos á derecha é izquierda. El rey se puso á quejarse, y á decir que le había sentado mal la comida y que le dolía el *estógamo*. Vinieron los *méicos*, y le dieron á su real majestad un menjurge de la botica para que vomitase, y conforme empezó á vomitar, lo primero que salió fué el pajarito, que se voló más súbito que una exhalación. Fué y se zambulló en la fuente, y en seguida se fué á una carpintería, y se untó todo el cuerpo con cola; fuése después á todos los pájaros, y les contó lo que había pasado, y les pidió á cada uno una plumita, y se la iban dando, y como estaba untado de cola se la iban pegando. Como cada pluma era de su color, se quedó el pajarito más bonito que antes con tantos colo-lores como un ramillete. Entonces se puso á dar voleteos por el árbol que estaba delante del balcón del rey, cantando que se las pelaba:

¿A quién pasó lo que á mí?
En el rey me entré, del rey me salí.

El rey dijo: «¡Que cojan á ese pícaro pajarito!» Pero él, que estaba sobreaviso, echó á volar que bebía los vientos, y no paró hasta posarse sobre las narices de la luna.

—Chacho, — dijo Aniquilla, —¿y la luna tiene narices?

— ¡Vaya! — contestó el chacho. —Y boca también: una bocaza tamaña, — añadió, abriendo desmesuradamente la suya,—para tragarse las niñas malas; ya lo sabes.

—Ese cuento es más viejo que el modo de andar, y más tonto que una esquina, — observó la hábil costurera.

— Pues cuenta tú otro mejor, — repuso el contador, mirando de soslayo su moneda de dos cuartos.

—¡Pues ya se ve que lo haré! Y con el salero del mundo, y algo mejor que tú; que eres, Alonsillo, más tonto que Blas, que comía *habas*, y al fin eres:

Alonso Ponso Berengena,
Capitán, capitán de la manga llena.

— Y tú...

— Calla la boca, escarabajo, y escucha. Pues señor...

Tenía una vez un rey
Tres hijas como una plata;
La más chica de las tres
Delgadina se llamaba.
Un día estando comiendo,
Dijo al rey, que la miraba:
—Delgada estoy, padre mío,
Porque estoy enamorada.
Venid, corred, mis criados,
A Delgadina encerradla:
Si os pidiese de comer,
Dadle la carne salada;
Y si os pide de beber,

Dadle la hiel de retama.—
Y la encerraron al punto
En una torre muy alta.
Delgadina se asomó
Por una estrecha ventana
Y á sus hermanas ha visto
Cosiendo ricas toallas.
—¡Hermanas: si sois las mías...
Dadme un vasito de agua,
Que tengo el corazón seco,
Y á Dios entrego mi alma!
—Yo te la diera, mi vida,
Yo te la diera, mi alma;
Mas si padre rey lo sabe,
Nos ha de matar á entrambas.—
Delgadina se quitó
Muy triste y desconsolada.
A la mañana siguiente
Asomóse á la ventana,
Por la que vió á sus hermanos
Jugando un juego de cañas.
—¡Hermanos: si sois los míos...
Por Dios, por Dios, dadme agua,
Que el corazón tengo seco
y á Dios entrego mi alma!
—Quítate de ahí, Delgadina,
Que eres una descastada;
Si mi padre el rey te viera,
La cabeza te cortara.—
Delgadina se quitó
Muy triste y desconsolada.
A otro día apenas pudo
Llegar hasta la ventana,
Por la que ha visto á su madre
Bebiendo en vaso de plata.
—¡Madre: si es que sois mi madre...
Dadme un poquito de agua,

Que el corazón tengo seco
Y á Dios entrego mi alma!
—Pronto, pronto, mis criados,
A Delgadina dad agua,
Unos en jarros de oro,
Otros en jarros de plata.—
Por muy pronto que acudieron,
Ya la hallaron muy postrada.
A la cabecera tiene
Una fuente de agua clara;
Los ángeles la rodean
Encomendándole el alma,
La Magdalena á los pies
Cosiéndole la mortaja:
El delantal era de oro,
Y la aguja era de plata.
Las campanas de la gloria
Ya por ella repicaban:
Los cencerros del infierno
Por el mal padre doblaban.

—¿Es posible que esté usted en sus glorias oyendo semejantes simplezas y niñerías? —preguntó el Conde á la Marquesa, al verla escuchar con la sonrisa en los labios y el alma en los ojos el cuento y la conversación de los niños.

—No lo niego, — contestó ésta.—¡Cómo me gustan los niños! ¡Qué gracia tan encantadora é inimitable es la suya! Escribiré este cuento y toda esta escena cuando llegue á casa; y desafío al más fecundo escritor literario á que pueda crear semejantes cuadros é invente semejantes ocurrencias, que sólo

en los hechiceros labios de la infancia se pueden sorprender.

—No piensa usted como su amigo T..., que proclama á Herodes como el hombre más oportuno y el mejor comisario de policía que ha existido,—repuso riendo el Conde.

—Hasta en broma me disgusta semejante paradoja—respondió la Marquesa.—¡Dios santo! ¡Qué triste y lóbrego sería un mundo sin niños! Sería como un cielo sin estrellas. ¿Sabe usted que pienso que el horroroso fin del mundo se consumará por la esterilidad de las mujeres, y que será su lóbrega precursora la falta de niños en nuestro globo?

—Si es cierto el sistema de usted—exclamó riendo el Conde,—no tenemos que temer por ahora la gran catástrofe.

—¡Gracias al cielo!—contestó la Marquesa.—¡Pobres criaturas! Hasta su llanto é impertinencias son debidos á males físicos que los aquejan, ó bien á la angustia de no poder hacerse comprender. Su estado natural es la indefensa inocencia: á medida que el mundo les va inoculando la ciencia del mal, van perdiendo ese encanto inexplicable que nos seduce. Si no fuese así, ¿cómo se explicaría ese profundo y universal interés que inspiran los expósitos, que no se quejan, y que no pueden ni aun concebir su desgracia? Lo inspiran las dos cosas que más mueven

el corazón del hombre: la más pura inocencia unida al más completo desamparo. ¡Desamparo! ¿Hay en la lengua palabra más terrible? ¡Desamparo! Que es tan aterrador, que el más inflexible ateo huye de él, clamando al cielo cuando en la tierra lo halla.

—¡Padre, padre!—exclamaron en coro los niños, saliendo al encuentro de un hombre alto y de buena presencia que entró seguido de un muchacho de trece años.

—*Pae:* ya sé la *a*.

—*Pae:* mi camisita tiene el dobladillo *calao*.

—*Pae:* el niño tenía la boca *abría*, y le metí el *deo* y me tiró un *bocao*.

—Eso fué para convencerte de que tenía dientes—respondió su padre.

Y, dirigiéndose á su mujer, añadió:

—María: Nicolás ha trabajado tan bien, que el maestro le ha subido un real su salario.

—¡Gracias á Dios, gracias á Dios!—repuso su mujer.—Ea, vamos á comer.

—¡A comer, á comer!—respondió un estrepitoso coro.

En un instante estuvo la mesa puesta, y con la mayor simetría, pues en su centro se colocó el solo manjar de que se componía el festín, que era una excelente olla de coles con *carne fresca*, como llaman á la carne de cerdo.

—¿Sabe usted—dijo á la Marquesa su an-

ciano amigo—que esa olla, con su rica morcilla, está tan bien condimentada, y el placer con que la come esa buena familia prueba tanto en su favor, que da ganas de ser su convidado?

—Y sobre todo—repuso la Marquesa—no da jaqueca, como empieza á dármela el fuerte perfume de esta cueva de jazmines. Me parece, pues, que le hé convencido á usted. ¿Ha visto usted jamás, ni puede darse un cuadro de más cumplida felicidad? Mire usted esas caras en que se pinta la salud, la paz y la alegría. ¿Pide usted aún más á la felicidad de la tierra?

—Mire usted—dijo el Conde, señalando con el dedo el extremo opuesto del corral.

La Marquesa fijó la vista y vió, debajo de un emparrado donde se hallaban las pilas, tinajas y canastas de colar necesarias al lavado, á una joven lavando; y, observando con atención, vió que de cuando en cuando caía de sus ojos una lágrima sobre la ligera y resplandeciente espuma de jabón, como suele caer un desengaño sobre una ilusión.

—Muéstreme usted—continuó el Conde—un cuadro de la vida humana que no tenga un lugar para las lágrimas.

—Misita (Merceditas), hija mía, ¿no vienes?—le gritó María.—Es la tercera vez que te llamo.

La niña llamada Misita se enjugó los ojos, se quitó el delantal y fué á reunirse con el resto de su familia.

—No saben ustedes lo que les aguarda —dijo la madre, con la cara aún más animada y contenta que antes.—Esta mañana fuí á llevar la ropa á casa de la señora; acababa de llegar el capataz de la hacienda, y traía un par de cántaros de leche. «Llévate uno, me dijo la señora; aquí tienes arroz y azúcar; regala á tus hijos con arroz con leche, que no le harán fo.» Así, hijos, dad gracias á Dios y rogadle que á la señora se lo dé de gloria.

—¡Dios se lo pague! ¡Dios se lo pague!—exclamaron todos á una voz.

—¿A que suena este coro en los oídos de usted mejor que todas las decantadas melodías de Rossini, Verdi y Meyerbeer?—dijo conmovido el Conde á la Marquesa.

—¡Como todas las cosas de Dios!—respondió ésta.—Lo primero que me inculcó mi madre fué el infinito precio, la extremada dulzura de un ¡Dios se lo pague! Entonces lo comprendí, y cada día lo comprendo más. Este es el tesoro que tiene que formarse el rico para que en el gran juicio final equivalga al que presentará el pobre con sus sufrimientos; si no, mal escaparemos en el equitativo balance de merecimientos.

Cuando todas las bocas de los chiquillos, cerradas casi herméticamente por el arroz con leche, guardaron silencio, dijo la madre, dirigiéndose á la hija mayor:

—¿No comes, hija? Estás descolorida y tienes los ojos como puños, de haber llorado; te estás quitando la vida, y me la vas á quitar á mí si así te emperras. ¡Cómo ha de ser! Dios lo ha querido, y es preciso conformarse con su voluntad. Le tocó la suerte de soldado; eso, ¿quién puede remediarlo?

—El que tuviese tres mil reales para ponerle un sustituto que ha hallado, y es un soldado que se quiere reenganchar—dijo con el corazón encogido María.

—¡Tres mil reales! Vea usted... ¡como quien no dice nada!—opinó el padre.—En mi vida he visto tanto dinero junto. Los pobres no tienen que pensar en poner sustitutos, chiquilla.

—No llores, hija de mi alma, pobrecita mía, que me partes el corazón—dijo su madre.—Santiago es un buen muchacho, más noble que el oro; pero si le tocó la suerte... ¿qué le hemos de hacer? Conformidad, hija, conformidad; que es la virtud de los pobres. Si tuviera los tres mil reales, te los daría con mil amores; y ya que no puedo hacer otra cosa, toma esos cinco reales, échalos á la lotería, y si sacas, libertarás á Santiago.

—¡Y sacó!—dijo la Marquesa, saliendo de su perfumado escondite.—Misita: yo le pago el sustituto á tu novio; ofrezco proporcionarle trabajo, y me brindo á ser madrina de tus alegres bodas.

Es más fácil figurarse que pintar el pasmo, el gozo, el arrobamiento que causaron la aparición y las palabras de la Marquesa en aquella familia. Fuéronle demostradas de la manera expresiva y ruidosa propia de los andaluces; sólo Misita, silenciosa é inmóvil, no expresaba su enajenamiento y gratitud sino con sus miradas, que acompañaron á su bienhechora hasta perderla de vista.

—Ya no llorará Misita—decía á su hermano Alonso la que calaba los dobladillos, así como los secretos del corazón,—pues se va á casar.

—¿Y qué es casarse, que á toda la gente alegra?—preguntó éste á su hermana.

—¡Simplón! Casarse es ir á la iglesia, y después comer y beber muchísimo.

—¡Ya! ¡ya! ¡Pues no se han de alegrar! ¡Viva Dios! ¡Viva Dios!—exclamó Alonsillo, tirando por alto sus dos cuartos.

—¿Está usted convencido?—preguntaba, al alejarse la Marquesa al Conde.

—En parte—contestó éste.—Pase por la felicidad cumplida; pero ¿y la duradera?

—¿Piensa usted acaso que la que hemos visto puede no serlo?

—Pienso aún como antes: que todo es transitorio en este mundo; y más que nada la felicidad.

—Pues bien, incorregible pesimista, prorroguemos la decisión de nuestra apuesta hasta de aquí á un año. Pero si entonces aún subsiste esta felicidad, ¿se dará usted, en fin, por vencido?

—Entonces me daré por vencido con tanto placer como tendrá usted en proclamarse vencedora.

Al año siguiente, los dos amigos, que parecían personificar en sí la ilusión y la experiencia, no habían olvidado su apuesta; porque cada vez que la Marquesa veía á María con su contento y alegre semblante, volvía á atacar al Conde, armada de bromas y sonrisas; pero éste no arriaba su negra bandera.

Llegado el término, se valieron del mismo medio que tan bien les sirvió el año anterior para penetrar en el hogar doméstico de aquella feliz y honrada familia. Pero aquel día llegaron más tarde; ya el padre y su hijo mayor, que eran albañiles, salían para ir á su trabajo. Alonsillo, que, no sólo conocía la *a*, sino á su vecina la *b*, salía para la escuela con un tremebundo trompo. La niña mayor llevaba de la mano á Aniquilla, que iba á la amiga tan sólo para aprender á estarse quieta, y que iba haciendo pucheros; y María sa-

lía á una diligencia, llevando á remolque colgado de sus enaguas á Pacorro, que, bien ó mal, andaba ya. Santiago quedó solo con su mujer, que tenía en sus brazos un niño recién nacido.

—¡Míralo cómo se ríe! — dijo Misita á su marido, tocando con el dedo la barba del niño, y armando esa algarabía con que las madres tienen el arte de hacer reir á los niños, como en sus sueños lo hacen los ángeles.

—¡No parece sino que tiene seis meses! —dijo el padre mirando al niño.—Quédate con Dios, Mercedes.

—¿Ya te vas?

—¿Y qué he de hacer?

—Volver pronto.

—El cuidado será mío.

—Pues adiós.

—Adiós.

Santiago, que era albañil también, cogió su sombrero volviendo la cara para mirar á su mujer y al niño, y se apresuró á reunirse á su suegro.

Mercedes se puso á acariciar á su hijo con demostraciones apasionadas.

—¡Dios te bendiga, hijo de mis entrañas, —decía,—gloria de tu madre, ángel de Dios, lucero de la mañana! ¡No te cambio por el príncipe de Asturias, ni me cambio yo por la reina de España!

—¡Perdió usted la apuesta!—dijo alegremente la Marquesa dando palmadas.—Mercedes, el señor apostó conmigo á que en el mundo no había felicidad cumplida ni duradera; me habéis hecho ganar mi apuesta, y os doy gracias.

—No tuvo el señor presente—respondió la feliz Mercedes, cuyo corazón rebosaba de contento y de gratitud—que hay familias tan afortunadas, que tienen en el mundo un ángel que se encarga de hacerlas felices.

— Verdad es que no lo tuve presente, —contestó el Conde;—y este olvido punible en quien conoce á tales ángeles, justo es que lo pague con la pérdida de mi apuesta. Pero en honor de la verdad, convenga usted, Marquesa, en que este es un caso excepcional, y en que es usted el Destino de esta familia.

—No diga usted eso, no diga usted eso,—exclamó la Marquesa, poniendo su abanico de nácar sobre los labios de su anciano amigo, —que me asusta: no soy sino un débil instrumento de que se sirve la Providencia para sus altos y adorables fines. ¿Qué pueden los débiles esfuerzos humanos contra el orden de cosas que rige por disposición superior al mundo?

Iban á salir, cuando se oyó un rumor que se acercaba y crecía, y fueron detenidos en la puerta por el gentío que en ella se aglo-

meraba; entraron dos hombres, llevando una escalera de mano, y sobre ella, rotos los huesos, la cabeza destrozada, el sangriento cadáver de Santiago.

El infeliz había caído de una altura de cien pies.

—

El sentido que esta relación contiene, las consecuencias que de ella dimanan, no las preguntéis; narramos, y no comentamos el hecho. Sólo diremos, con el presbítero Gerbert, que la vida es un misterio triste, cuyo secreto no alcanza á explicar sino la Fe, que nos enseña que

COSA CUMPLIDA...
¡SÓLO EN LA OTRA VIDA!





DIALOGO SEGUNDO

EL MARINERO

Pour moi, quand le destin m'offrairait à mon choix
Le sceptre du génie ou le trône des rois,
La gloire, la beauté, les trésors, la sagesse,
Et joindrait à ces dons, l'eternelle jeunesse;
J'en jure par la mort, dans un monde pareil,
Non, je ne voudrais pas rajeunir d'un soleil!
Je ne veux pas d'un monde où tout change, où tout passe,
Où jusq'au souvenir, tout s'usse et tout s'efface!
Où tout est fugitif, périssable, incertain,
Où le jour du bonheur n'a pas de lendemain!

LAMARTINE.

No está usted alegre como otras noches,—dijo el Conde de Viana á la Marquesa de Alora al hallarla sentada tristemente á su chimenea, apoyada la mejilla en la mano.

—Cierto es—respondió la Marquesa—que esta noche se me podría ahogar con un cabello.

—Ya veo que en su ánimo, siempre despejado como el cielo andaluz, hay nubes esta noche. Vamos á ver: ¿qué tiene usted? Cuénteme usted lo que inclina esa frente siempre levantada, pues la vida no le ha

puesto todavía una arruga, ni más peso que una corona de flores.

—Pues ahora están marchitas. Estoy mustia; habráme puesto así el día de hoy con su viento que gime y sus nubes que lloran. Así como en la naturaleza se interponen á veces las nubes entre la tierra y el firmamento, cubriendo á la primera de sombras, así se interponen también sentimientos é ideas, sombríos y angustiosos, entre el cielo y el alma.

—Otras veces he oído á usted celebrar un temporal como un bello espectáculo. Decía usted que había vida y movimiento en una tempestad; que es ésta un beneficio para la naturaleza, como lo es para la organización humana un baño oriental con sus fuertes fricciones, porque al mismo tiempo que da frescura á la sangre, da elasticidad á los miembros y vigor á la circulación. Sacaba usted con placer citas de los *Estudios de la naturaleza* de Bernardino Saint-Pierre, que tan bien demuestra el beneficio de los temporales.

—No lo niego; pero ¿quién es el necio que sostiene que todos los días pensará lo mismo, ni el hombre autómata que se jacta de sentir siempre de un mismo modo? ¿Nada influirá la experiencia en lo que piensa? Además, días hay en que las nubes no tienen formas,

fisonomía ni movimiento, y en que se apiñan como un enjambre compacto, que pasa sin que se note su marcha. Parecen las nubes entonces, no aves airosas y ligeras, ni velos diáfanos, ni vaporosas hijas del aire, ni trasparentes tejidos de agua y sol, sino una uniforme masa de plomo que amenaza desplomarse sobre nuestras cabezas. Habla Dumas de la *imponente majestad de las cosas inmóviles*, y se olvidó de añadir que esa majestad es la de la muerte.

—¿Con que la misma causa que alegró ayer su ánimo de usted lo entristece hoy?

—Y aunque eso fuese... ¿qué remedio?

—Sujetar las impresiones; lo que es preciso, si no han de hacerse nuestros verdugos.

—¿Y de qué medio valerse?

—De la voluntad.

—¡Poca es su fuerza contra ellas!

—No tal: la voluntad es el todo. Es á un tiempo motor y timón; impulsa y rige.

—¡Con que á veces no basta á dirigir la acción... y piensa usted que alcance á guiar el pensamiento!

—Es un dique.

—Un dique sujeta las corrientes, pero no las impide afluir.

—Es un freno.

—Se enfrena una fiera, pero no se enfrena una nube.

—No es exacta esta comparación, amiga.

—Todas las comparaciones pueden ser atacadas y controvertidas.

—No, cuando son exactas. Una hay que hago con frecuencia, que nadie ataca ni contradice.

—¿Y cuál es esa comparación privilegiada?

—La que suelo hacer de usted con un ángel.

—Gracias, mi querido y buen amigo. Estoy lejos de rechazar los cumplidos, no por merecerlos, sino porque, á fuer de mujer, los creo un incienso suave, elegante y fino para perfumar la culta esfera en que ella preside. El áspero, amargo y hostil espíritu de la época los va desterrando del trato y condenándolos al ridículo, porque no existen ya la benevolencia, el agrado, la cordialidad que los inspiraban, ni la galantería y urbanidad que los hacían brotar de los labios. Llámanse hoy día *lisonjas:* claro es que lo son, porque ninguno es ya sincero! Ahora son sólo ecos fríos y débiles de lo que en otros tiempos eran voces del corazón!

—¡Por supuesto, por supuesto!—exclamó el Conde.—Y eso que es usted demasiado joven para graduar, como yo lo hago, el cambio que la invasión de las malditas ideas políticas y los trastornos que de ellas dimanan

han introducido en el trato, que es á tal punto, que los jóvenes del día creen, con un candor y una buena fe admirables, la reverencia inseparable atributo de las pelucas empolvadas; así como á la galantería caballeresca, un accesorio de las capas y espadas. El giro que esto ha dado á la sociedad es ya un *hecho consumado* (frase moderna); rige y reina, á punto de que muchos, aun pensando como yo, obran bajo su influencia.

—Severo está usted, Conde.

—No, no soy sino justo. Se ven, sí, gentes *obsequiosas*, pero gentes *atentas* no se hallan ya. Los obsequios son las resplandecientes llamaradas de un fuego de sarmientos; la atención es la grave y perenne luz de la lámpara que arde en perpetua señal de culto y de respeto. El respeto, que es el primer deber que tenemos los unos hacia los otros, tiene por atributo esa sostenida atención, casi desconocida hoy; atención que es obligatoria, muy particularmente en el superior hacia el inferior. Si éste falta á la debida atención en sus relaciones con una persona que le sea superior en edad, saber, posición ó categoría, pasará por grosero y mal educado á los ojos de las personas sensatas. Pero si, por el contrario, el superior falta al inferior, pasará por desdeñoso, y esto es peor, porque el desdén es un vicio del corazón.

Una desatención en un inferior á un superior *ofende;* una desatención en un superior á un inferior, *hiere.*

—Abundo en sus ideas, Conde,—repuso la Marquesa,—que son tradicionales en mi familia, y pienso que para hacer á la sociedad culta, digna y amena, debería cada cual tratar al superior con deferencia, al inferior con deferencia y cariños, con franqueza sólo á sus amigos, con familiaridad á nadie.

—Déjeme usted añadir—dijo el Conde—que á las damas se las debería tratar con tan respetuosa galantería, con obsequiosidad tan sostenida y sumisa, con culto tan apasionado, como es natural que nos lo infunda la reunión de los sentimientos debidos al ser benéfico que es en la infancia nuestra madre, en la juventud nuestro ídolo, en la edad madura nuestro cirineo, en la vejez nuestro angel custodio; ser que mira nuestras más graves faltas como culpas veniales, y que consagra toda su existencia á tres profundos amores de que somos nosotros el objeto. Pero ¡cuánto nos hemos apartado del punto de partida de nuestra conversación! Yo quiero saber lo que preocupa á usted; algo es, pues no se escapa ningún sentimiento de su transparente corazón á los ojos de padre con que observo á usted aún más que la mi-

ro, aunque ambas cosas son igualmente gratas, porque es tan bella su alma como lo es su rostro. No mire usted tan abstraída y con tanta fijeza la llama; su móvil brillo acorta la vista.

—Cuando la tenga gastada me serviré de gafas,—contestó la Marquesa.—¡Así tuviesen todas las cosas remedio como lo tiene la debilidad de ese órgano!

—Voy cogiendo el hilo de lo que saber deseo. Algo triste, *que no tiene remedio*, agobia y desalienta á usted. Si lo tuviese, ya lo estaría usted buscando ó coordinando los medios de alcanzarlo; no estaría usted decaída, sino excitada.

—Ha acertado usted, Conde. Ese terrible *¡no hay remedio!* que he oído hoy de boca de un facultativo, es lo que me oprime el corazón como una losa sepulcral. Mercedes está loca, y para su locura *no hay remedio!* Y esto es lo que me desconsuela. Lo más triste para mí, sea cual fuere lo que la origina, sea escrúpulo, delicadeza ó agüero, es que un sentimiento de amarga reconvención susurra en mi conciencia, como si me echase en cara el haber destruído la felicidad de esa buena familia queriéndola ostentar. Como en la fábula de Psiquis, una gota de la indiscreta tea que alumbró la oscuridad en que se complacía el dios, desvaneció el encanto.

—El agüero, así como la comparación, son paganos,—observóel Conde.—Dios nada hace oculto: la verdad y la claridad son del cielo; la mentira y las tinieblas son terrenas. El gozarse y contribuir á la felicidad de otros, que es lo que hizo usted, es cosa tan bella, que ha sido el móvil que ha tenido Dios para criar al hombre. No se aflija usted, pues,—añadió el Conde al ver caer por las mejillas de su amiga lágrimas más bellas que los brillantes, porque eran estas lágrimas de compasión.—Hoy me toca á mí ver las cosas en mejor luz que mi reina de la sonrisa. Vamos á ver: ¿acaso cree usted que padezcan mucho los locos? ¿No podrá ser que Dios envíe la locura á un insoportable infortunio como una gran distracción?

—¡Oh! No, no. ¡Raro es el loco que olvida la causa de su locura! ¡Lo que sí se pierde es el consuelo, que es obra del tiempo, y que él nos impone á pesar de nuestra voluntad, la que respeta al dolor y quisiera conservarlo íntegro como un holocausto! Y aquí tiene usted, amigo mío, otra nueva impotencia de la voluntad, que se estrella contra la inercia como contra la vehemencia del sentir. Pierde la locura el consuelo de la reflexión, que calma, y el de la simpatía ajena, que suaviza el dolor. ¡Ah! ¡La locura es una pesadilla de la que no se despierta!

—Eso podrá ser cuando la locura es triste.

—Casi todas lo son, pues casi todas son originadas por una desgracia.

—Pero que á veces dejaron de sentir aquellos á quienes aconteció; borróseles al perder la memoria, que es la potencia que archiva. Así es que veréis muchos locos alegres: uno se cree Preste Juan; otro, rey; éste, poeta; aquél, inventor; tal otro, hombre eminente sin contradicción ni desengaño.

—De estas últimas clases hay muchos *idem ídem* por el mundo que pasan por cuerdos, —dijo con una media sonrisa la Marquesa.—Pero la mayor parte son misántropos; sufren, y lloran, y se enfurecen. ¡Nunca olvidaré el día que me llevaron á ver la casa de locos! Raro entretenimiento por cierto, que más que esto puede llamarse profanación. ¡Qué escandaloso abuso el otorgar tales chocantes exhibiciones! ¡Hacer un espectáculo bufón de la mayor de las miserias humanas! Subleva el corazón el que sea objeto de mofa y de risa un ente nuestro hermano, en el que una voluntad superior apagó la luz de la inteligencia, para probar al filósofo que ensalza al hombre nuestra miseria, puesto que la falta de uno de sus dones lo rebaja más allá del bruto. Es esto perder todo respeto á la desgracia, todo el

decoro debido á la humanidad. Las plumas y las galas haraposas de las locas me parecían más fúnebres que lo son las austeras mortajas. La locura es más triste que la muerte; para la muerte de los que amamos hay la fe, que espera la bienaventuranza, y el sufragio, que la anticipa.

—Los sufragios son—dijo el Conde—la gran prerrogativa de nuestra santa fe católica. Hay en el alma del hombre dos grandes necesidades. La una es la de adorar á un Dios: ésta la vemos demostrada en que los desgraciados que no conocen al Dios verdadero, generaciones perdidas por la apostasía de sus progenitores, se fabrican ídolos. La segunda necesidad es el rogar por las almas de los muertos, patentizada por los sufragios, preces ó sacrificios hechos por los infelices en favor de toda persona de su cariño ó de su veneración que muere. Ahora bien: sin creer en nuestro purgatorio católico, ¿á qué esos cultos, esas preces, esas oraciones al Eterno? ¿No es una anomalía, un contrasentido en los que afirman enfáticamente que sufre bastante el hombre en la tierra, y que la muerte es un descanso lo mismo para el bueno que para el malo, lo mismo para Nerón que para San Vicente de Paúl, para Mesalina que para Santa Cecilia? Hay protestantes religiosos que piensan que, según

sus obras, unos serán condenados y otros salvados, sin creer en un estado transitorio. Pero entonces, ¿á qué esas preces? ¿A qué arrodillarse en los sepulcros? Si el condenado puede ser redimido, hay purgatorio de hecho. Si lo negáis, ¿qué significan esos aparatos? ¿Es acaso adoración, ó culto personal á los huesos corrompidos ya? ¿Es ostentación de recuerdo? Ambas cosas serían tan poco graves como poco religiosas. En los sufragios se pide á Dios la remisión del pecador que expiando está. Sin esto, toda demostración funeraria religiosa es un simulacro, puesto que sin favor no hay empeño; y este favor que se pide es la gracia del pecador. Ahora bien: sin castigo no hay perdón; sin condena no hay indulto; sin destierro no hay amnistía. Sé que choca á los hombres sin fe, de ideas mezquinas y deslabazados sentimientos, la palabra *purgatorio*, por dos razones. La primera es porque les parece una voz *vulgar*, y que está en la boca del pueblo y de los frailes de misa y olla. ¡Dios mío! ¿No lo están igualmente la de Gloria, la de Misericordia, la de Dios, y todas las que expresan cosas sagradas? ¿Queréis, señores, que se haga un vocabulario de las cosas santas para el pueblo, y otro para vuestros remilgados labios? La otra razón es la grotesca forma que algunos sencillos

pintores de brocha gorda dieron á sus retablos de ánimas. ¡Qué tal será la sensatez del entendimiento, qué tal la elevación del alma, qué tal la gravedad de la reflexión, y qué tal el peso del juicio de los hombres en cuya creencia pueda esto influir! ¡Grima me da hablar de esto, Marquesa! Volvamos á su imprudente visita á la casa de locos.

—Lo que más impresión me causó—prosiguió la Marquesa cuando el Conde terminó su digresión—fué el ver en uno de los calabozos á un joven de tan tranquilo y triste continente, que no pude menos de preguntar á uno de los loqueros por qué tenía á aquel pobre joven tan severamente guardado y encadenado á su tarima; me contestó que cuando le acometía el frenesí, nadie podía sujetarlo; quería entonces arrojarse desatentado hacia un lugar que buscaba sin descanso, mientras clamaba con honda y lúgubre voz: «¡Rafael! ¡Rafael!» Este nombre era la única voz que exhalaba su ahogado pecho; voz con que parecía asombrarse á sí mismo. Y lo extraño es que Rafael era su propio nombre. Tenía esa palidez lívida aneja á su mal, que es tal, que haría pensar que el corazón no calienta ya la sangre que por él pasa; no ardían desencajados sus oscuros ojos, sino que parecían las negras bra-

sas de un fuego que ha dejado de arder. Doloroso era el ver el estrago que había hecho el sufrimiento en aquella juvenil y bella naturaleza. Fra de clase humilde, que es en la que más frecuentemente se halla y más se caracteriza el bello tipo español. No puedo expresar la compasión que me inspiraba aquella criatura en la flor de su edad; aquel joven tan triste y tan manso, encadenado como un facineroso, separado de la sociedad como un pestilente. Me llamaron, y me alejé con las personas que me habían acompañado. Pero poco después hubo de darle al infeliz su parasismo, porque en la dirección de su calabozo llegó á mis oídos una voz plañidera que repetía á intervalos lúgubremente: «¡Rafael! ¡Rafael!» La impresión que me produjo esta imprudente visita á la casa de locos duró mucho tiempo, y me inspiró un profundo terror hacia ese terrible padecer moral, hacia ese tremendo estado en que el individuo parece muerto, y sobrevivirle la materia con jirones de ideas, extravío de sensaciones, y con un solo recuerdo permanente, como un fantasma en la noche. Rogaba á Dios acelerase el influjo del tiempo, para que, como en los árboles repone con hojas verdes y lozanas las que heló el cierzo ó marchitó el estío, reemplazase en mi ánimo aquella impresión amarga como una hoja

de ajenjo, con otra suave como una hoja de malva. Pero la voz «¡Rafael!» sonaba siempre en mis oídos como preñada de un fatal misterio, como empapada en lágrimas, como la expresión de una terrible congoja.

—¿Y no ha averiguado usted la causa de la locura de ese hombre?—preguntó el Conde.

—No, y me alegro. Ya que sin saberla me afectó esa locura tan tétrica, ¡cuál no hubiera sido el efecto que me habría causado si hubiese averiguado su causa!

—Hubiera sido menos—opinó el Conde—como es menos el de las cosas positivas que el de las indeterminadas; el de las palpables que el de las vagas; el de lo sabido que el de lo oculto, que es negro como la noche, y espanta por la misma causa. Lo efectivo para; pero lo misterioso echa á volar la fantasía, y ya sabe usted que su vuelo, sobre todo en la esfera del horror, es inmensurable. Una casualidad hace que pueda referir á usted el suceso que fué el origen de la locura de ese mismo Rafael, que en adelante le aparecerá como un desgraciado digno de profunda lástima, pero no ya como un misterioso tipo de horror.

—Me va usted á dar un mal rato—exclamó la Marquesa.

—Puede ser. Pero le evitaré á usted, con algunas lágrimas de compasión que tan bien

sientan á sus dulces ojos, los muchos estremecimientos de pavor que le causa el recuerdo de este infeliz. Háganse manuables los infortunios, para que paguemos en socorros ó en lágrimas el obligatorio tributo á las desgracias ajenas, y no los envolvamos en los negros velos del misterio, en los que nos espantan, alejan y se hacen inaccesibles. Sabe usted que el año pasado estuve una temporada en Sanlúcar de Barrameda para restablecer mi salud á beneficio de aquellas aguas tan dulces y tan delgadas. Frente de la casa en que me alojé vivía una anciana, á quien mi patrona conocía y graduaba por la mujer más feliz del mundo, y en realidad lo era. Tenía dos hijos, ó mejor diré, dos amantes, pues jamás conocí modelos más cumplidos de amor de hijos. Ninguno quería casarse mientras viviese su madre, y cuando los embromaban con novias, respondían alegres que *estaban casados, y con la misma mujer, sin tener celos*. Eran pescadores, y cuanto ganaban se lo daban á su madre, asegurándole siempre que se les hacía el trabajo muy dulce, con el fin de que á ella nada le faltase en su ancianidad. Puede usted graduar la intensidad del cariño de esta buena mujer á sus hijos, si une en el corazón de una mujer el más entrañable amor de madre á la más tierna gratitud.

—¡Cuánto padecería la pobre cuando se embarcaban sus hijos!—observó la Marquesa, á quien Dios había dado, en compensación de sus felicidades, una exagerada aptitud á la compasión.

—Tiene usted—repuso el Conde sonriendo—el corazón *en carne viva;* perdóneme lo vulgar de la imagen en favor de su exactitud. He dicho á usted ya varias veces que suele sentir los males ajenos más de lo que los sienten los mismos interesados, y con eso se hace usted mal sin hacerles bien. La costumbre familiariza con todo, hasta con los peligros; así era que aquella madre no se apuraba por ver á sus hijos pasar casi toda su vida entre los vientos y las olas, que les eran familiares.

—¡Conde, conde, he visto la mar! ¡Sí, he visto ese indomable atleta, ese enemigo encarnizado de la tierra, que la azota sin cesar, con los mismos bríos y la misma violencia, al que la marea agita y el viento embravece; que, rencorosa de lejanas luchas, trae á veces sus bramantes y espumosas olas contra las tranquilas playas, sin que la aplaquen ni el sonreir del cielo, ni la suavidad de las auras, ni las flores de la tierra! ¡Sí, sí, amigo mío, he visto con terror aquel elemento inmenso, y á los pobres pescadores surcarlo sobre sus frágiles faluchos; pues frágil es cuanta embarcación construya el

hombre, en comparación de ese móvil abismo; frágiles serían aun las islas que son reinos, si flotantes anduviesen y no les hubiese dado el Criador de cielos y tierra un punto de apoyo que desafía las iras y el poder de esa fiera tan inflexible en su fuerza, tan constante en sus intentos, tan loca y descompuesta en sus caprichos, tan profunda é inexorable en sus furias! Pagarse debería á peso de oro cada pez que cubre la mesa del hombre, pues vale la exposición de la vida de esos intrépidos marineros, á quienes no atemorizan peligros, á quienes no desalientan trabajos, á quienes no rinden fatigas. ¿Y quiere usted que no compadezca á la madre de los que luchan con la mar?

—Tenga usted presente, Marquesa, que en sus faluchos duermen como niños en sus cunas, y que en ellos cantan como pájaros en sus jaulas. En los pueblos, que son nidos de aquellos alciones, no acongojan los vendavales, ni se presentan vivos á los ánimos, como usted lo ve, los riesgos que puedan correr los que aman. Corren tantos... de tantos escapan, que se hace costumbre el saber que están expuestos, y la costumbre en el hombre es tal, que deslabaza hasta la exuberante y agitada sensación del temor, como una constante corriente de agua allana el escabroso terreno por donde de continuo pasa. Suelen

volver de la pesca *las gentes de la mar* á la caída de la tarde; van en seguida á sus casas, en las que descansan hasta la hora que la marea señala para volver á embarcarse y estar en alta mar al rayar el día, que es cuando echan la red. Así pues, unas veces á las doce, ó la una, ó las dos, siempre en las altas horas de la noche, despiertan á los dormidos pescadores; sucede esto, ó bien tocando un gran caracol marino, ó bien llamándolos á gran distancia por sus nombres.

—Recuerdo esto vivamente—dijo la Marquesa;—el sonido de ese caracol es uno de los más tristes y lúgubres que he oído en m vida: nada expresa mejor la alarma, ni despierta más clara la idea del desamparo. También tengo presentes aquellas llamadas, aque llos nombres lenta y fuertemente lanzado en la noche, cuya última sílaba, sostenid hasta que expira el aliento en el pecho qu los lanza, y que hace vibrar el viento en su ondulaciones, es tanto más melancólica é in funde una impresión tanto más desasosegad y triste, cuanto que á ella se agrega la ide de que los llamados van á exponer sus vida ¡Qué de veces me despertó aquel triste y le jano grito, que se hermanaba tan bien co los gemidos del viento que los traía! ¡Cóm crecía y se iba desvaneciendo aquella v por el espacio!

—No puedo, ni quiero negar, amiga mía —prosiguió el Conde,—que parte de lo que usted siente tan vivamente lo he sentido yo también. Aunque los años, que son cada uno un calmante, me han traído al bienaventurado estado de madurez que nos hace semejantes á una planta que ha secado el tiempo, concentrando su ternura y debilitando su perfume, alguna vez la imaginación, esa facultad creadora que nunca descansa—pues aun estando las demás facultades inertes cuando duerme el hombre, ella crea sueños y, al despertar, aún reina absoluta,— en este estado duerme-vela, cuando oía la voz quellamaba á *Rafael*—que estenombre tenía el hijo mayor de mi vecina,—la activa imaginación me presentaba esa voz, ya como un llamamiento, ya como una amonestación, ya como una amenaza. ¿Era aquella voz la de un hombre, la de la mar, ó la de su destino? Pero los dos hermanos, jóvenes y animosos, no oían en ella sino la del deber, y poniéndose en pie de un salto, se calaban el gorro de marinero, acudían al falucho, y poniendo la proa á la mar, como el valiente que muestra la cara al enemigo, se lanzaban denodados á los azares, los unos cantando, los otros durmiendo.

Una noche salieron las parejas—que así se llama á las embarcaciones de la pesca, por-

que van aparejadas de dos en dos,—á pesar de estar ésta negra, triste y lóbrega; el cielo se había cubierto la faz y escondido sus estrellas; la mar henchía sus olas como un pecho que se alza bajo la emoción de una ira que busca desahogo; sólo el viento faltaba en aquel estado amenazador de la naturaleza, como suele faltar la palabra en un parasismo de furor.

Pero cuando estuvieron las parejas en alta mar, saltó de repente con la violencia del huracán. El barco en que iban los dos hermanos había sido sorprendido por aquella terrible bocanada de viento; los marineros se apresuraron á echar mano á la maniobra que aquellas circunstancias exigían.

—Miguel, coge los rizos á esta vela mientras yo arrío el foque,—dijo Rafael á su hermano, que se puso en seguida á ejecutar lo mandado, mientras Rafael, con los vigorosos, ágiles y seguros saltos, propios de los marineros, se dirigía hacia la proa del barco.

Una nueva y tremenda ráfaga de viento dobló en aquel instante el mastelero, tronchándole, uniéndose al estrépito que causó su caída el zumbido del huracán, el bramido que lanzan las olas al reventar, el silbido de las jarcias, el crujido de las maderas y los zapatazos de la vela que se desprendía de su

amarra. Un momento de calma siguió á este desencadenamiento del temporal; uno de silencio á aquel terrible estruendo!..

¡Rafael!—gritó una voz que salió de entre las olas.

—¡María Santísima! ¡Un hombre al agua! —fué el unánime, sordo y consternado grito de la tripulación.

—¡Rafael!—sonó la voz más lejana y más angustiosa.

—¡Mi hermano es!—gritó Rafael.—¡Socorro! ¡socorro! ¡Tirad cabos, que es buen nadador! ¡Patrón, allá la proa! ¡Por aquí, por aquí!

—¡Rafael!—volvió á sonar la voz entre los mugidos del viento, que volvía á arreciar.

—¡Vire usted, vire, patrón, que la voz suena á la izquierda! ¡Aquí los cabos!... ¡Echen tablas, echen los remos... por todos lados... al acaso, pues tan oscuro está que los dedos de la mano no se ven!

—¡Rafael!

—¡Patrón, á la derecha, que esa ola se le lleva! ¡A él, á él, compañeros, que se ahoga, que se ahoga!

—¡Rafael!—sonó más lejos y más débil la plañidera voz.

—¡Atrás, patrón, atrás, que lo hemos adelantado, pues el viento nos lleva en sus alas!

¡Virad, compañeros! ¡Por todos los santos del cielo, virad!

Tres cuartos de hora duró esta aterradora escena, en la que la oscuridad, la violencia de la tempestad y el empuje irresistible de las olas hicieron imposible salvar al buen nadador, que todo este tiempo batalló contra la muerte. Durante tres cuartos de hora llegó clara y distinta al oído de Rafael la voz de su hermano, que de él imploraba la salvación. Tres cuartos de hora duró aquella tremenda lucha entre los elementos embravecidos y los esfuerzos de los hombres, á quienes hacía heroicos la caridad! Tres cuartos de hora agonizaron el un hermano entre el desamparo y el socorro, entre la muerte y la vida, y el otro... entre la esperanza y la desesperación!

Pasado este término, la voz había dejado de oirse; la mar tragaba su presa sin dejar de bramar, cual si pidiese otra; el viento gemía como gime cuando viene del mar recogiendo los clamores de agonía de los náufragos. Rafael había caído como una masa inerte sobre las tablas de la cubierta; los demás, con aquel espontáneo é innato respeto que en el momento supremo de la muerte impele al alma en pos de aquella que se desprende de la vida, descubrían sus cabezas y rezaban el Credo.

Al siguiente día, aquella anciana, tan feliz la víspera, había perdido á uno de sus hijos ahogado, y tenía al otro loco en su casa.

—¿Con que ese infeliz es mi loco?—exclamó profundamente conmovida la Marquesa.

—Sí, señora; ese es el que siempre oye la voz de su hermano y quiere precipitarse en su auxilio.

—¿Y la madre?—tornó á preguntar con tremula voz la Marquesa.

—¡Vive!

—¿Vive?.. ¡Infeliz!.. Dígame usted, Conde, ¿podrá aliviarse su miserable existencia? ¿Podría yo hacer algo que á esto contribuyese?

—Nada, Marquesa. Una sola cosa le era necesaria.

—¿Cuál, Conde, cuál? Dígala usted.

—No puede usted dársela, señora; pero Dios se la dió, que es el que dársela podía.

—¿Y cuál es?

—La resignación cristiana, señora; sólo á ella debe el no estar muerta como el uno de sus hijos ó loca como el otro.

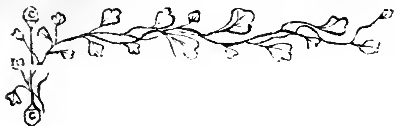
—¡Jesús! —exclamó la Marquesa. —Esa mujer es una heroína... digo mal, es una santa. ¿Cómo ha merecido tan inaudito infortunio, mientras otros..? Pero ¿cómo comprender las cosas de la tierra sin creer en las del cielo? ¿Cómo explicarse el confuso

enigma, el terrible logogrifo que se mueve á nuestros pies en el polvo sin apàrtar la vista de la tierra y alzarla al cielo?

—En donde,—añadió el Conde,—para el que sabe leer su lenguaje, han escrito la solución del enigma las estrellas entre letras de luz, y es:

Cosa cumplida...
sólo en la otra vida.





DIALOGO TERCERO

EL SOCHANTRE DE LUGAR

> Cuanto he dicho no es *consejo:* es *empeño* en hacerle á usted volver a sus niños, á sus flores, á sus altares y á sus *lágrimas* puras.
>
> *(Carta escrita al autor.)*

> No es un idilio, no es una bucólica, no ostenta versos ni términos refinados; es una sencilla pintura en lisa prosa.
>
> El Autor.

Era la hora que tan bien define la poética denominación de *la caída de la tarde.* Efectivamente: caía una de estas hermosas hijas del mes de Julio para no volverse á levantar. El crepúsculo empezaba á encender una á una las luces que forman el brillante alumbrado del cielo; los piadosos lagartos bajaban tímidamente por las paredes á besar la tierra; del sol no quedaba sino un recuerdo de color de rosa entre los celajes. Las flores, dueñas pródigas del tesoro de un día, lo echaban al viento en loca profusión, y desde la cumbre de un ma-

jestuoso laurel, perpetuamente verde como la gloria que simboliza, repetía el mochuelo su triste ¡ay! que no confía al alegre día.

En el ángulo de un antejardín enlosado á la moruna, alternativamente con rojos ladrillos y abigarrados azulejos, delante de un saltadero que desde el suelo se alzaba brillante; pero que, al perder su ímpetu doblaba su débil cabeza, y recaía rendido y deshecho, colgaba una hamaca de blanco algodón, en la que estaba medio recostada la Marquesa de Alora. Cubríala un ligero vestido de tafetán gris, cayendo como un ancho velo hasta el suelo, en el que apoyaba la Marquesa la punta de su fino pie para mantener con un ligero impulso el suave balanceo de la hamaca.

—Parece usted una sílfide de nuestras floridas Antillas — le dijo el Conde de Viana, que, sentado cerca de un naranjo, bebía lentamente un vaso de agua en que mojaba un *panal* de limón (1).

—Para que sea exacto vuestro simil, me falta el cigarro — contestó riendo la Marquesa.

—¿Quiere usted que se lo ofrezca?

—Sí—respondió la alegre señora;—sobre mi mesa de labor hallará usted los que gasto.

(1) Un azucarillo ó esponjado.

El Conde entró en la salita en donde recibía de diario la Marquesa, y volvió con una barrita de alfeñique, que le presentó. La Marquesa la tomó, y poniéndola entre las sartas de perlas, blancas como aquel confite, que adornaban su boca, dijo:

—Soy golosa; tengo todos los defectos de los niños.

—Y sus gracias y buenas cualidades también—repuso el Conde.

—Y usted la mala de mirarme como á ellos.

—No lo niego—dijo el Conde.—Sabe usted que mi máxima es que todos los niños deben ser mimados. Creo dañosísimas esas educaciones anticipadas que hacen de los niños caricaturas en su moral, como las levitas y los corsés lo hacen en lo físico. Cuando un niño me dice: «Beso á usted la mano», «¿Cómo está usted?», me hace al oído el efecto de un loro, y á los ojos el de un enano. Mientras son niños, sólo una cosa hay que conservarles: la inocencia; sólo una que enseñarles: el rezar.

—¡Qué horror, Conde! Proclamo á usted el más espantoso retrógrado. Esa es educación de convento.

—Nada de duro, nada de hostil para esas tiernas naturalezas—prosiguió el Conde,—que contrariándolas, sólo se consigue agriar.

Nada que pueda prolongar en sus ánimos la irritación, que así sube al grado de cólera. Nada de poner en lucha abierta la voluntad de un niño con la de su superior; porque el niño no conoce aún su inferioridad, y sólo ve en los mayores el despotismo. No pretendo por esto que se les deba ceder, lo que es otro mal; pues de esta suerte se engríen en el mal principio de la imposible libertad individual, y se hacen voluntariosos. Así, para imposibilitar sus caprichos, y para quebrarles la voluntad sin acudir á la persuasión ni valerse de la razón, que aún no tienen ni conocen, se debe únicamente acudir á la distracción, que es tan fácil de promover en las criaturas. Este es el medio que se debe adoptar para apartarlos de todo asomo de malas pasiones, lográndose así que su nociva impresión pase sin dejar huellas como una sombra. ¡Qué buenos resultados se notarían si se siguiese este sistema!

—Soy de la misma opinión—dijo la Marquesa. — La ciencia del bien y del mal, cuanto más tarde se aprenda es mejor. Hágase á los niños dulce y fácil la buena senda, para que no la abandonen.

En este momento cayó al suelo una carta, de dos que tenía la Marquesa en su falda. El Conde la recogió, y dijo:

—Esta es una de las muchas misivas que

recibe usted; pide limosna por todos sus poros.

—Se equivoca usted, Conde,—repuso la Marquesa;—esta carta no pide nada. Aunque escrita por persona humilde, en papel basto, en tosca letra, es, á pesar de eso, una carta tan sentida, expresa tan bellos y tan altos pensamientos, que podría servir de modelo en circunstancias análogas á muchas escritas en papel de dorado canto, con fina letra, con sello de armas ó divisa.

—¿Y de dónde viene dirigida esa carta-modelo? ¿Qué madame de Sevigné la ha escrito?—preguntó el Conde.

—No la ha escrito ninguna marquesa encumbrada, ni viene fechada de ninguna corte; la ha escrito una pobre mujer de un sochantre, y viene del oscuro lugar de Valdepaz.

—Si esa epístola es de aquella Arcadia, ya no extraño que la llene á usted de entusiasmo; pues ya sé de atrás que ha hecho usted de aquel villorrio tan feo, su edén. ¡Hacer su edén de aquel rincón!

—Lo feo y lo hermoso, amigo mío, son cosas convencionales. Los rincones feos están para mí en nuestras pestíferas ciudades; pero en el campo de Dios no hallo rincón feo, ninguno que no alegre la hermosa y resplandeciente bóveda que lo cobija, que no enga-

lanen las plantas que lo cubren, que no animen miles de animales y de insectos, todos llenos de vida, todos curiosos á la observación. Así, en esta carta, si bien no es de una Arcadia, ni de un edén, es de un alegre, tranquilo y pacífico lugar.

—¿Me permite usted que la lea?

—Prefiero que no lo exija usted.

—¿Y por qué?

—Porque mirada como *misiva de Arcadia* no llenaría á usted, puesto que no es un idilio, no es una bucólica, no ostenta versos ni términos refinados; es una humilde y cristiana carta en prosa vulgar.

—Pues ya se ve que así lo entiendo, marquesa; cuanto decía era en tono de chanza.

—¡Ah, conde!—exclamó la marquesa.—¡No sabe usted bien cuál es la impresión que dejan en el ánimo expansivo la sonrisa sarcástica, la expresión de ironía, que cae sobre un desahogo de nuestro corazón como una escarcha sobre una flor! El sarcasmo y la ironía son armas cuyo uso es tan fácil, que no parece sino que mientras más basta y más torpe es la mano, mejor las maneja. Ellos son los que quitan todo su encanto á las cosas más elevadas y más delicadas, pasando sobre ellas como un viento pernicioso y helado sobre los renuevos de las hojas á las cuales mata en su germen. ¿Sabe usted que he visto jó-

venes de corazón ardiente, de imaginación florida, con un alma en que brillaban la fe, la esperanza y la caridad, trocados por ellos en unos ridículos escépticos, sin fe ni ley, repeliendo de sí, como el humo de un cigarro, cuanto sagrado, ascético y delicado existe?.. ¡Pobres hojas que murieron en su germen! ¡Pobres flores que ajó la escarcha! ¡Pobre juventud raquítica que muere sin desarrollarse!

—Y esa transformación, ¿cree usted de buena fe que la puedan motivar unas rutineras chanzas?

—Sí, conde, sí; porque un joven se hace así cuando pierde las ilusiones de la vida: no las ilusiones como se entienden hoy día, que es cifrándolas en empleos, en dinero y en figurar en la escena del mundo; sino las ilusiones tales como son, esto es, las que forman el prestigio con que la juventud mira la vida, los hombres y las cosas; y este prestigio lo destruyen el sarcasmo y la ironía en las almas débiles que no se elevan inmutables por cima del alcance de sus tiros. No son, no, ni los vicios ni las maldades los que despojan de su virginidad á las ilusiones de la vida, que con ellos no se rozan; es la *vulgaridad presumida*, para la cual el sarcasmo y la ironía son el gran ariete con que destruye el sentimiento, débil adversario que no tiene armas

con que defenderse, ni más fortaleza que el corazón en donde se replega, si no muere en la lucha. Así es que el poeta de corazón tiene siempre que llorar el paraíso perdido.

—¡Y á mí me dice usted eso, marquesa! ¡A mí, que en usted amo sus ilusiones, como amo el perfume en la flor! ¡A mí, que admiro ese prisma, único en su género, con que todo lo mira usted! ¡A mí, que, lejos de vituperarlo, proclamo á usted, por ser bello y raro privilegio, poeta, *poetísima!*

—¿Y cómo me lo dice usted? ¿Es con el tono desdeñoso que se emplea cuando lo que origina ese epíteto se quiere condenar al ridículo, ó en el que se adopta cuando esa palabra *poeta* se aplica para calificar aquella facultad divina que tiene el hombre para elevar, ennoblecer, vivificar, alegrar, dulcificar, embellecer y realzar cuanto le rodea? ¿Es reconociendo en la poesía ese amor, esa simpatía universal que comunica, digámoslo así, las pulsaciones de nuestro propio corazón al orbe entero, y aun á lo inanimado, y que así todo lo sabe, todo lo adivina, como el gran Shakespeare, el más cumplido tipo del poeta?

—No miro yo así la poesía, amiga mía; para comprenderla como usted es menester ser poeta uno mismo. A la verdad, señora, la miro como un estado de la mente sobrex-

citada, y así, creo que cuando la poesía se mezcla en la vida real, es una mala ama de llaves. No soy enemigo, por cierto, de las Musas; pero no me gustan que bajen del Parnaso. Lo novelesco es en la vida el veneno más sutil; y no será usted—usted, mujer tan sensata — quien pueda aprobarlo ni defenderlo. Diré más: una mujer como usted se debe á sí misma el condenarlo en la práctica, siendo un contrasentido que se haga patrocinadora de novelerías y *romanesquerías* una mujer á quien yo tacharía de ser fría y exageradamente austera en ciertas materias, si en ellas no fuese la austeridad, no la frialdad, sino el resplandor de la nieve.

—Ahí tiene usted, Conde, un error muy general, y es el de confundir lo *poético* y lo *romanesco*, y condenar lo uno por lo otro. Veamos si puedo demostrar la diferencia que entre ambas cosas existe, según yo lo entiendo. Poética es la joven que con todas las virtudes de la juventud, la sencillez, la inocencia, la modestia. la laboriosidad, la obediencia, no piensa precozmente ni en amores ni en brillar: este no es un tipo romanesco. Pero sí lo es la joven emancipada, que se apasiona como una Fedra, á despecho de la voluntad paterna; intrépida amazona, que busca con ansia un teatro en que brillar, y que ostenta con aplomo sus torcidas y no

maduras opiniones en punto al mundo que no conoce, y en punto á ideas que no ha digerido: esta joven, por cierto, no es *poética*. Poético es el joven que limita sus deseos, y lucha con tranquila perseverancia contra la mala suerte; que honra las canas, respeta lo que le es superior, enfrena su lengua, y se hace lugar con su mérito, sin encumbrarse más de lo que es propio, sirviéndole para ello de zancos la jactancia: este joven no es *romanesco*. Lo es, sí, el que desde luego entra en la vida con pretensiones exageradas de adelantos y ventura. Para él, desde luego, la gloria, la fortuna, el amor, la vida, todo se le debe. A la primera decepción, sin querer trabajar en la gran viña, por ser corto el salario, va á buscar—sin fe ni ley, sin respeto á sí mismo y á la humanidad—su sepultura, en que con atrevida mano estampa por epitafio *suicidio:* este joven no es *poético*, Conde. La poesía toma la vida cual es, y la embellece; calma la desgracia con la razón, que es su amiga, y contiene los desbordamientos de la ventura con la delicadeza, que es su inseparable compañera. Lo romanesco tiene en cambio para los infortunios, desesperación, locura, muerte; para las venturas, enajenamientos, arrobamientos y ruido. Equivócase igualmente lo clásico y lo romántico, juzgando por los abusos de las cosas y no por

su esencia; pero pueden aplicárseles estas mismas distinciones, y decirse que lo clásico es romanesco, y lo romántico poético. Veo pintados en sus ojos de usted la extrañeza y escándalo que han causado mis últimas palabras; oigo á usted ya enumerar una sarta de pecados mortales que achacan al romanticismo, y me apresuro á asegurarle que por hoy no tendrá este pobre calumniado un adalid defensor en mí. Pero difiero esta controversia para otro día, porque siento que un hombre como usted, por no pararse á profundizar una cuestión, esté tan errado en sus opiniones sobre ciertas materias. Lo prueba el que quiere usted circunscribir las Musas al Parnaso y no darles cabida en su hogar. ¿Será usted, pues, de aquellos que sostienen que, siendo la poesía una cosa facticia, fantástica, un *arte,* en fin, debe tener su asiento en la cabeza que PIENSA Y CREA, engalana lo creado y lo coloca en las bibliotecas, y no de nosotros los que creemos que tiene su asiento en el corazón, que la SIENTE y la derrama en la vida, como un benéfico rocío del cielo?

—Participo un poco de ambas opiniones,—respondió riendo el conde;—juzgo como los primeros, y no obstante, no puedo menos de sentir como usted, cuando oigo y observo en usted el resultado de sus opiniones, y confieso, siguiendo su antítesis, que una mu-

jer infiel á sus deberes no es *poética* por más que hagan por poetizarla; y que usted lo es muchísimo. En lo demás, perdone usted, amiga mía, el prosaísmo á las canas, como perdonaría usted al que ha cegado que no vea la luz; pero crea usted, si fe le merezco, que tengo el mayor placer en oirla. Noto que rebosan en su corazón los sentimientos y recuerdos que ha evocado esa carta; infcieme usted en ese mundo que veo bullir en su mente.

—¡Pero, Conde, si nada puedo referiros sino puerilidades; nada sino recuerdos de un villorrio, de un sochantre de lugar, de un interior pacífico y humilde, de niños, de flores, en fin, nimiedades!

—Comuníquemelas, pues, aun dado el caso que lo fuesen. Aun suponiendo gratuitamente, como lo hace usted, que no me interesasen, quedaríame todavía un placer, y es el que expresaba un francés, al que preguntaban qué encanto le retenía las horas muertas al lado de una mujer muy linda que sólo hablaba puerilidades, diciendo: «La *miro* hablar.»

La Marquesa permaneció callada.

—Vamos—prosiguió el Conde,—¿por qué se replega usted así? ¿Dónde está esa encantadora expansión que hace de su mente una colmena de cristal, y me da armas para

seguir nuestra pacífica guerra, en la que triunfo cuando peleamos en la densa atmósfera de la tierra, y triunfa usted cuando nos elevamos á otra más alta? ¿No sabe usted que cuanto dice me interesa, y que simpatizo con usted en el fondo, como el débil reflejo con la luz? ¿Acaso no comprende que si alguna vez quiero retener su vuelo, es con el mismo fin que me llevaría á hacerlo con el ímpetu de este saltadero, no porque no lo admire, sino para que no caiga de demasiado alto? Vamos, léame usted esa carta que tanto la conmueve.

—No puede ser, no está usted en antecedentes, no la comprendería.

—Mejor; me los referirá usted, y así será más larga la sesión.

—Tenga usted presente, señor mío, que si lo que voy á referir estuviese impreso, sería muy fácil, para el que lo leyese y le pareciese cosa fútil y poco digna de ser leída, el tirar el papel; tanto más — añadió la Marquesa, volviendo á sus labios su benévola sonrisa— cuanto que no me *vería* hablar; pero usted no está en ese caso, y aunque le canse, tendrá que oirme hasta el fin, porque como se proclama de la escuela antigua, no querrá interrumpir á una señora ni demostrarle fastidio.

—Sé—repuso el Conde afectando una ce-

remoniosa gravedad — las imprescindibles obligaciones que me impongo, y las admito con todas sús consecuencias.

—Hagamos—dijo la Marquesa— un convenio que dicte la franqueza sin intervención de la galantería. Cuando mi locuacidad, excitada por recuerdos que me son caros, me arrastre en su larga y veloz carrera demasiado lejos, tomará usted esa campanilla azul que, al subir por el naranjo como por una cucaña, se ha detenido cansada al alcance de su mano, y la agitará como lo hace el Presidente del Congreso con la suya de plata cuando ciertos oradores, traspasando los límites á que puede extenderse un discurso, los quieren lanzar en el grandioso espacio de lo interminable.

—Convenido, señora. Pero antes dígame usted: ¿no existe en el Congreso una campanilla de oro, con la que el Presidente puede significar al orador que tenga á bien prolongar su improvisación?

— No lo sé — contestó riendo la Marquesa;—si la hay, lo cierto es que no se ha puesto en uso; pero si llego á engolfarme en mis recuerdos de Valdepaz, es bien cierto que no necesitará usted de la campanillita de oro. Era tan profundamente tranquilo aquel rincón, que, ¿lo creerá usted?, hasta con la muerte se vivía allí familiarizado. Ahora

bien: hacer aparecer á la muerte suave, sin que infunda horror ni tedio, ¿no es una altura á que pocas veces alcanzan el hombre religioso más metido en Dios, el filósofo más desengañado del mundo? La hacienda en que habitábamos sólo estaba separada del cementerio por un pequeño corralón en que pacían unas ovejas; pues crea usted que ningún horror me inspiraba la cercanía de aquel lugar de descanso de los campesinos. Cuando veía abrir una zanja por los parientes de una persona difunta (puesto que allí no hay enterradores asalariados), lejos de ver en ellos hombres lúgubres cavando una negra y pavorosa sepultura para un muerto, sólo me parecían hermanos de la Caridad preparando un lecho para un dormido. Allí hubiéramos podido saludarnos con el *¡Hermanos: de morir habemos!* de los trapenses; porque esta frase no hubiera sido para nosotros la suprema expresión del desprendimiento de las cosas de la tierra, sino la confiada adhesión á las del cielo.

—¡Marquesa—observó el Conde:—la idea de la muerte es grave!

—¿Y quién dice que no, amigo mío? Pero ¿quién ha dispuesto que las ideas graves sean tétricas? ¿Quién el que sean contrarias á la suave alegría y paz del alma? Las almas santas buscan las cruces, y no las hallan. San

Francisco Javier las deseaba más y más cada día, y Santa Teresa pedía padecer ó morir, y ambos se hallaban colmados de gozo. El padre Kempis dice: «*Si tuvieses buena conciencia, no temerías á la muerte.*» No, Conde. Dios no hubiese creado al sol, si no quisiera al hombre alegre; ni hubiese dado por premio á la virtud la serenidad y contento del alma. En aquel lugar apartado y quieto conocí al hombre mejor y más feliz del mundo, al sochantre de su iglesia, el cual va á ser el héroe de mi relación, si es que insiste usted en que prosiga.

—¡Más que nunca, señora, más que nunca! Un hombre *bueno* y *feliz* es una mosca blanca, con *item más,* ojos de brillante, que ansío tanto hallar, como ansiaba Colón descubrir las Américas.

—Usted mismo puede graduar si fué ambas cosas, después que me haya oído.

Había sido mi protagonista hijo de un criado de campo al servicio de una noble y pudiente familia, y como tal, generosa. Había Gilito, tal era su nombre, por gordo y alegre, caído en gracia á sus amos, que se le llevaron á Sevilla á *estudiar*. Por desgracia, aumentó Gilito en la abundante mesa de los señores considerablemente en carnes; pero en la Universidad aumentó poco en saber. La incapacidad de Gilito le hubiera cerrado

todo camino de adelanto, á no haber encerrado su ancho pecho una voz que en Italia le hubiese hecho ser otro Lablache, y que en Sevilla lo hizo sochantre. Volvió, pues, triunfante á sus hogares, tan robusto de voz y de persona, que en ambas cosas, voz y persona, había estofa para cuatro sochantres. Tomó Gil, ya designado por don Gil, posesión del coro de la iglesia del lugar con alta dignidad. Desde entonces debió notarse en su expresivo rostro la mezcla más graciosa de la bondadosa y sencilla alegría de un niño y de un buen alma, con la dignidad y prosopopeya de un padre grave y de un alto funcionario. Alternaban á veces ambas cosas en su semblante con tal rapidez, que se explayaba aún sobre sus labios su infantil y alegre sonrisa, cuando ya sus ojitos negros desde su concavidad lanzaban una mirada grave, austera y con ínfulas de imponente. Agregó á la dignidad de sochantre la de sacristán y santero de una capilla situada á espaldas de la iglesia, la que tenía contigua una casa-habitación para el encargado de su custodia. Casóse con una sobrina del cura, huérfana, algo entrada en años, pero buena, delicada y amante, que cifró en su rotundo marido toda la ternura que durmiera por tantos años en su pecho, y la cual le trajo al matrimonio algunas fértiles suertes de tierra; de manera

que decían las gentes del lugar: «*¡Vaya si lo pasan bien!*» Resultó que don Gil, entre bienestar y mimos, entre *requiems* y *glorias*, siguiéndose sus días unos á otros santos y uniformes como las cuentas de un rosario, claros y puros como gotas de agua, tranquilos como copos de nieve, alegres como lentejuelas, llegó en lo moral á ser el hombre más feliz, y en lo físico el hombre más gordo del mundo.

Cuando conocí á don Gil, tendría sobre cincuenta años. Su gordura había llegado á su apogeo, y hubiese deslucido al más corpulento atún de la almadraba de Conil, si allá lo hubiesen hallado en sus redes; y la santera decía con íntima satisfacción: «*¡Qué buenas carnes tiene mi Gil! Dios se las conserve.*»

Vestía calzones cortos, chaqueta y chaleco de hábito de San Antonio, y medias de estambre negras; un capote con mangas colgaba sobre sus espaldas, y un sombrero de tres picos coronaba su ancha cabeza. No gastaba corbata, por la sencilla razón de que carecía de pescuezo; tenía el cabello rapado, y sólo le colgaban unas largas mechas de cabello en la nuca, ó por mejor decir, no colgaban, por la antedicha falta de pescuezo, sino que se extendían por sus enormes hombros en forma de golilla. Cuando iba al campo

á ver sus sembrados, ó á cazar, pues era un terrible Nembrot, dejaba el capote y tomaba una manta, trocaba las reverendas medias negras por zapatos de vaca y polainas, el encumbrado sombrero de tres picos por uno calañés de enorme ala, y así ataviado salía mi don Gil, semejante á lo lejos á un pequeño monte Vesubio apagado.

Nuestra primera entrevista, de alegre memoria, merece ser referida, no sólo porque fué ciertamente una escena de un cómico genuino que no podría inventarse, sino porque sus lances son pinceladas que harán más parecido el original que voy pintando. Habiendo nosotros ido al pueblo con intención de pasar una temporada larga, y siendo parientes de la familia que le había protegido, don Gil, que, como todos los españoles, tenía ideas innatas de cortesanía, se creyó obligado por todas razones á venir á ponerse á *nuestra obediencia.*

Es de advertir que en los pueblos del tenor de Valdepaz no se hallan más espejos que alguno que otro tan pequeño, que si alguna vez sus dueños tienen la curiosidad de mirarse en ellos, van viendo sucesiva y separadamente cada una de sus facciones. Abrió el criado, que era gallego, la sala, diciendo á don Gil que pasase adelante; lo que éste hizo, preguntando al pasar al criado, á quien ya conocía:

—Farruco: ¿en tu tierra canta el cuco?

Y acompañando este agudo chiste con una de sus alegres risas. En seguida, por una de esas súbitas transformaciones, dijo con grave semblante y campanuda voz:

—*¡Alabado sea Dios!*

No hallando quién completara esta vulgar, pero hermosa congratulación, con el usado y pío *¡Para siempre!*, lo dijo él, y se acercó al espejo, en el que se puso á mirarse. Cuando entré en la sala, aún me hallé á mi visitante inmóvil y absorto en su contemplación, sin que mi llegada le sacase de su arrobamiento. Gran rato aún nos estuvimos ambos contemplando el mismo objeto, esto es, él á sí propio, yo á él.

—Señora,—dijo al fin con voz consternada, sin pensar en saludarme y sin desviar la vista de su dirección,—¿este espejo aumenta?

—No, señor;—contesté, sin comprender la causa que originaba tal pregunta.

—Señora,—tornó á preguntar,—¿este es-espejo ensancha?

—No, señor.

Entonces, con un acento desconsolado y sin dejar de contemplarse, se puso á exclamar á gritos:

—¡Ay qué gordo! ¡ay qué negro! ¡ay qué feo! ¡ay qué barrigón que soy! ¡Jesucristo! ¡Cristianos! ¡Qué espantajo para lobos!

Traté de atenuar el mal efecto que le había causado á aquella viva antítesis de Narciso su propia vista; pero no me escuchaba: había caído cabizbajo sobre una silla, y seguía su triste elegía.

—Señora: yo no sabía que era tal figurón. ¡María Santísima! Ya no me espanto de que el tío Lucas, el arriero, no me quiera alquilar sus burros cuando se me ofrece ir á cazar á *la marismilla*.

Esto diciendo, se levantó para volverse á mirar; pero esta vez, sobreponiéndose su natural jocoso, conforme volvió á verse, empezó á reirse tan de corazón y con tan sinceras carcajadas, que no tardé en hacerle coro.

—¡Toma! —decía.—Y á mí, ¿qué se me da? ¿Tendría yo acaso alguna renta por ser bonito? ¿No me está siempre diciendo mi Curra: *Dame gordura y daréte hermosura*? ¡Y que jamás se dice qué hermoso y qué *flaco*, sino qué hermoso y qué *gordo* que está! ¡Ahora me iría yo á apurar por eso! ¡Pues ya! ¡Bendito sea Noé, que se quitó los calzones y echó á correr! (1)

El discurso que probablemente había preparado para aquella ocasión se quedó en el

(1) Expresión popular para ensalzar la despreocupación.

tintero, ó más exactamente dicho, en el espejo; lo sólo que de él pudo reasumir fué que tenía un amor entrañable á los usías, que los usías le habían dado su carrera, que los usías daban allá el pan á los trabajadores, que por un usía era capaz de dar el corazón, y que cuando había un usía en el lugar se alegraban hasta los pájaros.

Después de esta primera entrevista, que no pienso fuese grave ni ceremoniosa, y establecida desde luego cierta confianza muy expansiva por parte mía, me suplicó con tan vivos deseos que tocase el piano, que allí vió sin comprender lo que era, que me apresuré á satisfacer su deseo. Bien veía que era aquel instrumento análogo al órgano; pero un órgano sin fuelle le parecía á don Gil un sochantre sin voz. ¡Cuánto no gozó y se rió de júbilo al oirme!.. Creo que si hubiese sabido valsar, se hubiese puesto á hacerlo con una silla, como lo hacen las niñas que ya no van á la amiga. Pero pasando repentinamente como por magia á una heroica severidad y á una gravedad austera, díjome:

—Señora, esto es hermoso, no hay que decir; pero dónde está...

Y abriendo su boca como la de un cañón, entonó el *Credo* con un torrente de voz que hizo retemblar las vidrieras.

Al oir aquella explosión vocal, las gallinas

que picoteaban tranquilamente debajo de la ventana saltaron atrás piando, los pavos hicieron la rueda con su *glu glu*, el gato desapareció como una exhalación; el perro, que gozaba de un apacible sueño, se puso en pie murmurando un indistinto ladrido y empinando las orejas; y los chiquillos del capataz, qué á la sazón jugaban en el patio, vinieron de puntillas y se asomaron, formando grupo, á la puerta de la sala, preguntándose unos á otros: «¿Hay función?» Era aquella muestra de canto llano arrancada á don Gil por la pasión que á él tenía, pasión que no sentía sino como la siente el artista por su arte, el sabio por su ciencia; esto es, con solemnidad, con veneración y con respeto. Más adelante, quise persuadirle, puesto que su voz era realmente magnífica, á que se dejase enseñar por mí algunas de las buenas arias de bajo.

— ¿De veras, Marquesa?—exclamó riendo el Conde.—¿Y hubiese usted enseñado á un sochantre de lugar la música de Rossini, de Weber ó de Verdi?

—¿Y por qué no, señor mío? ¿Necesita la voz de pergaminos? ¿Hay privilegios para las gargantas, ó los hay para ciertas músicas de alto coturno? Lo que sí había es que don Gil no quería degradar su grave garganta cantándolas. Cuando se lo proponía, me echaba una mirada en que luchaban la indig-

nación y el respeto; pero con la que me daba á entender que le proponía una profanación. Y efectivamente, nunca había profanado aquella pura y privilegiada garganta el más mínimo *tra-la-la.*

Don Gil, tan alegre, tan jovial en la vida privada, era otro hombre en la iglesia; no sólo se revestía allí de sotana y sobrepelliz, sino de una dignidad magistral. Andaba derecho y la pelada cabeza erguida; su barriga aparecía entonces en toda su majestad prominente; su sotana respingaba muy sobre sí por delante, mientras á la espalda barría humildemente el suelo; su semblante en tales circunstancias aparecía impasible; no levantaba los ojos sino para echar una mirada iracunda á algún monacillo descuidado. Nada le sacaba de su paso grave y compasado, á no ser algún irreverente *ladrón* en un cirio: al aparecer este sacrílego, don Gil perdía toda su compostura y su moderación, entrando al punto en un furor que sólo era comparable al de Orlando. Cogía la caña del apagador con los bríos con que Hércules empuñara su maza, y exterminaba al descarado delincuente, como aquél al león de Nemea.

Don Gil, sin más ambición que la muy inocente de ser llamado *cantor* en lugar de *sochantre*, sin más pasión que su canto llano, sin más diversión que su cacería y sus

sembrados, sin más ideal que los *usías;* jovial, caritativo, servicial, y por lo tanto, bien querido de todo el mundo, era, como ya he dicho, el hombre más feliz de la tierra. No se cuidaba de política ni de cosa alguna, fuera de su iglesia y de su casa. Para él era el mundo un caos que no definía: sólo sabía que existían *el inglés, el francés y las Indias.* Ignoraba que en otras atmósferas menos serenas y puras que la suya tremolase el tremendo estandarte de la rebelión, que trabaja por arrancar al pobre su alegre conformidad, su bendita falta de ambición, su santo amor al trabajo y á la paz, y su religión, que todas estas virtudes infunde, mantiene y bendice. Así es que era su vida un tejido de inocentes goces. La comida que era buena, ¡qué bien le sabía! El vino que era malo, lo mismo. ¡Qué descanso tan completo en su lecho! ¡Qué actividad tan grata de día! ¡Amar á Dios y servirle, amar al prójimo y ayudarle, y *viva la Virgen!* Esta era su divisa!

¡Oh, querido, feliz y excelente don Gil, de grotesca, pero suave y risueña memoria! ¡Tú, que has sido un cero en la figura y en la significación en este mundo, por el cual has rodado desapercibido!.. Vale más tu chaqueta y hábito de San Antonio, que las túnicas de los siete Sabios de Grecia; más

tu capote de otras edades, que el manto de *par* de lord Byron, y más tu sombrero calañés que las coronas de laurel del Tasso.

¡Triste filosofía, que te quemas las pestañas sobre tus libros y te derrites los sesos en tus cavilaciones buscando la piedra filosofal, esto es, *la verdad y la felicidad* que no encuentras! ¿Qué eres tú en comparación de aquella tranquilidad de espíritu, de aquella serenidad del alma, que nada busca y todo lo halla? ¿Qué son vuestras estériles disertaciones, vuestros sistemas sin base, que se agitan en un círculo vicioso, oscuro y seco, en comparación de aquella plácida luz, de aquel manantial de aguas puras y cristalinas que brotan en el alma sencilla que aprendió á vivir y á morir en el Catecismo?

—Marquesa,—dijo el Conde con profunda simpatía,—antes ha esparcido usted flores que he deshojado sin piedad; mas ahora vierte usted perlas que recojo con aprecio y afán. No hay edades entre los buenos católicos para los sentimientos religiosos, en los que tenemos unos y otros firmeza de viejos para la fe, ardor de jóvenes para la caridad y todos una misma esperanza. Proclame usted siempre, como lo hace, esas ideas que le inculcaron sus padres: hace usted en ello más bien de lo que cree.

—¿Yo? ¡Por Dios! ¿Se burla usted, Conde?

—No, señora, no, porque no por eso quiero significar que sea usted un gran teólogo, ni la quiero comparar con un Balmes, un Marqués de Valdegamas, un *Vicario de Estepa* (1), antorchas de nuestra santa fe. Pero es porque une usted á la santidad de las doctrinas el atractivo y la simpatía que ejerce la hermosura unida al ingenio; y es, sobre todo, porque los preceptos de moral y de religión tienen mucha fuerza en las bocas de aquellos que nunca faltaron á ellos; magnífica prerrogativa que no enaltece á la sola altura á que no alcanza el altivo desprecio; púlpito de oro desde el cual baja la verdad serena y llena de convicción, sin el temor de que nuestras faltas sirvan de pretexto para no creerlas sinceras.

—¿Cómo quiere usted que crea puedan hacer mis palabras el santo efecto que dice, si tan débil soy en mis convicciones, que cuando considero ciertas cosas que no me explico, tiemblo, porque me parece ver algún claro en lo compacto de mi fe?

—Por eso, señora, guárdese bien de emplear en cosas de la fe la indagación y el análisis. Acuérdese de San Agustín, que queriendo hallar solución á cosa fuera del alcance del hombre, halló en una playa á un

(1) El actual arzobispo de Granada.

niño que intentaba con una conchita trasladar las aguas del mar á un hoyito que había abierto en la arena. «Niño, dijo el santo, ¿no ves que tu intento es imposible?—Más lo es el tuyo, contestó el niño.» No desmaye usted ni desconfíe de su fe por no comprender; la fe está en la *voluntad* y no en la *inteligencia*.

—Es cierto, es cierto, Conde; y esto es lo que constituye la pura y firme fe del carbonero; la fe es un *deber* que triunfa de los sentidos y alcances del hombre.

—Marquesa, después de esta digresión, que es muy grata para mí, volvamos á vuestro don Gil, con el que deseo hacer más amplio conocimiento.

—La pequeña casa en que vivía con su excelente y amante mujer y una sobrinita huérfana que había prohijado, — prosiguió la Marquesa, — era digna de ser el albergue de aquellas apacibles existencias. Estaba situada, con la capilla, entre la iglesia y nuestra hacienda: á la espalda tenía el alegre cementerio... Sí, sí, alegre digo, aunque frunza usted el ceño. Nada más apacible podía darse que aquel lugar tan verde bajo aquel azul tan puro á la sombra de aquella respetada iglesia. Puede que si allá se hubiese enterrado á un ajusticiado ó excomulgado, hubiera perdido su apacible fisonomía; pero no era ese el caso. Para llegar á la habitación del so-

chantre se atravesaba un gran corralón ó patio verde y frondoso, que servía á la capilla y á la casa como de antesala. Crecían en su centro dos altos cipreses, á un lado dos anchos naranjos, y entre éstos y los primeros se hacía lugar un alegre paraíso, acariciando al naranjo con sus ramas, perfumando al ciprés con sus flores, como el niño que á un tiempo acariciase á su madre y sonriese á su padre. Al frente de la casa se arrellanaba, brindando sombra, una parra recostada en su emparrado sostenido por picatos, como se arrellana un sultán en su palanquín sostenido por etíopes. Entre las grietas de las viejas paredes, junto al lánguido resedá, tan molesto en la elección de su domicilio, se asomaba la tremenda boca de sapo, sin conseguir intimidar á su vecino el desgavilado jaramago, que sacaba su gaita amarilla por entre las ramas de un rosal de Pasión, cubierto de sus dulces y santas rosas, esas verónicas de las flores. A su lado una madreselva cubría como una verdadera madre los defectos y asperezas de la pared. Por entre sus ramas se veía á los lagartos dar sus paseos intermitentes. Hallábase en aquel patio mi Flora rústica en sus glorias; esto es, las plantas y flores que con preferencia eligen las casas de los pobres, porque allí se crían á sus anchas sin temor á la cruel podadera,

embalsaman el aire á su amor, sin temor que sea nociva la fragancia á los nervios de las delicadas ciudadanas (empezando por mí, Conde, que no puedo oler una *dama de noche* sin sentirme indispuesta), y sin verse perseguidas y difamadas á causa de las malas influencias que les suponen. Así era que la *adelfa* levantaba allí en triunfo sus rosados ramilletes, protestando contra la *inteligencia cordial* que se le supone con la maligna erisipela. Veíase el delgado *aromo* cubriendo sus descarnados miembros con un vestido de crespón verde salpicado de lentejuelas de oro; la *alhucema*, que elige la santa forma de la espiga y el modesto color lila para su flor, que ha de constituir el inocente y sencillo sahumerio de los niños; el *saúco* abría sus anchos y compactos ramos como plazas de armas á las evoluciones de las mariposas. Las *viuditas* jóvenes, sin quitarse su serio vestido morado, se coronaban de una fresca guirnalda verde como la esperanza; los *frailes boca abajo* preguntaban á una grave y tiesa *malva loca* por qué razón los han clasificado de *frailes*, no habiendo en su vida predicado un sermón; á lo que la interrogada respondía que sería con la misma sinrazón con que á ella, la más recogida y compuesta entre las flores, que ni se mecía provocativamente en su tallo para llamar la

atención de las mariposas, ni se perfumaba coquetamente para atraer á las abejas, la habían calificado de *loca*. Los inofensivos *alfileres*, ese mosaico de diminutas florecitas, añadían, en comprobación de esto, que igualmente calumniosa era su denominación, pues jamás habían pinchado á nadie; las lindas y finas *arañas* exclamaban llorando que era un *contra-flora* designarlas con el nombre de un inmundo y horroroso insecto. Encendido de cólera el *moco de pavo* que esto oía, les aconsejaba que no llorasen más, porque se pondrían aún más flacas, y que antes bien se revistiesen, como él lo hacía, de unas buenas púas para pinchar las narices de los *guasones* que se les acercasen. Allí se veían los *miramelindos*, que se asemejan al cristal, de tal manera que se figura el que los mira que su contacto debe ser melodioso; el *mirasol* ó *gigantillo*, que no tiene más gracia que la de hacerse un *desgavilado* varal y mirar al sol con la boca abierta; *sangre de franceses*, apellido de inaveriguable origen, como casa sin pergaminos, que se queda casi solo para alegrar á Noviembre; la *capa de rey*, bien denominada por ser una magnífica exposición de púrpura, lapislázuli y oro que hacen las hojas como para ostentarse y probar que no siempre han de consentir en estar en segundo término y hacer de pajes de las flo-

res. Allí estaban los *nunca me dejes*, jazmincitos que, como niños mal criados, por espíritu de contradicción, se caen cada vez que se los nombra. Cerca de ellos florecían unidas en sus ramos, como monjas en su convento, esas floiecitas que por blancas é inmaculadas han merecido el glorioso nombre de *flor de Santa María;* las *arreboleras*, tan sencillas y modestas, á pesar de poderse jactar de tres títulos como grandes de España, pues además del referido, tan poético que alude á sus bellos colores, tienen el sentimental de *suspiros*, porque caen y se vuelven á reproducir con la misma facilidad, y el de *periquitos de noche*, porque de noche abren su cáliz, pues hasta en las flores hay á quienes intimida el bullicio y encoge la luz. Por último, allí se ostentaban las *adormideras*, las que, á semejanza de muchos sabios y hombres de Estado hoy en día, se quedan tan pronto calvas, madurando en sus escuetas cabezas una infinidad de pequeñas y mezquinas ideas.

—Que todas exprimidas forman un soberbio narcótico,—exclamó riendo el Conde.

— ¡Chitón, Conde, chitón! — repuso la Marquesa.—Que no quiero que mis flores den ocasión á la sátira. Prosigamos, pues veo que me he detenido en describir estos lugares, lo cual he hecho por un irresistible im-

pulso, porque me gustan los árboles como á los pájaros; las flores, como á las abejas; las parras, como á las avispas, y las paredes viejas, como á las salamanquesas. Consistía la casa del sochantre en una sala que tenía una alcoba á la derecha, y á la izquierda un cuarto con los avíos de amasar; estaban éstos limpios y brillantes como el cristal, porque la *señá* Francisca era más que aseada, era pulcra. Frente de la puerta de entrada había otra que daba al corral, en el que se hallaba la cocina; servíale de quitasol una rústica higuera, que se desprendía de su tafetán en invierno para ponerse uno nuevo en la primavera. Paseaban por allí las gallinas, tan orondas, tan ufanas con sus diademas de coral. ¡Con qué instinto de buena educación llamaban cariñosamente á los polluelos chicos, desvalidos, amarillitos y redondos como grandes flores de aroma, y aplicaban un picotazo bien dado á los pollos zánganos y desgavilados, pollos en la denominada *edad de la chinche*, que aún golosos como chicos, ensayan ya su voz de tiple imitando la de tenor del gallo! ¡Era de ver lo mansas y satisfechas que estaban esas agradecidas comensales del hombre! Lo que prueba que hasta en los pobres animales el aprecio ajeno da esa confianza sin arrogancia, tan necesaria en la vida, y aleja la angustiosa desconfianza que

suele coartar nuestras facultades y amilanar nuestro espíritu.

—Eso será cierto, señora, aplicado á las almas sensitivas, á los genios modestos; pero...

—¡Conde, Conde!...—interrumpió la Marquesa.—Así como no quiero que mis hermosas flores sirvan de asunto á la sátira, no quiero que mis buenas gallinas den pábulo á la crítica.

—Vamos, señora; para complacerle diré el conocido dicho francés «que todo es para bien en este el mejor de los mundos»; hasta lo pensaré, por tal de que prosiga usted...

—Muchas veces, cuando entraba en aquel pacífico asilo,—prosiguió la narradora,—me quedaba suspensa en el quicio de la puerta. Presentábase á mi vista aquella casa tan aseada; su dueña, que tan agasajadora me salía al encuentro; don Gil, sentado á una pequeña mesa, tan arrimado cuanto se lo permitía su enorme abdomen; sobre la mesa un jarro; en su mano un vaso de vino, que levantaba en alto como para darme la bienvenida con su cara de pascua, su boca de risa; la vieja tía Tinea, su criada, fregando en el corral al sol el almirez, que brillaba como el oro; el gato durmiendo sobre una silla baja, tan seguro de no ser acosado, porque en aquella mansión de buenas almas, custodiada por las

flores, no asomaba ninguna clase de hostilidad, no hallaba entrada ningún género de crueldad. Este cuadro de interior, tan alegre, tan pacífico, tan acabado en sus más mínimos detalles, tenía la graciosa naturalidad, la gráfica minuciosidad de un cuadro flamenco; mientras que volviendo la cara hacia el patio, en cuya resplandeciente y embalsamada atmósfera formaban los cipreses, los naranjos y las flores como un fondo en medio del cual se destacaba la capilla con su lámpara perennemente encendida ante la antigua y milagrosa imagen que ornaban los *ex-votos* de los fieles, como insignias de su misericordia, como recuerdo de sus mercedes, formaba este conjunto otro cuadro todo meridional, lleno de brillo, de poesía, de religiosidad y de espiritualismo.

—¿Y cree usted—preguntó el Conde—que todos mirasen con los ojos que usted el casucho y corral del santero?

—Entre las gentes cultas... mal he dicho, entre las gentes de la sociedad, pocas; empezando por un excelente amigo, que teme degradar su buen sentido y su grave razón concediendo que sea exacta mi descripción, y que no veo visiones como el caballero de la Mancha; mi amigo, que me insta á hablar, me escucha por simpatía, y me hace burla por la negra honrilla de severo antagonista

del romanticismo. Pero entre las gentes del pueblo, muchos hay, sí, muchos, que con éstos simpatizan, y no sólo en cuanto al espíritu religioso, sino también en cuanto á las bellezas de la naturaleza, que sienten y mezclan en sus sentimientos amorosos, como podría hacerlo el poeta de la más alta esfera. En confirmación de lo dicho, oiga usted algunas coplas compuestas por aquellas gentes rústicas; ellas probarán á usted, además, que la poesía es tan independiente de reglas, como la belleza lo es de la compostura. Entre infinitas que allí mismo recogí, escogeré aquellas que se refieren á los objetos de la naturaleza de que he hecho mención:

Los cipreses de tu huerta
Están vestidos de luto,
Y es porque no tienen flores
Que ofrecerte por tributo.

El naranjo de tu patio,
Cuando te acercas á él,
Se desprende de sus flores
Y te las echa á los pies.

Tus colchones son azahares
Y tus sábanas mosquetas,
Tus almohadas jazmines,
Y tú rosa que te acuestas.

Sea usted franco, Conde,—prosiguió la Marquesa,—¿pueden hallarse imágenes más

suaves, más poéticas, que las contenidas en esta última copla?

—Y tanto,—respondió el Conde,—que miro como una usurpación que se compusiesen para alguna moza de cántaro, y no para la Marquesa de Alora. Pero vengamos á nuestro sochantre, que me interesa. ¿Tenía hijos?

—No; pero no lo sentía don Gil, que tenía puesto todo su cariño, cariño apasionado y tierno, en la sobrinita huérfana de que dejo hecha mención, un ángel de cinco años, una bolita morena con ojos negros, y unos dientecitos que parecían nieve vista al sol. Pero su mujer lo había sentido mucho al principio de su matrimonio, porque pensaba que un hijo hubiera impedido ciertos pecadillos de infidelidad que á la verdad, mirados como tales, eran veniales, pero mortales como golpes á su amante corazón. Fué el caso que un día sorprendió entre su marido y una muchacha que les servía, descalza de pies y piernas, y boba en grado superlativo, el siguiente ilícito coloquio:

—Petrolila: ¡qué mala eres tú!

A lo que la otra, con admirable oportunidad y selecto chiste, respondió:

—¡No que usté!..

Y ambos se echaron á reir de su mutuo gracejo, á cual más y mejor.

Desde aquel día, con refinada prudencia y

exquisita prevención, despidió la santera á la muchacha, saliendo esta Agar de casa del patriarca, llevando felizmente en los brazos, no un Ismael, sino una hogaza de pan, con la que dulcificó la encelada esposa aquel acto de policía matrimonial.

En seguida tomó la previsora santera, mal que le pesase á don Gil, á una horrorosa vieja para que los sirviese. Así disfrazado, y con el pseudónimo de tía Tinea, entró el ángel de paz en aquella casa, de la que no volvió á salir.

Uno de los muchos goces de don Gil era fumar en una ridícula y viejísima pipa que tenía. Habiendo en una ocasión venido á Sevilla, le envié una más decente, con cuyo motivo me escribió esta carta, que es una de las que han llamado la atención de usted, y que conservo como un precioso modelo, un *specimen*, como dicen los ingleses, en este género.

Vea usted esta letra, grande y redonda como su dueño, estos floreos torpes como la mano que los trazó, y esta rúbrica en que echó el resto, y que á su parecer le colocaba en la categoría de pendolista de primer orden, y por cima de todo esto y al través de la ridícula retumbancia del lenguaje, note usted ese sello de sencilla bondad, esa mezcla de prosopopeya y alegre moralidad que la caracteriza.

La Marquesa alargó la carta al Conde, que leyó lo que sigue (1):

«Con ocasión de las Pascuas (que deseamos logren usías felices) *nos excusamos* de hacer memoria á usía de las singulares obligaciones que le reconocemos, para que usando del derecho que tiene á nuestra voluntad, dé á nuestra obediencia repetidos preceptos de su agrado, en cuyo empleo se acredite.

»Dios guarde á usía muchos años en compañía del Marqués mi señor.

»Su obediente criado,

Gil Pérez.

»P. D. He recibido la gran pipa de Argel; estoy contentísimo con ella, y le repito á usía las gracias infinitas. La tía Tinea cada vez más torpe.»

—Bien hace usted—dijo el Conde, devolviendo la carta á la Marquesa—en conservar tan original autógrafo, pues cada día escasea lo original, lo peculiar que constituye un tipo, esto es, una cosa característica, individual, marcada con un sello peculiar. El recuerdo de la tía Tinea en tan retumbante epístola vale su peso en oro.

---

(1) El autor ha podido hacerse con el original de esta carta, que conserva en su colección de curiosidades.

—Es que ese individuo ocupa un puesto grande en la existencia de don Gil. Era aquella mujer un descarnado conjunto de ángulos agudos, una percha de la que colgaban en infinitos pliegues unas enaguas de bayeta verde y un toquillón de bayeta color de castaña. Cuando atravesaba la sala para ir al corral, precedida de sus narices, que habían crecido demasiado deprisa, solía decir don Gil:

—Ahí tiene usía á la tía Tinea, que parece un abanico cerrado.

—Y usted uno abierto—contestaba muy picada la tía Tinea.

Don Gil se echaba entonces á reir tan alegremente, como si hubiese pasado la cosa más graciosa del mundo.

—¡Válgame Dios, Gil! Empeñado estás en sacar á la cara los colores de la tía Tinea —decía la comedida santera.

—¡Los colores á la cara!—exclamaba don Gil, aumentando su risa.—¡A ese pergamino arrugado! Como no fuese con una brochada de azarcón...

—Calla, Gil, que se va á sentir, y la tía Tinea es una buena mujer.

—No digo que no, Francisca; bajo una mala capa hay un buen bebedor. Y esta doña *Feana* es una cocinera ¡que ya! Señora, guisa una ollita que se chupa uno los diez man-

damientos; un potaje, que dice *comedme;* la masa frita hecha de su mano da gloria; y en cuanto al ajo molinero, ni en la mesa del Rey se presenta mejor hecho.

—Calla, hombre, que en la mesa del Rey no se presenta ajo molinero, que es comida de pobres.

—¿Que no se pone?—exclamaba don Gil.—¡Pues peor para el Rey!

Aún había más encantos para mí en aquella casa que estas ocurrencias de don Gil, que tanto me divertían. La santera tenía puesta una amiga, y cada mañana se reunían debajo del emparrado una porción de niñas chicas. Usted sabe cuánto me gustan los niños, graciosos intermedios entre el hombre y el ángel, cuando de éste conservan aún la inocencia en los ojos, la verdad en los labios, la fe en el alma y la confianza en el corazón. ¡Cuánto me interesan, sobre todo en los del pueblo, sus cuentos, sus dichos, sus versitos apropiados á las circunstancias, que tienen una sencillez y un candor tan lleno de encanto, un sentido poético tan innato, unas nociones y sentimientos religiosos tan justas las primeras, tan tiernos los segundos y tan tempranamente inculcados!.. Flores pequeñas nacidas en las praderas, sobre las que todo el mundo pasa sin detenerse á examinar su sencilla belleza ni á aspirar su suave perfume!

¿Por quién han sido compuestos estos primeros tartamudeos en el arte de la versificación? ¿Qué oído adivinó la cadencia del metro? ¿Quién les enseñó esas primeras nociones tan puras y graciosas de las cosas terrenas y divinas, que expresan esas producciones populares é infantiles? No pueden ser personas mayores, porque no hay entendimiento maduro que retroceda y se inculque la inocencia ignorante ni el candor inmaculado. Así pues, ¿no es más fácil suponer la precocidad de sentimiento y de imaginación, que haría á la ignorante niñez acertar por intuición algunas nociones de las cosas que aún no están á su alcance? Decida esto un filólogo amante de los niños, de la poesía y de las cosas sencillas; á mí me basta admirar y enternecerme. ¡Ay! Los niños y las flores, estrellas de la tierra que alegran y engalanan... ¡quién los hiciese diputados, legisladores, ministros, para que rigiesen el mundo á su antojo!!!

—¡Qué de fuentes y de confiterías habría en él!—dijo riendo el Conde.—Ese nuevo sistema puede usted publicarlo, puesto que hoy día lo extravagante en punto á sistemas tiene un gran mérito de actualidad: desde luego doy á usted mi voto para presidenta de esa república.

—Lo que iba ahora á referir—prosiguió la

Marquesa—eran mil cosas de niños; pero, bien mirado, Conde, eso no puede interesar á usted.

—¿Por qué no? ¿Acaso cree usted que no hay simpatía entre los viejos y los niños? ¡La hay, y mucha! Las pasiones que agitan la vida del hombre, en los unos aún no existen, y en los otros dejaron de existir; lo que produce un estado análogo. Unos y otros nos encontramos en las puertas de la vida; ellos que vienen, y nosotros que nos vamos. Ellos nos dicen: «¡Descansad!» Nosotros les decimos: «¡Buen viaje!»

—Pues si le complazco, alcanzo dos placeres, el propio y el ajeno, al recordar estas escenas de niños. Debajo del hospitalario emparrado tenían las niñas sus graves conferencias. ¡Cuánto me complacía en ver aquellas graciosas y grotescas figuritas, con sus diminutas castañas, sus cortísimas enaguas y sus zapatitos viejos, cuya punta se entreabría como una almeja para dejar asomar cinco deditos diminutos, como cinco cabecitas curiosas en una entreabierta ventana! Levantaba la brisa alguna vez una de las anchas hojas de la parra, como para dejar entrar un curioso rayo de sol, que iba á picar la nariz de alguna de las chiquillas como un mosquito de oro, porque el sol es amigo de los niños, como la luna es amiga

de los amantes. Solíame poner en una ventana, á la que servía de espesa celosía una mosqueta, á escuchar sus coloquios. Un día hasta llevé mi prontuario, y anoté el siguiente:

—Mi *mae* fué anoche á la iglesia y me llevó; ¡muchito!

—¿Había bautizo? ¿Hubo pelón?

—No, sermón.

—¿Sermón de noche? ¿Pues á qué hora?

—A las Ánimas y media acabó.

—¿Tú lo oíste?

—No, que me dormí.

—Pero ¿quién *preicó*?

—Un Padre; ¿quién había de ser?

—¡Toma! Otro cualquiera; yo también sé *preicar*.

—¿Tú?—exclamaron todas.—¡Mentira!

—Que es verdad; que sé un sermón; y si no... ahora lo veréis. Vosotras sois las mujeres; ea, tocarse todas.

Las chiquillas se pusieron por la cabeza pañolillos, delantales, dechados, cuanto hallaron á mano, hasta los calzones de D. Gil, que habían quedado sobre la silla de la santera, que los había estado cosiendo. La predicadora cogió una sillita baja y la volvió de manera que, subida sobre ella, sus manitas descansaban sobre el espaldar; colgó en éste, á manera de paño de púlpito, un cernadero,

y se encaramó sobre el asiento, donde puesta en pie dijo gravemente:

—¡Arrodillaos, pecadoras!

Las chiquillas obedecieron unánimes á la intimación, y la predicadora prosiguió en estos términos:

—Ea, callaos la boca, pájaros, y vosotras, avispas, que parecéis abejorros; acudid, lagartos, vosotros que sois buenos y humildes, á oir á este *preicaor* que os va á decir

El sermón del peregrino
Cuando Jesucristo vino
Y se puso en el altar
Con los pies llenos de sangre
Y las manos *enclavás.*
En Jerusalén estaba,
Y así se puso á decir:
Que vengan á mí los niños,
Que los quiero bendecir.
Limpia, limpia, Magdalena,
Y no dejes de limpiar;
A los chicos darles teta,
Y á los grandes darles pan.

Bajóse en seguida con poca gravedad, porque fué de un salto, diciendo:

—Ea, id con Dios, y enmendaos.

—¿Te enseñó el obispo ese sermón?—preguntó una de las más admiradas.

—¡Qué! El obispo no hizo más que darme un bofetón cuando me confirmó, para

que me acordase de que prometía ser cristiana.

—¿Y viste al obispo?

—Lo *vide*: ¿tenía yo acaso los ojos cerrados?

—¿En dónde?

—En Sevilla, cuando fuí por *Copusquisti*, y vi la procesión y vi á la infanta.

—¿Y cómo es la infanta?

—Como una imagen. ¡Más bonita es!!!

—¿Y dónde estaba?

—¡Toma! En la procesión.

—¿Y con quién iba?

—¡Con un *melitar* más alto! Y otro iba detrás recogiéndole las naguas (1).

—¡Ay, Jesús! ¡Ay, Jesús! —exclamaron todas altamente escandalizadas.

—Acabé mi dechado,—exclamó una niña que sentadita en una sillita había estado todo este tiempo acabando su faena, y se puso á cantar:

> Adechado y más adechado.
> Trabajito me habéis costado;
> De la mano de mi maestra
> Cañacitos en la cabeza.

—Dame un *pilelé*,—dijo una de las más chicas á su hermana mayorcita.

---

(1) El gentilhombre que lleva la cola en días de gala. *(Auténtico.)*

—¿Y para qué quieres ese alfiler?

—*Pa* ponerme esa *fló* en la *caboba*.

—¡Qué tontuna! Eso queda bueno para las mozas.

—Quiero la *fló* en la *caboba*, en la *caboba*,—insistió la chica en tono que no admitía réplica.

—¡Caramba con el renacuajo este!—dijo su hermana.—Que en diciendo por aquí he de meter la *caboba*, la ha de meter sin remedio.

En seguida se puso á lisar el pelo de su hermanita y colocarle según lo exigía un copete tieso como un huso en la castaña, que atravesó como una flecha un corazón, miéntras canturreaba:

A la flor de la petiflor,
A la verde oliva,
A los rayos del sol
Se peina mi niña.

—¡Mirad, mirad!—gritó otra.—¡La cigüeña! ¡la cigüeña! A la torre de la iglesia va.

Y se pusieron á cantar en coro:

Cigüeña, cigüeña,
Tu casa te se quema,
Tus hijos te se van,
Por cuaresma volverán.
Sácate una pluma,
Dala al sacristán,
Que escriba una carta
Que ellos llevarán.

Y al rey de los moros
Se la entregarán.

Mientras otras salmodiaban:

Cigüeña, cigüeña,
Dame un cuarto para leña
Y otro para jabón
Para lavarte el camisón.

—¿Cómo está la tía Muñiz?—preguntó una de las mayorcitas.

—Está *intercaliente.*

—¡Qué intercaliente, si se murió! Mañana se le van á hacer las honras que se hacen á los difuntos que se mueren.

—¿Y por qué se ha *morío?*—preguntó la que ostentaba el copete.

—¡¡¡Mira qué pregunta!!! Se murió porque *Pae* Dios quiso.

—¡Vaya con *Pae* Dios, que quiere que se muera la gente!—dijo en tono de severa desaprobación la encopetada.

—¡Calla, hereje! ¡Si te oye don Gil, te aplasta! Si no nos muriesemos, ¿cómo íbamos al cielo?

—Mariquilla, canta una copla, que quiero bailar. *Placia,* cuenta un cuento, que sabes más de mil. ¡Qué mil! Más de doce docenas también.

—Ana, di la relación del gato, ¡que es más bonita!...

—Carmen di la relación del Calvario.
Y la niña llamada Carmen dijo:

Yendo por un caminito,
Un postigo me he encontrado,
Abierto siempre al que llama,
Al que no llama cerrado.
Pasó por allí la Virgen
Toda vestida de blanco,
Y cuando volvió á pasar
Traía el vestido manchado
Con la sangre que su Hijo
En la cruz ha derramado.
Venid, cristianos, venid,
Caminemos al Calvario,
Que por pronto que lleguemos,
Le estarán crucificando.
Ya le hincan las espinas,
Ya le remachan los clavos,
Ya le hincan la lanzada.
En su divino costado.
Vinieron las tres Marías
Con los tres cáliz dorados
Para recoger la sangre
Que Jesús ha derramado.
—Al pie de la cruz estaba
Un rosal de blancas rosas:
De la sangre de Jesús
Háse caído una gota.
La rosa compadecida
Al punto la recogió;
Por eso es tan purpurina
La rosa de Jericó.
Ya vienen las golondrinas
A quitarle las espinas;
Ya vienen los jilgueritos
A quitarle los clavitos;

Ya vienen las tortolitas
A llorar tan tristecitas!

—Plácida, ¿no sabes tú la de San Pedro y las llaves del cielo?

—Sí, sí,—respondió Placidita, que era la sobrina de don Gil;—pero... tengo sueño.

—A la noche dormirás. Anda dila ahora. ¡Anda y no muelas!

La niña, dócil, dijo esta relación:

Levántate, Pedro,
Enciende candela
Y mira quién anda
Por la cabecera.
Los ángeles son
Que vienen al huerto
Y llevan á Cristo
El cáliz acerbo.

San Pedro tiene dos llaves,
Una con que cierra y otra con que abre;
Yo tengo otras dos: el Credo y la Salve.

Como atraído por la voz de la niña, á quien tanto amaba, don Gil se había venido acercando á la ventana, conteniendo á duras penas aquella risa de corazón que le causaba cuanto le gustaba ó hacía gracia.

—¡Jesús, señor, y qué salada que es!—decía.—¡Vamos que la chiquilla es un portento! ¿No es así, señora? ¡Bendita sea tu alma, chula, rechula! ¡Me la comería!

Entre tanto, las niñas proseguían en sus

entretenimientos: unas bailaban, cantándoles otras esta copla:

En el hospital del Rey
Hay un ratón con tercianas,
Y una gatita morisca
Le está encomendando el alma.

Aquella á quien se había pedido recitase la famosa relación del *gato*, complacía á su noble auditorio en estos términos:

Estaba señor don gato
En silla de oro sentado,
Calzando media de seda
Y zapatito picado.
Llegó su compadre y dijo
Si quería ser casado
Con una gata morisca
Que andaba por los tejados.
El gato, por verla pronto,
Cayó del tejado abajo:
Se ha rompido tres costillas,
Se ha descoyuntado un brazo;
Venga, venga presto el médico
Sangrador y cirujano,
Y sobre todo que venga
El doctor señor don Carlos.
El señor don Carlos manda,
Después de haberle pulsado,
Que maten á una gallina
Y que le den buenos caldos.
A otro día de mañana
Amaneció muerto el gato:
Los ratones de alegría
Se visten de colorado;
Las gatas se ponen luto;

Los gatos capotes largos;
Y los gatitos chiquitos
Dicen *miau*, *miau*, *miau*.

Acabada la relación, dijo la marquesa riendo:

—¿Pero es posible, conde, que estemos, yo refiriendo y usted prestando atención á semejantes niñerías? ¿Puedo acaso persuadirme que otra persona que yo se interese y sienta simpatía por estas producciones, tipos, de la más candorosa sencillez?

—Pues confieso que las he oído con sumo placer,—contestó el conde.—Esa relación del gato con el cuento de la hormiguita, y otras de ese género, son para mí recuerdos de la niñez de esos que sonríen por toda la vida, por larga que sea. Contábamelos mi anciana ama, que en los primeros años los oyó á su madre, que á su vez lo supo por la suya; vea usted aquí que á lo menos pueden jactarse de una incontestable antigüedad. Estos cuentos y relaciones son amigos y compañeros de la infancia, á la que alegran sin envejecer con ella.

Además, Conde, en los países de más alta cultura literaria, estos cuentos y cantos, tanto los populares como los infantiles que llegan á obtener la patente de popularidad y la ventaja de perpetuidad (ventaja que muchas obras de indiscutible mérito no obtienen),

son recogidos, impresos y conservados con el mayor empeño. Los indagadores estudian en estos cuentos y cantos el desarrollo, las primeras elaboraciones del pensamiento en su libre albedrío, la expresión innata de los sentimientos del corazón, la agudeza espontánea del entendimiento, como los botánicos estudian las plantas que crían, en su germen, y las plantas silvestres en sus hojas y flores. En cuanto á los poetas, recogen estas incultas, pero balsámicas obras de la naturaleza, como las perlas que forma la ostra, sin conocer su valor. Pero aquí no es ese el caso. Si algún presuntuoso ilustrado ó algún inflexible clásico nos estuviese oyendo, ¿qué pensaría de este tejido de nimiedades, niñerías y de reflexiones de alto vuelo que entretejemos?

—Señora, pensaría que tiene nuestra discusión el giro natural y libre de una conversación íntima y natural. Además, ¿qué nos importa lo que ellos pudiesen pensar? ¿Habla usted acaso de ellos? En ese caso, le diría con Luis de Góngora:

¡Triste del que á una roca pide orejas!

Prosiga usted, marquesa. ¿A qué evocar la imagen de la crítica como un fantasma, ante el cual se replegue la expansión de los gratos recuerdos de usted y se hiele su pintu-

ra en los labios? Estoy seguro de que no hay un poeta á quien estas cosas, si bien no le entusiasmasen como á usted, al menos no le hiciesen gracia. Prosiga esa pintura en sus menores detalles, hasta venir á las circunstancias que han motivado esa segunda carta, que espero ha de ser tan notable como la primera.

—Ya no sé—respondió la Marquesa con distracción—lo que decía. Ya se ve, como que esta excursión por mis recuerdos no es una relación, no tiene lo que hablo ni hilación ni una marcha marcada.

—Yo me acuerdo,—dijo el Conde:—las niñas estaban debajo del emparrado; don Gil oía con delicia á su sobrinita decir su relación.

—Sí, sí, recuerdo,—repuso la Marquesa, volviendo á animarse;—la relación en que decía tenía dos llaves del cielo. ¡Angelito! No necesitaba ninguna; su inocencia le abría las puertas del cielo de par en par. Mientras así se entretenían, uno de esos nubarrones ligeros y de formas caprichosas y esbeltas que llaman *gigantones*, como atraído él también por las niñas, llegó de prisa y se paró sobre el emparrado, como otro emparrado más alto y más ligero, y empezó á deshacerse en lluvia de diamantes, que brillaban al través de los rayos del sol al caer sobre las niñas; pero

estas nuevas Danaes, más recatadas que la madre de Perseo, echaron á correr con más ó menos gracia, con más ó menos ligereza, con más ó menos tropezones, cantando:

¡Agua, Dios mío,
Que se seca el río!
¡El trigo barato,
Y el pan á dos cuartos!

—Plácida, corazón!—dijo don Gil al verla entrar,—quiéreme parecer que estás hoy descolorida.

—¡Válgame Dios, hombre,—repuso su mujer,—cuál estás con la niña! No parece sino que se te va á derretir entre las manos como copo de nieve; nada tiene el angelito, y la vas á meter en aprensión.

Había pasado el aguacero, y las niñas se fueron á sus casas. Placidita se sentó en una sillita baja junto á don Gil, y echó la cabeza sobre sus rodillas.

—¿Qué tienes, hija mía del alma?—le preguntó su tío.—¿Te duele la cabeza?

—Sí,—respondió la niña, cuyas mejillas se iban enrojeciendo como el cielo cuando se pone el sol.

Jamás he visto consternación más marcada y dolorosamente expresada que la que en aquel instante se selló en el abierto y candoroso semblante de don Gil. Agachóse y tomó

á la niña en sus brazos, y mientras que con trémula mano la pulsaba, decía á su mujer:

—¡Francisca! ¡Francisca! ¡La niña tiene calentura!

—Vamos, hombre, no te asustes,—respondió la santera, acudiendo deprisa y poniendo su mano en la frente de la niña;—será un resfriado; voy á hacerle una taza de cocimiento de flor de violeta.

Marchóse apresurada; pero por pronto que volvió, ya la niña dormía en los brazos de su tío con aquel sueño pesado que es en los niños el precursor de sus enfermedades. Don Gil estaba inmóvil como una estatua y aun hacía esfuerzos para contener su respiración.

—¡Francisca!—dijo en voz que apenas se oía.—La niña está muy mal.

—¡Tales cosas!—contestó ésta.—Hombre, por Dios, no te apures; todos hemos estado malos de chicos, y todos vivimos.

—¡Menos los que se han muerto!—respondió con voz acongojada el marido.—¡Francisca! ¡Francisca! Si Dios se la lleva, yo me voy detrás; desde ahora te lo predigo!

—Toma este cocimiento, hija mía: tiene azúcar,—dijo la santera, levantando la cabeza á la dormida niña.

Esta entreabrió los ojos y bebió con ansia.

—Placidita, mi vida, mi corazón, ¿me

quieres?—preguntó don Gil, por tal de oir el dulce querido sonido de voz de la niña.

—Sí,—murmuró ésta.

Fué la última palabra que habló. A los tres días había muerto de garrotillo, ese implacable verdugo de los niños.

Me apresuré á ir allá con el alma oprimida y angustiado el corazón; pero al entrar en la casa, se serenó mi congoja.

La niña estaba en su cajita azul y blanca, blanca como la caja, rodeada de flores que parecían haber acudido allí como alrededor de una azucena para recibir su último perfume; nada había allí lóbrego, negro ni mustio; pues ¿á quién puede parecer triste la vista de un niño muerto? ¿A quién tétrica aquella tumba que se riega con flores, dulce privilegio de que las tumbas de los niños sólo deben gozar? ¿A quién puede parecer fúnebre aquel féretro, al lado del cual, en lugar de la solemne deprecación: *¡Dios le haya perdonado!*, sólo se oye pronunciar por cada cual esta sentida congratulación: *¡Dichoso tú! ¡dichoso tú!* ¿A quién puede afligir una muerte por la que nuestra madre la Iglesia repica como para una festividad? No, no es triste aquel féretro blanco y florido junto al cual, en lugar de entonar los ministros del culto el imponente *De profundis,* no se oye sino la dulce voz de los niños que cantan:

Las flores son para el suelo,
Y los niños para el cielo,
Adonde á Dios van á ver,
Y ya no quieren volver.
Que echen las campanas á vuelo
Que hoy hay un ángel más en el cielo.

¡Qué profundo buen sentido es el que hace que entre el pueblo en un *entierro de ángel*, se tenga una demostración de dolor por una profanación, como lo es una de regocijo en el entierro de los mayores! ¡Cómo comprende, con ese profundo sentido religioso que unos le niegan y otros quieren borrar en él, que es la muerte en la infancia un particular beneficio de Dios! ¡que el alma de un niño que muere es un alma privilegiada que Dios releva de las miserias humanas, y á la que da la corona sin el combate, la palma sin el martirio! (1) ¡Cómo conoce que la senda de la vida, que para los niños aún es llana y

---

(1) No queremos omitir aquí, por lo que confirma estas ideas, un epitafio á una niña, compuesto por un joven poeta andaluz amigo del autor.

Blancas rosas mi frente coronaron
Menos puras y bellas que mi alma;
Porque no combatí no tengo palma,
Pero tengo de flores una cruz.
Un sueño de inocencia fué mi muerte·
Angel de luz al despertar me ria;
Una cosa me falta, madre mia,
Una sola en el cielo... y eres tú!

está cubierta de flores, se hará áspera y erizada de espinas cuando dejen de serlo! ¡que entrarán ellos también en la gran lucha del bien y del mal, de que aún les aparta su inocencia, sin saber si saldrán vencidos ó vencedores!!!

Don Gil estaba sereno, como lo hubiera estado si hubiese visto al ángel de su guarda subir al cielo; pero también, como si éste le hubiese faltado, desapareció la alegría y contento de su existencia: ¡tal era la intensidad de cariño que encerraba aquel sencillo corazón! Ya no cazaba; en vano sus reclamos *piñoneaban;* en vano le repetían su *con el pie* (1) como para intimarle que con moverlos la llevaría al campo; su escopeta enmoheció; ya no iba á sus sembrados; desapareció aquel envidiable y nunca desmedido apetito. Hasta su voz se resintió del estado de postración en que cayó su espíritu; ya no llenaba la iglesia aquella admirable y poderosa voz que como hermana se unía á los magnos sonidos del órgano! Su gran corpulencia necesitaba todos estos estímulos físicos y morales para conservarle su actividad y para combatir la postración que debía producir el exceso de la parte material en aque-

(1) Voces de que se valen los cazadores de reclamo para clasificar los varios cantos de la perdiz.

la mole humana. Así fué que la parte vital se debilitó, sus órganos se entorpecieron y no pudieron combatir una espantosa hidropesía que estalló espada en mano. En breve se postró. Sentado en su lecho y respaldado en almohadas, porque no podía estar acostado, clavaba la vista sin cesar en la sillita que había sido de la niña, y que había mandado colgar en la pared; y á poco tiempo dejó de existir, sin que los cuidados y esmeros de su amante mujer hubiesen conseguido alargar su existencia.»

La Marquesa calló un momento, y después prosiguió:

—¡Oh, mi buen, mi excelente don Gil! ¡Tú, que llevaste á la tierra la inocencia de corazón con que por primera vez sonreíste á tu madre; tú, que tanto ruido y papel hiciste en tu iglesia y tan poco en el mundo... ya no existes! ¡Ya tú también me dijiste un *adiós* de aquellos que son citas para la otra vida! ¡Tú estás allá arriba gozando de Dios como acá abajo lo estuviste! ¡Tu espíritu no volverá por este mundo, pues sólo vuelven los de aquellos que atraen é inquietan razones poderosas ó grandes remordimientos, y tú no tuviste nada grande sino tu persona, y nada poderoso sino tu voz! Así, pues, como nadie te recordará, ni aun tú mismo, he querido hacerlo yo, pintándote tal cual fuiste; y

para pinceles he cogido una rama de los tristes cipreses y otra del alegre paraíso de tu casa, y con ellos te he retratado para que otros te quieran y sientan no haberte conocido. ¡Duerme en paz en tu tranquilo cementerio, rodeado de tus vecinos y amigos que á él te precedieron, y te han recibido agradecidos al hermoso *Requiem* que les cantaste! ¡Descansa de tu vida, que te cansó cuando llegó á faltarte la hermosa voz que interpretaba los cánticos y el objeto de tu amor tan puro como el de las flores al sol! ¡Oh! ¡Tú, que amaste y ejercitaste el canto y el latín sin comprenderlos, pliego blanco de papel en que estampó la fe sus adoraciones para ponerlas en manos del Señor, no me olvides allá arriba, donde estás con otros muchos POBRES DE ESPÍRITU Y RICOS DE CORAZÓN, y ruega por la que supo apreciar la suave almendra bajo su tosca corteza!

La Marquesa bajó la cabeza, escondiendo una lágrima en una sonrisa, como esconde la aurora una gota de rocío en una rosa.

—¿Va usted á llorar por el sochantre de Valdepaz, Marquesa?—preguntó el Conde.

—¿Y por qué no? ¿Qué ley de razón, de decoro ó de sociedad me lo impediría? De ninguna de sus propiedades es el hombre más arbitráriamente dueño que de sus lágrimas. Dejad brotar esas fuentes del corazón,

que prueban al correr que no está seco ni exhausto; dejad, por Dios, que se humedezcan los ojos, si no se han de asemejar á los de cristal de las figuras de cera.

—Marquesa, tenga usted presente que hay lágrimas de cocodrilo.

—Jamás las he visto. Hay más: tengo la tal creencia por una vulgaridad, y he de hacer un viaje al Nilo para averiguar el hecho.

—Pero supongo que no pretenderá usted, con ese panegírico de las lágrimas que tengan los hombres la debilidad de llorar.

—Ni lo quiero, ni lo dejo de querer; lo que niego es que el llorar sea, como lo llama usted, una *debilidad*. Dos veces he visto lágrimas de hombre en situaciones á las que dieron tal sello de solemnidad, que en mi recuerdo viven como dos monumentos imponentes ó imperecederos. Una vez vi llorar á mi marido á gritos, á sollozos: fué cuando murió su madre; y la profunda impresión que me dejó ese desgarrador y sublime dolor fué tal, que sólo su recuerdo me parte el corazón como un cuchillo. Otra vez vi caer por las mejillas de una persona querida lágrimas más terribles que gotas de sangre, en una de esas circunstancias que doblan al hombre de bronce como un junco, ponen esposas de hierro á sus manos, y soplan sobre su voluntad que apagan, como se sopla y se

apaga una luz. Vi esas lágrimas corrosivas como un ácido caer sobre su cano bigote, mientras partía en dos y tiraba su espada, y sólo el recordarlo me aterra; y ambos eran nobles hombres, bizarros y enteros. Las lágrimas, siempre que no sean afectadas ó mezquinas, son bellas, Conde; bellas, como lo es la riqueza que se expende. No obstante, haré concesiones al estoicismo masculino; admiraré, si usted quiere, la fuerza de voluntad que pára la corriente del agua viva, siempre que esta fuerza, este poder, no sea la paralización del hielo. Lo que sí quiero es que los hombres no escarnezcan, no desprecien, no condenen las lágrimas, pobres hijas del dolor, calladas, sin forma, sin color, sin acogida, que á nadie ofenden, y de que muchos se burlan.

—Pues yo no quiero que llore usted, Marquesa, porque las lágrimas que vierte yo las recojo, y al recogerlas, sufro más que usted al derramarlas. Por no verla llorar—¡tanto es lo que me aflige!—me haría acérrimo enemigo de las lágrimas.

—No haga usted tal, Conde, que las lágrimas no siempre son amargas y siempre son buenas: son, como dice un autor francés, el más seguro indicio del amor; y el amor ha sido el salvador del mundo. Dios hace del amor los dos grandes preceptos en que todos los

demás se encierran; pero éste falta, y esto es la perdición del mundo: su falta es causa de esa terrible guerra que aterra al orbe desde que el primer hombre sacudió el santo freno de la obediencia; guerra espantosa y universal que se hace con todas banderas, hasta con la de la humanidad y con la de la paz, y de que son víctimas desde el más inofensivo animalito de Dios, hasta los reyes y pontífices. No necesita el enemigo del género humano los vicios para perder al hombre; bástale arrancar de su corazón el amor, ese divino sentimiento que dió Dios al hombre así como á los ángeles.

—¡Así todos los predicadores tuviesen el privilegio de infundir la práctica de sus doctrinas como lo tiene usted cuando recomienda el amor, Marquesa! —dijo el Conde.— Pero vamos á ver esa carta que aún no hemos visto, qué referencia tiene con el buen sochantre que ya no ríe, que ya no canta, cuya melancólica muerte viene á probar á usted mi convicción, que es: que ni aun á la santa sombra de una iglesia, entre niños y entre flores, con el corazón sano, pura el alma y tranquila la conciencia, hay en este valle de lágrimas quien no las vierta.

—Esta carta—contestó la Marquesa—es la respuesta de su pobre mujer, á quien escribí

el pésame. No la ha escrito, pero se la ha dictado al nuevo sacristán.

La Marquesa alargó la carta á su amigo, que leyó:

«Señora: ¡No sé ni cómo me han quedado ojos para llorar! He visto apagarse al que era su luz y la alegría de mi casa. ¡Cómo le sorprendió la muerte, señora! Pero no por eso la recibió mal, sino como cristiano que sabe que la vida es un préstamo. Muchas veces se acordó de su señoría, y el día antes de morir me dijo: «Dile á la señora que ya no cantaré el *Miserere* en la tierra; pero que, mediante la misericordia infinita y méritos de nuestro Redentor, cantaré allá arriba el *Gloria.*» Y al verme llorar, añadió: «Francisca, no llores; las lágrimas siempre me han hecho contradicción; no se deben llorar más que las culpas. Te dejo con qué comer. Así, no te aflijas ni vayas contra la voluntad de Dios, que dispone las cosas; confórmate y acuérdate de que *cosa cumplida... ¡sólo en la otra vida!*» Señora, me lo he tenido por dicho; no lloro... y aguardo.

»Dios envíe á vuestra señoría todos los consuelos que expende, y la colme de venturas como los pobres de bendiciones.

»Su obediente criada, FRANCISCA MARTÍNEZ.»

—Señora,—dijo el Conde—devolviéndole

conmovido la carta,—esta vida del sochantre, así como los anteriores hechos de que nos hemos ocupado, que, lejos de ser cosas extraordinarias y novelescas son sucesos comunes y cotidianos que se suceden á nuestra vista siempre como el dia y la noche, sólo probarán que la vida se compone de esta constante alternativa, siendo todas y cada una de estas catástrofes, lecciones y avisos con que Dios nos recuerda, como dice un piadoso poeta francés, que

La terre est un éxil; la patrie est aux cieux!

(Un destierro es el suelo;
La patría está en el cielo!)





DIÁLOGO CUARTO

EL GENERAL

L'honneur est un rocher
Escarpé et sans bords;
On n'y peut plus rentrer,
Dès qu'on en est dehors!

DOY á usted la más sincera enhorabuena,—dijo con alegría la Marquesa de Alora al Conde de Viana.—Ciertamente aturde la prodigalidad con que expende la fortuna sus dones á la familia de la hermana de usted, la generala Peláez. En poco tiempo la mujer de su hijo Adrián, que está en la Habana, hereda una inmensa fortuna; su yerno el Conde de Povar gana un reñido pleito, y ahora honra la REINA á su hijo mayor con la gran cruz de Carlos III. Sabido es que la fortuna toda es extremos. ¡Gracias cuando acierta á escoger por favoritas personas que tanto merecen serlo! Lo que, por desgracia, no siempre sucede. Otro mo-

tivo, además de mi buena amistad, me lleva á celebrar esta constante serie de venturas, y es ver que los hechos se han puesto de mi parte para probar á usted en sus propios allegados que, por más que diga, por más que repita su triste cantilena, hay personas para quienes la vida es bella, dulce y cumplida.

El Conde no respondió; pero por sus labios vagó una sonrisa tan amarga y tan triste, que expresó más de lo que hubiesen podido hacerlo muchas razones negativas.

—Difícil sería—prosiguió la Marquesa—que se hallase un pero que poner á la felicidad de esa familia. La hermana de usted es una de aquellas mujeres que han pasado por todos los estados de la existencia femenina, siendo en cada cual su modelo. Bella y joven, unió su existencia á un hombre, á quien antes de amarle graduó digno de serlo, y que, por lo tanto, obtuvo el beneplácito de sus padres. Cuando fué madre, hizo, como dice Balzac, su cielo del amor materno. Cuando sintió irse su juventud, se impregnó, digámoslo así, de dignidad; la que es en la edad madura un brillo de oro que reemplaza el sonrosado de la juventud. Cúpole la mayor felicidad de la mujer: la de poder vanagloriarse de su marido. Siem-

pre tranquila, sosegada siempre, nadie cual ella acertó con el secreto de la vida, que es como el agua: todo lo que la agita la enturbia. ¿Es verdad esto, Conde?

—Es cierto, señora.

—El general era el cumplido tipo de los marinos españoles del pasado siglo, á los que perteneció. Caballero, culto, científico, bizarro y consagrado á su deber, llevaba en su hoja de servicios el gran nombre de Trafalgar, magnífico canto del cisne de la marina española. Su presencia era hermosa, su alcurnia esclarecida, su caudal pingüe, su modo de sentir y de conducirse el que correspondía al cumplido caballero, de que mereció y obtuvo el lauro. ¿Es verdad esto, Conde?

—Es cierto, señora.

—Crecieron sus hijos sin que la muerte le arrebatase ninguno; la escogida educación que les dieron sus padres cayó en buen terreno, é hizo de ellos personas de mérito; y al mérito siguió la suerte. El mayor ha hecho toda esta última guerra con indisputable distinción, y ajeno de toda pasión mezquina, como compete á todo noble militar, ocupa en el Senado un asiento que honra. Su hijo segundo, si bien he oído decir que fué en sus primeros años un poco disipado, sentó muy luego, y hoy día vive en una

posición elevada y ventajosa en la Habana; y su linda hija, casada con un Grande que es el tipo de cuanto bueno y amante encierra el corazón del hombre, rodeada de sus hijitas, como una rosa de mariposas, es la más feliz de las mujeres. Sería esta privilegiada familia ciertamente el blanco de la envidia si no fuese porque es tan bella la virtud que se hace perdonar las ventajas en los que la practican, aun de la misma envidia. ¿Es verdad esto, Conde?

—Todo es cierto, señora.

—Tan sólo una desgracia ha tenido que llorar en su vida la hermana de usted, y fué la muerte de su marido. ¡La muerte! ¡Esa es, sí, la gran catástrofe del mundo, esto es, perder á los que se aman; pues en cuanto á nosotros mismos, la muerte no me inspira tedio ni horror, si es santa y buena. Siempre he preferido mirar ese trance, no como el triste fin de la vida, sino como el glorioso principio de la eternidad; así como prefiero pensar en la clemencia de nuestro Juez, á pensar en su justicia; esperar, á desconfiar; amar, á temblar; agradecer, á temer. Pero la generala es tan virtuosa, que sobrellevó este golpe terrible con mucha fuerza y vigor.

—Diga usted RESIGNACIÓN, Marquesa. La virtud, que es un combate contra nuestras malas propensiones y nuestras debilidades,

cuando está aislada, es presuntuosa, no cuenta sino con sus propias fuerzas, y tiene por auxiliares al orgullo y la vanagloria, que dan el *valor*. La virtud cristiana desconfía de sí y acude á la gracia; y son sus auxiliares la sumisión y la oración, que dan la *resignación*.

—¡Bien definido, Conde! RESIGNARSE es dulcificar el dolor, respetándolo como compañero; *llevarlo con valor* es combatir al dolor y vencerlo como á enemigo. Puede, pues, que ese dolor *dulcificado* y no *vencido* haya engendrado en su hermana aquella afable gravedad, aquella seriedad tan dulce, aquella dignidad tan indulgente que forma la elevada atmósfera que la circunda, y es para sus amigos tan deliciosa de respirar; así es que siempre se ve rodeada como una reina, porque su trato eleva y su contacto purifica. ¡Oh! ¡Cuánto envidio esa vejez, que haría amar la temida acción de los años, cuando sobre la sien de la mujer repone una corona de flores con una diadema de perlas! Ahora bien, Conde, decidme: ¿puede la fantasía más creadora imaginar una existencia más cumplidamente feliz, así interna como externa?

—No es posible; esta es la opinión general.

—Y la suya particular, señor mío, ¿no es acaso la misma?

—Podría no serlo.

—Eso dice usted por negarme un triunfo, uno siquiera, cuando tantos contra mí ha alcanzado. Esto es poco generoso, Conde. Mire usted que á pesar de sus bellas canas, que tanto me gustan y que tanto honro, voy á calificar á usted de obstinado.

—¡Ojalá, ojalá fuese esa la causa de mis restricciones!

—Conde, ahora añado que es usted como el reloj de Pamplona, del que se dice que apunta, pero no da.

—Dejemos indeciso este nuevo caso, amiga mía, y conservemos ambos el juicio que cada cual haya formado.

—Es que una vez siquiera quiero vencer, ya que la victoria se me viene á las manos.

—Bien, me doy por vencido.

—Nada de eso: quiero conquistar la palma como trofeo, no recibirla como tributo; quiero convictos y no rendidos. ¿Por qué huir del combate, usted que es tan intrépido guerreador? Es claro, es claro, es porque no tiene usted armas, esto es, razones que oponerme.

—Cuando empezó usted esta contienda conmigo, bella paladina de la felicidad, me dijo usted con harta razón: «En nuestra á la vez perfumada y pestífera esfera no se ensanchan las ideas, no se exaltan los senti-

mientos, no se multiplican las sensaciones sino á expensas de la felicidad pasiva, negativa si usted quiere; pero dulce, alegre, tranquila y suave, que es y debe ser el patrimonio de seres caídos, condenados á una vida mortal y de trabajo; pero esta felicidad existe: yo se la enseñaré en su sencillez y pureza, sin traspasar sus límites, como el manso río.» Ahora bien: si hemos recorrido esas tranquilas esferas, á las que no llegan ni altas exigencias ni refinados vicios, ni envenenadora ambición, ni la susceptibilidad melindrosa, y no hemos hallado lo que buscaba usted, esto es, un sol perenne, una suave y constante brisa, flores sin ajarse, voz que cante siempre y no suspire, ¿cómo puede usted pensar que hallemos ésta en estas regiones en que hemos pulido el cristal á punto que lo empaña un soplo?

—Pues lo hallé, lo hallé, —dijo alegremente la Marquesa.—Confundo á usted... le hago ahora mismo abjurar su errores; aunque bien sé que, como Galileo, ha de persistir en que *no se halla*, *no se halla*.

—Y, como Galileo, tendría razón; la tierra se mueve, ¡igualmente movible es la felicidad!

—¿Con que será usted capaz de sostenerme que la familia de su hermana no es feliz? ¿Que el general, que vió todos sus deseos cumpli-

dos, que no lloró sobre la tumba de ninguno de los suyos, no murió feliz?

—¿Quién puede saber, señora, el secreto que cada corazón lleva consigo á la tierra?

—¿Qué secreto amargo puede llevar consigo el que muere en el seno de la religión, en los brazos de los suyos, bendecido y bendiciendo, sonriendo á la vida, que fué bella, y á la muerte, que lo es también porque lo fué la vida? ¡Oh! ¡Morir así es una buena y dulce muerte! Se la envidio.

—¿Con que envidia usted la muerte del general?

—Como el mayor bien de la vida.

—Pues, señora,—dijo el Conde con acento amargo é incisivo,—sepa usted que el general murió de dolor y de vergüenza.

Al oir estas palabras, la Marquesa miró asombrada al Conde, y viendo la solemnidad de su mirada, que sentía hondamente lo que decía, creyó estar soñando.

—¡Qué dice usted, señor!..—exclamó consternada.

—Una verdad, señora, que con la felicidad de mis hermanos, que hizo naufragar, yace en el oculto seno de un mar amargo de dolor.

—¡Dios mío!, Conde... ¿sabe usted que me he quedado fría como el mármol, trémula como las hojas de los alisos? ¡Jesús! Ni yo ni nadie sospechaba...

—¡Oh, Marquesa! Este es un terrible secreto; secreto que, cual el tigre ávido de sangre, se introdujo de noche y á paso lento en un hogar, para destrozar el corazón de una familia.

—¡Me estremece usted, Conde!

—Y con razón, señora—repuso el Conde, apoyando su frente sobre su abierta mano.

—¡Pobre amigo! ¡pobre amigo!—dijo la Marquesa.—Perdone usted si con imprudente mano he tocado una cuerda que vibra tan cruelmente en su corazón; pero estaba tan ajena...

—Lo creo, lo creo; si sus suaves y blancos dedos sólo querían coger la rosa, no es culpa suya si se punzó con la espina que ocultaba.

—¡Ay de mí! ¡ay de mí! ¡Imprudente!—exclamó la Marquesa.—Perdone usted, amigo; nada quiero saber. Doblemos la hoja, oculte usted mi tierno interés con el secreto en el silencio; el respeto á la desgracia es el más sagrado, después del respeto á Dios.

—No, Marquesa, es usted de la familia; y es usted más: es una amiga verdadera; y los amigos son la familia del corazón. Sabrá usted la desgracia que, cual un cáncer, ha destruído la felicidad de mis hermanos; y cuando sepa que es de las que no tienen consuelo, comprenderá que no es la muerte la grande y mayor catástrofe del mundo.

—Conde, déjeme usted ignorar una desgracia, si no puedo remediarla.

—¿Me niega usted su interés?

—¡Hable usted, Conde, y así sea un bálsamo para usted!

—Acertada anduvo usted al delinear la vida de mi sobrina mayor, la que, cual un terso y transparente cristal, no tiene una mancha; mas no fué tan acertado su juicio sobre su hermano menor, Adrián. Este dió á sus padres muchas penas. Empezó por ser expulsado del colegio de artillería. Hay muchos casos en que esto no supone falta de alcances, ni incapacidad, ni maldad, y que es sólo debido á naturalezas tímidas ó débiles, al tedio, al cansancio, á veces á la desesperación, por verse el indefenso blanco de esa horrible crueldad que ejercen los muchachos unos sobre otros, tanto más repugnante cuanto es puesta en juego por los mayores sobre los menores, por una asociación sobre un individuo aislado. Aturde que á semejante vejamen no se ponga coto en un Cuerpo que con razón se jacta de producir, no solamente hombres científicos y brillantes militares, pero también caballeros cumplidos, siendo una de las primeras cualidades de los tales la generosidad, y lo más contrario á esta cualidad el abuso de la fuerza con el débil, la opresión en quienes se jactan de equitativos,

el despotismo en quienes se jactan de liberales! Triste es decirlo, pero hay una edad en que el hombre es cruel, fría y ferozmente cruel.

—¡Cierto, cierto!—exclamó la Marquesa al oir tocar al Conde las cuerdas más vibrantes de su corazón.—¡Cuántas veces lo he dicho! ¿Por qué no se enseña á los niños, antes de todo, los buenos sentimientos, y entre éstos el primero de todos, el más bello, el más santo, el más simpático, la compasión? La compasión es un bálsamo divino que Dios puso en los corazones para ungir con él los males ajenos, sean cuales sean ellos y quien los padezca. La propiedad de sufrir es legítima acreedora de la de compadecer. Cada dolor físico ó moral que hayamos visto sin compadecerlo, á mi entender, clamará acaso más en contra nuestra ante el divino tribunal, que todos nuestros vicios. Cada vicio trae consigo su detestable atractivo, su perniciosa propensión; pero la crueldad es un horroroso monstruo engendrado de sí mismo, al que ni el mismo genio del mal se atrevió á dar corriente ni seducciones.

—Marquesa,—dijo el Conde,—debiera usted poner una cátedra de buen corazón.

—De bonísima gana la dotaré, amigo mío; búsqueme usted un profesor celoso, y todos lo aplaudiremos. Pero... ¿decía usted que Adrián fué expulsado del colegio?

—Sí, y este fué el primer dolor para aquellos padres exageradamente pundonorosos; porque, sea merecido ó no merecido, el desaire que lleva un hijo es para sus padres un punzante dolor. A varias cosas quiso su padre aplicar á Adrián; pero éste á ninguna quiso dedicarse con constancia. Entretanto, fuese haciendo calavera, porque la ociosidad en cierta edad es un precipicio que se abre á nuestros pies, y por su borde son pocos los que caminan sin tropezar ó marearse.

Ultimamente su padre determinó escasearle el dinero, de que tan mal uso hacía; y no siendo mi hermana de aquellas madres débiles que por un mal entendido amor contrarrestan las medidas de prudente rigor de sus maridos, consintió en la determinación que tomó su padre de enviar á su hijo á la Habana, al lado de un tío suyo, gobernador de un castillo, para que allí lo sujetase con la disciplina militar. Con este objeto marchó Adrián á Cádiz, para esperar la ocasión de embarcarse. Fué recomendado á una prima de su padre, viuda de un brigadier de marina, señora digna y respetable, que tenía algunos bienes de fortuna. Vivía sola con una criada en un cuerpo ó partido de casa, en un barrio poco frecuentado.

Recibió esta señora á su sobrino con sumo agrado; le dió, no sólo las cantidades

que su padre le asignó, sino algunas otras que por vía de préstamo supo Adrián sacarle. ¡Lejos estaba la excelente señora de pensar que esas sumas se empleaban en vicios! Pero al fin lo averiguó, porque en la misma casa, en el cuerpo que estaba sobre el que ella habitaba, se había establecido una casa de juego, y la criada de la señora, que era curiosa y entrometida, notó que Adrián, al salir de ver á su tía, subía á la casa de juego, y se apresuró á participarlo á la señora. Esta, como era de presumir, reconvino á su sobrino, que en adelante no pudo contar con la generosidad que tantas veces había venido en su auxilio. Adrián entonces escaseó sus visitas, y acabó por no ir nunca á casa de su tía, que le perdió de vista. Mala señal es cuando los jóvenes se retiran del trato.

—¡Ya lo creo, Conde! Bien sabido es, y á honra nuestra se ha dicho, que á medida que el hombre se engolfa en vicios, se aleja del trato de las señoras. Siempre he visto que es un instinto elevado y aristocrático el que lleva á los jóvenes á frecuentar la sociedad nuestra; y siempre he augurado bien de aquellos que han preferido la buena sociedad á los casinos y á los cafés. Pero... prosiga usted, Conde; se lo suplico.

—Era una negra y silenciosa noche de in-

vierno; habíanse ya marchado algunos amigos que solían acompañar á la brigadiera hasta las diez; la criada, que estaba indispuesta, se había acostado, y la señora, sentada al brasero, rezaba sus oraciones á la desmayada luz de un reverbero económico, que barruntaba sería en breve pasada la hora de su servicio.

La lluvia sonaba monotona contra los cristales, como la péndola de un reloj; el viento se desplomaba por el ojo del patio, matando ó haciendo vacilar las asustadas llamas de los quinqués de la escalera, y esparciendo el fétido tufo de sus pábilos.

La mar reventaba sus monstruosas olas contra la muralla de la ciudad, denominada de Capuchinos, salpicando aquella parte de la población con sus ásperas aguas y sus amargas espumas.

Un temporal en todas partes es triste; en Cádiz... es lúgubre! Recordaba la señora varios sucesos horribles acaecidos en Cádiz; Cádiz, que es tan bello y risueño de día y con sol, pero en el que, como en todo pueblo en que afluye mucha gente y mucho dinero, tantos horrores de noche, y en secreto, se habían cometido! Vínosele á la memoria que poco antes, en una casa de su propiedad, no lejos del Hospital del Rey, habiendo tenido que desenlosar un oscuro y

retirado patinillo para componer una cañería, se habían hallado dos esqueletos profundamente enterrados; que se había dado parte á la justicia, y que todas las averiguaciones que ésta hizo sólo alcanzaron á verificar que en algún tiempo aquella casa había sido uno de esos perniciosos antros del vicio llamados casas de juego; de lo que se vino á colegir que algún forastero habría pagado cara su buena suerte en ese indigno pasatiempo, en el que—¡oh ignominia!—se confunde el hombre bien nacido con ladrones, truhanes, perdidos, ¡hasta con asesinos! arrastrado por un vicio que, sin más incentivo que la codicia, conduce á la deshonra, á la desesperación, y hasta al crimen! Arrepentíase de seguir habitando aquella casa en que se había establecido un garito, hallándose así expuesta á rozarse en su escalera con tahures y gentes de mal vivir, y proponiéndose cuanto antes el alejarse de tan despreciable vecindad.

De repente tocaron á la campanilla. La brigadiera se sobrecogió, como si la hubiese tocado la pila de Volta; mas sobreponiéndose á su estremecimiento físico, la señora, que era animosa y serena, sabiendo que su criada estaba recogida, se levantó y fué á abrir. Apenas levantó el picaporte, cuando fué atropellada por la puerta, empu-

jada con violencia por un hombre embozado y enmascarado, que se arrojó dentro y cerró tras sí, y sacando un puñal, la amenazó en queda y honda voz de asesinarla, si no le entregaba el dinero que poseía. La señora, que ya dije á usted era serena, no perdió la cabeza; conoció que el lance era perdido, y que sería muerta si resistía ó gritaba, y así le contestó que estaba pronta á darle cuanto tenía, con tal de que no la maltratase. Entraron ambos en la sala, cogió la señora con trémula mano las llaves que estaban sobre la mesa, y pasó á la alcoba, en donde se hallaban sus cómodas. Pero apenas estuvo en ella, cuando con una sorprendente presencia de ánimo, cerró la puerta, corrió el cerrojo, se arrojó á la ventana, que abrió, y se puso á gritar: *¡Ladrones!* Mas ¡cuál sería su asombro al oir una voz harto conocida que desde la sala le dijo con imponderable angustia:

—¡Señora: por Cristo crucificado, no me pierda usted! ¡Soy yo! ¡Yo, miserable, desesperado, loco!

Se acerca, y abre. Adrián, tirando el antifaz, se echa á sus pies y abraza sus rodillas.

Las gentes de la casa se habían agolpado al portón y llamaban amenazando hundir la puerta; la guardia de la vecina casilla había acudido; los serenos tocaban sus pitos;

Adrián se arrancaba el cabello; el asombro había convertido á la señora en la inmóvil y pálida estatua del espanto.

Marquesa, ¡cuántas veces se ha dicho, y cuántas veces se tiene que repetir, que la mujer es una heroína cuando á serlo la mueve la generosidad! Sobreponiéndose á todos los sentimientos de pavor, de indignación, de ira, de desprecio, que la agitaban y turbaban sus facultades, la señora levanta á Adrián, lo esconde en una alacena, serena su rostro, y abre la puerta, recibiendo con la sonrisa en los labios á todo el gentío reunido á la puerta.

—Entren ustedes, señores,—dice con risueño y tranquilo semblante;—entren ustedes á recibir las excusas de una mujer medrosa y pusilánime que asustada porque el viento movió una cortina, creyó ver un hombre en una sombra, y aturdidamente ha alborotado el barrio; pero no ha sido nada, nada, sino mi visionaria imaginación!

Sacando en seguida vino y bizcochos, regaló á todos, con todos se chanceó, repartió algún dinero entre los serenos, dió á todos las gracias, y los despidió como habría despedido á su tertulia.

Cuando todo volvió á quedar tranquilo, abrió la alacena. Adrián salió pálido como el criminal que llevan al cadalso; quiso decir

algo sobre su deuda de honor, sobre sus ulteriores intenciones; pero la señora, poniendo uno de sus dedos sobre sus labios, y señalándole con la otra mano la puerta, le dijo:

—¡Sal! Y ojalá te sea dado olvidar lo pasado, como procuraré hacerlo yo.

El Conde calló: estaba pálido como un enfermo; la Marquesa estaba encendida como el metal que ha estado sobre ascuas.

—Conde,—dijo al fin con tímida voz,—¡de esto hay tanto tiempo!... Adrián aprovechó la terrible lección, y es hoy día un hombre honrado, un hombre de valer; aquello fué un dislate debido á la irreflexión. Adrián fué un loco, un aturdido.

—Fué un *ladrón*, señora; esas disculpas que se dan á las maldades son las peores adulaciones.

—Pero, amigo mío, aun supuesto el mal, ¡señor, por Dios! ¿y el santo perdón? ¿y el generoso olvido.?

—Señora: sólo Dios perdona y olvida; el mundo no conoce semejantes mercedes. El honor, que es su conciencia; la opinión, que es el tribunal de sus fallos, estigmatizan sus sentencias con tinta indeleble. Señora, deshonrada quedó aquella pura sangre asturiana, y harto más manchada que lo hubiese estado con sangre mora. Puede usted ver aquella tumba de un hombre honrado abierta

por el dolor y la vergüenza que cubre una lápida negra, sobre la cual prohibió el que bajó á ella que se esculpiese su noble blasón que mentía, pues era su lema SIN MENGUA. Levante usted sobre la frente serena de mi hermana la venda de plata que cubre su sien, y verá en sus hondas arrugas la marca de un incesante dolor, de un baldón indeleble, y el culpable, señora, es el hombre más desgraciado. Se considera, con razón, parricida, Júdas de su ilustre estirpe, y excluido de la noble esfera de los hombres honrados. Sus remordimientos, si bien ocultos á los ojos de los hombres, le roen el corazón, como el buitre á Prometeo.

—Conde: no sea usted tan inexorable en sus juicios: el arrepentimiento purifica, la enmienda rehabilita.

—El arrepentimiento no quita, al contrario, aguza el remordimiento y le hace principio y parte de la expiación; y manchas hay que, cual las del hierro, gastan la trama, que muere con ellas.

Ambos amigos quedaron por mucho tiempo sumidos en un penoso silencio.

—Por cierto—dijo al cabo de algún tiempo la Marquesa—que no es fácil comprender cómo la brigadiera, esa señora tan discreta y dotada de tan delicada presencia de ánimo, que tan bien se condujo con el hijo, no lo

hiciese igualmente con los padres, dejándoles ignorar lo que nunca debieran haber sabido.

—No, señora, no fué aquella digna matrona quien cometió ese acto de crueldad. Fué el caso que la criada, al oir los gritos de su ama, se había arrojado de la cama, y corriendo para ponerse en salvo, pasó ante la abierta puerta de la sala en el momento que Adrián abrazaba las rodillas de su tía, y oyó lo que le decía. Retiróse en seguida á su cuarto, ya tranquila, y no se volvió á presentar sino cuando la sala estaba llena de gentes. Nunca llegó á sospechar la señora que tan temible testigo hubiese tenido la terrible escena que he descrito. Poco después la criada buscó un pretexto, y se despidió. Por aquel entonces llegó á casa de mi hermana una mujer que exigió hablar en particular á mi cuñado, que la llevó á su despacho, en que se encerró con ella. Nadie supo lo que entre ellos medió; pero cuando salieron, el uno llevaba en su corazón el golpe de muerte que en breve lo había de llevar al sepulcro, la otra una buena fortuna, con la que se estableció en Medina, pueblo de su nacimiento, dando por fuente de su riqueza la herencia que le dejara un imaginario pariente fallecido en América; pero su origen real era el precio en que había vendido su silencio. Ya ha muerto. ¡Dios la haya perdonado!

—Al menos, Conde, hay el descanso de que esta desgracia está por siempre sepultada en el misterio.

—Señora... ¡qué triste consuelo! El misterio es una mentira, es una máscara, es una luz artificial. ¡Pobre hermana!

—¡Válgame Dios, Conde! Y el General, ¿tuvo valor para decirle el fatal secreto?

—¡Qué quiere usted, Marquesa! En todas cosas se apoya la mujer en el hombre menos en el dolor, que entonces se apoya en Dios. El hombre en todas cosas se apoya en sí mismo, menos en el dolor, en que se apoya en la mujer; porque consolar es uno de sus más bellos dones, de sus más dulces prerrogativas. ¡Pobre del que en sus aflicciones no tiene una madre, una mujer, una hermana, una hija ó una amiga!

—Además de esto, — añadió la Marquesa,—siempre he notado que el hombre, con una inexplicable crueldad, echa sobre su mujer parte de las faltas de los hijos, y ésta se resigna gustosa á soportarla, si cree que al hijo se le descuenta. Si aquella mala mujer se hubiese abierto á la madre, es bien cierto que nunca habría sabido tan infausto secreto el padre. Las madres tienen un manto de amor con que cubrir las faltas de los hijos, tan tupido y tan extendido, que á veces se tapan con él hasta sus propios

ojos. ¿Y dice usted que el General no pudo resignarse?

—No, señora; aquella cabeza, tan erguida hasta entonces, se dobló; aquel esforzado veterano se postró como la robusta encina que derribó el rayo. Taciturno y misántropo, huyó del trato de las gentes: una espantosa ictericia, una incombatible consunción, le llevaron en breve al sepulcro. Antes de morir hizo tres partes de su caudal, de que envió una á su hijo Adrián, á la Habana; en ella descontaba diez mil duros, precio del silencio de aquella miserable. La carta que acompañaba esta remesa sólo contenía estas palabras: «No vuelvas á España mientras vivan tus padres.» Ahora bien, Marquesa: ¿qué dice usted? ¿Envidia aún la vejez de mi hermana? ¿Es feliz el que lo parece? ¿Es oro lo que brilla?

—¡Conde, por Dios!... Tales deli... extravíos, son tan poco comunes, como lo es el delicado y excesivo pundonor de sus hermanos. ¡Hoy día la indulgencia es tan grande, tan lato el círculo que abre la sociedad!...

—De esto me quejo,—exclamó con violencia el Conde;—me indigno de ver esta sociedad, cual una Mesalina, recibir á todos igualmente en su seno. El mismo caso hace, las mismas atenciones tiene con la mujer de-

pravada y de mala índole, que para la mujer virtuosa y delicada. Más graciosa es su sonrisa para la niña vana y disipada, que para la niña modesta y recogida, y cada cual alarga lo mismo su mano al hombre de bien que al que no lo es. Lo mismo se acata al mérito que á la atrevida presunción. ¿Hay acaso lauro para el hombre de virtudes? ¿Hay acaso repulsa para aquel que ninguna conoce, aprecia ni practica? Mientras el tribunal de la opinión no haga justicia, seguirá este espantoso caos en que vivimos.

—Pero á algunos hombres se hace justicia, señor: podría citar á usted.

—Las excepciones prueban las reglas, señora; pero lo general es ver á la opinión, cual indolente sultana, sin nervio y sin energía para alzarse en su tribunal á separar, como es su deber, el trigo de la cizaña; muy al contrario, se la ve acatar á las fortunas sin tomar en cuenta su origen; y no por benevolencia, porque si con una mano inciensa, con la otra levanta denodada y malévolamente el velo que cubre sus misterios, y se ríe, al ver al fraudaloso, al falsario, al venal, la impunidad que seduce, el ejemplo que arrastra, la indiferencia que incita para lo malo y desmaya para lo bueno! El *indiferentismo*, señora, que es la parálisis de la virtud, ese es su estado.

—Conde; ¿dónde ve usted eso? ¡Qué fallos tan injustos y acerbos! ¿En qué paleta ha hallado usted los colores para ese cuadro inverosímil que lastima la vista?

—Perdone usted, amiga, pues es cierto que hago mal en constituirme en Herodes de sus ilusiones. Usted no conoce nada de eso, pues como la blanca nube de verano, vaga usted en una pura atmósfera cual ella, no recibiendo más matices que las rosadas tintas del sol, ni más impresiones que de las suaves auras del cielo que nos elevan; pero crea usted, amiga mía, que entre las cosas CUMPLIDAS QUE SÓLO SE HALLAN EN LA OTRA VIDA, ES LA PRIMERA LA JUSTICIA.



DIALOGO QUINTO

EL QUINTO

Et mon fils est-il mort! Ah, mon Dieu! quel sacrifice! Et là dessus elle tombe sur son lit. Tout ce que la plus vive douleur peut faire, et par des convulsions, et par des evanouissements, et par un silence mortel, et par des cris étouffés, et par des larmes amères, et par des élans vers le ciel, et par des plaintes tendres et pitoyables, elle a tout éprouvé.

Madame de Sevigné.

Otra quinta decretada! — exclamó el Conde de Viana, tirando sobre la mesa un periódico que leía. — Hé aquí, Marquesa, un gran mal que hace preciso la necesidad de precaver otros mayores. ¡Pobres campesinos! ¡Como si no os bastasen vuestra miseria y afanes! ¡Oh, triste mundo, amiga mía, triste mundo!

—Pero, Conde,—contestó la Marquesa de Alora, — si algún argumento fuerte existe contra aquellos que se empeñan en demostrar lo infeliz y miserable de la suerte del campesino, es éste cabalmente: el terror y desesperación que infunde en los pueblos el anuncio de una quinta. En efecto: nada es

comparable á la agonía con que los padres dicen de un hijo suyo: «¡Ya le toca meter mano en cántaro!» Todo el mundo sabe los sacrificios que hacen los mozos para libertarse de ser soldados: se han herido y han emponzoñado sus heridas para hacerlas aparecer como úlceras; se han arrancado dientes, y ha habido mozo que se ha cortado un dedo para lograr su objeto. Toda esta repugnancia se equivocaría el que creyera que fuese contra el estado militar. Tampoco prueba miedo, porque el valor es innato en el hombre, es una virtud primitiva, y se encuentra en toda su consistencia en el campo, adonde no ha llegado la molicie y enervamiento de las cultas ciudades. No originan tampoco esta repulsión los trabajos, porque más pasan en su afanosa existencia; no la causa su manutención, porque el soldado se nutre mejor que el campesino, que en verano sólo gusta y apetece gazpacho; no el vestir, porque el soldado está bien vestido; no la tristeza de la vida militar, pues es conocido que no hay nada más alegre que el soldado, nada hay más gozoso que esas bandadas de gente joven y sin cuidados, que llevan la vida harto más ligeramente que su mochila, y que cuando fuera del servicio se entregan libremente á sí mismas, hacen rebosar estrepitosamente su alegría en cantos,

bailes, juegos, cuentos y chanzas. Nada de esto, pues, produce ese inmenso dolor y angustia que se esparce por los pueblos al anunciarse el sorteo; sólo se funda en la pena de la ausencia y en verse arrancados de su tierra y de la vida que aman, de su hogar y de sus cariños. Para no cambiar su situación, les parecen pocos todos los sacrificios. De lo demostrado resulta bien claro que miran su situación como feliz.

—Diga usted que la aman; pero no deduzca de esto que la crean feliz.

—Conde, mala es la causa para cuya defensa se acude al sofisma, y lo es lo que acaba usted de decir. ¿Qué otra cosa puede hacer amar una situación sino la felicidad que brinda? Para probar á usted todo este apego al hogar, á la familia, á sus amores, referiré á usted un suceso acaecido poco ha, y que me ha referido mi doncella con todos sus más mínimos pormenores, por haber acontecido en su familia. Lo contaré con la escrupulosa exactitud que pongo en cuanto le refiero, porque la más pequeña *fioritura*, el más mínimo adorno poético, le privaría quizá de su sello de verdad, de su pureza genuina popular, lo que quitaría á mis cuadros su autenticidad, y daría lugar á que me dijese usted con su sonrisa incrédula: «Compone usted novelas, amiga mía; las compone

usted sin querer, engañándose á sí misma; es usted como el escultor, que con un poco de barro hace un santo.» Nada de eso; soy un vulgar daguerreotipo: el que no quiera ver las cosas según yo las presento es, ó bien porque tiene la ligera y desdeñosa mirada del disipado mundano, que nada profundiza, ó la fría y amarga mirada del misántropo, que aja las flores sobre que se posa.

—Tiene usted—dijo el Conde sonriendo—por corazón una rosa sin espinas.

—Y usted quiere ajarla.

—¡Oh! No. Quisiera regarla con las aguas de la fuente de Juvencia. Pero cuénteme usted lo que me ha anunciado.

—Tacha el mundo—principió la Marquesa—de *extremos* á las angustias y dolores del amor de madre.

—Y lleva razón—opinó el Conde.—Todo lo que es apasionado en el hombre, aunque sea el santo amor de madre, necesita un freno. María al pie de la Cruz, ni se arrancaba el cabello, ni se despedazaba el pecho. Señora, señora, todos los días rezamos HÁGASE TU VOLUNTAD. ¿Es sincero este acatamiento, si en seguida nos rebelamos violentamente contra esa misma voluntad? Esos dolores descompuestos no son cristianos, señora.

—Por descabellado que sea ese amor, es bello y simpático, Conde.

—Ese dolor denominado *extremos* es insensato como un suicidio, amiga mía; y esas madres, energúmenas de amor, merecerían que se les muriesen sus hijos, para enseñarles así lo que es un dolor real.

—Conde: ¿ha olvidado usted que tuvo madre?

—¡No lo permita Dios! Venero la tierra, porque ella la pisó; la respeto, porque en ella yace su cuerpo, y ansío por el cielo, porque en él me aguarda su alma pura; pero eso no quita...

—Que lo que en ella admiró á usted, le encantó y llenó de gratitud, en otras lo quiera motejar. Amor no dice basta, Conde.

—Marquesa: esa bella expresión es sólo aplicable al amor divino.

—Siempre me contradice usted, Conde. ¡Si viera usted cuánto lo siento!

—No lo sienta usted, amiga; una pausada nube que mitiga algo los brillantes rayos del sol y refresca algo la tierra con una templada lluvia, hace provecho.

—¿Y por qué hace usted una nube en mi cielo?

—Para que su demasiada pureza y brillo no le hagan creer imposibles las borrascas y tempestades. Mas... prosiga usted; no volveré á interrumpirla.

La Marquesa volvió á anudar su relato en estos términos:

—No hay corazón que no hubiese partido la vista del cuadro que se ofrecía en una de las casas del lugar de V..., en que se había verificado el sorteo aquel día. Echada sobre un colchón que habían puesto en el suelo, yacía una infeliz mujer, á quien sostenían en sus brazos dos hijas suyas, deshechas en lágrimas; de rodillas á su lado, y apretando contra las suyas sus convulsas manos, estaba un hermoso joven, su hijo, que había sacado del cántaro el número fatal que lo hacía soldado. Su padre, sentado sobre una silla baja en el rincón más oscuro del cuarto, torcía entre sus trémulas manos su sombrero, y no llegaba á hacer retroceder las lágrimas, que, cual gotas de acíbar, destilaba su corazón y surcaban sus atezadas mejillas. Dos muchachos pequeños lloraban á gritos, repitiendo:

—¡Benito es soldado, y madre se va á morir!

Esta escena de dolor acerbo se hizo aún más desgarradora al entrar desatentada una joven que se echó sollozando sobre el lecho de la infeliz madre, exclamando:

—¡Tía, tía, tía de mi alma, ya se acabó mi boda! ¡ya se va á ir! ¡y ya no quiero yo sino morirme! ¡Benito! ¡Benito! ¿quién puso

esa cédula, esa sentencia de muerte en tu mano?

La pobre madre había perdido el sentido. Esta desolación era la misma en otras seis casas del lugar.

Pero admire usted conmigo una cosa, Conde, y es la bella resignación del pueblo. En medio de este violento estado de aflicción no se le oía ni una queja contra el Gobierno, ni un anatema contra la institución, ni una maldición al estado militar: sus quejas eran contra su mala suerte; el acriminado era el número.

Partió Benito, y no es posible pintar la pena de aquella madre, ni el dolor de su novia Rosa, aquella joven que, como todas las de los pueblos, tenía en su corazón aquel profundo amor, que es el primero y último de su vida; aquel amor, que resume sobre el mismo objeto, el amor, al amante, al marido, al padre de sus hijos y al compañero de su vejez; amor exclusivo, que hace improfanado, puro é inmaculado el corazón de la mujer perfecta.

—¡Oh! Inculque usted esas ideas á las jóvenes,—exclamó el Conde,—para que miren con hastío las novelerías que han viciado el ideal de la mujer y torcido las nociones sobre su destino. La joven, cual una suave planta, no se debe criar sino á la sombra de

su madre; no debe florecer sino para su marido; no debe perfumar sino el hogar doméstico, é invertir toda su savia en criar bellos los frutos que Dios le asigne.

—Este tipo que tan bien bosqueja usted —repuso la Marquesa—no se halla, por lo regular, en las novelas, pero sí en el pueblo, que miramos como incivilizado y prosaico.

—¿Sabe usted—dijo el Conde sonriendo—que el pueblo tiene en usted un amigo mucho mejor que Proudhon?

—¡Pues ya lo creo!—contestó la Marquesa.—Hay en mi favor todo lo que va de un verdadero á un falso amigo. Pero proseguiré mi relato; se acerca la hora de la tertulia, hora en que será interrumpida mi relación, si no la he concluído. Benito llegó con el corazón muerto á la capital de provincia en que debía reunirse al regimiento. Pronto se disipó su tristeza entre aquellos festivos y alegres compañeros; pero no el ansia por su pueblo, el profundo apego á su amor y á su familia. Desde la primera noche tuvo Benito una muestra de la poesía y música de sus camaradas, pues habiéndose proporcionado una guitarra, á la que faltaba mucho para poder ser tenida por de Pagés, empezaron á cantar, ya á una voz, ya en coro, un sinnúmero de coplas de este género:

Soldado soy de á caballo:
Lo que quieras te daré;
Pero en tocando á *casaca*,
No quiere mi coronel.

—

Cuatro cuartos me da el rey,
Y con ellos como y bebo,
Le pago á la lavandera,
Y siempre tengo dinero.

—

Pensamiento tuve, niña,
De servir al rey Fernando;
Desde que vi tu hermosura,
Dije: que le sirva el diablo.

—

Con un pie en el estribo
Y otro en el aire,
Se despide un soldado
De su comadre.
Mano á la rienda
Se despide un soldado
De su morena.

Algún tiempo después llegó la orden para el embarque de las tropas destinadas á la Habana, rebajando dos años de servicio á los que quisiesen ir allá. Con ansia aprovecharon los quintos la ocasión que se les brindaba de acercar la época deseada de volver á sus hogares. Todos estos voluntarios fueron conducidos á un puerto de mar á aguardar el día de su embarque. Allí fueron alo-

jados en un cuartel. A poco, fuese el calor de la estación que lo originase, ó fuese un mal estacional, estalló entre la tropa una oftalmía de mala especie. Siendo el mal contagioso, fueron los soldados extraídos del cuartel y repartidos en alojamientos; prudente medida que concretó el mal en los primeros atacados: éstos fueron conducidos al hospital. Entre ellos iba Benito, que era uno de los que con más intensidad había acometido el mal. Estaban los pobres pacientes al cuidado de un cirujano joven, que, además de ser hábil, tenía y demostraba un profundo y tierno interés por sus enfermos. Entre ellos, Benito era el que más le movía el corazón: su buena índole, su hermosa figura, todo en él atraía la simpatía.

El facultativo vió con profundo dolor que la oftalmía del pobre quinto era casi incurable, y que mientras los demás se iban restableciendo y uno después de otro saliendo del hospital, el mal de Benito se hacía más intenso é incurable. En la angustia que le produjo el estado del enfermo pasaron algunos días, sin que el humano facultativo participase sus temores al desgraciado joven, amenazado en la primavera de su vida de no ver más la luz del día, de no ver más los objetos de su cariño, de hallarse, en todo su vigor, inútil; en toda su lozanía, marchito; en

toda su hermosura, desfigurado, y que, destinado á ser el amparo de sus padres, de su mujer y de sus hijos, estaba expuesto á no hallar para sí mismo otro que el de la caridad pública.

No obstante, el mal, ese enemigo encarnizado, algún tiempo después se aferró en un ojo, experimentando el otro algún alivio.

—Señor,—dijo un día Benito al facultativo,—todos los demás mozos han curado y han salido del hospital, ¿es mi mal peor que ninguno, que alivio no hallo?

—Sí, hijo,—respondió tristemente el cirujano;—es peor tu mal. Dios sabe cuánto me he afanado por curarte. Alivio tienes; pero...

El facultativo, compadecido, se detuvo.

—Pero... ¿qué?—preguntó el quinto.

—Hijo,—contestó pesaroso el cirujano,—me temo que... que pierdas un ojo.

—¿Que me quede tuerto?—exclamó el quinto.

—Cuanto he podido he hecho inútilmente para precaverlo,—contestó el facultativo.

Pero ¡cuál sería su asombro cuando, al pronunciar estas palabras, vió estallar en Benito la más apasionada, la más expansiva explosión de alegría!

El cirujano creyó por un instante que el paciente se había vuelto loco.

—¡Señor! ¡Señor!—exclamaba.—¡Bendito sea Dios! ¡Bendito sea usted mil veces, que no me ha curado! ¡Señor, soy un infeliz; pero así tuviese los tesoros del mundo para remunerar á usted el beneficio!

—Pero, hombre, ¿has perdido el juicio? —exclamó el cirujano.—¿Con que te alegras de perder un ojo? ¿Te estás burlando de mí?

—No, señor; no, señor,—contestó el quinto;—pero ¿no está usted viendo que me iré á mi casa?

El Conde y su amiga permanecieron callados algunos instantes bajo la emoción que sentían, admirando tan patente prueba del santo amor á la familia y al hogar, y compadecidos de la amargura de una situación, de la que salen con júbilo, aun á costa de tan terrible desgracia.

—Ha probado usted plenamente su aserto, Marquesa,—dijo al fin el Conde;—y puesto que el soldado español es alegre, dócil, honra el estado militar, respeta el derecho del país al llamar á sus hijos bajo su bandera, y á pesar de esto, todo sacrificio le parece poco para eximirse de mudar de estado, es porque, efectivamente, son en su corazón profundos y apasionados el amor á la familia y al lugar de su nacimiento. El lance que ha referido usted ya lo sabía. Benito es sobrino de mi capataz en V..., y dió la casualidad de estar yo

allí este otoño á fines de vendimia, cuando regresó Benito á su casa.

—¿Y fué inesperadamente?—preguntó con ansiosa curiosidad la Marquesa.—¿Sorprendió mucho á su familia?

—Supe todos los pormenores de su vuelta por mi capataza, que es tan sumamente amiga de hablar, que cuando ha agotado toda materia y exprimido todo asunto, vuelve á decir lo que ha dicho ya, como sucede en las Cortes.

—Cuente usted, pues, esos detalles, Conde; no puede usted creer lo que me complacerá en ello.

—Un año había transcurrido desde la salida de los quintos; pero la pena de la madre y de la novia de Benito estaba viva como el día en que partió. Las penas que no tienen remedio levantan la palabra IMPOSIBLE como una barrera á toda esperanza, y la ponen sobre el corazón como una losa sobre su sepulcro, que halla entonces en su misma inmovilidad la quietud del hielo. Pero la pena que muestra una lejana esperanza al través del temor de otras penas mayores, suscita y acrecienta inquietas y amargas olas en el mar de angustia que inunda el corazón.

Así era que la familia del quinto, que creía que se había embarcado para la Habana, estaba reunida en la mayor congoja en una de

las tormentosas y lúgubres noches con que tan anticipadamente se anunció el otoño de este año. La lluvia caía en tan gruesas gotas, que no parecía sino que las hubiesen cebado las nubes para arrojarlas cual proyectiles á la tierra. El viento hacía alarde de su fuerza invisible y de su inconsistente poderío, lanzaba su lúgubre grito de guerra, y arrancaba las tejas que cubren las casas, así como el soberbio insolente derriba el sombrero del humilde que no se le quita; en el silencio de la noche nada respondía á sus bramidos, sino algún lejano trueno. De cuando en cuando dibujaba un relámpago su marcha con agudos rasgos de fuego en las negras nubes, y toda esa tormentosa agitación de la naturaleza hallaba un eco fiel en los corazones de aquella angustiada familia. La madre...

—¡Ya me hago el cargo!— interrumpió al Conde la Marquesa.—¡Ay! Que el dolor no halló lecho más blando que el corazón de una madre, y así lo hizo su preferente morada.

—La pobre Maria,—prosiguió el narrador,—postrada ante el Crucifijo y una imagen de la Virgen del Carmen, rezaba el trisagio con voz ahogada y temblorosa.

Cuando hubo concluído el cántico, exclamó:

—¡Ay, Dios! ¡Mi pobre hijo que ahora está en la mar, en la mar que dicen se traga más navíos que el año días!... ¡María Santísima del Carmen! ¡Tú que has salvado tantas vidas de navegantes que á tu amparo se acogieron como almas de pecadores que tu intercesión buscaron, Santa Madre de Dios, oye los clamores de otra madre! ¡Jesús! ¡Señor! ¡Cuantos años me quedan de vida daría por tener á mi hijo á mi lado! No puedo pediros tamaño milagro; pero sí os pido que le salvéis de esa borrasca que, desamparado del mundo entero, estará pasando! ¡Salvadlo, Señor, por las lágrimas de vuestra Madre, salvadlo!

—¡Salvadlo!—repitió toda la familia sollozando.

—¿Para qué pedir el ir á América?—gimió su prima Rosa.—¿Para qué exponerse sobre esa mar que no es amiga de nadie?

—¡Ese hijo me va á matar!—exclamó María.—Pues lo que estoy pasando es peor que mil muertes.

—¡Pues ya se ve que te quitará la vida, no él, sino tú misma!—dijo el padre.—Desde que las Indias son Indias, ¿no han ido y venido allá los españoles como voy y vengo al cortijo? ¡Pero de juro que se ha de ahogar Benito! Se te metió en la cabeza, y lo que á

ti se te mete en la cabeza ni con un barreno de pólvora sale.

—Calla, Martín,— contestó su mujer,— que estás haciendo de tripas corazón, y tan muerto estás como yo. ¡Jesús!—añadió, tapándose el rostro con ambas manos, herida su vista por el repentino fulgor de un rayo, al que siguieron los cortados y repetidos estallidos con que revienta el trueno cuando está la tormenta sobre nuestras cabezas.

Las muchachas se pusieron á rezar el Santo, Santo, Santo, y María dejó caer abismada su cabeza sobre una silla, en que ocultó su rostro, gritando:

—¡Hijo mío, hijo mío!

En este instante llamaron á la puerta; uno de los niños fué á abrir.

—¡Jesús! —gritó cuando hubo abierto.— ¡Padre, padre, un forastero!

Y antes que su padre contestase, se precipitó un hombre en el cuarto, tendió rápidamente la vista, vió á María, voló hacia ella y la cogió en sus brazos diciendo:

—¿No me llamaba usted, madre? Aquí estoy.

Hay escenas que no pintan pinceles ni describen plumas. Todo en aquella casa lo había anonadado la alegría; en vano lanzaban las nubes sus rayos, rugía el viento sus amenazas, é inundaban los aguaceros la casa; el

sol de Mayo brillaba en ella. Ya no eran súplicas, sino acciones de gracias las que se dirigían á las divinas imágenes.

—¡Milagro! ¡Milagro!—exclamaba fuera de sí la madre.

—¡Milagro!—repetía enajenada la familia.

Habíase acercado á la mesa sobre que estaba el velón, y sólo entonces notó María la lesión de su hijo.

— ¡Benito! — gritó estremecida. — ¿Qué es eso?

—Eso—contestó Benito alegremente—es que me cuesta la licencia un ojo de la cara.

—*Y no es cara*,—dijo Rosa con alegría y con la exquisita delicadeza del verdadero amor.

—¡Hijo de mi vida! ¿Has estado en campaña?—preguntó con acongojada voz María.

—Sí, en el hospital, luchando con un enemigo mío y no de Su Majestad.

—¡Ay Dios mío, Dios mío,—exclamó la pobre madre, llorando amargamente,—que mi hijo ha perdido un ojo!!

—¿Y qué le hace, si le queda otro?—repuso Rosa, echándose á reir.

—¡Ay, qué desfigurado está el hijo de mis entrañas!..—gemía María, retorciéndose las manos.

—No tal, señora,—respondió Rosa con la misma alegría.—A bien que no tiene que pa-

recer bien sino á mí, y á mí me parece hermosísimo ahora como antes.

—¡Lisiado mi hijo! ¡Lisiado mi sol!—repetía llorando María.—Más quisiera que se me hubiesen secado mis ojos de llorar, que ver á mi Benito tuerto.

—¡Pero, señora, si usted no se va á casar con él, sino yo, y á mí no se me importa que lo esté!—replicaba Rosa.

—¡Ay! ¡Quién pudiera quitarse los suyos y ponértelos!—proseguía diciendo entre sollozos María.—¡Yo que te parí con dos ojos más bellos que dos estrellas! ¡Ay! ¡Qué dolor! ¡qué dolor!!!

—No llores, mujer,—dijo Martín á María;—antes da gracias á Dios por la merced que nos ha hecho trayéndonosle. Ha poco no te atrevías á pedir á Su Majestad tamaña gracia, y ahora que cuando esperarla no podías te la concede, en lugar de agradecerla lloras por lo que queda. ¿Tú quieres las cosas sin pero y á medida de tu deseo? Pues, hija mía, eso no puede ser, porque siempre se ha dicho que

COSA CUMPLIDA...
SÓLO EN LA OTRA VIDA.

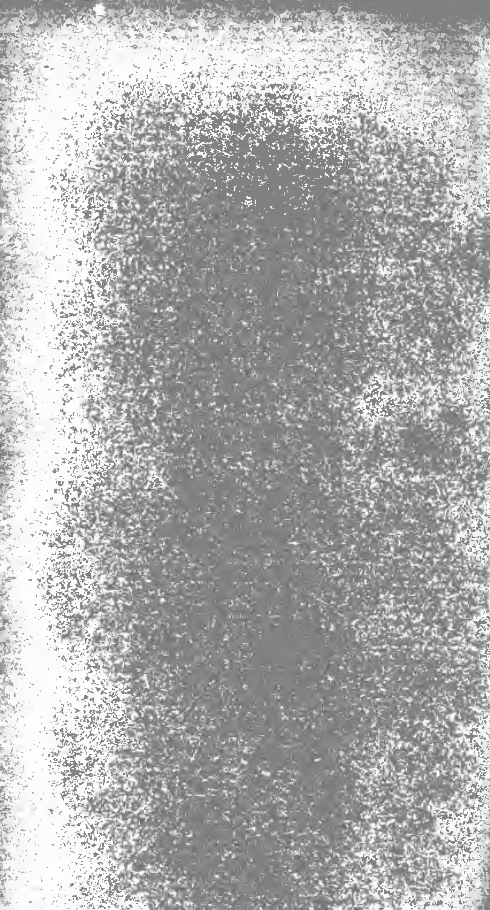
El Conde calló, y también la Marquesa permaneció silenciosa y con la cabeza inclinada.

—¿En qué piensa usted, mi amiga?—preguntó al cabo de esta pausa el narrador.—¿He persuadido á usted al fin, con la ayuda de los hechos, de que COSA CUMPLIDA, SÓLO EN LA OTRA VIDA?

—Me preguntaba á mí misma—contestó la Marquesa—que cuál de las dos quería más á Benito, si su madre, á quien tanto afligía su deformidad, ó su novia, á la que no se le importaba nada.

—Cada cual fué, en su género, el tipo más cumplido de sus respectivos amores,—respondió el Conde.

—Pues á su vez deduzca usted de esto, amigo mío,—prosiguió la Marquesa,—que algo hay CUMPLIDO en este mundo, y es todo NOBLE AMOR EN EL CORAZÓN DE LA MUJER.





DIALOGO SEXTO

UN TIO EN AMERICA

Etre d'un jour, épuisé de souffrances,
J'ose rever un ciel consolateur:
Fils du néant, pourquoi tant d'esperance?
Fils d'un Dieu-Roi, pourquoi tant de douleur?
A ma raison cette enigme resiste;
Mon cœur gémit et mon esprit se tait;
C'est que la vie est un mistère triste,
Dont la Foi seule a trouvé le secret.

(El Presbítero Gerbert.)



Señor, señor, — dijo la Marquesa de Alora al ver entrar á su anciano amigo el Conde de Viana,—tengo una historia que contar á usted, fresca, fresca como una rosa de Abril.

— Mucho siento que no sean dos, — contestó el Conde.

—Es que vale por ciento,—exclamó con gozo la joven señora.

—Es claro que eso vale sólo por contarla usted.

—No, no por contarla yo, sino porque es cierta, y me va á valer un triunfo sobre esa triste opinión de usted de que no hay felicidad cumplida en este mundo, y que sólo podemos esperarla en el otro.

—Ansío ya por oirla,—dijo el Conde, arrellanándose cómodamente en un sillón frente á su amiga.

—Y yo más por contarla. Si no hubiese usted venido, Conde, creo que se la hubiera contado á mi canario, que despertó cuando entraron el reverbero, al que cantó la bienvenida, tomándolo quizá por el sol de Dios. Pero vea cuán poco ha durado su ilusión, pues, desengañado, ha vuelto á ocultar su linda cabecita bajo su ala y á dormirse.

—No hay ilusión que dure, Marquesa, y acabará usted por hacer lo que su canario: bajará usted la cabecita, y cerrará los ojos, hasta abrirlos al SOL ETERNO.

—Después de contada mi historia discutiremos este punto y disputaremos como siempre.

—Por de contado. ¡Oh, amiga mía! Si siempre estuviésemos de acuerdo, no sería usted la linda joven llena de vida, de sonrisas é ilusiones, ni yo el anciano cargado de canas, experiencias y desengaños. Pero empiece usted su relato, que si pasa la hora de nuestra conferencia particular y entran los tertulianos, no me la contará; y prevengo á usted que no me conformaré tan resignadamente como su canario á dormirme después de una esperanza fallida.

—Cuidado, Conde, que, cual él, no cante

usted creyendo astro lo que sólo será una lucecita.

—Nunca me engaño cuando espero que lo que me cuente usted me interese y me encante.

—Para contar á usted á mi sabor la prometida historia,—dijo la Marquesa, — tengo, como siempre sucede, que tomarla un poco de atrás, y andarme, como dice la bonita frase vulgar, por las ramas.

—Como los pájaros... como las mariposas, —repuso el Conde.— Bien; tanto mejor; eso es lo que yo deseo. Los vuelos de usted, que son las variaciones de su hermoso tema, que todo es bello y bueno en este mundo, me son gratos al corazón, como son al oído de los filarmónicos las variaciones que con tanta melodía ejecutan los grandes artistas sobre temas escogidos.

—Sabe usted—así empezó la Marquesa su relato—que hace dos años padeció Alberto, de resultas de una pulmonía, una afección de pecho que me llenó de cuidado. Yo no podía vivir; sentía, como dice madama de Sevigné, el dolor que le causaba su tos en mi pecho, y tenía toda la aprensión de que él carecía. Los facultativos le aconsejaron que hiciese un viaje de mar y pasase el rigor del estío en un clima menos ardiente y seco que el de nuestra Andalucía, castigada por sus levantes y

solanos, como si también quisiese la naturaleza dar á usted razón en su sempiterno tema de que no hay bajo las estrellas cosa cumplida. Unos le aconsejaron ir á Inglaterra, otros á Suiza, otros á Bélgica; pero Alberto, que, como sabe usted, no es amigo de buscar lejos lo que cerca puede hallar, determinó pasar dicha temporada en Galicia, cuyo delicioso temperamento de verano no goza de la fama que merece, ni atrae á los forasteros que debería, no sólo por nuestra apatía, sino también á causa de nuestra desgraciada falta de caminos, de posadas y de buenos medios de viajar. Me ofrecí á acompañarle; lo que no rehusó: en esto, como en todo, eran unos nuestros deseos. Conde, Alberto no apreció en todo su valor el heroísmo de que di prueba para no desunir lo que Dios unió; me embarqué en un vapor, ¡en un vapor de mar! ¿Lo concibe usted?

—Concebiría que se hubiese usted embarcado en un globo aerostático para no separarse de Alberto.

—Paso por alto la navegación, Conde, —prosiguió la Marquesa,—y sólo recordaré, estremeciéndome, la tormenta que sobre el Cabo de San Vicente nos atronó, el viento que nos sacudía, las olas que nos azotaron, el erguido Cabo que nos amenazaba, las ballenas que nos rodeaban, lanzando al aire sus

saltadores de agua como burlándose de la torpeza del barco, ese competidor que labra y les presenta el hombre en sus dominios, con vida artificial de fuego, con cuero postizo de brea y aletas fingidas de lona. Vimos cerca de Lisboa, á la desembocadura del Tajo, la torre que se levanta aislada rodeada de mar, y que sirve á la vez de faro y de prisión, representando un fantástico Saturno que á la vez diese la vida y se tragase á sus hijos.

Por fin, presuroso, ruidoso, impetuoso, azorado y bufando, exacta personificación del espíritu de la época, entró nuestro negro dragón en la hermosa bahía de Vigo; no la miró, se detuvo un momento para desembarcar la valija y los pasajeros, y se fué sin despedirse.

Vigo, que se ha agazapado sin gracia ni comodidad en la ladera de un cerro, como si temiese mojarse los pies, en lugar de extenderse airosamente en el llano precioso que sigue al escueto monte, no tiene nada de bonito, sino su campo y sus vistas; y así no nos detuvimos allí sino el tiempo preciso para disponer la manera de proseguir nuestro viaje y aguardar la hora conveniente para emprenderlo.

A la mañana siguiente, pues, al tiempo que se deslizaba callada y pálida el alba entre la noche y el día, surcábamos en una lancha

llevada por cuatro remeros la magnífica bahía de Vigo. No movía su superficie en aquella hora, que es la que más respeta el viento, ni el más leve soplo de esta invisible y poderosa fuerza. Aquellas aguas, á las que la tierra abría paso como para hacerles con ellas en sus faldas un abrigo á los barcos que llevan á sus hijos, tomaban entre sus verdes orillas el continente de un manso río, y parecían esforzarse en conservar en su seno la imagen de las deliciosas vistas que en ella se reflejaban. Forma la ría, estrechándose, un recodo á la izquierda, y sigue su angosto cauce por más de una legua. No es posible imaginarse un paseo marítimo más encantador que el que al alba de un hermoso día proporciona aquella ría sorprendente. Tapiza los montes que la encierran un césped que tiene toda la frescura y vivo color del tan celebrado que es el vestido de gala del campo de Inglaterra. De cuando en cuando descuellan en las lomas de estas alturas el campanario de la sencilla iglesia de un lugar escondido entre la enramada como un nido de sencillos pájaros. La completa calma de la atmósfera hacía que llegase á nuestros oídos la llamada de la campana á misa de alba. Difícil me sería expresar la conmoviente sensación, las inspiraciones poéticas que producía aquella voz de la Iglesia, que

es, como todo lo suyo, á la vez tan grave y gozoso, tan solemne y pacífico, tan elevado y tan sencillo; aquella voz que os llama en el mismo tono á ti, príncipe, y á ti, pordiosero; á ti, anciano, y á ti, niño; á ti, sabio, y á ti, simple. Nada puede impresionar más religiosa y poéticamente nuestra alma que aquel toque con que hemos sido criados, cuando lo oímos en un sitio encantador, en una mañana deliciosa, suavizado por la distancia, esparciéndose á un tiempo por la atmósfera con los brillantes rayos del sol.

Angóstase tanto la ría, que tiene en ambas orillas dos castillos, cuyas tristes ruinas quedan unas enfrente de otras, como dos manos mutiladas por el tiempo, que en otros más felices se unían por una enorme cadena para guardar las magnas escuadras que llevaban y hacían respetar por el orbe el pabellón de España. Míranse unas á otras las dos ruinas al oir la campana de la aldea, que nunca enmudece, y se preguntan cómo pudo enmudecer la poderosa voz de sus cañones. No las consuela la joven y rica vegetación que las rodea, y rechazan con sus duros y compactos cimientos la amiga de las ruinas, la hiedra, prefiriendo su estoica pobreza y desnudez á galas que desdeñan.

A poco se ensancha la ría, y forma un magnífico lago circular. En medio se levanta

una isleta, como si la naturaleza, yendo al encuentro de las necesidades del hombre, le hubiese preparado el terreno adecuado para el hermoso lazareto que allí se ve. Al lado izquierdo, recordando la ría que es mar, arroja de su seno unos peñascos duros y desnudos, que forman islas de rocas, que son también un lugar de refugio para las aves marítimas maltraídas por los temporales de la costa de Cantabria.

Estas fuertes y desnudas rocas acaban de hacer de aquel paraje, por el contraste que forman, el sitio más pintoresco y extraordinario que puede hallarse. Aquel lago transparente, rodeado de verdes montes que están adornados de grupos é hileras de frondosos árboles; aquel grandioso edificio, cárcel, hospital, hospicio y salvaguardia; los barcos aventureros, andadores, emprendedores, ahora tranquilamente anclados allí, y tan inmóviles como descansa un viajero en su lecho; aquellas áridas rocas en que los pájaros del mar vienen, semejantes á los barcos, á buscar su refugio, componen un conjunto magnífico de contrastes que despierta las ideas más encontradas, como lo hacen aisladamente lo reconcentrado y lo infinito, lo ameno y lo grave, lo cercano y lo lejano, lo estéril y lo frondoso, la tierra con sus suaves encantos, la mar con su severa solemnidad.

Entre las islas de roca y el lazareto se prolonga la ría, volviendo á entrar en su angosto cauce, verde y frondoso, hasta llegar al pueblo de San Payo, en el que en tiempos modernos se ha labrado un hermoso puente. Desembarcamos en aquel punto, en donde hicimos un almuerzo bastante bueno, sobre todo por sus ricas ostras.

Mientras preparaban las caballerías para proseguir nuestro viaje á Pontevedra, dimos una vuelta por aquel precioso pueblecito, que tiene, como los de Alemania, sus casas salpicadas entre árboles, huertas y praderas, y llegamos, siguiendo un callejón engarzado en vallados, á la iglesia, que es chica y pobre, y se asienta en el paraje más elevado, como un buen pastor para vigilar su rebaño.

Es imposible imaginarse una vista más bella que la que se abraza desde los porches de aquella iglesia. Al frente, bajando la vista entre las ramas de los árboles, se divisa el lago que forma la ría y los peñascos cubiertos de las ariscas y salvajes aves del mar, que graznan sus poemas épicos en concierto con los idilios que cantan el ruiseñor y el jilguero en la frondosa enramada. Créese uno al ver las rocas, sus alados hijos y sus atrevidos huéspedes los barcos, á orillas del potente elemento, inmensa palestra del orbe,

inconmensurable baldío del universo, para cuya amplitud no hay vacío, y para cuya grandeza no hay límites en lo creado, pues peina sus canas en un polo, asienta sus pies de hielo en el otro, levanta en una mano al Africa y en la otra á la América; lleva en su seno, como dijes, islas que sólo el sol abarca de una mirada, y guarnece con la misma franja de espumas á Europa y Asia; mientras que á nuestro alrededor la pobre iglesia, la abundosa y espontánea vegetación, la dulce y tranquila soledad campestre, el suave y pacífico silencio de una naturaleza rural le trasponen al valle más céntrico y escondido de la tierra.

Si mi suerte me llevase á Galicia, desearía que fuese á San Payo, aquel tranquilo pueblo tan campestre y marítimo á la vez, y al que sólo fué dado unir lo hermoso de ambos contrastes; y no lo sentiría, siempre que conmigo llevase mis amigos, y los hallase allá.

—¿En dónde no hallaría usted amigos, Marquesa?—dijo el Conde mirándola con cariño.

—Allí donde no sintiesen todos como usted y no me mirasen con sus parciales ojos —contestó la Marquesa.—Pero veo—añadió riendo—que mi narración se va extendiendo á una especie de relación de viaje; los re-

cuerdos son laberintos en los que uno se pierde, Conde.

—Me interesa mucho lo que de Galicia me está usted refiriendo,—repuso éste—porque conozco poco esa provincia tan distante de la nuestra, desde el punto de vista gráfico y pintoresco que me la describe usted.

—Siento no haber estado bastante tiempo allí,—prosiguió la Marquesa—ni haber visto las muchas bellezas que contiene, para poder hacerlo con propiedad y más ampliamente. Cada vez que leo las eruditas é interesantes descripciones que de esta provincia y de sus monumentos da á luz el Semanario, me desespero de haber estado en la fuente y haber bebido tan poco. En viajes, cada día que se pierde, prepara para lo sucesivo un remordimiento. Pero el ejercicio y movimiento le habían sido prohibidos por los facultativos á Alberto, y sólo el preciso para trasladarnos á Coruña pudimos hacer. Montamos en las caballerías que debían conducirnos á Pontevedra; creo que esta distancia es de dos leguas, las que presentaron á nuestra vista los mismos contrastes que la ría: baja el camino en varias revueltas á un terreno que habrá servido de cama al mar, que ha aniquilado aquella vegetación, sobrepujando al fuego en su acción esterilizadora. Vese aquel yermo sin más accidente que in-

terrumpa su monotonía que peñas y piedras en un desorden mustia y enérgicamente pintoresco, pudiendo representar con propiedad á la imaginación el lugar donde existió Sodoma, y poco después, como por un golpe de magia, resucita el paisaje, tan rico de espléndida vegetación, que á su vez podría representar con propiedad el paraíso terrenal. Toda clase de árboles, esos reyes de la vegetación, esos engalanadores del paisaje, esos hijos robustos que con predilección cría la tierra, se alínean por el camino, se ostentan cerca, se agrupan en lontananza con encantadora armonía, y como los buenos hijos de Noé, cubren con sus ramas los caseríos, que son pobres, ruines, feos y tan antipintorescos, que parecen haber tenido por arquitecto un carcelero pobre, y por padrino al más acérrimo enemigo de las luces, pues hemos visto muchas de estas casas sin ventanas. No sería chocante esta falta en una humilde choza, pero sí lo es en las cuatro paredes que se levantan erguidas y sin gracia para formar una vivienda con categoría de casa. Descuellan entre estos árboles los corpulentos castaños y los erguidos chopos, que visten ropa talar, cubriéndose desde los pies de ramas, formando pirámides, que se balancean en el viento como meciendo los pajaritos que entre sus ramas anidan.

Poco podré decirle de Pontevedra, donde no nos detuvimos apenas. Es un pueblo grande, no lejos de una ría, puesto que la mar aparece en aquellas costas como una enorme araña que clavase en la tierra sus largas patas, por ver de arrancarle á España su hermosa provincia. El campo es precioso; la posada, un hermoso edificio en que se sirve bien al viajero.

Los gallegos, que tienen en gran estima á esta ciudad, cuentan que perteneció á Portugal, cuyo rey la cambió, á propuesta del rey de España, por Chaves. Después de verificado el cambio, vino el rey de Portugal á ver ambas ciudades, y cuando vió á ésta, exclamó arrepentido: «¡Pontevedra, Pontevedra, quien te viera... no te diera!»

Noté, por estar cerca de la posada, el convento de San Francisco, cuya magnitud es asombrosa; muchas casas con escudos de armas, probablemente ligados á la historia de Galicia como rayos de sol á su disco; pero, sobre todo, me admiró y entusiasmó el aspecto que presentan las ruinas de un edificio que nos dijeron era el palacio episcopal (1).

(1) En los *Recuerdos de un viaje*, publicados en 1849 en el establecimiento tipogràfico de Mellado, se dice que estas ruinas son del antiguo palacio de los Turrichaos, incendiado por los ingleses en 1719.

Conserva este edificio su forma, y la imaginación puede fácilmente reedificarlo.

En aquel clima fértil y húmedo que le es propio se ha desarrollado ricamente la buena hiedra, la que, cumpliendo con su misión, que es una de las obras de misericordia, se ha puesto á vestir aquel encumbrado, pero hoy desnudo edificio, que los hombres, después de labrarlo con tanto celo, abandonan con tanta desidia. Consuela á sus amigas las piedras, las acaricia y refresca con sus suaves hojas, estrecha entre sus débiles brazos los torreones, como la buena mujer al fuerte compañero si lo ve desatendido y vencido; vése esta siempreviva, hija de la tierra, subir afanosa las escaleras, asomarse airosa por las ventanas, formar festones en los arcos, y alzándose sin descanso á medida que se bajan las murallas, sacar por cima de ellas sus verdes ramas, cual el pendón de la esperanza que, señalando al cielo, intentase consolar al que sobre las ruinas de las cosas de este mundo llora. Pontevedra es alegre, y ha dejado una impresión análoga en mis recuerdos.

A las dos de la noche, después de tomar un *pocillo* (1) del excelente chocolate que se

(1) Una jícara.

sirve en Galicia, entramos en la diligencia-ómnibus que debía trasladarnos á Santiago.

Como soy exacta, aunque pertenezco al sexo que tiene fama de no serlo, fuimos los primeros que la ocupamos. En seguida, y armando mucho estruendo, entró una señora cuyas facciones no pudimos distinguir, pero cuyo enorme bulto se atajó en la portezuela; sentóse frente de nosotros, y á su lado una muchacha cuya juventud noté en su voz, puesto que no se veía.

Es el caso de observar que, en general, las voces de las gallegas, y hasta su modo de pregonar, es sumamente melodioso y gusta, sobre todo á nosotros los andaluces, que carecemos de esa ventaja, pues aquí se habla recio, en tono sostenido y precipitado, como si temiesen no tener bastante tiempo para decir, y el oyente bastante oído para oir. Allá, al contrario, prolongan las sílabas en diversas modulaciones, que agradan mucho. Seguía á éstas un pasajero, que no debía ser joven por lo pesado de sus movimientos, envuelto en una levita de pelo largo, y asido al paraguas, caro al corazón de los habitantes de la húmeda Galicia; era aquel un vulgar paraguas de los de tela de algodón, que allí gozan de gran popularidad, y prodigan su económica protección á sus adeptos. La señora gorda se apresuró á hacer sentar á don

Longino, tal era su gracia, al lado de su hija. Siguió á éste otro caballero que tropezó al subir, se golpeó la frente al entrar, piso un pie á la señora gorda, que dió un gruñido, y al pedirle cortésmente excusas, se sentó tan en extremo cerca de Alberto, que tuvo que reiterarlas. En seguida se ató un pañuelo alrededor de la rodilla, por haberse rajado en semejante sitio su pantalón al poner el pie en el estribo. Por último, entró ligeramente un joven, que ocupó el cuarto asiento en nuestra banqueta. No quisiera recordar el camino ni los sustos que me ocasionó. El suelo de la parte de Galicia que recorrimos es generalmente pedregoso, pero no de piedra menuda y guijarro, sino de enormes trozos ó balumbas que alternan con la tierra, y que sería difícil de nivelar y más de arrancar de su sitio; es, pues, preciso pasar por cima. Crea usted, Conde, que como se dice que hay un Dios para los borrachos, se puede decir que hay en España un Dios para las diligencias.

Salió el sol,—lo que no tiene por indefectible costumbre en este país,—y pudimos hacernos cargo de quiénes éramos los que, venidos de tan encontrados puntos, reunía por algún tiempo tan cercanamente el accesible ómnibus.

Desde luego vimos que nuestros compañeros, no sólo no eran gentes de clase, sino que

pertenecían á lo más vulgar, á excepción del vecino de Alberto, ese tipo de la desmaña, que era un empleado que se nos dió á conocer más adelante como sobrino de nuestro amigo don Galo Pando, el que llevaba el mismo apellido con el nombre patronímico de Arcadio. Este nombre no le venía mal, porque era fino, obsequioso, modesto, galante y complaciente; lo que nos probó haciéndose nuestro amable y bondadoso *cicerone* en Santiago, para donde no llevábamos cartas de recomendación, no habiendo pensado detenernos allí. La señora gorda ostentaba las más pronunciadas pretensiones á la elegancia. Llevaba un vestido en el que se veían tantas y varias flores y extraña hojarasca, que parecía un invernáculo de flores exóticas; una manteleta hecha de género servido; un camisolín con encajes bastos, lavados y furiosamente almidonados, y una cofia adornada con dos ramos de menudas rosas, las que, confeccionadas en un convento, pero sin vocación para la clausura, clamaban por emanciparse, dirigiéndose cada cual por su lado, como los cohetes de un castillo de fuego.

A su lado estaba su hija; pocas veces he visto una belleza más acabada; tenía, como suelen tener las de su país, las más perfectas formas femeninas, guardando un justo me-

dio entre las bellezas obesas de Rubens, y los largos y descarnados tipos de los *heepsaks* ingleses. Su delgada cintura era de niña, mientras que la anchura de sus hombros y de sus caderas mostraba el perfecto modelo de la que destinó el cielo para propagar la hermosa estirpe del que es Rey de la creación. Su cara era perfectamente bella, su tez blanca, sus ojos y pelo negros; tenía, lo que no es allá frecuente, una inalterable palidez, que denotaba, ó algún perenne malestar físico, ó algún constante padecer moral; vestía en extremo sencilla, con un gran pañolón sobre los hombros, y un pañolito de la India azul turquí sobre la cabeza, atado debajo de la barba. El señor que estaba sentado á su lado, vistiendo la levita de bayetón, era un bacalao vestido, con ojos á la vez ariscos y escudriñadores, y uno de esos tipos comunes de repugnante grosería, porque siendo proporcionalmente ricos, injertan sobre su grotesca gansería la insolencia del dinero.

Esforzábase en hacerse agradable á la joven, que le volvía cuanto era dable sobre la banqueta la espalda, y dejaba todas sus preguntas sin respuestas. Esta joven, desde luego, ejerció sobre mí cierto irresistible atractivo; y reflexionando en la causa que lo producía, vine á inferir que era la absoluta indiferencia que tenía á parecer bien y á

agradar, que pica el amor propio, como lo empalagan los esfuerzos hechos por inspirar admiración; esa dejadez ó indolencia que, cuando no son desdeñosas, dan un no sé qué de solidez, un aire de superioridad á mezquinas vanidades, una honesta y recatada independencia ó emancipación, harto más llena de atractivo que la decantada, frívola, necia y chocante coquetería puesta en boga por los hombres que escriben con el fin afrancesado de inocularla en las mujeres españolas. ¡Dios perdone á tanto introductor de malas tendencias y peor gusto en nuestro noble país, tan superior á mezquindades frívolas y afectaciones ridículas!

Observé que doña Simona, así se llamaba la señora gorda, de cuando en cuando daba á su hija, que tenía por nombre Andrea, un codazo, y de cuando en cuando le tiraba por debajo de su manteleta—que nació vieja—un pellizco; el codazo lo recibía la impasible víctima cuando no contestaba á las preguntas del señor del bayetón, y los pellizcos cuando volvía la cara hacia el último rincón de nuestra banqueta, en que estaba sentado el joven que fué el último que entró en el ómnibus-diligencia.

Debo, antes de proseguir, dar á usted más amplios detalles de nuestros compañeros de viaje, pues van á ser los personajes de la his-

toria prometida, y decirle el cómo los adquirí.

Habiendo sabido don Arcadio que Alberto deseaba tomar un criado del país, le recomendó á un muchacho que, con el fin de colocarse, venía á la Coruña, y había tomado un asiento exterior. Era éste pariente cercano de la señora gorda; por este muchacho, —que es Domingo,—que nos ha seguido aquí, supe todos los pormenores que voy á referirle á usted.

Es seguro que no extrañará usted verme tan impuesta, conociendo mi propensión á identificarme con cuanto me rodea, hasta con los animales, con la naturaleza y aun con las cosas inanimadas.

—Conozco esta propensión, amiga mía, que hace, digámoslo así, del corazón de usted un santo hospicio, y sé los malos ratos que le hace pasar,—dijo el Conde.

—¿Y por qué no hace usted igualmente mención de los buenos, de lo que he gozado, vivido, reído y sentido? — repuso la Marquesa.

—Si no se acuerda usted de sus ansias y de sus lágrimas, vertidas en el altar de la compasión, yo las tengo bien presentes, y... ¡Dios no las olvida! Mas recuerde usted un refrán turco, que dice que el que llora con todos, acaba por quedarse sin ojos.

—Bien dice usted que es *turco* el refrán. ¡Qué magnífica y bendita ceguera, la que fuese debida á la caridad!!!

—Empiece usted su historia, Marquesa, que además de interés, me inspira ya curiosidad.

—Era Doña Simona, esto es, la señora gorda que gruñía por el desacato cometido por don Arcadio contra sus respetables sostenes, y que tanto agasajaba á su amigo don Lonjino, hija de unos pobres campesinos de Santa María de Meira, pueblecito cercano de Pontevedra. Su hermano, con ese instintivo amor al trabajo, que hace á los gallegos tan hombres de bien, se embarcó para América; su hermana mayor casó con un pobre, que á poco murió, dejándola con cinco hijos en la miseria.

Simona, que era buena moza, y por lo tanto, algo arrogante y desenvuelta, se casó con un dómine flaco, mustio y poco letrado, gracias á ciertos escrúpulos de conciencia que supo despertar en su asombradizo ánimo, el que, por ser hijo de un criado de campo de una casa pudiente, obtuvo no sé qué clase de empleo, cargo ó cobranza, que le trajo á Pontevedra. Dando ensanche ó pábulo este ascenso á la arrogancia de doña Simona, aumentóse ésta á increíbles proporciones. Su pobre hermana imploró, sin obtenerlos,

socorros de la encumbrada Simona; lo sólo que hizo ésta por ella fué traerse á uno de sus hijos, llamado Benito, gracias á la intervención del triste dómine su marido, que necesitaba un muchacho de toda confianza para sus cobranzas.

Benito tenía el bello tipo gallego, no tan fino como el fino tipo andaluz, pero quizás más correcto, y que, si bien no tiene el alma y chispa de nuestros paisanos, tiene una frescura y una lozanía de las que el nuestro carece.

Andrea, que tenía bastante buen sentido para que le chocasen las fachendas y jactancias, con las que su madre se ponía en ridículo, por la fuerza de la reacción, se apegó á lo sencillo y á lo rústico, no porque fuese humilde, sino porque tenía bastante orgullo razonado para no dejarse cegar por la torpe vanidad. Así fué que, lejos de desdeñarla, se apegó á su familia pobre, y correspondió al amor de su primo, el que, á una hermosa presencia, unía un honrado carácter, un corazón sano y un recto juicio. Poco antes de nuestro viaje había llegado á Pontevedra un rico mercader de La Coruña, que había tenido asuntos que tratar con el triste dómine, marido humilde de doña Simona.

Era éste, como usted quizás habrá colegido, el feísimo señor del levitón, al que An-

drea volvía la espalda y al que su madre colmaba de atenciones de grueso calibre. Habíase éste enamorado de Andrea, y ofrecido á sus padres de encumbrarla hasta constituirla en su cara mitad. De gozo la madre se había puesto á bailar la gallegada, y el padre había sacado, entre las cosas arrumbadas y fuera de uso, una sonrisa momia, seca y encogida, que apenas salió á luz, se desvaneció para siempre, como sucede á otras cosas al desenterrarlas.

Andrea, que no era interesada, aunque no hubiese amado á Benito, no habría consentido, á imitación de la luz, en ser la bella mitad de aquella mustia noche; así fué que desde que comprendió de lo que se trataba, sin agitarse ni apurarse, con cierta sangre fría y flema, que había heredado de su padre, demostró el menos disimulado desdén al rico don Longino, y el más ostensible apego á su primo Benito. El mercader, que no podía detenerse, propuso á su futura suegra que le acompañase con su hija á La Coruña, confiado en que el trato engendraría cariño, y que éste y las galas de su tienda triunfarían de la marcada repulsa de la hermosa Andrea. Doña Simona consintió tanto más gustosa, cuanto que no se hallaba de gozo al pensar en este viaje de placer, en el que vería á Santiago y sus famosas fiestas

patronales, y á La Coruña, ese inapreciable camafeo antiguo engarzado á lo moderno. Pero ante todo, y á prevención, despidió la buena parienta á su sobrino como á un lacayo, sin que fuesen parte á impedírselo las observaciones del triste dómine su marido, que no quería desprenderse de él, como tampoco la aflicción de su sobrino, ni las lágrimas vertidas por su infeliz hermana. Benito, que como gallego era económico y arreglado, á pesar de haber socorrido siempre á su madre, había ahorrado una pequeña cantidad, y en su desamparo se resolvió á invertirla en trasladarse á Méjico para buscar á su tío, hacerle presente su situación y la de su madre, y ver si quería ampararlos; lo que á poca costa podía hacer, sabiendo ellos que había hecho una fortuna inmensa. Aunque nunca había contestado á las cartas que le habían escrito, ni jamás se había acordado de su pobre familia, Benito esperaba que su presencia haría más que un papel, que después de leído se tira.

—La esperanza florece siempre y en todos los corazones, porque es una flor del cielo; pero en la juventud está en toda su lozanía, —dijo el Conde.—¡Ir á buscar un pariente rico, sin que éste lo llame! No es preciso ser lince para prever el ultimatum de esta relación, que usted misma cree, quizá con Beni-

to, muy satisfactoria, contando, como los romanceros, con una herencia ó un pariente rico en las Indias para concluir sus novelas ó comedias con el casamiento de los amantes á satisfacción del auditorio.

—Usted prefiere, como siempre, concluirla en drama, —dijo la narradora, interrumpiendo con viveza á su amigo.—Puede, puede, pues á la hora esta no están casados Andrea y Benito; pero si su misántropo apagador no mata la luz antes de tiempo, me dejará concluir mi relación.

—Señora, no apago, atizo, que es lo que me tiene cuenta, para que prosiga usted y disipe todas mis tinieblas.

—Está usted, pues, enterado de quiénes eran y en qué disposiciones venían nuestros compañeros de viaje. Atravesando aquel delicioso país tan frondoso y más grandioso que el paisaje inglés, aunque no tan ameno y apacible, atravesamos por Caldas y llegamos á Padrón, pueblo lindísimo metido entre árboles y agua como una ninfa que se baña, y en el que los sauces llorones, de firme y robusto tronco, débil y lánguido, pomposos é indolentes, demuestran la altura sin arrogancia y la fuerza unida á la gracia. Después de una malísima comida,—la peor que hemos hecho en Galicia, en donde son excelentes los comestibles, si bien las cocineras de

las posadas no alcanzan á merecer el mismo epíteto,—seguimos nuestro viaje, penoso por lo malo del camino, delicioso por las vistas que presenta hasta llegar á Santiago, en donde el paisaje se hace en general más austero, como si quisiera adaptarse al carácter de aquella grave y antigua capital, que, aislada, sin casi vías de comunicación, desdeñando el comercio y su mezquino é interesado movimiento, prohija su universidad y colegios como cunas del saber y de las ciencias, y honra sus magníficos y antiguos edificios de piedra que el tiempo ha ennegrecido, dándoles con eso la dignidad que da al hombre blanqueando su cabeza. He pasado en Santiago sus animadas fiestas patronales; he oído la música aérea de sus campanas y la militar de su guarnición; he visto sus fuegos, sus gigantes, restos memorables de cándidas épocas pasadas; he visto moverse cual hormigas millares de vivientes alegres y animados; he visto el sol sonreir á esta gran reunión devota, pacífica y alegre; pero nada de esto, Conde, ha sido suficiente para distraer mi ánimo de la grave contemplación que inspiran aquellos edificios que temo profanar con la voz de burgraves de la arquitectura; nada en lo presente podría compartir la meditación en que sumen la mente que busca y halla en ellos los vestigios de los siglos, la

marca de la historia y el panteón de hombres que, si aquí yacen silenciosos y ocultos, brillan en la oscuridad de lo pasado como estrellas en la noche. No creo, Conde, que en ninguna parte del mundo se presenten tan grandiosa, tan propia y tan vivamente las huellas de grandes cosas y grandes hombres de la historia como en Santiago; es el archivo del tiempo mejor conservado y menos profanado que creo puede existir en el mundo. Aquisgrán conserva la palpable memoria de su Carlo-Magno, la que llena allá lo presente como lo pasado, la historia y la poesía, la realidad y la fantasía, el corazón y la cabeza; pero aquí no es una historia parcial ó aislada: aquí es un centro al que, desde el Santo Apóstol, á quien debe el nombre, ha venido, atraído por la gloria y fama del santuario, cuanto grande ha existido, sin exceptuar al mismo Carlo-Magno. La gran plaza, que componen sólo cuatro magníficos edificios, infunde tal respeto, Conde, que no se quisiera sino pisar de rodillas. ¡Cómo no sentir ese respeto, nacido de las reflexiones que inspiran!

Si miraba á la soberbia catedral, consideraba que más de mil años han pasado desde que se fundó. Si al Seminario Conciliar, obra perfecta del siglo pasado que le hace frente con sus grandiosos soportales, consideraba

que lo fundó un Obispo en bien de la religión. Si á la derecha, al Hospital, no menos grande y digno, consideraba que lo fundaron los Reyes Católicos. Si á la izquierda, al Colegio que en 1544 labró el arzobispo Fonseca, recordaba que fué para los pobres, y que por eso le apellidó el vulgo *Colegio de pan y sardina.*

¡Sí, Conde, de rodillas se quisiera pisar aquel recinto, aunque no fuese más que para pedir perdón á ese gran tiempo pasado de la osadía con que la ingrata época moderna lo desprecia, lo zahiere, lo vilipendia! Allí, Conde, se labráron esos suntuosos é imperecederos edificios y santuarios á la Religión, á la Caridad, al Saber divino y al Saber humano. ¡Y quiere usted que no pida perdón á ese pasado que insulta este presente, que labra teatros, plazas de toros y paseos!!!

—¿Se lo censura usted, Marquesa?

—No, á no ser las plazas de toros, ¡esas sí! Lo demás no se lo censuro, no, al contrario; pero le niego el derecho de condenar tan amargamente, en nombre de las luces y de la filantropía, las épocas pasadas; me parece un parricida, y lloro la ingratitud de la presuntuosa mocedad hacia la respetable vejez, que le dejó la herencia que disfruta.

—No se exalte usted, Marquesa; la exaltación, aun en los mejores y más elevados sen-

timientos, nos hace injustos y exacerba el dolor.

—Si la exaltación es santa y buena, dejadla alzarse aunque sea en alas de suspiros.

—Es que todas se creen santas y buenas. Mire usted que las exageraciones dañan á su objeto, Marquesa. Cuando Mr. Emile de Girardin, director del periódico francés *La Presse*, no se había subido aún en los zancos vistosos de la excentricidad, no se había aún desbocado en los extravíos del republicanismo y no había demostrado el cómo puede la aberración del genio elaborar veneno con las flores del talento, de la imaginación y del saber; en aquella época en que se servía de estos hermosos dones unidos á la razón, dijo:

«Toda libertad tiene sus límites naturales que no puede salvar impunemente.

»La libertad de reunión tiene por límite y castigo el tumulto.

»La libertad de examen tiene por límite y castigo la duda.

»La libertad de imprenta tiene por límite y castigo el descrédito en que cae la reacción que provoca.»

—Y yo añadiré que la facultad de sentir tiene por límite y castigo el torturarse el corazón y el amargarse la vida sin provecho de nadie.

—Sin provecho, no, Conde. ¡Dios nos libre de asemejar las cosas del corazón á las de la tierra! Y ahora diré á usted á mi vez: El afan de atemperar los sentimientos tiene por límites y castigo el enfriarlos.

—Vamos, ambos tenemos razón,—repuso el Conde soriendo;—en un buen medio está la virtud.

—Sí, como lo está el talento entre la ignorancia y el genio, según un autor francés.

—Pero... Marquesa, vuelva usted á Santiago, y descríbamelo en llana y exacta prosa.

—Eso no podré, Conde; no sé hacer llana y exacta prosa,—dijo la marquesa;—no soy bastante positiva ni bastante instruída.

—No desee usted mal,—repuso el Conde;—hace usted poesía.

—¡Poesía! ¡Pero si no sé hacer un verso!

—No importa. Dice otro autor que los versos son demasiado á menudo enemigos de la poesía, porque la poesía es la inspiración del alma, y la versificación es una convención del entendimiento. Y añade en otro lugar: la inspiración del corazón no es nunca ridícula, como lo es á veces la de la imaginación; por eso las mujeres suelen estar mejor inspiradas que muchos hombres. Hábleme usted, pues, de Santiago, si no quiere en llana y exacta prosa ni en poesía,

que sea en su lenguaje propio, que no tiene, según usted dice, nomenclatura.

—Sólo lo entreví, Conde. Además, no tengo los conocimientos artísticos, históricos y arqueológicos necesarios para hablar debidamente de pueblo tan importante en estos ramos; sólo le diré someramente que es magnífica la Universidad, y que lo solo que me chocó en tan grandioso edificio de bóvedas, mármoles y piedras con su oscuro color de anciana, fué ver en un hermoso y noble frontispicio una diminuta losa de mármol blanco como alabastro con esta interesante inscripción «*Asegurado de incendio.*»

Paréceme que más propio hubiese sido el poner en ese grave, incombustible y poderoso edificio: «Asegurado de las malas doctrinas antireligiosas, antisociales y antinacionales que infestan nuestra pura atmósfera.» De cierto habría inspirado más confianza á los padres y atraído más alumnos, que no la interesante noticia que da ese parche moderno. Me hizo su vista el efecto que me habría hecho un guerrero que sobre su yelmo de hierro se hubiese puesto una chichonera de niño.

Tampoco quiero omitir el hablar de las magníficas hortensias que allí vi, que se elevaban á grande altura, y cuyos tallos tenían, si no la consistencia, la circunferencia del

tronco de un árbol frutal. Igualmente quiero honrar á un cardo de los que llamamos aquí borriqueros, que vi en el jardín del Colegio de Medicina, que había crecido á tan extraordinaria altura, que en Escocia hubiese sido el Walter Scott de sus cardos (1). Puesta yo en pie, alzando el brazo y levantando con éste mi sombrilla, no alcanzaba á su flor.

Quisiera hablar á usted del portentoso convento de San Martín Pinario; pero como, abandonado ya, camina lentamente de cadáver á esqueleto, esto es, que decae del abandono á las ruinas, callaré por no llorar.

Santiago no diré que no sea bonito, pero sí que no me lo pareció; la estructura de sus calles, la arquitectura de sus casas, su aspecto general, no es bello ni elegante; hay algo heterogéneo en su conjunto, un contraste sin gradación de lo soberbio y grandioso á lo pobre y mezquino: no creo poderla ofender en esto que digo. ¿Cómo se sentiría la Minerva cristiana de que no se le concedan las gracias de una Venus presumida? ¿Quién repara si es *bonito* como ciudad ó vivienda de hombres Santiago? ¿Quién, al ver una iglesia á la luz de sus lámparas de plata, echa de menos el gas? ¿Quién, al ver un castillo histórico, echa de menos pulidos crista-

---

(1) El cardo es la planta simbólica de Escocia.

les y verdes celosías? ¿Quién, al entrar en un noble archivo, se acuerda de los álbums perfumados? Se está en otra esfera, Conde, que si no impregnada de ámbar y de pólvora de barricadas, lo está del polvo de los siglos y del incienso de su augusto templo.

¡Santiago! Mausoleo del santo Apóstol de Cristo, ansiado fin de regios peregrinos, mansión augusta y venerable del catolicismo y del saber, agenda de granito de la historia, blasón de las glorias de Galicia, ¡puedan siempre, como hasta ahora, pasar por ti el Tiempo y las generaciones sin profanarte y sin hacer más que solemnizar y enaltecer el interés que inspiras, la emoción que causas, el respeto que infundes, y la profunda impresión que dejan tus recuerdos!

La Marquesa bajó la cabeza instintivamente, cual si la inclinase el respeto que le causaban sus solemnes recuerdos, y al cabo de un momento, levantándola con viveza, dijo con una dulce sonrisa á su anciano amigo:

—Pero aburro á usted, Conde, con esta intempestiva incursión por mis recuerdos, que nos han llevado muy lejos del primitivo asunto de nuestro tema, que es la historia de mis amigos de diligencia. ¿Quién diría que le estoy refiriendo un suceso? Prosigo, pues, y esta vez sin interrupción.

Perdimos aquellos días de vista á nuestros

amigos del ómnibus; sólo una vez vi á doña Simona, que iba hecha un brazo de mar al lado de don Longino, que sin el levitón de bayetón parecía un desollinador cascado. Llevaba la señora las flores de monja de la cofia colocadas en su absurdo peinado. Cuando estuvo cerca de mí, se entreabrió ostensiblemente la mantilla para deslumbrarme con un collar y zarcillos de filigrana y desparejadas perlas de mostacilla, y poniendo en movimiento rápido su abanico con todas sus fuerzas gallegas, pasó haciéndome un pequeño saludo protector. Andrea seguía á esta ridícula pareja, como sigue la fragancia al tosco levante que la arrebata. Al pasar se sonrió con dulzura, como si un instinto del corazón la anunciase que hallarían simpatías en mí su carácter, su amor, sus padecimientos y su conducta. ¡Pobre Andrea!

A los tres días salimos de madrugada en la diligencia, y á mediodía, después de haber atravesado por una buena carretera un país hermoso, llegamos á la Coruña.

Han comparado la Coruña á Cádiz. Pero, Conde, por muy apasionada que yo sea á la verde y pintoresca Galicia, tan vieja y venerable en sus monumentos, tan joven y fresca en su naturaleza, no puedo menos de decir, que si lo dijo un gallego, fué amor propio, y si un andaluz, fué un cumplido. ¡Hay la dife-

rencia entre ambas ciudades, del marfil al hueso. Cádiz es una ciudad excepcional, no sólo en España, sino en Europa. Hija de la plata de América, no han gastado los andaluces la jactancia que le echan en cara al denominarla *una taza de plata;* han sido verídicos y justos. Bien conocidos son los autorizados encomios que de ella hace Byron; últimamente ha escrito el afamado autor norteamericano Longfellow una obra que se titula *Ultramar*, en la que declara á Cádiz la más bonita ciudad de la tierra; por consiguiente, no será rebajar á la perla de Galicia, ni una jactancia, el decir que la Coruña no puede rivalizar con Cádiz.

Si quiere usted que le dé una idea de la posición de la linda ciudad de la Coruña, será comparándola á la de Cádiz si formase un arco desde Torre Gorda, viniendo á encontrarse su iglesia del Carmen frente á Puerto Real; en escala menor, el río Guadalete y el Puerto de Santa María ocuparían el lugar del Ferrol y su ría, con la diferencia que, en lugar de salinas, rodea aquella bahía un campo verde y ameno, y en lugar del portentoso y sublime cielo que cobija á Andalucía, empañan á aquél sus neblinas. No me gustan sus casas, porque no hay casas que puedan agradar á quien está hecha á nuestros patios, nuestras galerías, nuestras

columnas de mármol, nuestros jardines y nuestras fuentes.

—Ya se ve,—repuso riendo el Conde.—Así es que se cuenta que cuando un sevillano mandaba labrar una casa, decía al arquitecto: «Hágame usted en este solar un gran patio y buenos corredores; si terreno queda, haga usted habitaciones.»

—No es nuevo—repuso la Marquesa—que los andaluces nos burlemos de nosotros mismos, como lo prueba ese gracioso epigrama, no aplicable ya á las mezquinas construcciones modernas, con sus ahogados patios, venciendo en la competencia del día lo útil á lo agradable, lo confortable á lo bello, la estíptica economía al noble rumbo. Estoy por lo agradable, lo bello y el rumbo, Conde, y hablo en mi sentido; soy sevillana, quiero luz, espacio, aire, elegancia, belleza, flores y fuentes; y confieso á usted humildemente, que siento tan á la antigua, que entre dos amargas alternativas, la de mostrarme mezquina é interesada, y la de empeñarme, preferiría esta última, si no tuviese la posibilidad de valerme del noble sacrificio para evitar ambos extremos.

De las ventajas referidas, aire, luz y espacio, carecen aquellas casas; y, es claro, las echarán sus habitantes de menos, cuando se fabrican en sus fachadas apéndices de cris-

tal. Hay casas que se visten, si me puedo explicar así, de cristales, y que, miradas desde la bahía cuando las alumbra el sol, parecen estar ardiendo en vivas llamas. Divídese la ciudad en dos partes: la antigua, encerrada en sus fortificaciones en el último extremo de la lengua de tierra, que se prolonga como un arco en el mar, y la moderna, que se arrellana al lado de su bahía para mirar sus navíos. La vieja contiene en un cerco de murallas los edificios y monumentos notables; la nueva, las tiendas, los paseos, el teatro y sus brillantes fachadas de cristal.

Con ese afán de demoler, que es una especie de frenesí en esta época, fueron demolidas á gran costa estas hermosas fortificaciones, labradas á imitación del Gran Arquitecto, que labra las rocas dejando separadas ambas mitades por escombros, como lo está lo pasado y lo presente. Ni un árbol, ni un paseo, ni ninguna nueva construcción ha venido á cubrir la desnudez y fealdad de aquel erial cubierto de escombros. Se ha dicho á lo pasado, con esa hiel y con ese encono incalificable con que se le hostiliza y persigue: «¡Te destruyo!», y no han cubierto sus restos, siquiera por respeto á la muerte. Allí yace aquel triste cadáver entre ambas ciudades, como muestra de la impotencia de una época que sabe destruir y no

labrar, como un funesto recuerdo de discordia, como un monumento de la ciega arbitrariedad popular, como una necia caricatura de la Bastilla, como una autorización plausible al extranjero, que, al pasar, dice con desdeñosa sonrisa: «¡Cosas de España!» ¡Qué impotencia! ¡Destruir y no reedificar; no plantar siquiera unos árboles, esa cultura que brinda la naturaleza, si medios faltaban para atender á obras dispendiosas! ¡Qué encanto tiene lo pasado para las almas poéticas, y qué bien demuestra la época presente su prosaísmo por el desdeñoso encono que le tiene!

Pero charlo más que una cotorra,—prosiguió la Marquesa,—y dejo abandonada mi historia, como los coruñeses el espacio que separa su antigua y su nueva ciudad. Sólo le diré que el trato de los gallegos que conocí es sumamente agradable; y si no es tan picante, divertido y franco como en general el de Andalucía, es ciertamente más comedido y bondadoso.

—¿Y nada me dice usted de la famosa torre de Hércules?—preguntó el Conde.

—Verdad es que no debo pasarla en silencio, yo que tanto admiro y venero los faros; pero, ¿y mi historia?

—Tiempo hay para todo; nadie nos corre—repuso el Conde.

—Pues empezaré por contarle una pequeña anécdota que, aunque de poquísimo interés, me hizo tanta gracia, que puede le haga á usted alguna. Cuando llego á un pueblo hallo gran placer en subir á una altura y, dominándolo con la vista, hacerme cargo de su localidad. Hícelo así, subiendo con mi patrona al balcón más elevado de su casa, desde donde se divisaba una vista hermosísima, por estar situada en la ciudad antigua, que es el punto culminante de la pequeña península.

—¿Dónde está el faro?—le pregunté.

Mi patrona me miró sin contestarme.

—¡Ah!—exclamé, viendo sobre una altura del terreno quebrado que se extiende detrás de la ciudad nueva hasta el mar de afuera una ancha, cuadrada y venerable torre. Aquél será. En Cádiz también—proseguí—tenemos un soberbio faro.

—¿Sí?—contestó mi patrona.—Pues si aquélla se llama de Faraón, la de aquí se llama de Hércules.

La torre de Hércules, que en su nombre patentiza su edad, como los siglos, es, y con razón, la joya que ostenta Galicia en su gran museo de antigüedades. Dícese que la labró Hércules sobre el lugar en que enterró la cabeza de Gerión cuando en singular combate lo venció; dicen que la labraron los fenicios;

dicen que la construyó Trajano. Pero sea de ello lo que fuese, la vieja torre, harta de servir por siglos de candelero, picada de que ese hormigueo de generaciones efímeras que han pasado como polvo que lleva el viento, le atribuya varios padres, ha querido rendirse, y la Coruña, que la aprecia y ostenta como su penacho, la ha sostenido con su cuidadosa mano, y últimamente la ha labrado un vestido de piedra, en el que la conserva como en un estuche. Sigue adornando su frente con un brillante de fuego, que derrama sus reflejos muchas leguas en el mar, para consuelo del navegante, á quien amonesta en su lenguaje cosmopolita.

Desde su altura se divisa la ría del Ferrol y la de Betanzos, y entre ambas la extraña Peña calva y roma llamada Marola, que allí se levanta importunamente como para contrariar aún más las aguas movidas por las mareas, las corrientes y el empuje de aquel mar, bravo é inquieto. Fuí al Ferrol, Conde, en un vapor liliputiense, labrado para surcar un arroyo, y no olvidaré mi mortal angustia cuando nos vimos el juguete de aquellas olas en revolución, de aquellas corrientes encontradas, de aquellos empujes del mar, de aquellas aguas convulsas, y me parecía que la Marola se burlaba de nuestros brincos, y contoneos en su impasible inmovili-

dad. ¡Cuánto la envidiaba! Tanto, que le hice voto de, al regreso á mis lares, imitar su inmovilidad.

Pero en mi vapor miniatura me he ido al Ferrol, dejando plantados á mis héroes en la Coruña.

—¿Y ha de volver usted de nuestro afamado arsenal sin decirme lo que le pareció, señora mía?

—Conde: es un portento, y por lo tanto tan conocido y descrito, que nada de nuevo le podría decir. La ría, aunque más corta que la de Vigo, tiene, cual aquélla, orillas encantadoras, y en su parte más angosta dos castillos: el uno de ellos se dice tenía tantos cañones como días tiene el año. Extiéndese el mar á los pies de la bonita y alegre ciudad, manso é hipócrita, y le cuenta en susurros los estragos que publica bramando en ancho espacio. Recuerdo con dolor que los gigantes árboles de su magnífico paseo estaban bárbaramente talados. ¿Qué Robespierre ordenó la decapitación de aquellos nobles ancianos? Es imposible que vuelva á tener tranquila su conciencia; se le aparecerán negros y sin hojas como fantasmas aquellos árboles decapitados, alargando sus largos brazos para asirlo y llevarlo á ser aserrado, que es el suplicio de ellos. El Ferrol resucita; pero me parece que para dar toda su vida á

aquel coloso se necesitan los millones de que podía disponer Carlos III. Mas no me haga usted hablar de lo que no entiendo, Conde. Aunque estamos solos y sea usted indulgente, me oigo á mí misma, y me choco.

Habíamos tomado alojamiento en el café de Puga, donde nos recibieron tal cantidad de animalitos saltadores, muy predilectos de los microscopios, que Alberto añadió una *l* al nombre del café para calificarlo con más propiedad. Estas horribles invasiones son consecuencias inevitables de un piso de tablas que no se aljofifa. ¿Comprende usted lo horripilante que es esto para una andaluza que no pisa sino piedra y mármol lavados todos los días? Pronto nos trasladamos á una casa de pupilaje que nos propuso un primo mío, comandante de artillería, que vivía en el entresuelo. Habitaba en el cuerpo alto la patrona que era conocida de don Longino, el que llevó é instaló allá á doña Simona y su hija, por lo cual la casualidad volvió á reunirnos.

Como puede usted suponer en el carácter de doña Simona, apenas supo por la patrona quiénes éramos, cuando trocó sus aires desdeñosos en una cortesía servil y empalagosa. Nunca pudo pensar quiénes fuésemos,—decía,—al ver la sencillez de nuestro traje; siempre había presumido que una persona

de mi categoría no debería viajar sino con vestido de terciopelo, sombrero con plumas y alhajas.

Llegó el día de la marcha de Benito, que partió para Méjico.

—¿Y no le disuadía usted de ir?—preguntó el Conde.

—¿Yo? No por cierto. ¿Qué tenía yo que darle en compensación de sus esperanzas? ¿Qué derecho á entrabar la dirección que Dios daba á su suerte? ¿Qué motivos ni qué razón para disuadirle de su proyecto?

—Señora: la seguridad de que el infeliz iba á hacer ese gran viaje en balde, y que lo que iba á recoger de ese tío poderoso y duro,—como lo son todos esos hombres bastos enriquecidos, á quienes en su orgulloso egoísmo, un pariente que se cree con derecho á su protección horripila—serían sólo durezas, desvíos y negativas.

—Así lo pensaba yo; pero hubiera sido una crueldad el decírselo. Además, esa América tiene para los españoles entrañas de madre, aunque no así sus hijos; no parece sino que les agradece aún su bautismo, su civilización, su prosperidad. ¿Cuántos y cuántos hacen allí de un modo ú otro fortuna? Así fué que, lejos de aumentar su abatimiento y su desesperanza, le animé, levanté su espíritu y le pronostiqué buena suerte. Si hice

mal, Conde, mi intención fué buena; era joven, y el mundo es ancho. ¡Pobrecillos! Su madre en su miseria confiaba en ese viaje; su amada lo aguardaba con constancia y esperanza, y sus hermanitos decían: «¿Vendrá mañana? ¿Traerá mucho dinero? ¡Pobrecillo!»

—¿Y ha vuelto usted á saber de él?

—Sí—respondió la Marquesa.—Domingo, que, como sabe usted, ha hecho un viaje á su tierra, siguiendo la inveterada costumbre, que tiene hasta los honores de copla:

Los gallegos de Galicia
Por Mayo y por San Miguel
Se despiden de sus amos
Y se van con su mujer,

después de un largo y penoso viaje de vuelta en que arribaron á Lisboa, ha llegado, y me ha dado noticias de nuestro viajero, á quien vió en Santa María de Meira, ya de regreso.

—¡Qué! ¿Ya había vuelto?—exclamó el Conde.—Esos ricos, Marquesa, no quieren pobres á su lado, así como los alegres no quieren tristes. Lo pensé.

—Conde: hay una expresión vulgar, la cual, como todas nuestras expresiones vulgares, tiene más sentido, más chiste y más concisión que nuestras expresiones cultas y pulidas, y se la quiero aplicar á usted, diciendo que *come corazones*. ¿Sabe usted, se-

ñor mío, que hace mal en eso? Pues si acierta, chasquea usted al narrador, y si no acierta, se chasquea usted á sí mismo.

—Merezco la reconvención y la acato —respondió riendo el Conde.

—Sí, lo mandó de vuelta,—prosiguió la Marquesa;—pero su entrevista fué singular. Cuando su pobre sobrino desembarcó, se presentó en casa de su tío.

—¿Quién eres?—preguntó el Nabab al ver su pobre pelaje.

—Señor,—contestó cortado el sobrino,—soy hijo de su hermana de usted.

—¡Hola! Me alegro. ¿Y cómo va por allá?

—De salud, bien, señor; me encargaron tantas expresiones.

—¡Ya, ya, vamos! Me hago cargo. Y tú, ¿á qué vienes?

Esta pregunta fué hecha con tal secatura y despego, que intimidó al pobre muchacho, el cual contestó cortado:

—Señor, tío, á trabajar; á ver si puede ó quiere usted colocarme, y puedo así aliviar la suerte de mi pobre familia.

—¡Bien, me parece bien! Vete á acostar, que mañana te daré trabajo.

El sobrino se retiró, y á la mañana siguiente montó con su tío á caballo y se pusieron en marcha. Todo el día caminaron por aquellos desiertos campos, y al anoche-

cer llegaron al sitio en que estaba situada la mina del Nabab. A la mañana siguiente bajaron á ella, y después de andar muchas y sombrías galerías, llegaron al lugar en que se trabajaba un rico filón.

—Capataz:—dijo el amo á su encargado—aquí le traigo un trabajador; ponga usted á este muchacho á trabajar en el filón, y lleve usted cuenta de lo que saca, para pagarle su jornal según trabaje.

El pobre Benito se quedó dolorosamente sorprendido al ver el duro y triste trabajo á que lo destinaba aquel tío que nadaba en la opulencia; pero con su buen carácter, y obligado además por la necesidad, no hizo objeción y se puso, con el corazón partido, al trabajo.

El Conde se echó á reir, y la Marquesa prosiguió, sin hacer alto de ello:

—Benito trabajó sin descanso y sin dar pábulo á que el malhumorado capataz pudiese reconvenirle en nada.

Al cabo de un mes volvió su tío á la mina.

—Con que... ¿qué tal ha trabajado el muchacho?—preguntó al capataz.

Este no pudo hacer otra cosa que elogiar á Benito.

—¿Se ha apartado el mineral que ha extraído, como encargué?—tornó á preguntar el dueño.

—Sí, señor—respondió el preguntado, enseñando una gran porción de mineral reunido en un montón.

—Vaya, no lo ha hecho mal,—dijo el tío, después de examinarlo.—Ya veo—añadió, dirigiéndose á Benito—que eres un buen trabajador y no te dueles de ti. Ahora alístate para volver conmigo á la ciudad.

Benito obedeció alborozado, conociendo que su tío había hecho una prueba con él, de la que, sin sospechar que lo fuese, había salido bien.

En los dos días que siguieron á su vuelta, su tío apenas le habló; al tercero lo llamó, le pagó bien los jornales que había ganado en la mina, y le dijo que se preparase á marchar al día siguiente á Veracruz, en donde se embarcaría en un buque inglés, cuyo capitán era conocido suyo, el que ya tenía cobrado su pasaje hasta Londres, y cuidaría de buscarle embarcación y pagarle el viaje de allí á la Coruña.

Diciendo esto, le volvió la espalda; y como tenía aquel señor la cara seria, y Benito era tímido, no se atrevió á contestarle una palabra, ni á hacerle una objeción, sino que, resignado y abatido, á la semana siguiente emprendió su viaje de vuelta.

—¡Pobre Benito y pobre Marquesa!—dijo con triste sonrisa el Conde.

La Marquesa prosiguió sin dejarse perturbar:

—Llegado que hubieron á Londres, le dijo el capitán, que era un buen hombre y que había tomado afecto á Benito:

—Con que... ¿qué dispone usted que se haga con sus cajas?

—¿Qué cajas?—preguntó Benito sorprendido.

—¡Toma! Las cajas de mineral de plata. ¡Un caudal, amigo!

—¿Y esas cajas son mías?—tornó á preguntar atónito Benito.

—Así me lo dijo su tío de usted; así lo prueba el letrero que con su nombre las señala, y lo confirma el registro de mi barco, en que vienen designadas como de usted. ¿No lo sabía?

—No, ni aun la más remota sospecha tenía,—contestó con las lágrimas en los ojos el enajenado propietario.

—¡Oh!—exclamó riendo el capitán.—¡Cosas de su tío de usted, que es todo un original! Por eso me encargó que le aconsejara á usted que vendiese ese mineral aquí; que le guiase en los pasos que tenga que dar; que cambiase el dinero en buenas letras de cambio, y que, hecho esto, cuidase de buscar á usted su pasaje para la Coruña.

Y todo sucedió así. Benito se embarcó en el vapor inglés, no para la Coruña, donde no

hacía escala, pero sí para Vigo, trayendo en letras por valor de diez mil duros.

Y ahora,—prosiguió la Marquesa meneando la cabeza y mirando con radiante aire de un noble triunfo á su anciano amigo,—ahora, ¿qué dice usted, profeta de males, verdadero buho, que cree usted ser pájaro de la sabiduría, compañero de Minerva, y no lo es sino de la noche y compañero de la desilusión? ¿Qué dice usted? ¿Qué dice?

—Digo que la rosada aurora me deslumbra, y que me vuelvo á mis ruinas; pero no sin dar gracias á Dios que la cría, el parabién á las flores que se abren á su paso, y envidiar á los pájaros sencillos que le cantan un himno simpático.

—Quisiera—prosiguió la Marquesa—que oyese usted referir á Domingo la entrevista de Benito con su madre y sus hermanos. En mi vida he gozado como al oir esta relación. ¡Cómo se unieron mis bendiciones á las de toda la familia para colmar con ellas á ese tío que, áspero en apariencia, había hecho la felicidad de esa buena gente! ¡Oh! ¡Que no hubiese él mismo estado presente para gozar de la inefable delicia que proporciona el hacer bien! ¡Qué virtud tan querida de Dios es la caridad, Conde, cuando le ha dado dos recompensas, una en la tierra y otra en el cielo; cuando le ha otorgado una ventaja que

no se ha otorgado á sí mismo, y es la de no hallar un contrario, un hostilizador ni un escéptico! Desde luego se puso en marcha con su caudal metálico en su cartera y su caudal de felicidad en el corazón para la Coruña, en donde habían permanecido Andrea y su madre, á causa de haber muerto su padre al propio tiempo de estar ella allí.

Domingo, á su llegada aquí, pensó hallar carta de Benito con la noticia de su boda; mas no ha sido así, pues, bien dice el refrán, que con las glorias se olvidan las memorias; pero yo, impaciente por tenerlas, he escrito á mi primo, que con motivo de vivir en la misma casa conocía á Andrea (la que hallaba por cierto muy de su gusto), y debo, por el cálculo que he hecho, recibir su respuesta de hoy á mañana.

En este momento entró un criado trayendo algunas cartas y los periódicos del correo. La Marquesa se levantó presurosa, miró varias cartas, murmurando: «Para Alberto», y al tomar la última, exclamó, observando el sello:

—¡Para mí, y de Galicia! Ya está aquí, Conde, ya está aquí la última pincelada de mi cuadro.

Sentóse en seguida en el borde de una silla, rompió el lacre, y se puso presurosa á leer. La luz del reverbero se derramaba so-

bre ella como el esplendor de una brillante aureola de regocijo; su acento al empezar la lectura era vivo, alegre como la luz que la alumbraba. Leyó así:

—«He recibido tu carta, mi querida prima, y no he extrañado el interés que demuestras por aquellos jóvenes, con los que la casualidad te puso en contacto. Hay buzos que no temen hundirse en las ásperas aguas del mar para sacar una perla, y así te sucede á ti, que no temes mezclarte entre las ásperas olas de un círculo vulgar é inculto para desentrañar una perla de las muchas que hallas, porque las buscas; y ciertamente diste con esa perla al dar con Andrea, incrustada en la tosca concha de su madre. Creo que habrás sabido la vuelta de Benito y su cumplida fortuna, y ahora desearás que te participe las felicidades del regreso, los gozos de las esperanzas cumplidas y las alegrías de la boda; quieres tu parte en todas ellas, á lo que te da derecho el vivo y afectuoso interés que te has tomado por estos amantes. ¡Ojalá pudiesen mis noticias dar más brillo y vida á tu sonrisa, como lo dan los rayos del sol á una flor! Pero no puedo, si he ser verídico. Rodéannos incesantes desgracias. ¿Qué día, acaso, no doblan las campanas, no se trastorna una existencia y no se aja una esperanza? Y, no obstante tantos avisos para

que no nos apeguemos á un estado transitorio á una vida incompleta, á un mundo amargo é ingrato, no nos hace mella, y nos empeñamos en buscar una dicha cumplida, sin elegir siquiera la que puede brindar esta tierra, en donde sólo puede hallarse; esto es, en la ausencia de ambición y de pasiones, en los santos goces de la virtud!!! El hombre ha hecho de la felicidad un ideal, y se desespera de no hallarlo en un mundo que él mismo hace malo, denigra y desprestigia.

»Pero me aparto del objeto de mi carta. Desde que partiste, la pobre Andrea fué decayendo en su cuerpo y en su alma, porque la ausencia la marchitaba, sobre todo desde que, llegada la época en que debió recibir noticias de Benito, faltaron éstas un día y otro. He sabido después que las cartas llegaron, pero que fueron quemadas, sin leerlas, por su madre. Aún hubiera podido vivir Andrea tranquila en su retiro con su tristeza, como el sauce en su soledad, conservando en su corazón un resto de esperanza, como conserva el cielo el crepúsculo cuando pierde al sol, si su cruel y egoísta madre y su protegido no la hubiesen perseguido de continuo, él con sus repugnantes, ella con sus despóticas exigencias. Andrea, cuyo carácter firme conoces, resistía; pero los verdugos no veían que esta lucha mataba á la pobre víctima.

Para colmo de desgracia murió su padre, y la situación desvalida en que quedaron dió nuevas armas á su tosca madre para insistir en un enlace que llamaba la suerte de ambas; pero Andrea no cedió. Las lágrimas, las reconvenciones y hasta malos tratamientos de su exasperada madre, unidos al olvido del hombre que tanto amaba, acabaron con sus fuerzas, pero no con su constancia. Todos la veíamos morir, menos su madre, que sólo la veía casada. «Ya se pondrá buena,—contestaba á nuestras observaciones,—cuando olvide al *rapaciño* de su primo y se encuentre rica y disfrutando en su casa.» Tarde se llamó á un facultativo; éste no pudo curarla ni ella quiso curarse. Habíase encerrado en un silencio que pocas veces rompía; una de ellas fué para decirme, minutos antes de morir, que la despidiera de ti, y te dijese que el mundo era una cárcel, y la muerte la libertad.

»A los dos días murió. ¡Qué hermosa estaba en su féretro! Parecía que aquellas facciones, correctas y graves, eran las propias para la augusta inmovilidad de la muerte; traslucíanse sus venas por su terso cutis, de manera que parecía una estatua de blanco mármol con vetas azules.

»La miraba profundamente conmovido al considerar que pronto iba á desaparecer para

siempre en las entrañas de la tierra tanta hermosura y juventud, cuando la puerta se abrió con violencia; un hombre apareció en el quicio: era Benito! No podré pintarte la escena de desesperación que siguió á esta entrada, y el contraste que formaba la violencia y agitación del uno y la inmovilidad de la otra. Mirábala el infeliz como si quisiese con el ardor y fuego de sus miradas reanimar los apagados ojos de la que amaba; sollozaba á gritos y la llamaba, cual si quisiese que sus acentos de dolor penetrasen en sus yertos oídos y trajesen un suspiro entre aquellos blancos é inmóviles labios.

»Fué preciso que algunos parientes y amigos se lo llevasen en un estado que hizo temer por el trastorno de su cerebro; á fuerza de sangrías y otros medicamentos se logró serenarlo; y cuando, después de unas calenturas en las que alternaron el letargo y el delirio, volvió en sí, halló á su lado á su madre, á sus hermanos y á su tío el de Méjico, que todos le rodeaban con las mayores muestras de cariño. «Vive, hijo de mi alma, si quieres que yo viva, le decía deshecha en lágrimas y con las manos cruzadas su madre.—¡Hermano: no nos desampares, le decían éstos besando sus manos.—Sobrino, dijo su tío, he vuelto de América sólo por ti, para que no nos separemos más; ¿no me agradecerás esta

prueba de cariño, y no tienes sentimientos en tu corazón sino para un solo amor?

»Benito ha convalecido, aún está débil y profundamente afligido; pero el tiempo, que es la panacea de los males del corazón, le irá cicatrizando esta profunda llaga. El dolor violento que los poetas y novelistas hacen eterno, no lo es ni puede serlo; tórnase la desesperación en dolor, el dolor en sentimiento y el sentimiento en tristeza, como en la hoguera la llama enhiesta decae, se amortigua, se torna en brasa y después en ceniza; y así, tú, que eres todo sentimiento, y lo tienes por único motor en la existencia, no culpes á Benito por seguir la senda usual y trillada, porque Benito no es un héroe de novela, sino un hombre de la vida real que resiste á las penas como es y debe ser, pues si cada pena costara una vida, el mundo no existiría. Tampoco llores sobre Andrea. ¿Por qué llorar, si dice nuestra hermosa frase, que nada pierde por ser tan repetida, que *pasó á mejor vida*?»

La Marquesa dejó caer sobre la falda sus manos con la carta que en ellas tenía, é inclinó la cabeza sobre su pecho. La viva luz del reverbero hizo brillar como estrellas las lágrimas que precipitadas surcaron su rostro.

—¿No digo,—exclamó el Conde, levantándose y tomando entre las suyas las frías manos de su amiga,—no digo que la mata su corazón? Amiga querida, considere usted que debe enfrenar sus excesos. Los filósofos pitagóricos creían que el alma era una armonía compuesta de dos partes: una racional y otra irracional. Colocaban la primera en la cabeza; la segunda, en el corazón.

—Esos filósofos no eran cristianos, Conde.

—Es cierto; pero esta definición, hecha por hombres sagaces y pensadores, debe demostrar á usted que el corazón necesita un freno, si es que llega, como sucede en usted, á ser nuestro verdugo.

—Muchas veces me ha dicho usted, Conde,—repuso con suave exaltación la Marquesa,—que es el corazón el verdugo del hombre, y yo hallo que es su áncora de salvación. Él es el santo lazo que nos une todos unos á otros, sin distinción de clase, de edad ni de patria; él ampara todo lo desvalido y compadece todo sufrimiento, sea el delincuente amigo ó enemigo, racional ó irracional, mientras el egoísmo cree haber hecho lo suficiente lavándose las manos como Pilatos; es el incansable antagonista de toda crueldad, sin temer burlas ni desdenes, mientras el hombre que no lo escucha, la

tolera, la inventa, la ejerce y constituye hasta en diversión, á pesar de la religión, de la humanidad, de la razón y de la cultura, El lleva á la limosna, mientras la prudencia precavida crea las leyes de la propiedad; lleva al perdón, mientras la justicia crea el castigo; crea la poesía, mientras la cabeza crea las reglas y el arte; crea la buena fe, mientras el raciocinio crea el sofisma. El hace el amor desprendido, consagrado, dulce, eterno y celestial, mientras la pasión lo hace egoísta, vano, violento, perecedero y terrestre; él vence la altanería del pensar con la dulzura del sentir, ablanda la dureza de carácter con el santo manantial de lágrimas, nos alza á altas regiones con las ansias, que son sus alas, mientras la naturaleza humana nos rebaja con los sentidos; goza en todo sacrificio, grande ó chico, mientras que contra ellos se rebelan el interés y los apetitos; muestra la buena senda á la imaginación cuando el terror la extravía; siente á Dios, mientras el entendimiento no lo comprende; hace conversiones, mientras el espíritu de análisis hace defecciones. De él brota la clemencia como un bálsamo divino sobre el universo, y por última excelencia, recompensa él mismo con inefables goces al que sigue sus inspiraciones. La materia nos embrutece, la cabeza nos extravía, las pasiones

nos pierden; sólo él nos salva. ¡Dichoso mil veces el mortal que atiende á su voz y es sordo á las que la ahogan y combaten! Y así, Conde, no es el corazón nuestro verdugo, no, no; ¡es el áncora que nos salva!

—Y añada usted,—dijo conmovido el Conde,—que viéndose el corazón personificado en usted, no hay quien le resista, y no le proclame la parte de ángel que conserva la humanidad. Pero llorará usted como las nubes todas sus lágrimas sobre la tierra, pues NO HALLARÁ, ese corazón que sólo quiere usted escuchar, amiga é hija mía, COSA CUMPLIDA SINO EN LA OTRA VIDA!

FIN



ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO



